LA REINA QUE SURGIÓ DEL FRÍO

S.J. BENNETT



narrativa
salamandra

S. J. Bennett

LA REINA QUE SURGIÓ DEL FRÍO

Traducción del inglés de
Patricia Antón de Vez

narrativa
salamandra

Para Ben, que quería una novela
de misterio ambientada en un tren

Reparto de personajes

Familia real

Reina Isabel II
Príncipe Felipe, duque de Edimburgo, su marido
Princesa Margarita, hermana de Isabel
Anthony Armstrong-Jones (nuevo esposo de Margarita)
Reina Isabel, la Reina Madre

Casa real

Sir Hugh Masson, secretario privado
Comandante Miles Urquhart, subsecretario privado
Dominic Stonor, secretario de prensa
Joan McGraw, secretaria privada adjunta

Caso de homicidio

Pavel Michalowski, fotógrafo
Henry Coxon, periodista y amigo de Michalowski
Sandra Pole, dama de compañía temporal de la princesa Margarita
Josiah Thorburn, terrateniente
Tracy Thorburn, hija de Josiah

Cuerpo de policía

Superintendente jefe George Venables, Brigada de Homicidios e Investigación Criminal

Inspector jefe Fred Darbishire, Brigada de Homicidios e Investigación Criminal

Inspector jefe Jim Weatherby, Policía Metropolitana de Staffordshire

Otros

Stanley Hill, consejero de la Junta Nacional del Carbón

Peter Vernon, BBC

Comandante Hector Ross, dirigente de la Sección D del MI5

Madeleine Simon, agente del MI5

Contralmirante John Marlow, oficial al mando del *Britannia*

Capitán de fragata Peter Attwell, segundo de a bordo del *Britannia*

Capitán de fragata Trefor Kinnock, oficial de intendencia del *Britannia*

Paul Schwartz, librero

Doctora Tatiana Sokolova, científica

En la larga historia del mundo, sólo a unas pocas generaciones se les ha concedido defender la libertad en su hora de máximo peligro. No me asusta esta responsabilidad, le doy la bienvenida. Creo que ninguno de nosotros querría cambiarse por otras personas u otra generación. La energía, la fe y la devoción que pongamos en esta empresa iluminarán nuestro país y a quienes lo sirven. Y el resplandor de esa llama podrá iluminar realmente el mundo.

Presidente John F. Kennedy,
discurso de toma de posesión,

20 de enero de 1961

Prólogo

—¿No te parece horrible la señora Jones? La detesto. La odio con todo mi ser y deseo que le sucedan cosas espantosas y repugnantes. ¿Es eso terrible por mi parte? Me imagino que le arrancan ese vestido tan llamativo y la arrastran por las calles. Deberías haber estado allí, Pav. Su interpretación de «Let's Fall in Love» va a rondarme por la cabeza durante una semana. Sólo por eso ya se merece un castigo severo.

Pavel Michalowski escuchaba la voz incorpórea que brotaba del altavoz conectado al auricular del teléfono de su piso, en el sótano. Se le daban bien los cables y la tecnología; montaba aparatos de radio desde niño. El altavoz, combinado con un micrófono que había «tomado prestado» de la BBC, suponía una pequeña y elegante solución tecnológica al problema de mantener el contacto con amigos locuaces y clientes exigentes sin dejar de lado la tarea que tuviera entre manos. Esa noche todavía le quedaba trabajo por hacer.

—La adoras, admítelo —contestó, cogiendo un fajo de facturas para echarles un vistazo—. Sólo estás celoso.

—¿De Tony? ¿Estás de broma? Ese tipo es diminuto. Y escandaloso. Y muy burgués.

La profunda y resonante voz que se oía por el auricular pertenecía a su amigo, Henry Coxon, periodista y *bon vivant*. Hablaba de la princesa Margarita, a quien Henry había puesto el apodo de «señora Jones» tras su reciente matrimonio con el amigo de ambos, Tony Armstrong-Jones.

—Tú también lo eres... burgués, como mínimo —señaló Pavel—. Igual que yo. Al menos Tony tiene talento. Y Margarita también, admítelo. Una vez la oí cantar; debería dedicarse a ello profesionalmente. Le vendría bien poner empeño en algo.

—¿Has dicho que se le da bien algo? —preguntó Henry—. Apenas te oigo, Pav. ¿Ya me tienes otra vez reverberando por toda tu casa? Detesto que hables conmigo a través de ese cacharro conectado al altavoz.

—Pues no me llames cuando estoy poniéndome al día con el trabajo tras una larga jornada.

Henry se mosqueó.

—¿Y cuándo quieres que te llame si no es después de una fiesta? Es el único momento en el que tengo algo que decir.

—No tienes nada que decir. Eres más chismoso y gamberro que Su Alteza.

Su amigo sólo estaba amargado porque se había hecho ilusiones de convertirse él mismo en el galán de la princesa. Después de que el compromiso previo de Margarita saliera mal, Henry había creído en serio que tenía alguna posibilidad. Pero no fue así, y la risueña indiferencia de la princesa le resultó muy frustrante. Luego ella se fugó con un amigo común, que era bajito y cojeaba a causa de la polio que había padecido de niño, y Henry se quedó atónito.

—¡Oh, qué crueldad por tu parte! —se quejó—. Y debes llamarla Su Alteza Real. Pero cómo vas a saber tú eso, siendo extranjero.

—No soy extranjero —le recordó Pavel a su amigo sin alterarse.

—¿Con un apellido como Michalowski?

Pavel ignoró ese comentario. Recordó la canción que había oído interpretar a la princesa durante una velada; Margarita había improvisado la letra sobre la marcha.

«Los pájaros lo hacen, las abejas lo hacen, y según dicen, los marines en el extranjero también lo hacen...»

Tarareó para sí mientras se dirigía a la mesa del comedor repleta de papeles que le servía de escritorio y cogía una fotografía en blanco y negro que le habían enviado por correo. Se parecía a su propio material de trabajo: una mujer de pelo brillante, con la cabeza de perfil hacia la cámara y el cuerpo enfundado en un jersey negro de cuello alto, con el que se le marcaba la ropa interior. Esa modelo en concreto no era una jovencita, sino más bien una mujer hecha y derecha, con una versión más joven de sí misma sentada a su lado que llevaba el pelo cuidadosamente peinado y recogido con un pasador y miraba fijamente al espectador.

La foto formaba parte de un conjunto, y la calidad de la imagen no era muy buena. Frunciendo el ceño, Pavel la revisó con una lupa en busca de imperfecciones. Se ajustó los puños de la camisa y se pasó los dedos por el pelo. Estaba cansado. Volvería a examinarla más tarde.

Henry seguía parloteando.

—Por supuesto, tendré que decir algo agradable en mi columna del viernes. Dios, cómo detesto que tengamos que humillarnos así, ¿tú no? Es tan anticuado... Al fin y al cabo, estos miembros de la

realeza son humanos. ¿Por qué no podemos limitarnos a contar las cosas como son?

Pavel soltó un gruñido a modo de respuesta evasiva.

Henry bajó el tono, pero su voz engolada, algo ronca por los cuarenta pitillos que se fumaba al día, seguía llenando la habitación.

—Mira, hace un par de noches, en el Ivy, me fui un poco de la lengua tras la segunda botella de clarete. Y al salir de allí juraría que alguien empezó a seguirme. Las fuerzas oscuras del *establishment*, dispuestas a acallar a los caballeros de la prensa. —Hizo una pausa —. ¿Me oyes? ¿Ni siquiera me estás escuchando?

—Te escucho, sí —le aseguró Pavel—. Aunque no sé por qué, con las gilipolleces que sueltas. Vete a la cama, Henry.

—¡Te encantan mis gilipolleces, Pav, querido! ¡Te encantan! Y sabes que en realidad adoro a *madame la princesse*, la muy pícara. Se supone que deberíamos compadecerla por haber renunciado al amor de su vida en nombre del supuesto deber, cuando lo que de verdad deseaba era tenernos a todos haciéndole reverencias mientras ella seguía con lo suyo en el palacio de Kensington. ¿No te saca de quicio? Pero esa cintura, ese pelo, esos... Ya sé que no te gusta que haga referencia a los pechos reales, pero esta noche eran un auténtico espectáculo. Me pregunto si estará embarazada. Claro que a ti te gustan más jóvenes y andróginas...

Pavel fue al recibidor en busca de una serie de ampliaciones que había hecho antes en su cuarto oscuro. Quería ver si valía la pena incluir alguna en una pequeña exposición que tenía previsto organizar junto con unos amigos. Cuando volvió, Henry seguía hablando:

—... pero no pude, claro, porque la duquesa me habría matado. Hablando del tema, la semana pasada se me echó encima una chica que estaba como un tren. Se me olvidó contártelo. Dirás que ya no estoy para estos trotes, Pav, pero te aseguro que ésta era despampanante. Tenía unas piernas de aquí a Sebastopol. Y no se cansaba de mí...

Pavel escuchaba sólo a medias mientras observaba las copias. La noche anterior había estado en un pub de Chalk Farm, intentando captar la energía de un nuevo grupo de rock a través de una nube de humo. Aquellas imágenes eran sin duda más llamativas que los retratos de estudio que hacía para ganarse la vida, pero había calculado mal la profundidad de campo. Prefería la foto espontánea que le había hecho a una rubia con la que había coincidido en la barra, una chica con el pelo muy corto, al estilo francés, como Jean Seberg.

—Oye, alguien llama a la puerta —dijo Henry—. Vuelvo dentro de un momento, pero si ves que no, llama a la policía. ¡Ya voy, ya voy!

Su voz se desvaneció y los pensamientos de Pavel siguieron centrados en la rubia, que esa mañana había salido con sigilo de su piso dejando atrás un enredo de sábanas impregnadas de su olor. Antes de irse, le había pedido la cámara para hacerle a él una foto poscoito y, más por suerte que por pericia, le había quedado bastante decente. Examinó con imparcialidad su propio rostro en las imágenes resultantes, fijándose en la falta de simetría de sus ojos, en su angulosa nariz... No le daba gran importancia a su aspecto, pero sin duda cumplía su función, como atestiguaban las sábanas arrugadas. Lo consideraba una herramienta más de su oficio, como

sus manos, tan hábiles a la hora de trastear con cables e interruptores.

Pavel se preguntó de pasada cómo le había ido a Henry con la chica a la que acababa de mencionar, la que «estaba como un tren». Henry no solía tener éxito con las mujeres, a menos que se sintieran atraídas por las chaquetas de *tweed* y los pantalones de pana. Seguía aferrado al uniforme que ambos usaban en el colegio privado cuando tenían siete años, lo que probablemente explicaba muchas cosas...

Pavel miró a su alrededor. Algo no iba bien. A sus espaldas, el piso se había quedado muy silencioso. ¿Dónde estaba la voz ronca y engolada de su amigo?

—¿Hola? —exclamó.

Silencio.

¿No acababa de mencionar Henry que lo habían seguido al salir del Ivy? Pavel había ignorado automáticamente las alusiones de su amigo a las «fuerzas oscuras del *establishment*». Aun así, a Henry se le daba muy bien hacer enemigos y, al parecer, había hablado mal de la hermana de la reina en un restaurante público. Sintió una punzada de inquietud.

—¿Coxon? —Rememoró sus tiempos en el colegio, donde a todos los chicos los llamaban por sus apellidos. A todos excepto a él. «Michalowski» era demasiado «exótico», de modo que era «Michaels» para los profesores y «Mikes» para sus amigos. Se acercó al micrófono, que reposaba sobre un montón tambaleante de libros de la biblioteca sin devolver—. ¿Henry?

Le llegó un extraño sonido amortiguado a través del altavoz.

—¡Todos presentes y a punto! —exclamó Henry con la boca llena de migas—. Necesitaba coger algo de la lata de pasteles. Un bizcocho de frutas, de la boda del fin de semana pasado. El whisky me abre el apetito, y la señora Jones ha sido muy tacaña con los canapés. ¿Qué te estaba diciendo?

—Que alguien llamaba a tu puerta.

—Ah, sí. Era la vieja loca de abajo, que quería regañarme por bailotear con botas de tachuelas. O sea, por andar de puntillas y en calcetines por el parquet de mi casa. ¿De qué estaba hablando antes de eso?

—De la chica despampanante con unas piernas de aquí a Sebastopol.

—Eso te lo contaré más tarde. Creo que la tengo en el bote... pero, Dios mío, vaya con el cabaret de esta noche. El maldito Cole Porter otra vez. Tendré que mencionar algo en mi columna del viernes. Lo de siempre: «Encantadora, elegante, melodiosa...» Pura adulación. «Su Alteza Real, radiante, se acompañó al piano con el talento de una intérprete experimentada... Con el rubor en las mejillas de una joven novia...» El rubor, ¿qué te parece? Por Dios, cuánto me odio. ¡He dicho que cuánto me odio, Pav! ¿Sigues ahí?

Pero en esa ocasión era Pavel quien estaba ocupado respondiendo a unos golpes en la puerta de su casa. Su piso en Primrose Hill era relativamente céntrico, y no era raro que amigos a quienes habían echado de pubs y discotecas se presentaran allí en busca de un sofá donde pasar la noche. Sin embargo, para su sorpresa, vio a dos hombres con pantalones de peto y camisas de manga corta plantados ahí fuera, temblando ligeramente. El más joven de los dos sostenía una caja de herramientas por el asa.

—Disculpe las molestias, señor —dijo el mayor—. La joven de arriba tiene una fuga en la tubería de la cocina. Hay agua por todas partes y no encontramos la llave de paso. ¿Por casualidad no sabrá dónde está?

A Pavel le extrañó ver a unos fontaneros a esas horas de la noche. Sabía que la encantadora señora Hughes, que vivía encima, tenía un bebé. Lo último que necesitaba era una cocina inundada.

—Bueno, la mía está en un armario del cuarto de baño —explicó —. Es un sitio extraño, lo reconozco. Resulta difícil alcanzarla.

—Ya hemos mirado ahí. ¿Le importaría enseñarnos la suya, por si no hemos sabido localizarla?

Pavel les indicó por señas que entraran, justo cuando la voz de Henry resonaba a sus espaldas:

—¡En serio, Pav! No creo que sea capaz de escribir eso. Necesito otro trabajo. ¿Crees que el *Socialist Worker* me contratará?

El mayor de los dos hombres se quedó en el umbral, con aire avergonzado.

—¿Tiene compañía? Disculpe, señor, no queremos molestarlo.

—No, no —lo tranquilizó Pavel—. Pasen.

Los precedió por el estrecho pasillo hasta la sala de estar.

—No me estás escuchando. ¡Voy a colgar! —amenazó Henry—. La verdad es que no paras de soltarme reproches, cuando lo único que pretendo es hablar en nombre del ciudadano de a pie.

Todos miraron hacia el altavoz, y a los fontaneros se les iluminaron los ojos al ver el montaje. El joven sonrió y miró a Pavel con un gesto de aprobación. El mayor se acercó al teléfono, como si pretendiera examinar la instalación. Pero, para sorpresa de Pavel, apretó la tecla de colgar, dejando a Henry a media frase.

—¡Eh! —exclamó Pavel.

El hombre se volvió en redondo, dio dos atléticas zancadas hasta él y le arreó un gancho tan fuerte en la mandíbula que Pavel oyó cómo le retumbaba el cerebro dentro del cráneo.

El dolor llegó después del estupor. Se le doblaron las piernas y se vino abajo. Sus manos trataron de aferrarse al aire.

De modo que, al final, había sucedido. Debería haber prestado más atención. En cuanto los tuvo delante, debería haberse dado cuenta, pero estaba pensando en la señora Hughes, la del piso de arriba. En su bebé, en su cocina inundada... Seguramente era así como se salían con la suya.

Al caer al suelo, notó que lo agarraban del antebrazo y sintió el brusco pinchazo de una aguja a través del algodón almidonado de la camisa. Tenía la visión borrosa, como si los dos hombres estuvieran nadando por encima de su cuerpo y sólo pudiera verlos a través del agua. Intentó rezar, pero no le salieron las palabras.

—Bonita configuración de altavoces —comentó el hombre más joven, en ruso.

—Cállate —le espetó el mayor.

Segundos después, el mundo se redujo hasta convertirse en un puntito y se volvió negro.

PRIMERA PARTE

Sangre y natillas

1

Domingo, 26 de marzo de 1961

La reina iba con el príncipe Felipe en el asiento trasero del Daimler, y su hermana y su flamante marido los seguían en el coche de atrás. El trayecto desde el palacio de Buckingham hasta Euston no era largo, pero a Isabel le daba la oportunidad de ponerse un poco al día con el papeleo.

Esa mañana había visto en sus cajas unas notas de su secretaria privada adjunta que deseaba leer con particular atención. Se trataba de un informe sobre los Kennedy, que iban a cenar con ella al cabo de unas semanas. El nuevo presidente estadounidense y su esposa acaparaban todos los titulares en esos días. Los rodeaba un aura de encanto que le recordaba a sus primeros tiempos como jefa de Estado. Pero aunque ya sabía bastante sobre él —al fin y al cabo, el padre del presidente había sido embajador en el Reino Unido—, apenas sabía nada sobre su esposa, más allá de los titulares de los periódicos, en los que nunca confiaba.

Sabía que Jackie Kennedy, de soltera Bouvier, era guapa y glamurosa, pero ¿y como persona? ¿Era inteligente, curiosa, simpática? ¿Le gustaban los perros, por ejemplo? (Ay, esperaba que sí.) ¿Anglófila? Era importante que todo saliera bien durante esa

visita, de modo que se esmeró en hacer los deberes mientras el coche recorría Grosvenor Place a un ritmo majestuoso.

Joan McGraw, la secretaria privada adjunta, había incorporado al expediente una cantidad considerable de material. La reina se sorprendió al leer que la primera dama había estado en la Sorbona durante un año mientras cursaba su carrera universitaria en Vassar. Había ganado un concurso para trabajar en la revista *Vogue* en Nueva York, una oferta que por algún motivo había rechazado, y había terminado escribiendo para el *Washington Times-Herald*. Válgame Dios. Una mujer de letras. Inteligente, desde luego, y curiosa, sin duda. Siguió leyendo. ¿Qué tipo de cosas escribía la señorita Bouvier?

Se sobresaltó de tal forma que Felipe levantó la vista de sus propios documentos, alarmado.

—¿Todo bien, tontorrona?

—Perfectamente —respondió ella mirando al frente.

—Es evidente que no. ¿Qué estás leyendo?

—Sólo un pequeño informe sobre la señora Kennedy. Es muy... interesante.

Felipe sonrió.

—¡Ah! ¡Jackie! Bueno, supongo que yo también debería leerlo, ¿no te parece? ¿Qué dice?

Se inclinó y ella le tendió a regañadientes el expediente abierto. Felipe echó un vistazo rápido a los primeros párrafos, asintiendo y enarcando una ceja. Entonces estalló.

—¡Maldita sea! ¿Esto es verdad? El primer artículo que publicó fue... —Hundió un dedo en el papel—. «¿Es la princesa Isabel tan guapa como la pintan?» ¿Qué narices es esto?

—Lo escribió en 1951, durante nuestra primera visita a Washington.

—Sí, ya veo. ¡Menuda tontería! Se suponía que era una literata, una erudita. A un hombre nunca se le pasaría por la cabeza escribir sobre semejante chorrada, por Dios.

—A un hombre nunca le pedirían que lo hiciera —señaló la reina. Había pasado más tiempo del que podía recordar con magnates de la prensa, y eran precisamente esas cosas las que querían que escribiera una mujer.

—¿Y lo eras? —quiso saber Felipe.

—¿Qué?

—¿Tan guapa? Según el artículo.

—Joan no lo ha incluido. Dice que no lo encontró, sólo vio el titular en un índice.

Felipe asintió con la cabeza.

—Mmm. Muy prudente por su parte. —Volvió al expediente—. ¡Ah! Aquí está Jackie otra vez, escribiendo sobre la coronación. La señorita Bouvier vino ex profeso a Londres para presenciar la ceremonia. Tiene debilidad por ti, Lilibet. Oh, mira, también consiguió un par de exclusivas, según Joan. Por lo visto, el día de la coronación quisiste empezar a primera hora y tus damas tuvieron que levantarse a las tres de la madrugada para peinarse y ponerse las tiaras a tiempo. ¿Es cierto?

—Recuerdo que fue bastante temprano, sí.

—Y eso de la corona... Alguien le contó que le habían puesto una marca en secreto para que el arzobispo no te la pusiera al revés, como hizo con tu padre. ¡Ja! La chica tenía buenas fuentes, fueran quienes fuesen. Es un detalle tonto, pero por lo menos es cierto.

La reina recordaba vagamente que una de sus damas de compañía había invitado a una pareja de jóvenes estadounidenses a alojarse en su casa de Mayfair. Henriette le había contado que lo habían pasado en grande en Londres, asistiendo a las mejores fiestas y bailes de la coronación. Era algo que ella, personalmente, no había podido hacer. Estaba demasiado ocupada ensayando para el gran día. ¿Sería Jackie la que se había alojado allí? Qué casualidad, ¿no?

—¿Qué hizo después? —le preguntó a Felipe, que seguía curioseando en el expediente.

—Se comprometió con el futuro presidente de Estados Unidos, se casó y formó una familia. Su carrera periodística empezó y terminó contigo, querida.

Felipe sonrió con satisfacción y le devolvió la carpeta.

Tras superar el denso tráfico de Hyde Park Corner, el coche giró hacia Piccadilly. Pasaron por delante de la casa en la que Isabel había sido tan feliz de niña. Desde aquel precioso edificio georgiano —que daba al palacio de Buckingham, al otro lado de Green Park—, solía saludar con la mano al rey, al que llamaba «abuelo Inglaterra».

Pero la casa de su infancia había quedado arrasada por el bombardeo de Londres durante la guerra, y seguía siendo un mero montón de escombros cuando Jacqueline Bouvier acudió a cubrir la coronación. La reina evocó todos aquellos años de privaciones y sacrificios. Menos mal que los estadounidenses habían acudido finalmente al rescate (a diferencia del señor Kennedy padre, como una no podía evitar recordar, que se había marchado de Londres en cuanto comenzaron los bombardeos y no parecía demasiado

interesado en derrotar a los alemanes). Sin embargo, el país estaría en deuda con Estados Unidos durante décadas.

¿Tenía motivos Felipe para mostrarse tan satisfecho?, se preguntó. Cuando el «abuelo Inglaterra» era rey, podía afirmarse que Londres era el centro del mundo. Gran Bretaña dominaba los mares, y todas las naciones extranjeras se inclinaban ante su supremacía. Ahora ya no era así. Cuando el presidente Kennedy visitara el país, lo haría en calidad de aliado poderoso y admirado por todos, respaldado por una economía, una industria y una supremacía técnica y financiera que todos los demás países envidiaban. Y lo haría acompañado de su elegante esposa, ex alumna de Vassar y en algún momento corresponsal real.

Esa visita en el mes de junio iba a ser muy importante. La reina esperaba de verdad que a Jackie Kennedy le gustaran los perros.

2

Hubo un tiempo en la vida de Joan McGraw, entre el final de la guerra y unos cuatro años atrás, en el que un viaje por la costa oeste en el tren real podía considerarse todo un acontecimiento, un plato fuerte. Algo que esperar con ilusión.

Pero ese día, mientras esperaba en la estación de Euston, la secretaria privada adjunta de la reina estaba diciéndose que, en la actualidad, un acontecimiento consistía en un viaje en avión de Katmandú a Teherán, y un plato fuerte, en un paseo en elefante por Bombay. Unos días de navegación por el Mediterráneo en el yate real *Britannia* era algo que esperar con ilusión. A esas alturas, el tren real era, simplemente, un medio de transporte cómodo. ¿Y en qué se había convertido ella misma? En una mimada, sin duda; siempre ocupada, y más feliz de lo que tenía derecho a esperar.

El hombre alto y guapísimo plantado junto a ella en el andén se inclinó para susurrarle algo al oído:

—¿Qué vas a hacer el próximo martes? Porque yo...

—Chist.

La reina acababa de aparecer en la entrada del gran vestíbulo, seguida de su marido, su hermana Margarita —que llevaba un par de terriers blancos sujetos con correas— y, cerrando la marcha, la

intrigante figura del nuevo marido de Margarita, Anthony Armstrong-Jones.

Era la hora del té del domingo antes de Pascua, cerca del equinoccio de primavera. La luz de la tarde se derramaba a través de las altas ventanas del vestíbulo, iluminando las columnas griegas que le daban el aire de un templo dedicado a los dioses ferroviarios victorianos. El edificio no tardaría en ser demolido: lo echarían abajo para hacer sitio a algo más práctico y moderno. Joan pensó con tristeza que el hombre que estaba con ella tenía el aspecto de un dios griego. No costaba imaginar que fueran a hacerle una estatua.

La reina les dedicó una breve sonrisa al pasar junto a ellos. El príncipe Felipe parecía tener la cabeza en otra parte. Detrás de él, Margarita no paraba de fruncir el ceño y mirar por encima del hombro como si buscara a alguien, mientras que Tony Armstrong-Jones caminaba con la cabeza gacha y las manos a la espalda, incómodo ante toda aquella atención. Continuaron hacia el andén, donde los esperaba el tren real.

Mientras estrechaban la mano del jefe de estación y charlaban con él, Joan echó un vistazo rápido al tren. Entre la locomotora y el furgón de cola, ese día había ocho vagones —coches-salón, como solían llamarse—, incluido el compartimento con camas, cerca de la parte delantera, donde dormiría ella. Viajaban a Lancashire, donde la reina tenía previsto pronunciar un discurso al día siguiente en una convención sobre minería del carbón. Entretanto, la princesa Margarita y su marido tomarían un par de vagones hacia Glasgow para realizar una breve visita oficial, y desde allí irían a Balmoral, donde se tomarían un descanso un poco más largo.

—Diría que es una mezcla un poco extraña, ¿no? —comentó el dios griego, también conocido como Dominic Stonor, el secretario de prensa de la reina.

—¿El qué?

—El tren. Me refiero a que algunos vagones resultan muy elegantes, con la decoración y los distintivos en rojo oscuro y todo eso, pero otros, en cambio, parecen salidos de los tiempos de Noé.

—¿Su especialidad no eran las arcas?

—Ya, pero parecen de esos tiempos, o por lo menos de antes de la guerra. De la Primera Guerra Mundial, por la pinta que tienen. Supongo que viajar ahí es incomodísimo, ¿no? Es mi primera vez.

—Pues es sorprendentemente agradable, la verdad —le aseguró Joan.

—¿Qué es agradable? —intervino otra voz, más ronca.

Ésta pertenecía a Miles Urquhart, subsecretario privado de la reina desde hacía mucho. Se comportaba con la rígida prestancia de un hombre cuya labor consistía en estar en presencia de la grandeza.

—El trayecto, por lo visto —respondió Dominic con una jovial ausencia de rígida prestancia—. Fíjense en el humo que sale de la locomotora. Muy romántico, ¿no creen?

—¿Romántico? —repitió Miles Urquhart, observando el vapor cargado de hollín.

—Me refiero a que es... «el tren real» y todo eso. Y a los coches-cama. —Dominic sonrió—. Me recuerda a aquel poema de Auden, ya saben... «Éste es el tren correo nocturno que cruza la frontera, *traca-traca*, y lleva cheques y giros postales.» Aunque no es que vayamos a hacerlo. Cruzar la frontera, quiero decir. Por cierto, ¿quién es el bombón?

Urquhart frunció el ceño.

—¿A quién se refiere? —preguntó con arrogancia.

Joan reprimió una sonrisa. El personal nunca se refería a las mujeres de la comitiva real como «bombones».

—La mujer del visón —explicó Dominic, mirando hacia el vestíbulo —. La que viene hacia nosotros. Cabello rubio ceniza, cuerpo de maniquí, labios suaves y carnosos...

Todos miraron a la recién llegada, que caminaba contoneándose como Marilyn Monroe. La seguía un mozo con un carrito lleno de maletas.

Urquhart la miró fijamente y Joan adivinó que no era de su agrado.

—Es Sandra Pole. Pero sin duda no...

—¡Caramba! Pues no tiene muy buena reputación. —Dominic sonrió, encantado—. ¿Va a subir al tren con nosotros? ¡Estupendo!

—Está más loca que una cabra —murmuró Urquhart—. No se puede confiar en ella. Vaya a averiguar qué hace aquí, ¿quiere, Joan?

Joan se apresuró a abordarla.

—Disculpe —dijo deteniéndola en seco—, ¿es usted Sandra Pole?

La mujer del visón miró a Joan de arriba abajo. Le brillaban los ojos.

—Culpable. ¿Y quién demonios es usted?

—La secretaria privada adjunta de Su Majestad —explicó Joan.

Una ceja perfectamente depilada se levantó medio centímetro.

—Ah, conque la secretaria... Ya veo.

Joan ocultó su irritación. Unos años atrás, solían confundirla con la mecanógrafa que había sido en el pasado. Hoy en día, cada vez más

gente entendía que ella también ocupaba un puesto de responsabilidad en la Secretaría Privada de la reina; de hecho, era una de sus confidentes más cercanas.

—No quisiera ser grosera, pero... ¿qué hace usted aquí?

—Vaya, pues para no querer ser grosera, le está saliendo de maravilla —repuso Sandra con tono burlón—. Soy la dama de compañía de la princesa Margarita.

—Me parece que no.

La otra ceja se alzó para unirse a la primera.

—¿Perdone?

—La princesa tiene dos damas de compañía —explicó Joan—. Y las conozco a las dos.

—Pues qué suerte la suya —respondió Sandra con frialdad—. Pero en lo que concierne a este viaje, me toca ejercer como tal, y le agradecería un poco de respeto.

No obstante, miró por encima del hombro de Joan hacia el selecto grupito de personas que se encontraba en el andén, y comprendió que su interlocutora estaba más cerca de la reina de lo que había creído.

—Si necesita usted saberlo —cedió—, lady Muriel se olvidó anoche de que se adelantaban los relojes, y hoy, al ver que llegaba tarde, debe de haber corrido por su casa como un pollo sin cabeza, porque se ha caído por las escaleras y se ha roto la clavícula tontamente. Lady Jane estaba atrapada en el campo y la princesa necesitaba a alguien que pudiera hacer las maletas a toda prisa y sustituirla en el último momento para cuando llegara a Glasgow. Me lo ha pedido a mí y... *voilà*. Así que me temo que les toca aguantarme. Y el

comandante Urquhart puede dejar de mirarme con esa cara de pocos amigos, como si fuera hecha una facha. Tome.

Llevaba lo que Joan había supuesto que era un manguito de piel de tono pálido con la cabeza del animal todavía adherida, pero resultó ser un perrito muy vivo que ahora, de pronto, estaba en brazos de Joan retorciéndose furiosamente.

—Supongo que le gustan los perros.

—Prefiero los gatos —contestó Joan, intentando devolvérselo sin éxito.

—¡Vaya por Dios! —Sandra se cruzó de brazos—. Según mi madre, sólo se puede confiar en la gente a la que le gustan los perros. ¿Cómo se llama?

—Joan McGraw.

—Bueno, pues no parece nada digna de confianza, Joan. Más bien parece alguien que no querría que testificara en mi contra en un tribunal. Mire, ya llego tarde. La princesa me espera. Se llama *Conchita*.

—¿La princesa Margarita?

—No, tonta. Mi chihuahua. Es un encanto, pero está muy nerviosa y necesita ir al baño de señoritas.

Justo en ese momento, el maquinista hizo sonar el silbato con su correspondiente ráfaga de vapor y Joan notó que algo caliente le manchaba la chaqueta y su nueva blusa de seda. La perra la fulminó con la mirada, sin ninguna señal de arrepentimiento, y Joan vio cómo Sandra se alejaba contoneándose por el andén, seguida por el mozo.

3

—¿Quién demonios es esa monada del abrigo de visón? —preguntó Hattie Cowell mientras el tren salía de la estación.

Hattie era una de las doncellas de la reina y viajaba en el mismo compartimento que Joan, en el segundo vagón, tras el coche restaurante del personal.

—Se llama Sandra Pole y está aquí para atender a la princesa Margarita.

Joan estaba ocupada en cambiarse de ropa mientras la chihuahua le gruñía por lo bajo desde la manta de la litera superior. Le contó a Hattie lo del cambio de hora, la clavícula rota y la llamada de auxilio en el último momento.

—¿Y la perra?

—Creo que van en el mismo paquete.

Hattie entornó los ojos. Los perros de la realeza eran bienvenidos en todas partes, incluso cuando mordían, pero otros cánidos solían estar mal vistos.

—Pues más le vale andarse con ojo. Ya me cae mal.

—¿*Conchita*? —preguntó Joan.

—Sí. Tiene una mirada desagradable. En cualquier caso, gracias por los chismes sobre Sandra Pole. En el vagón restaurante estarán encantados de oírlos.

Joan se alegró de haber sido útil. Los chismes eran la mejor moneda de cambio en la corte real: como los cigarrillos en las prisiones, según la información fidedigna que tiempo atrás le había proporcionado un joven aristócrata rebelde con experiencia en ambos ambientes.

—Y esa señora Pole tampoco me convence —añadió Hattie.

—¿Por qué no?

—Por la forma de su falda.

Joan se rió mientras se alisaba el liguero y se subía la cremallera de su propia falda ajustada de *tweed*, copia de un diseño reciente de Chanel.

—No es tan distinta de la mía.

Hattie negó con la cabeza.

—Oh, sí que lo es. Le he echado un buen vistazo cuando le entregaba el abrigo al mozo. Un pelín demasiado ajustada en los muslos y tres centímetros y medio más corta de lo debido. Se le veían las rodillas. Ni Jackie Kennedy llegaría tan lejos.

Joan soltó un suspiro. En esos tiempos, todo el mundo quería ser como la nueva primera dama. Ella misma había pensado en la señora Kennedy cuando le encargó ese traje a su tía, que era costurera... Pero le había quitado casi todo el toque sexy en aras del decoro.

—A la señora Pole le sentaba muy bien —admitió.

—He ahí la cuestión —repuso Hattie—. Demasiado bien. Le causará problemas, ya lo verás.

En el cuarto vagón se hallaba el salón de la oficina privada de la reina. Miles Urquhart se instaló en su escritorio en el compartimento diurno y escuchó cómo el tren subía resoplando la pendiente de Camden Bank. Quizá Dominic tenía razón: había un toque romántico en el *traca-traca* de las ruedas sobre las vías; en la sensación de que la locomotora humeante los guiaba en su viaje como una criatura viva que escupiera fuego; en la promesa de una noche segura y tranquila en una cama sencilla.

Aun así, Miles echaría de menos la sensación de ir meciéndose hasta quedarse dormido que solía tener en el tren nocturno a Balmoral. Este viaje era más corto y, al cabo de sólo unas horas, se habrían detenido para pasar la noche en una tranquila vía muerta al este de Liverpool. No quedaba muy lejos, pero viajar de esa manera significaba que Su Majestad podía celebrar una cena de trabajo durante el trayecto, antes de llegar a Lancashire por la mañana fresca como una rosa.

También significaba que el subsecretario privado podría continuar con su jornada laboral mientras cruzaban la campiña británica. El compartimento era amplio y cómodo, decorado con sencillez y amueblado con un escritorio digno de un cortesano de alto rango y suficientes sillas para una reunión de oficina.

Normalmente, el hombre que se sentaba allí era sir Hugh Masson, el secretario privado. Sin embargo, el fin de semana anterior sir Hugh había sufrido un insólito accidente artístico durante sus vacaciones: se cayó del lugar un tanto precario que había elegido para plasmar una escena alpina en acuarela, y se lesionó el cuello. En ese momento se encontraba en el hospital de Harley Street, recuperándose de sus lesiones. Una de las tareas de la casa real era

asegurarse de que el escritorio de sir Hugh estuviera siempre idéntico a como lo dejaba él mismo en su despacho del palacio de Buckingham, al margen del lugar al que viajara. Ese día, como quien estaba al mando era Miles, era su propio escritorio el que habían replicado en el vagón, con su bandeja de entrada y su bandeja de salida de documentos ya parcialmente llenas a las once y a la una respectivamente, su secante al frente, sus materiales de lectura a su izquierda, su tintero a la derecha y su reloj de mesa favorito en el ángulo justo, junto al teléfono. Este último sólo funcionaba cuando el tren estaba en una estación o en una vía muerta, pero, la verdad, resultaba agradable permanecer incomunicado mientras estaba en tránsito. Le daba a uno la ocasión de pensar.

Y los pensamientos de Miles se desviaban de forma inevitable hacia Sandra Pole. Sin duda, Joan McGraw había cometido un error al elegirla, ¿no? Joan solía acertar con esas cosas, como Miles bien sabía, pero esto era indignante. La princesa Margarita necesitaba a una asistente sensata y con experiencia. Sandra tenía fama de frívola, tonta y muy poco fiable. Sus padres eran muy formales, gente de campo, del condado de Sussex, amigos de los suyos, y Miles había ido a cazar con ellos muchas veces. El padre de Sandra estaba podrido de dinero, pero eso no impedía que la chica fuera una cleptómana que aparecía con frecuencia en las listas de vigilancia de Harrods, Fortnum’s y Dickins & Jones. Solía montar a caballo y salir de cacería como una posesa hasta que se casó; a partir de entonces, su marido le prohibió ir al campo por su propia seguridad, por si se rompía el cuello. Su Mercedes descapotable había sufrido accidentes en todas las carreteras de Knightsbridge, según sabía Miles. Si la princesa lograba pasar las siguientes

veinticuatro horas sin que su supuesta dama de compañía provocara algún desastre, sería un milagro.

Con un gruñido, Miles cogió la primera carpeta de su bandeja de documentos. Le gustaba pensar que llevaba con soltura el peso del cargo sobre los hombros, pero no era fácil ser el consejero principal —al menos por el momento— de la mujer cuyo padre había heredado el mayor imperio de la historia. Corrían tiempos difíciles. Al oeste y al este, Estados Unidos y Rusia estaban dando muestras de su poderío. En África, los países hacían cola para obtener la independencia, y había que asegurarse de que no recurrieran a los comunistas en busca de apoyo. En casa, se estaba gestando un humillante escándalo de espionaje a puerta cerrada. Se necesitaban grandes mentes para moverse con agilidad por un terreno tan pedregoso. (¿Podían las mentes moverse con agilidad? Miles tenía la sensación de que la suya sí.)

La cuestión era que Miles era muy consciente de estar cargando con una responsabilidad adicional. Desde el asunto de los asesinatos de Chelsea unos años atrás —más o menos cuando Joan se había incorporado a la oficina privada—, la gente lo miraba con un nuevo respeto. No estaba seguro de qué había hecho exactamente, pero algo en su forma de ser inspiraba confianza a la policía y al MI5. Le contaban sus secretos, y él tenía la sensatez de guardarlos. Su madre le decía que la reina tenía mucha suerte de que estuviera a su lado, y aunque él era demasiado modesto para llegar tan lejos, debía admitir que las cosas habían salido bien.

Si algo salía mal ese día, Su Majestad podía confiar en él para solucionarlo. Rezó por que nada saliera mal.

En el compartimento contiguo, Dominic Stonor, sentado en el estrecho sillón junto a la cama, se sentía culpable. Se esperaba que el personal doméstico trabajara duro para ganarse las lentejas y, con el sol de la tarde brillando en las afueras de la ciudad al otro lado de la ventanilla, se suponía que debía ayudar a atender a un par de invitados en el tercer vagón. Pero el joven secretario de prensa estaba a mitad de una novela muy emocionante que lo tenía enganchado como una droga.

Sólo unas páginas más, para asegurarse de que el héroe llegaba vivo al final del capítulo. Dominic las pasó más rápido de lo que realmente deseaba, y acababa de llegar a una escena de tremendo suspense cuando llamaron a su puerta.

La abrió y se encontró con una melena rubia y un par de ojos brillantes que lo miraban fijamente desde el pasillo. Era el bombón de antes, la chica de labios suaves y carnosos, mirándolo con una cálida sonrisa que casi sin duda le hizo ruborizarse.

—Ah, hola... ¿Y esto qué es? —preguntó bajando la mirada hacia el objeto que la chica llevaba en las manos.

—Mi nueva cámara. ¿Le gusta? —La levantó para enseñársela—. Es una réflex japonesa de objetivo único. No sé qué significa eso, pero es mucho más lista que yo. Por cierto, soy Sandra —añadió, tendiéndole la mano.

—Dominic —se presentó él.

—Hola, Dominic. Es usted oficial, ¿verdad? ¿Cree que a la reina le importaría que hiciera algunas fotografías? Este tren es extraordinario. Esperaba terciopelo rojo y dorados por todas partes, pero en realidad es como estar en un hotel bastante anodino.

—Yo no le diría eso a Su Majestad —aconsejó él—. Diría que los dorados y el terciopelo rojo pasaron de moda con la reina Victoria. A Su Majestad le gusta la sencillez.

—Para un tren privado.

—Para un tren privado —confirmó él—. Y, por cierto, sí.

—¿Sí qué?

—Sí le importaría. Lo de las fotos.

—¿En serio?

Los labios carnosos se volvieron aún más tersos. ¿Tenía los ojos azules o ligeramente grises? Era difícil asegurarlo con aquella luz. Dominic se sintió tentado de decir que sí a todo lo que deseara esa mujer, pero no era lo que haría el héroe de su novela. James Bond sabía lidiar con las mujeres hermosas, incluso con la encantadora Domino, sin duda.

—Me temo que sí.

—Menudo rollo. —Sandra se encogió de hombros—. Bueno, ¿y no podría enseñarme el camino hasta el vagón de la princesa Margarita? El mío es un aburrimiento. Un hombre ha intentado entablar conversación conmigo sobre el ahorro que supone el horario de verano, y otro me ha preguntado, literalmente, si creía que el mundo estaba a punto de acabar. Y la verdad es que, en su compañía, sin duda querría que así fuera.

—Oh, ¿comparte vagón con los invitados?

—Si puedo evitarlo, no —respondió ella—. Ahora mismo, lo que más me gustaría es mostrarle a Tony a mi nueva amiguita. —Dio unos golpecitos sobre la cámara automática.

—¿Le ha dicho la princesa que puede unirse a ellos? —quiso saber Dominic—. Se supone que debemos reunirnos a las siete para tomar

unas copas. Y sólo son... —consultó su reloj— las cinco y media.

—Sí, dijo que me uniera a ella lo antes posible —contestó Sandra, con sus ojos de un azul grisáceo como lagos cristalinos de la más pura franqueza.

—Bueno, pues por aquí, sígame. —Señaló hacia la parte trasera del tren, pero justo entonces oyeron unos pasos rápidos a sus espaldas. Dominic se volvió y vio cómo se acercaba Joan desde la locomotora con un pequeño animal bajo el brazo.

—La estaba buscando —le dijo a Sandra—. Aquí tiene a *Conchita*.

—Pero creía que usted iba a...

—Me temo que estoy ocupada. Todos lo estamos.

Sandra frunció el ceño.

—¿No hay un lacayo o alguien que pueda...?

—Quizá pueda pedirlo usted misma.

Dominic se preguntó por qué Joan estaba siendo tan tajante. No era propio de ella. Entonces se percató de que ahora llevaba un traje de *tweed* verde con el collar de perlas, en lugar del azul de antes, y de que a todas luces ella y el animal tenían una relación incómoda. Supuso acertadamente que la pequeña *Conchita* había hecho de las suyas, y esbozó una sonrisa compasiva.

—Vamos. Ya llevo yo a *Conchita*. —Volvió a indicar el camino—. Sandra, después de usted.

4

En su vagón, en la cola del tren, la reina seguía adelante con su papeleo, ajena al mundo exterior. El escritorio de su compartimento diurno era pequeño y funcional, con espacio para unas cuantas carpetas y un teléfono. Felipe había dicho una vez, con tono de aprobación, que le recordaba al escritorio de un oficial naval a bordo de una fragata. Nada que ver con el escritorio del secretario privado ni con su propio Chippendale en el palacio de Buckingham, pensó la reina, un verdadero paraíso de papeles, libros y fotografías de sus parientes, perros y caballos favoritos. Allí podía mostrarse expansiva. Aquí le gustaba ser concisa.

Había dejado a un lado el expediente Kennedy para centrarse en asuntos más urgentes. La caja roja de ese día venía llena de informes de la Alta Comisión Británica sobre la reciente visita a India y Nepal, y de preguntas de la embajada en Roma sobre su próximo viaje a Italia (que esperaba con mucho interés), junto con una consulta de Norman Hartnell sobre la longitud del velo que llevaría para reunirse con el papa. Debajo de todo eso, había una solicitud del ministro de Tecnología, que pedía más dinero para la investigación sobre vuelos espaciales no tripulados, junto con una larga nota del Tesoro en la que se explicaba por qué no iban a concedérselo. Por último, se incluía la nota informativa sobre la visita

del día siguiente a Preston, donde la flor y nata iba a reunirse para discutir el futuro de la industria del carbón.

La reina leyó la nota dos veces y se dio cuenta de que se le nublaba la vista. La había escrito alguien de la Oficina del Gabinete en una prosa muy densa, llena de referencias a déficits y descentralización, huelgas y epidemias de gripe. También aludía a la escasez generalizada de mano de obra masculina, pero ella no podía culpar a esos hombres: ¿por qué bajar a una mina peligrosa y sucia cuando se podía trabajar en una fábrica limpia y cómoda? La industria del carbón era importantísima, por supuesto. Había impulsado a la nación durante la Revolución Industrial y hasta bien entrado el siglo xx. Impelía incluso a aquel mismísimo tren. Una estaba agradecida ante semejante contribución, pero en su reciente estancia en la India había visitado varias presas hidroeléctricas y algunas de esas fábricas futuristas. En la era de los cohetes espaciales, la minería del carbón parecía de repente más del pasado que del futuro. (¿Y qué longitud de velo era la apropiada, en esos tiempos, para una visita al papa? ¿Debería el Reino Unido invertir en vuelos espaciales no tripulados cuando, por definición, eso significaba no enviar a ningún británico al espacio?) Justo estaba cerrando la caja cuando el lacayo de guardia llamó a la puerta para anunciar la llegada del duque de Edimburgo.

Felipe entró en su saloncito.

—Bien, Lilibet, ya has terminado. ¿Había algo divertido?

—Una puesta al día sobre la producción de carbón y acero.

—¿Ilustrada con bailarinas?

—En absoluto.

Felipe le apretó los hombros.

—Vamos, tesoro. Tomaremos una copa dentro de veinte minutos. Por cierto, ¿sabes quién es ese bombón, la amiga de Margarita? Me la han presentado como Sandra no sé qué.

—Sandra Pole. Es la dama de compañía suplente de Margarita. Se casó con Nigel.

—¿Aquel tipo de la RAF? Ya decía yo que me sonaba el nombre. Pues Sandra nos ha estado enseñando su nueva cámara, que por lo visto tiene tecnología japonesa. A Tony le ha encantado. Tengo la sensación de que se va a comprar una.

—¿No tiene ya suficientes cámaras?

—Un fotógrafo profesional nunca tiene suficientes cámaras —respondió con vehemencia Felipe—. Es como si tú tuvieras suficientes caballos de carreras. Por cierto, la chica tiene unas piernas extraordinarias.

—¿Ah, sí? —Algunas veces, muy raramente, su marido olvidaba que la reina era una mujer. A una le gustaba creer que sus propias piernas no eran terribles.

—Lleva una falda demasiado corta —añadió él, más a modo de observación que de crítica—. Y tiene unas rodillas muy bonitas. Pero su perro es horrible: tiene aterrorizados a los terriers de Sealyham, y eso que abulta la mitad que ellos.

—Los pequeños suelen ser los peores —repuso la reina—. Espera... ¿Sandra ha traído a su perro a bordo?

—Por lo visto, le pareció que al maldito bicho le gustaría pasar unas vacaciones en Escocia. ¿Y a quién no?

Bueno, pues sí. Qué suerte la de Margarita y Tony. La estancia en Balmoral tras su visita a Glasgow del día siguiente sería como una

segunda luna de miel para ellos. Qué suerte también la de Sandra, que los acompañaría.

—¿Y Sandra no debería estar ayudando a entretener a los invitados? —preguntó la reina.

—Al parecer, tu hombre de la Junta del Carbón es un pelmazo de tomo y lomo, y el tipo de la BBC, un ave agorera de primer orden. Sandra dice que ha huido al camarote de Margarita en busca de refugio. Es una chica divertida; me cae bien.

La reina sonrió, pero su mente seguía centrada en las rodillas. Según su madre, que había visto a Sandra varias veces, tenía las piernas perfectas para bajarse de un coche deportivo... y el cerebro perfecto para estrellarse con él. Era evidente que el cerebro no le funcionaba del todo bien porque, para empezar, Sandra se había casado con el teniente coronel Nigel Pole, uno de los hombres más arrogantes de su generación. Ella tenía veintiún años en aquel momento y era muy guapa, recordaba la reina; ahora debía de rondar los treinta, y él, como mínimo, los cuarenta y cinco. Pobre mujer. A pesar de las rodillas, la reina se sentía predispuesta a ser amable.

En ausencia de Sandra y del secretario de prensa lector de novelas, la tarea de entretener a los invitados del tercer vagón mientras los miembros de la realeza andaban ocupados había recaído en Joan y la dama de compañía de la reina, lady Sarah. El lesionado y ausente sir Hugh había invitado a los hombres en cuestión con la intención de que procuraran, respectivamente, «información» y «entretenimiento», y era posible que en su hábitat natural fueran en

efecto capaces de hacerlo. Pero el pobre hombre de la Junta del Carbón había sucumbido a una dolencia común entre las personas a punto de conocer a la reina: un nerviosismo extremo que le impedía formar frases coherentes. Y los nervios del tipo de la BBC parecían funcionar al revés: era un joven productor de televisión llamado Peter Vernon, tan seguro de sí mismo que casi rayaba en la agresividad.

—Son ventanas de claristorio, ¿verdad? —le comentó a lady Sarah.

Ella y Joan fruncieron educadamente el ceño.

—Me refiero a esas ventanas altas de la parte superior. Verán, es que mi padre es un forofo de los trenes —continuó Vernon—. El vagón está hecho de teca, y solía utilizarlo el bisabuelo de Su Majestad. Es toda una pieza de museo.

—Vaya, pero qué listo es usted —soltó lady Sarah—. Aquí llamamos a este coche el salón «semirreal». Nos gusta porque es bonito y amplio, e ideal para circular con bebidas. Por cierto, ¿le apetece otra taza de té?

—No, gracias. Por supuesto, dentro de unos años, todos viajaremos en *vactrain* y con *maglev*.

—¿Perdón?

—Tecnología de vacío y electromagnética —aclaró Vernon—. Ya está bastante avanzada. Los vagones como éste sólo servirán para leña.

—Madre mía.

—Es probable que acabemos deshaciéndonos de toda la red ferroviaria, para serles franco. Si vivimos para verlo, claro.

—Sí, ya lo ha mencionado antes —repuso lady Sarah con voz tensa.

Vernon asintió.

—Quiero decir que el mundo entero pende de un hilo, ¿no? ¿Han leído *La hora final*?

Joan, que había leído la novela de Nevil Shute, fingió que no. El tipo de la Junta del Carbón negó con la cabeza. Lady Sarah tragó saliva.

—No creo.

—Da miedo. El argumento trata sobre la posibilidad de sobrevivir a una guerra nuclear o, más bien, de no sobrevivir a ella. ¿Y *Alerta roja*, de Peter George?

—Eh... no.

—Va más o menos de lo mismo, pero se centra en la estrategia bélica. Trata sobre un general de la Fuerza Aérea de Estados Unidos que se rebela y consigue iniciar una guerra por su cuenta, a pesar de que todo el mundo intenta impedirlo. Resulta aterrador lo realista que es.

Lady Sarah, que era una mujer de mucho carácter, hizo un heroico intento de cambiar de tema, y les contó a todos una larga historia sorprendentemente divertida sobre el día en que fue arrestada durante un intento de golpe de Estado en Asia.

Joan, que ya había oído la historia varias veces, agradeció ese momento de respiro y dejó vagar sus pensamientos. Sintió cómo la invadía una repentina e inesperada oleada de nostalgia. Tenía que ver con el paisaje verde y marrón que se divisaba más allá de la ventanilla, y cayó en la cuenta de que conocía muy bien ese tramo de la línea ferroviaria que atravesaba las colinas de Chiltern: era la ruta del «tren de la leche» que iba de Euston a Bletchley Park durante la guerra, la que todos tomaban para volver a sus

cuartuchos tras un fin de semana de cenas y bailes en Londres —si los bombardeos lo permitían—, agotados, eufóricos y agradecidos por seguir vivos.

Peter Vernon creía saberlo todo sobre la guerra, pero para él era un ejercicio intelectual; sin duda era todavía un niño cuando estalló la última guerra. Joan era entonces una joven oficial que trabajaba en el Servicio Femenino de la Marina Real, y las intensas emociones de aquellos días volvieron a recorrerla ahora: se vio rodeada de amigos, trabajando duro en algo importantísimo y desesperado, sin saber si sobreviviría a esa noche, a esa semana o a ese año.

Antes de la guerra, era una chica de diecinueve años huérfana de madre, hija de un bedel de la Universidad de Cambridge, con una rebelde melena pelirroja, aficionada a los crucigramas y con facilidad para los idiomas, todo lo cual jugaba en su contra entre los estudiantes de la época. En aquellos momentos, no tenía ningún futuro. Y de repente, a los veintidós, era una chica de uniforme, con un novio en la RAF al que quería mucho y un trabajo que consistía en descifrar los misterios del código Enigma en las instalaciones más secretas del país. Su vida había progresado a un ritmo vertiginoso, como lo hacía ahora la campiña ante sus ojos. No era de extrañar que aquel paisaje la transportara al pasado.

En los meses posteriores a Bletchley, Joan había sido trasladada y ascendida a un par de lugares más secretos incluso, y luego había tenido que ver cómo un superior rencoroso echaba por tierra su carrera. Su novio, como tantos otros, cayó derribado sobre Francia. Doce años después, estaba soltera e instalada en Londres, donde se ganaba la vida a duras penas, hasta que tuvo la suerte de conseguir un trabajo de mecanógrafa en el palacio de Buckingham. Entonces,

un día, había ayudado a la reina a recuperar un discurso perdido... Y ahora, aquí estaba.

Lady Sarah acababa de llegar al final de su historia sobre el golpe de Estado. El hombre de la BBC se volvió para preguntarle a Joan si a ella también le había sucedido algo tan interesante.

—Oh, no, no —respondió ella con una sonrisa y negando con la cabeza—. Por desgracia, nada en absoluto. Pero dígame, ¿a qué se dedica usted en el barrio de White City? Debe de tener toda clase de anécdotas que contar sobre la televisión.

Por fin, justo a tiempo, llegó Dominic Stonor.

A las siete menos cinco, la reina se había puesto un vestido de noche apropiado y se había cepillado el cabello. Con el fin de que el personal dispusiera de la libertad y el espacio necesarios para preparar el vagón restaurante, los cócteles se sirvieron en el salón semirreal. Tras recoger a Margarita, a Tony y a Sandra Pole por el camino, la comitiva real cruzó el vagón restaurante y el coche-salón de la oficina privada para llegar hasta allí.

Miles Urquhart los condujo al interior y la reina se encontró frente a dos hombres de rostro ceniciento y vestidos de etiqueta, uno alto y barbudo y el otro, bajo, con el pelo rizado y gafas, junto con Joan, Dominic y Lady Sarah. El más alto parecía a punto de enfrentarse a un pelotón de fusilamiento, mientras que el bajo parecía perfectamente capaz de formar parte de él.

La reina se acercó al alto y lady Sarah intervino:

—¿Puedo presentarle a Stanley Hill, señora, asesor de la Junta del Carbón? Sé que estaba deseando conocerlo.

Isabel se dispuso a dirigirle unas palabras de bienvenida para tranquilizarlo, pero Margarita se adelantó y, con un brillo malicioso en los ojos, exclamó:

—Oh, la Junta del Carbón, ¡qué maravilla! Nos fascina el carbón. ¡Cuéntenoslo todo!

El señor Hill le lanzó una mirada de puro terror y empezó a balbucir estadísticas sobre la producción de acero, aferrando el pañuelo con los nudillos blancos, hasta que alguien llegó con una bandeja de martinis.

Dándole a su hermana un codazo enguantado en las costillas, la reina le aseguró al pobre hombre que tendrían tiempo de sobra para hablar de todo eso durante la cena, y le preguntó por sus pasatiempos favoritos. Resultó que era un gran aficionado al ballet, pues su hija era bailarina. Margarita y él se habían enzarzado en una animada conversación sobre la próxima visita del Kirov a París, cuando de pronto se abrió la puerta trasera del compartimento y apareció el mozo de cámara de la reina con un terrier de Sealyham blanco en brazos.

Todos se volvieron para mirar al recién llegado y al perrito.

—¡*Pippin*! —gritó Margarita—. Arthur, ¿qué ha pasado?

—Nada grave, señora —respondió el mozo—. Lo han mordido. Ha habido una pequeña pelea.

—Madre mía. ¿Dónde?

—En el vagón de Su Alteza.

—Quiero decir que dónde lo han mordido... Pobrecito. —Esto último se lo dijo al perro, no al mozo de cámara.

—En la oreja, señora. —Arthur le señaló un rasguño—. Me temo que ha salido malparado. He llevado a *Johnnie* a su dormitorio, para

que esté a salvo.

—¿A salvo?

—Por si la chihuahua de la señora vuelve a atacar. —Señaló con la cabeza a Sandra, quien, de pie entre el príncipe Felipe y Dominic, tenía los ojos tan abiertos como los demás mientras aferraba una copa de martini con una mano de manicura perfecta.

Margarita la fulminó con la mirada y se volvió hacia Arthur.

—¿Adónde lo llevas?

—Me dirigía al vagón restaurante del personal, señora. Allí habrá alguien que pueda socorrerlo, con acceso a yodo y esas cosas.

—¿Y quién se encarga de *Conchita* mientras tanto?

El mozo cambió el peso de un pie a otro.

—Nadie, señora. Me temo que todo el mundo está bastante ocupado en este momento.

—Ya veo. —Margarita volvió a mirar a Sandra con indignación—. Ve a buscar a tu perra y ocúpate de ella —le espetó—. Te dije que no la trajeras.

—¡Pero en Escocia se portará de maravilla! —protestó Sandra—. Adora el tartán.

—Ahora —insistió Margarita.

El mozo de cámara se encaminó hacia la locomotora con el terrier, mientras Sandra se marchaba en dirección contraria.

Tras la conmoción por la entrada de Arthur y la visible furia de Margarita, por un instante los que quedaron atrás se vieron incapaces de continuar con sus triviales conversaciones. Para alivio de la reina, Dominic Stonor intervino para relajar el ambiente.

—Estoy leyendo una novela de espías tremendamente emocionante —les contó a los reunidos.

—Vaya, ¿y cuál es? —quiso saber la reina.

—Se titula *Operación Trueno*. Es la nueva novela de James Bond. Sale a la venta la semana que viene. He tenido la suerte de conseguir un ejemplar anticipado porque mi hermana trabaja en Jonathan Cape. Es buenísima.

—Espero que sea mejor que *Dr. No* —murmuró Miles Urquhart—. Era una auténtica chorrada.

—¿No dijo Kennedy que era admirador de Fleming? —señaló Stonor en defensa del autor.

—¿De verdad dijo eso?

—La semana pasada.

—Es extraordinario que el presidente de Estados Unidos lea novelas de espionaje, ¿verdad? —comentó lady Sarah—. ¿De qué trata?

Stonor tomó la palabra con una sonrisa llena de confianza. La reina se dijo que se parecía un montón a un joven Errol Flynn, cosa que no jugaba en absoluto en su contra.

—Va de un tipo llamado Emilio Largo que ha robado una bomba nuclear —explicó—. Dos, de hecho, y las esconde en su yate en las Bahamas para poder...

—¿Esconde bombas en un yate?

Stonor frunció el ceño ante aquella interrupción a media frase. La reina se volvió para saber quién había intervenido, y vio que era el productor bajito y con gafas de la BBC. Sir Hugh le había asegurado que era «inteligente y divertido», pero ponerse quisquilloso con los detalles de una novela popular no era ninguna de las dos cosas, en opinión de Isabel. Lady Sarah lo observaba con nerviosismo. Sandra Pole lo había llamado «ave agorera», ¿no? Ay, madre mía.

—¿Y por qué demonios hace algo así? —insistió el ave agorera.

—Bueno, se supone que son bastante grandes, creo...

—¿Bombas nucleares, nada menos? Es lo que tienen algunos de esos escritores de novelas baratas, ¿no? —Vernon se encogió de hombros con dramatismo—. Corremos un grave riesgo de asomarnos al Apocalipsis... discúlpeme, majestad... y ellos lo convierten en simple entretenimiento.

—Debo decir que me apetecía bastante entretenerme un poco —murmuró ella, pero su voz quedó ahogada por el rico timbre de barítono de su subsecretario privado.

—Ah, pero piénselo bien. Las Bahamas están a un tiro de piedra de Cuba. Imagínense que el presidente Castro adquiriera unos misiles nucleares y los instalara a pocos kilómetros de Estados Unidos —dijo Urquhart—. ¡Es posible que el señor Fleming sepa algo que nosotros no sabemos!

—Kennedy ya tiene suficientes problemas con Castro sin la necesidad de meter armas nucleares en el asunto —intervino Felipe —. Me sorprende que lo haya aguantado tanto tiempo. Eisenhower no lo habría hecho, sin duda.

La reina intentó llamar la atención de su marido, porque hablar de política antes de la cena siempre resultaba un desastre, pero Felipe se lo estaba pasando demasiado bien con sus compañeros, y ellos parecían convencidos de que el mundo estaba a punto de acabarse a menos que el nuevo presidente dejara de leer novelas e hiciera algo al respecto.

—El problema consiste en la posición en que nos encontramos nosotros —metió cuchara el ave agorera—. El Reino Unido, quiero

decir. Tenemos algunas mentes brillantes, pero si no invertimos en serio en nuevas tecnologías, seremos meros segundones.

—¿Misiles o cohetes espaciales? —preguntó Dominic.

—Bueno, ¿no es ésa precisamente la cuestión? —repuso el ave agorera, y la reina, que no estaba segura de cuál era la cuestión, renunció a regañadientes a averiguar más sobre las aventuras de James Bond en las Bahamas, que era justo lo que le apetecía saber a esas alturas de la velada.

Miró a Tony Armstrong-Jones y él le guiñó un ojo. Era algo insólito; pocos hombres hacían eso con ella. Pero Tony parecía saber lo que estaba pensando. Se acercó a ella y le dijo en voz baja:

—Si no estamos todos muertos para cuando llegue Pascua, señora, sé de una revista de variedades que va a venir a Londres. La vi en un teatro alternativo en Edimburgo el verano pasado. Hablan del Apocalipsis, pero de forma cómica. O sea, reír para no llorar. Oh, miren quién ha vuelto. Espero que *Conchita* haya recibido el castigo que merece.

Sandra Pole les dirigió una mirada despreocupada y aceptó un cóctel de la bandeja del lacayo.

—¿Cómo está el monstruito mexicano? —le preguntó Tony.

Sandra miró a la princesa Margarita, que le había dado la espalda a propósito. Apuró el cóctel de un trago.

—Si te refieres a *Conchita*, está dormida, en realidad —le dijo a Tony—. Como la dulce criaturita que es. La he instalado en mi compartimento, y no estoy del todo segura de que ella fuera la culpable. Es un animalito muy tierno, y esos Sealyham son enormes... Sí, me encantaría tomar otro, gracias... —Le hizo un

gesto con la cabeza al criado y extendió la mano para aceptar otro martini—. ¿De qué estaban hablando?

—Del fin del mundo —respondió Tony.

—Madre mía, qué horror. —Sandra miró al ave agorera—. Entonces no me he perdido nada.

En ese momento, sonó el gong de la cena y la reina emprendió la marcha hacia el vagón restaurante real, seguida por los demás.

5

En el exterior ya no se veía el sol sobre el horizonte y el cielo estaba adquiriendo un tono lavanda oscuro. Los apliques en las paredes derramaban en el salón comedor una luz cálida y acogedora, mientras entre las flores de la mesa parpadeaban las velas y de la cocina contigua les llegaban los sonidos nítidos y eficientes de la vajilla.

La mesa se había puesto para diez personas, con la reina sentada a un extremo y Felipe al otro. Los hombres se alternaban con las mujeres, y el personal de alto rango se mezclaba con la familia y los invitados, salvo en el caso de Dominic Stonor, para quien no había sitio esa noche. La reina se llevó una decepción. Tras su breve intervención en el cóctel, le parecía que se echaría en falta su presencia.

En su lugar, habían sentado a su izquierda al señor Hill, de la Junta del Carbón, para que pudiera hablar con él como era debido; al fin y al cabo, para eso estaba allí. Joan se sentaba entre el señor Hill y Tony Armstrong-Jones, con lady Sarah junto a Felipe en el extremo opuesto. Frente a ellos, Margarita se sentaba a la izquierda de Felipe, junto al agorero de la BBC (pobre Margarita). Sandra Pole se hallaba entre él y Miles Urquhart, situado a la derecha de la reina.

La etiqueta exigía que la reina hablara primero con el hombre a su izquierda, de modo que, cuando les sirvieron unos platillos de mousse de salmón, se volvió hacia el señor Hill. Ahora parecía un poco más relajado, y durante cinco minutos habló con razonable elocuencia sobre los temas principales de la gran convención del día siguiente.

A su derecha, se percató de que su subsecretario privado adjunto preguntaba cortésmente por el marido de Sandra y recibía como respuesta, en voz bien alta, que tenía intención de divorciarse de ella. Ay, Dios. A Sandra se le había ido la mano con los martinis. Más allá, el hombre de la BBC hablaba con Margarita sobre misiles balísticos intercontinentales. Cuando llegara a casa, la reina tendría unas palabras con sir Hugh acerca de él.

Stanley Hill le contó a la reina un poco más sobre la minería de pozos de perforación. Ella intentaba concentrarse, pero incluso el propio señor Hill parecía distraído por Miles Urquhart y Sandra Pole. Miles tenía una voz potente por naturaleza, y la de Sandra era insólitamente vivaz esa noche. Para alivio de la reina, por lo menos su conversación había derivado a la reciente visita real a la India. Sandra quería saberlo todo al respecto. La reina captó alguna frase suelta de Miles sobre la majestuosidad del Taj Mahal en Agra y el batiburrillo en tecnicolor de Benarés.

Entonces el señor Hill se detuvo a media frase. Tenía la vista fija en Sandra al otro lado de la mesa y su ceño fruncido por la preocupación hizo que la reina mirara también. Sandra tenía los ojos vidriosos. Su copa de vino ya estaba vacía y un lacayo se acercaba para rellenarla.

—¡Lo sé! —le dijo Sandra a Miles, hundiendo un dedo en el esmoquin de Miles—. ¿No fue usted quien mató al segundo tigre?

—¿El segundo tigre?

La reina captó cómo Miles se ponía rígido en su asiento. Casi pudo ver cómo se le erizaba el bigote.

Sandra ignoró las señales, dio un sorbo a su copa recién servida y continuó alegremente.

—Oh, mi padre habló de ello el fin de semana pasado. Dijo que el duque... —miró hacia el extremo de la mesa, donde estaba sentado el príncipe Felipe— le había disparado a un tigre en la India mientras usted andaba de gira. Me parece muy bien, vale, pero no fue muy deportivo, puesto que el pobre bicho estaba prácticamente atado a un poste.

—No solemos hablar de los tigres —advirtió Miles en voz baja, apretando los dientes.

«Oh, no», pensó la reina, «de los tigres no». Incluso la política y el divorcio eran temas mejores, probablemente.

Pero Sandra continuó como si Miles no hubiera dicho nada.

—Y luego se supone que el duque le pegó un tiro a otro en Nepal. Pero... ¿no acababan de nombrarlo presidente del Fondo Mundial para la Naturaleza?

—No exactamente —gruñó Miles—. Era de la filial en el Reino Unido.

—Bueno, cuénteme qué problemas tienen con la mano de obra —pidió la reina al señor Hill.

Pero mientras él le respondía, la reina rememoraba su estancia como invitados del rey Mahendra en Katmandú. Por Dios, qué pesadilla diplomática había supuesto aquella cacería de tigres. A los

nepalíes les parecía muy natural proponer una actividad que, en su día, había constituido uno de los momentos más destacados de cualquier visita importante. Su abuelo había abatido en persona veintiún tigres en Nepal sin ningún problema, pero eso había sido décadas atrás, y los tiempos sin duda habían cambiado, al menos en Occidente, y Felipe estaba muy interesado en liderar los esfuerzos para gestionar la conservación de la vida silvestre. Era una de sus causas más sinceras. Pero ¿cómo negarse cuando docenas de elefantes ya estaban acorralando al animal?

La reina se arriesgó a mirar de nuevo a su derecha. El pobre Miles parecía también un tigre acorralado. La reina intuyó que tenía verdaderas ganas de matar a Sandra.

—Nuestros anfitriones se tomaron muchas molestias para organizar aquellas partidas de caza —lo oyó explicar entre dientes—. Habría sido desastroso decirle que no al rey, después de todo el esfuerzo que había invertido.

—Oh, ya lo sé —admitió Sandra—. Pero como dijo mi padre, si eres un pez gordo del Fondo Mundial para la Naturaleza, pegarle un tiro a un tigre puede parecer una desgracia, pero disparar a dos parecerá una imprudencia. ¡Ja! Sólo que, según las noticias, en Nepal... —Sandra hizo una pausa para tomar otro sorbo— el duque se había lesionado el dedo índice.

—Así es.

La reina casi podía sentir el pánico desesperado de Miles. Ya se habían llevado la mousse de salmón y, a esas alturas, otros comensales abandonaban sus propias conversaciones para escuchar.

—De modo que no pudo participar, ¿no? —Sandra estaba lanzada, ajena al hielo que prácticamente escarchaba las ventanas del salón

—. A mi padre le pareció que lo manejó usted de maravilla... con lo de asistir a la primera cacería en la India y tomar una foto muy bonita, y luego, la segunda vez, con un dedo lesionado, «ay, lo siento mucho, ¿qué se le va a hacer?». Y entonces le dan el arma del duque al ministro de Relaciones Exteriores, sólo que él no sabe ni disparar, y finalmente lo hizo usted, Miles, ¿no? ¡Fue el héroe! ¡Felicidades! Pobre tigre, sin embargo.

Para entonces, todas las demás conversaciones habían cesado e incluso los sirvientes miraban fijamente a la dama. La reina dirigió un cauteloso vistazo a su marido en el otro extremo de la mesa. Felipe guardaba un peligroso silencio. Era obvio que había oído cada palabra. Dejó su vaso de agua con gran precisión y Sandra, que por fin se daba cuenta de lo que había hecho, se echó atrás contra el respaldo de su silla, preparándose para lo peor. Parecía una niña asustada.

—Podría decirle a su padre —declaró Felipe ante una sala silenciosa, pronunciando cada palabra con mucho cuidado— que se guarde para sí sus opiniones sobre mis actividades de caza. No acompaño a mi esposa en las giras reales por países extranjeros sólo para proporcionarle historias divertidas para sus fiestas.

—Pero yo... —Sandra había palidecido. Parecía consternada—. Lo siento, señor —musitó—. Lo he dicho sin pensar.

—No piensa mucho, ¿verdad? —le espetó Felipe.

Ella echó la silla atrás y se levantó, algo que tampoco debía hacerse mientras la pareja real siguiera sentada.

—Me parece que tengo un poco de frío —declaró—. Voy a buscar algo de abrigo, si me disculpan.

Salió a toda prisa del vagón restaurante y no regresó hasta pasados más de diez minutos, durante los cuales se sirvió el siguiente plato, el tema de la conversación cambió y el hombre de la BBC se quedó cruzado de brazos y sin nadie con quien hablar.

La reina paseó la vista por la mesa y evaluó los daños.

Felipe, que al principio había estado de muy buen humor, seguía siendo un volcán a punto de entrar en erupción. Joan y lady Sarah lucían la sonrisa forzada de quienes sólo desean que la tierra se los trague. Margarita había apartado su copa de vino y parecía molesta e indispuesta. Tony Armstrong-Jones se debatía entre la sorpresa y la diversión, y el hombre de la Junta del Carbón tenía aspecto de haber sido golpeado con un bate de críquet, mientras que el tipo de la televisión, sentado al lado de la silla vacía de Sandra, claramente tomaba notas mentales para futuras anécdotas propias.

Fue Miles quien rompió el silencio para dirigirse a la reina. Se deshizo en disculpas por todo el asunto.

—Esa mujer es un desastre andante, señora. Créame, he intentado detenerla, pero me ha sido imposible hacer nada; es como si estuviera poseída. No me extraña que su marido se haya hartado.

—Vaya —repuso la reina—. ¿Es por eso...?

—Sí, claro. He sabido de buena fuente... —Miles bajó la voz y se inclinó hacia ella— que Nigel ha planteado con sumo pesar la idea de internarla en una institución. Como gesto de bondad, ya me entiende. Yo tampoco diría que sea para tanto, pero... —Carraspeó y guardó silencio.

Sandra había regresado por fin, y ahora estaba sentada muy tiesa en su silla ante un plato de filete Wellington que ya se estaba

enfriando. Era evidente que había estado llorando y que se había olvidado de coger una prenda de abrigo.

Durante los postres volvió a reinar la tensión. Cuanto más se esforzaba Miles Urquhart por no volver a mencionar al segundo tigre, más le costaba contenerse.

—Por mucho que digan algunas personas, los aldeanos a quienes aterrorizaba aquella bestia se sentían agradecidos. Debíamos ser educados con nuestros anfitriones. Al rey Mahendra le pareció un gesto honorable, y yo sólo cumplía con mi deber. Y...

Desesperada por cambiar de tema de una vez por todas, la reina lo interrumpió.

—Gracias a Dios, ahora nos vamos a Italia... ¿No le parece, Miles? Por lo menos nadie va a pedirle que liquide al papa.

—¿Cómo ha ido? —le preguntó Dominic a Joan cuando ella asomó la cabeza en la puerta de su compartimento veinte minutos más tarde. Se había alegrado de que no hubiera sitio para él en la mesa del comedor y, de hecho, había disfrutado leyendo su libro, acompañado de un excelente sándwich de jamón de la cocina y un par de Benson & Hedges de una de las cajas de cigarrillos del salón semirreal.

—Ha sido sangriento. Peor de lo que esperaba. —Joan parecía mustia.

—¿Cómo? ¿Por qué?

—El tigre —repuso ella en tono tristón.

—Maldita sea. No habrá sido Sandra, ¿no?

—Por supuesto que sí. Creo que le parecía divertido, hasta que el duque le ha explicado que no lo era.

—Oh, Dios mío...

Dominic se acordó de Nepal con un estremecimiento. El incidente del tigre había sido su primera prueba de fuego como nuevo secretario de prensa. Había tenido que lidiar con las preguntas de los periodistas durante semanas.

—Creo que lo manejaste muy bien —comentó Joan—. Por cierto, ¿cómo le va a James Bond?

Dominic tenía sentimientos encontrados.

—A la adorable chica la están torturando para obtener información. Preferiría que el señor Fleming no disfrutara tanto infligiendo dolor a las personas, pero creo que el señor Bond acudirá al rescate tarde o temprano.

—Me sorprendes. En fin, vente a tomar una copa de oporto o brandy; sólo estamos nosotros, Miles y el tipo de la BBC. La familia real está a salvo en sus vagones y todos los demás se han ido a la cama.

—¿Incluida Sandra?

—Especialmente Sandra. Ha empinado demasiado el codo y parecía agotada. Nada de copas después de cenar para la señora Pole.

—Vaya por Dios.

Mientras él apagaba el cigarrillo, se oyó un largo siseo y el traqueteo de las ruedas al aminorar el ritmo sobre las vías. Dominic ya había corrido las cortinas para ocultar la oscuridad del exterior, pero notaron cómo el tren reducía la velocidad y se detenía finalmente con una sacudida. Había llegado sin novedad al apartadero y todo estaría tranquilo durante la noche.

6

Una locomotora de vapor es una criatura que necesita cuidados. Hay que acostarla con delicadeza y ocuparse durante toda la noche de su caldera. Apareció un guardanoches a tal efecto, para que el maquinista y el fogonero pudieran dormir. En sus manos, la locomotora emitía curiosas y tranquilizadoras bocanadas de vapor. Debajo de los vagones, las bolsas de hielo que proporcionaban el aire acondicionado crujían de vez en cuando al derretirse lentamente.

Dentro del tren, las criadas, los lacayos, los cocineros y los mayordomos se instalaron en las atestadas literas del personal, mientras los invitados y los encargados de vestuario, los ayudas de cámara y las damas de compañía se ponían cómodos en sus pequeños compartimentos. Joan y Hattie comentaron lo más destacado de la velada, susurrando y riendo juntas. Miles Urquhart se dio un baño relajante para distender los músculos que tanto había contraído durante la cena. *Pippin*, el terrier de Sealyham, soñaba con perpetrar una terrible venganza contra la demasiado confiada *Conchita*. El príncipe Felipe se preguntaba qué novela de Ian Fleming debería leer para poder mantener una conversación con fundamento con el señor Kennedy si se presentaba la ocasión. La reina intuía que algo había ido mal en la cena, más allá del

Apocalipsis y de las desafortunadas elecciones de Sandra Pole en lo tocante a temas de conversación, y no podía dormir de tanto darle vueltas al asunto.

Una pequeña falange de agentes de policía patrullaba silenciosamente las vías a lo largo de los apartaderos. Hacía una noche clara, casi sin nubes; no era mal momento para hacer unas cuantas horas extra. A su alrededor, nada se movía, salvo algún murciélago o gato salvaje. La luna gibosa y creciente recorría poco a poco el cielo estrellado.

7

Joan se despertó sobresaltada, sin saber dónde estaba ni por qué había una pared junto a su almohada. Por unos instantes, pensó que se encontraba en una habitación de invitados en Pakistán o Gujarat, hasta que recordó que se trataba de un tren en una vía muerta a las afueras de Warrington. Seguía parado, pero los ronquidos de Hattie Cowell en la litera inferior parecían capaces de alimentar a la locomotora por sí mismos.

Joan se arriesgó a abrir la cortina lo justo para consultar su reloj, que le reveló que eran casi las cinco de la mañana. Técnicamente podía dormir una hora más, pero sabía que no volvería a conciliar el sueño con la respiración sinfónica de Hattie, de modo que cogió el quimono de seda verde y se deslizó hasta el suelo. Luego recorrió el pasillo sin hacer ruido en busca de una taza de té.

Suponía que a esas horas de la mañana el comedor del personal estaría vacío, pero no era así. Había una persona sentada a solas a una mesa para cuatro a la derecha del pasillo. Tenía la cabeza gacha y el rostro sumergido en la penumbra, pero su melena rubia y la bata acolchada de satén color melocotón delataban que se trataba de Sandra.

—Hola —saludó Joan con cautela.

Sandra levantó la vista con el ceño fruncido.

—Maldita sea. Esperaba que fueras Dominic.

Joan vio que estaba muy pálida, incluso bajo la tenue luz de la madrugada.

—Siento decepcionarte. ¿Estás bien? —le preguntó—. ¿Ha pasado algo?

Sandra negó enérgicamente con la cabeza.

—No, no estoy bien. No he dormido. —Miró a Joan con curiosidad —. Quizá me servirás. Supongo que puedo confiar en ti.

—Ayer me dijiste que parecía el tipo de persona en la que no podías confiar.

—¿Eso dije? —preguntó Sandra con fingida ingenuidad—. Es posible que dijera que no parecías digna de confianza, pero lo que quería decir es que tienes pinta de ser alguien que siempre hará lo correcto, incluso cuando sea incorrecto. Pareces... —buscó la palabra adecuada— difícil de persuadir. Y ahora mismo, eso es lo que necesito. La gente te dirá que estoy loca, pero no debes creerles.

—Lo que yo necesito es un té —repuso Joan con firmeza—. Vuelvo dentro de un momento.

—Tráeme uno —ordenó Sandra—. Con azúcar. Dicen que va bien para el shock.

En el compartimento de la cocina, un cocinero soñoliento atendió su petición. Joan regresó poco después con una bandeja con mantelito de lino sobre la que había una tetera, un colador de plata, leche, un azucarero, agua caliente extra, dos tazas de té con escudo en sendos platillos y una bandeja de galletas de jengibre caseras. Los sirvientes reales nunca hacían las cosas a medias, ni siquiera a las cinco de la mañana.

Observó cómo Sandra, delgada como un palillo, echaba tres terrones de azúcar en su té.

—Estabas diciendo que la gente me dirá que estás loca —le recordó Joan.

Sandra revolvió el té, hizo una mueca al probarlo y notar el sabor del azúcar y luego dio otro sorbo más. Finalmente, respondió:

—Así es.

—¿Y eso por qué?

—Porque anoche vi un asesinato.

Se hizo el silencio. Joan se quedó sin habla. Sandra apuró su taza de té y se sirvió otra.

—¿Un asesinato? —repitió Joan por fin—. ¿Aquí, en el tren? No te referirás a *Conchita*, ¿verdad? ¿La ha atacado uno de los Sealyham?

—¡No, no me refiero a *Conchita*! Me refiero a un hombre. Y no fue en el tren. Ahí fuera... —Sandra señaló con su mano huesuda las sombras del exterior.

—¿Un asesinato?

—¡Sí! ¡Ya te lo he dicho!

—¿En las vías muertas? ¿Y el cadáver continúa todavía ahí?

—¡No, claro que no! —exclamó Sandra, enfadada—. Fue unos kilómetros atrás, antes de que parásemos aquí para pasar la noche. Por casualidad, estaba mirando por la ventana cuando pasábamos cerca de un lago o unas lagunas o algo así, y el agua tenía un tono rosáceo bajo el sol, y luego pasamos por una trinchera y, al salir, el terreno se niveló y había un claro entre los árboles y vi a dos hombres en el extremo de un campo... No, eran tres... Y cargaban con otro hombre, uno por un extremo y los otros dos por los pies. Lo sujetaban de brazos y piernas y lo balanceaban como si fuera una

comba. Lo soltaron y el tipo voló por los aires y desapareció en una montaña de abono o algo así.

Sandra guardó silencio y clavó en Joan una mirada desafiante.

—¿Cuándo fue eso? —quiso saber Joan, dividida entre la gráfica imagen de la comba y el carácter alucinatorio del resto.

—Anoche, ya te lo he dicho. Después de cenar.

—¿No era ya noche cerrada? —se preguntó Joan—. Estuvimos de sobremesa hasta las nueve, como mínimo.

—Supongo que sí. —Sandra bajó la mirada y titubeó un poco—. Pero con el cambio horario, en realidad sólo eran las ocho. Había bastante luz, si te acuerdas.

—No lo creo —contestó Joan frunciendo el ceño—. Cuando caminábamos hacia el vagón restaurante, recuerdo que pensé que ahí fuera estaba ya muy oscuro. Apenas se veía nada. No entiendo cómo...

—¡Maldita sea! —Sandra dio un puñetazo en la mesa. Joan se sorprendió al ver cómo afloraban lágrimas a sus ojos—. ¡Tienes que creerme!

Aquello no era lo que Joan esperaba a las cinco de la mañana. Vaya numerito... ¿Había estado Sandra viendo pelis de Hitchcock?

—Lo siento —insistió con delicadeza—. Es que no tiene mucho sentido.

—No fue... No fue exactamente después de cenar, tienes razón —se corrigió Sandra—. Cuando volví a por mi chal, después de... de que el príncipe Felipe... —Se mordió el labio y le brillaron aún más los ojos—. Después de la historia del tigre me sentía un poco... ay, no sé... Había dicho algo inapropiado y no me encontraba bien. Cuando llegué a mi compartimento, fui a apoyar la cabeza contra la

ventanilla... Y allí estaban. —Parpadeó y clavó la mirada en los ojos de Joan—. Tienes que creerme.

Pero la historia no se sostenía, ni siquiera con el cambio de hora y la leve diferencia de tiempo.

—¿Tenías la luz encendida en tu compartimento?

Sandra dudó un instante.

—No.

—¿Por qué no? —quiso saber Joan.

—Porque... me dolía la cabeza. Me sentía mal, ya te lo he dicho, no me encontraba nada bien.

Al menos eso tenía sentido. Con la luz encendida, habría resultado imposible ver nada.

—¿Y a qué distancia dirías que estaban aquellos hombres?

—¡Ay, no lo sé! —Sandra hizo un gesto desdeñoso con la mano—. Se me da fatal calcular distancias. ¿Cien metros? ¿Cincuenta? ¿Cuánto mide un campo? Pues eso.

—¿Y eran tres? Me refiero a los hombres.

—Sí. Con el muerto entre ellos.

—¿Estás segura de que era un cadáver? Podría haber sido, no sé, un saco de patatas. Con esa luz...

Sandra negó con la cabeza.

—¡Era un cadáver humano! ¡Fue un asesinato! ¡Lo juro!

—Si creíste que era un asesinato —insistió Joan—, ¿por qué no dijiste nada a tu regreso?

Sandra pareció aterrada. Se llevó las palmas de las manos a las sienes.

—Debería haberlo hecho. ¡Pero es que no podía creerlo! —Miró a Joan con ojos suplicantes—. No quería interrumpir la cena, de modo

que traté de convencerme de que no había pasado nada. ¡Pero sí que pasó! He estado toda la noche pensando en ello. Es como si ese hombre me estuviera llamando, desde dondequiera que esté... el hombre comba. Me necesita. Necesita que sea valiente, ¿entiendes? Por el bien de su familia, o algo así, no lo sé. Y entonces he pensado: «Nunca me creerán. ¡A mí, nada menos!»

Joan se dio cuenta de que Sandra seguía mirándola a los ojos. Hasta ese momento, solía desviar la mirada varias veces cuando acababa de hablar. Era un hábito común de los mentirosos evitar ver la reacción ante la mentira. Joan lo había aprendido durante su servicio de guerra, cuando había interrogado a oficiales nazis en un lugar secreto llamado Trent Park. Sandra había mostrado antes conductas clásicas de disimulo, pero esta vez no. Sin duda había visto algo, o creía haberlo visto.

—¿Y por qué me lo cuentas hoy?

—Porque él está allí tirado, en ese... montón, o estercolero, o lo que sea, y quiere que lo encuentren. Lo necesita. Te necesita a ti. —Sandra se inclinó sobre la mesa y agarró a Joan por el brazo—. Me crees, ¿verdad?

Joan separó con suavidad los dedos de Sandra de la manga de su quimono.

La última parte era cierta, pero el resto no acababa de convencerla. La historia de Sandra tenía demasiados detalles y no cuadraban. Además, era como si estuviera protagonizando una obra de teatro del West End. De ser ése el caso, unos años atrás habría recibido aplausos, se dijo Joan. Hoy en día, el público solía preferir actuaciones más realistas.

—A ver si lo he entendido bien —repuso—. Estabas en tu compartimento después de haberte sentido indispuesta durante la cena...

—Fui en busca de mi chal —confirmó Sandra.

—Que no trajiste de vuelta —señaló Joan.

—¡Exacto! Estaba muy perturbada. En lo último en que pensaba era en el chal.

—Y eso sería alrededor de las ocho —continuó Joan—. A las ocho menos cuarto como muy pronto. Pese a la oscuridad, después de que el tren pasara ante una especie de laguna y cruzara una trinchera, viste a esos hombres en el extremo de un campo, a través de un hueco entre los árboles, junto a la vía.

—No estaba tan oscuro. Y sí, era un hueco bastante grande.

—Balanceaban algo entre ellos...

—Un hombre, sin la menor duda.

—¿Y lo soltaron justo en ese momento?

—¡Lo sé! ¿No es extraordinario? Quizá vieron el vapor de la locomotora, o la oyeron de repente cuando salimos del túnel, y eso los asustó.

—¿Les viste la cara? ¿Los reconocerías si los volvieras a ver?

Sandra frunció el ceño.

—No. Había oscurecido demasiado —admitió—. Y estaban bastante lejos. Pero, además, yo estaba centrada en el hombre al que mecían como una comba.

—¿Y crees que estaba muerto? ¿Cómo puedes estar segura?

—Porque estaba desnudo, iban a lanzarlo por los aires y no intentaba resistirse, y ¡su rostro! Dios mío... ¡su rostro! —La boca de Sandra formó una «o» perfecta. Miró a Joan por última vez y se

desplomó hacia delante con un gemido. Sus hombros se estremecieron.

El espectáculo había terminado. Joan fue en busca de ayuda.

8

—¿Que vio qué?

Joan intentó no centrarse en el hecho de que el subsecretario privado estaba de pie en la puerta de su compartimento con una bata de tartán y descalzo, mostrando unos dedos de los pies inesperadamente velludos.

—Vio cómo lanzaban a un hombre desnudo sobre una especie de estercolero —informó Joan.

—¡Que Dios nos asista! —exclamó Miles Urquhart—. ¿Cuántos martinis se tomó antes de cenar?

—Lo averiguaré.

—Era una pregunta retórica, Joan. La vi metérselos entre pecho y espalda con mis propios ojos. —Urquhart se ajustó la bata—. ¿Y dice que ese individuo estaba muerto? ¿Cómo lo sabe exactamente?

—Por algo en su rostro.

—Algo en su rostro. Ya veo. —El del propio Urquhart no parecía impresionado en lo más mínimo—. ¿Había demonios voladores? ¿Estaba allí la reina? ¿Había otras personas desnudas en ese sueño suyo?

Joan sabía qué quería decir, pero se mantuvo firme.

—No creo que fuera sólo un sueño, Miles. No sabría decir qué vio exactamente, pero está convencida de que fue real. —Por la forma

en que Sandra la había mirado al intentar explicarle por qué no había dicho nada en su momento, Joan había deducido que algo la había impactado muchísimo—. Dice que ocurrió alrededor de las ocho, cuando fue a buscar un chal. ¿Es posible que el maquinista también lo viera?

—¿Y que no dijera nada? —gruñó Urquhart—. Conozco a Howard Shaw. Es un buen hombre, y lleva en la British Rail desde que se fundó. Esa mujer... con ella siempre pasa algo. Su marido es un santo, no me extraña que quiera divorciarse de ella; me sorprende que haya aguantado tanto tiempo. Bueno, vístase. Luego venga a buscarme y haremos unas cuantas preguntas. Ah, y entretanto, meta a la señora Pole de nuevo en su camarote con ese bicho suyo tan irritante y, si es posible, cierre la puerta con llave.

Joan asintió. Ya le había pedido a Hattie que hiciera compañía a Sandra. La doncella estaba ahora con ella, en el compartimento donde dormía Sandra, intentando calmarla con más té y un trago de brandy. Con suerte, eso cumpliría el objetivo principal de evitar que hablara con nadie más hasta que averiguaran qué había pasado realmente la noche anterior.

Tal como Urquhart había previsto, Howard Shaw, el maquinista, se mantuvo firme.

—No sé de qué habla la señora. ¿A las ocho de la tarde, dice? Eso sería entre Crewe y Runcorn. No hay lagunas por allí. En cualquier caso, ya era de noche, o quizá no estaba del todo oscuro, pero con la luz encendida del compartimento por la ventana sólo podría ver siluetas. Y, de todos modos, yo no podía ver mucho más allá de las

vías, por los taludes; y ella tampoco, supongo. ¿Tres hombres, dice, y un saco o algo así?

—Sí, algo así, no podemos estar completamente seguros —repuso Urquhart con mucho tacto y compartiendo la expresión escéptica del maquinista—. Me temo que es todo lo que puedo contarle. —Le había dicho a Joan que no estaba dispuesto a hablar de cuerpos desnudos vistos por un miembro de la comitiva real. La cosa ya era bastante mala, mejor olvidar ese detalle.

El subsecretario privado estaba ahora completamente vestido y bien afeitado, y Joan intuyó que le gustaba creerse en cierta medida un Hércules Poirot, con un bigote igualmente impresionante. Se había sentado en un sillón de su despacho, mientras ella tomaba notas desde otra silla y los testigos iban sentándose ante ellos para dar su declaración.

—¿A qué distancia estaban? —preguntó Shaw.

Urquhart miró a Joan, que respondió de inmediato:

—La testigo no lo sabía con exactitud. En el otro extremo de un campo.

—¿De un campo? Para ver a tanta distancia, aunque pudiera distinguirse algo con esa luz, que lo dudo, habría que tener buen alcance visual entre los árboles y los matorrales —explicó Shaw—. Como les decía, entre Crewe y Runcorn la vía está rodeada en su mayor parte de bosques y taludes altos. No se alcanza a ver más allá de unos metros, y en absoluto a través de los árboles. Y luego, a medida que te acercas a Liverpool, viene una zona industrial: llana, con cobertizos y patios, y un poco de monte bajo; no hay campos.

Shaw echó un rápido vistazo a su reloj y tanto Joan como Urquhart comprendieron que debía marcharse. El fogonero se

ocupaba en ese momento de la locomotora, pero el maquinista tenía que hacerse cargo si Su Majestad quería cumplir con el horario previsto.

—Puede volver a su puesto, señor Shaw —dijo Urquhart—. Si se le ocurre algo, cualquier detalle o idea repentina, por favor, hágamelo saber.

Ocurrió otro tanto con las doncellas, los lacayos, los mayordomos y el personal de cocina. Entre las ocho menos cuarto y las ocho y cuarto de la noche anterior, lapso que cubría de sobra el tiempo durante el cual Sandra se había ausentado de la mesa, todos estaban enfrascados en preparar la comida y servirla, en dar cuenta de ella en el vagón restaurante del personal o en llevar a cabo otras tareas nocturnas, como en el caso de las dos doncellas que habían atendido a un perro un poco magullado. De cualquier forma, todos coincidieron en que para entonces ya había oscurecido por completo, o por lo menos lo suficiente para que no se viera gran cosa más allá de las ventanas.

El ayuda de cámara del príncipe Felipe y la dama de compañía de la reina fueron interrogados por separado, como correspondía a su rango. El ayuda de cámara había cenado en la cabeza del tren con el resto del personal antes de la cena real, y luego había regresado para ocuparse del vestuario del duque del día siguiente. Había lustrado zapatos y cepillado abrigos, y no recordaba haber mirado siquiera por la ventana. Lady Sarah había ocupado un lugar en la mesa y coincidió con los demás en que, con la luz que arrojaban las lámparas y las velas, se hacía casi imposible ver nada del exterior.

Dominic Stonor no tenía nada que añadir. El secretario de prensa tenía unas profundas ojeras. Había permanecido despierto hasta

tarde, tomando whisky y terminando su novela, algo que en su momento le había parecido una buena idea, pero de lo que ahora se arrepentía. Después había cerrado las cortinas de su compartimento al entrar tras la ronda de copas, y lamentaba no ser de más ayuda, pero así estaban las cosas.

A los dos invitados, ambos forasteros y por tanto poco dignos de confianza a la hora de mantener en secreto lo que Urquhart llamaba «chorradas», les preguntaron, en términos lo más vagos posibles, si habían visto algo inusual durante la cena. Como era de esperar, tampoco habían visto nada. O, mejor dicho, Stanley Hill, de la Junta del Carbón, había visto un búho, o posiblemente una lechuza, blanca y majestuosa a la luz de la luna, pero eso había sido mucho más tarde y era probable que no fuera lo que el comandante Urquhart tenía en mente. Y en efecto no lo era. El hombre de la BBC dijo haber estado demasiado absorto en la historia del tigre, que era justo lo último que Urquhart deseaba oír.

Sólo quedaban cuatro personas, y seguían durmiendo.

—Creo que podemos presuponer —les dijo Urquhart a Joan y Dominic cuando se quedaron solos— que Su Majestad, el duque, la princesa Margarita y su marido estaban demasiado enfrascados en entretener a los invitados como para fijarse en nada más allá de la ventana. Usted y yo, Joan, estuvimos con ellos todo el tiempo.

—¿Estaban corridas las cortinas del vagón restaurante? —quiso saber Dominic.

—Hasta los postres, no, por lo que recuerdo. Pero si alguno de ellos hubiera visto que, a lo lejos, en un campo, estaban lanzando por los aires a un hombre desnudo y con un rostro tan horripilante que la testigo ni siquiera es capaz de describirlo...

—... Es probable que lo hubiera mencionado —acabó Dominic por él.

—No les molestaremos con esta historia. Hablaré con mucha discreción con el duque y el señor Armstrong-Jones cuando llegue el momento oportuno, pero no entraré en detalles. Huelga decir que la reina no debe enterarse de esto. —Urquhart se volvió hacia Joan—. Sé que las dos charlan sobre muchas cosas, como mujeres que son, pero lo último que necesita ahora Su Majestad es pensar que la acompañante de su hermana ha sufrido alguna clase de... incidente. Tiene una jornada muy ajetreada por delante.

La reina se enteraría, pensó Joan. Lady Sarah, o quien fuera, se lo contaría, y a la reina le gustaban los chismes tanto como a cualquiera. Entonces pediría detalles y Joan, que estaba al corriente de toda la historia, estaría encantada de proporcionárselos.

—Sí, por supuesto —respondió.

9

De hecho, fue la princesa Margarita quien le transmitió la noticia, cuando corrió hasta su vagón para comunicársela mientras la reina estaba incorporada en la cama con una taza de té.

La reina se levantó y se vistió, y esperó a que llegara Joan con la agenda de la mañana para averiguar qué estaba pasando realmente.

—Buenos días, Joan. Mi hermana me dice que, según su doncella, anoche Sandra Pole vio a un hombre muerto. O eso es lo que afirma. ¿Qué demonios quería decir?

Joan hizo una reverencia.

—No estoy segura de qué vio la señora Pole, pero ella afirma que era un cadáver, majestad.

—¿De quién, exactamente? ¿Cuándo?

Joan describió con todo detalle su conversación con Sandra, incluyendo lo del hombre comba y los horarios de la cena, que no cuadraban del todo.

—¿Hablaba en serio?

Joan vaciló.

—En parte, sí. También se mostraba bastante evasiva. Pero está claro que algo la había alterado.

—¿Alguien más vio algo?

—No, nadie, señora.

Joan resumió rápidamente las pesquisas de Urquhart, incluyendo el hecho de que el tren no había pasado por lagos ni campos abiertos, y tampoco por el tipo de paisaje que Sandra había descrito en el momento indicado por ella.

—Quizá se hizo un lío con la hora —sugirió la reina.

—No lo creo. Según la señora Pole, pasó cuando fue en busca de un chal mientras cenábamos, y eso reduce mucho las posibilidades.

La reina exhaló un suspiro.

—Para entonces ya estaba bastante achispada. Pero usted dice que algo la perturbó... Me pregunto si lo que vio fue a unos jornaleros jugando con un saco lleno de heno. —Hizo girar el bolígrafo, pensativa—. Como solían hacer cuando practicaban con la bayoneta. Podría parecer un cadáver, en particular en la penumbra.

—Es posible, señora.

—Siempre me intrigan los juegos de los hombres jóvenes —reflexionó la reina—. Pero en ese caso, ¿qué quería decir con lo de la cara? ¿Dio algún detalle más?

—No, señora. Le resultaba demasiado perturbador.

Esta vez, fue la reina quien se irritó con Sandra.

—Esa mujer le ha dicho que necesita su ayuda, Joan, pero si se niega a dar explicaciones, ¿qué podemos hacer?

Pasaron a la agenda, que enumeraba las actividades de la reina en intervalos de cinco minutos. Pero ella seguía pensando en Sandra.

—A lo mejor Miles podría enviar un mensaje a la policía local y pedirles que comprueben esa sección de la vía de todos modos —dispuso—. Y si hay algún campo con setos, pueden examinarlos. Eso no hará ningún daño a nadie. Gracias, Joan.

10

Durante la tarde y la noche de ese lunes, un pequeño equipo de agentes de la policía de Cheshire pasó varias horas de lo más deprimentes recorriendo una serie de cobertizos y parcelas junto a las vías. La sensación general era que todos tenían cosas mejores que hacer en lugares más indicados. Los detalles proporcionados eran escasos y los agentes ni siquiera sabían con exactitud qué estaban buscando. Lo único que les habían dicho era que un miembro de la comitiva del tren real —algún pijo, era de suponer— había visto algo poco corriente cuando los vagones pasaban a toda velocidad la noche anterior. Al parecer, les preocupaba la posibilidad de que hubiese algún herido.

—¿Han encontrado alguna víctima? —preguntó el superintendente, que había acudido en una visita relámpago como muestra de buena voluntad, dada la procedencia de la llamada original.

El gruñón y mojado subinspector al mando se limitó a extender un brazo para señalar el paisaje de edificios semiindustriales y patios traseros.

—No es lo que se dice un reguero de cadáveres sanguinolentos, señor —comentó mirando vía abajo, por donde habrían pasado los vagones de color burdeos del tren real en la penumbra vespertina—.

Sospecho que fue cosa de una imaginación hiperactiva. A lo mejor quien lo vio estaba pensando en aquel niño de *Los chicos del ferrocarril*.

El superintendente sonrió.

—Se lo leí a mis hijos. El chico hacía de ladrón cuando jugaban a policías y ladrones, ¿no? ¿No lo rescataban de un túnel?

—Sí, ese mismo. Pero aquí no hay ladrones, señor. Y tampoco hay túneles. Hasta ahora, sólo hemos encontrado dos somieres abandonados, media bicicleta y una maleta con unos pantalones viejos llenos de pulgas. Dudo que sean del palacio de Buckingham. ¿Quién ha dado el aviso?

—Un caballero, un tal comandante Urquhart. Es un alto cargo de Su Majestad.

—Bueno, pues Su Majestad, que Dios la proteja, puede venir aquí con su impermeable y sus botas de agua una lluviosa tarde de lunes y buscar por su maldita cuenta lo que sea que ande buscando.

El superintendente se dijo que debería reprender al subinspector por su falta de deferencia hacia la Corona, pero todos estaban empapados y helados y, a todas luces, aquello era como buscar una aguja en un pajar. En aras de la paz, le prometió al equipo que habría unos sándwiches decentes esperándolos a su llegada.

—Y nada de mencionarle esto a la prensa —añadió—. El comandante Urquhart ha sido muy claro al respecto. No queremos problemas con palacio.

—Por supuesto, señor —respondió el subinspector—. Contendré la feroz tentación de contarles a los gacetilleros del *Herald* lo de los somieres.

Aun así acabó contándolo, porque su cuñado trabajaba para el periódico y pensó que se merecía una primicia real, aunque fuera un fiasco. Dominic Stonor tuvo que emplearse a fondo a su regreso a Londres para impedir que se publicara la noticia, con promesas de ofrecerles la semana siguiente muchas fotos de la familia con los corgis, para compensarlo.

Fue el secretario privado, sir Hugh Masson, que aún lucía un collarín tras su accidente en el Tirol, quien esa noche transmitió la noticia a la reina en el palacio de Buckingham. Estaba sentada a la luz de una lámpara ante el abarrotado escritorio Chippendale de su estudio. El supuesto asesinato parecía a años luz de distancia.

—Al parecer, no se ha encontrado nada de interés, señora —anunció el secretario—. Sigo lamentando no haber podido estar allí para servirle de apoyo en aquel momento. La noticia debe de haberle causado una angustia increíble.

—Oh, me las arreglé bien —repuso la reina, deseando por enésima vez que su personal no intentara llevarla siempre entre algodones. Durante la guerra, ofrecer consuelo a amigos, familiares y jóvenes oficiales que habían perdido a sus seres queridos en las circunstancias más espantosas la había endurecido lo suficiente. Había superado la muerte de su propio padre cuando tenía veinticinco años y, desde entonces, había tenido que lidiar con innumerables críticas y reveses. Que la informaran de la posible muerte de un desconocido no era algo que a una pudiera desestabilizarla, sobre todo cuando parecía cada vez más probable que se tratara de un espejismo.

Aun así, era consciente de que Joan creía que no era sólo eso, y ella confiaba en la opinión de Joan. ¿Qué había pasado realmente aquella noche? ¿Por qué Sandra Pole habría invertido tanta energía en inventar una historia tan fácil de refutar?

También era consciente de haber detectado ella misma un problema durante aquella horrible cena en el tren real. Algo no cuadraba, y por más que lo intentaba, no conseguía averiguar de qué se trataba con exactitud. Acabaría descubriéndolo, pero por ahora sólo podía esperar.

—Gracias, Hugh —añadió—. Si surge algo más adelante, me lo contará, ¿verdad?

—Por supuesto, señora —respondió sir Hugh con una sonrisa distraída que sugería que probablemente no lo haría.

Le hizo una rígida inclinación y la dejó sola con su papeleo vespertino. La reina recordó al ave agorera del tren y su charla sobre el Apocalipsis. ¿Era eso lo que la había alarmado? A pesar de todo, le parecía que no. Había sido algo mucho más humano y personal que eso.

11

Había algo maravilloso en Primrose Hill, pensó Henry Coxon a la mañana siguiente, mientras subía con dificultad desde la estación de metro de Chalk Farm hasta el piso de Pavel Michalowski. Para un viejo cínico como Henry, el nombre de Primrose, «prímula», auguraba interminables hectáreas de mugre urbana, pero en efecto había un parque lleno de flores, muy popular, por donde Pav y él solían pasear los domingos. Podías subir a ritmo pausado por la colina, de día o de noche, y ver Londres a tus pies como algo salido de la época de Dick Whittington, con la cúpula de Saint Paul a un lado y el Parlamento al otro, y Regent's Park debajo, en primer plano, de un verde extravagante y separado por las estrechas y ocultas aguas de Regent's Canal.

Detrás de la colina, las calles quedaban contenidas por la amplia curva del ferrocarril; debajo de ella, había plazas alegres, pequeños restaurantes bastante buenos en las esquinas, pubs prósperos y florecientes y gente interesante viviendo en la zona. Había jóvenes de todas partes, que reflexionaban sobre la vida y escribían poemas sobre ella, bromeaban, preparaban comida y tocaban música. Cuando tenía tiempo, Pav les hacía fotos. Henry escribía sobre ellos de vez en cuando en una de sus columnas de la revista y les

gorreaba cigarrillos durante las largas y ebrias veladas, en las que rediseñaban el mundo envueltos en una nube de alcohol y humo.

Tenía la sensación de que allí se estaba gestando algo, y no era sólo cerveza rubia. Era un igualitarismo basado en el talento y un rechazo a dejarse encorsetar por cualquier cosa anticuada. ¿Por qué Primrose Hill, exactamente? Henry no estaba seguro. Quería sondear su teoría con Pav cuando lo despertara. Pero, sobre todo, quería hablarle de una chica.

Chalcot Square era un ramillete de coloridas casonas: cuadradas y victorianas, diseñadas con una ligereza que les daba cierto aspecto italiano. El piso de Pav ocupaba el sótano de una de las de color rosa. Henry ya había probado suerte en su estudio calle abajo, y ahora estaba ahí, llamando a la puerta de Pav por segunda vez en tres días, rezando para que el hombre no hubiera sucumbido a una gripe repentina, a la ginebra o a algo peor.

—¡Hola, Pav, soy yo!

Llamó con fuerza. Dos días antes, al hacerlo por primera vez, se había rendido enseguida. La moto de Pav estaba aparcada en la calle, pero su amigo era famoso por marcharse de repente a París o Saint-Tropez cuando tenía dinero y lo esperaba una chica sexy. El día anterior, convencido de que incluso la chica más sexy ya habría dado todo de sí, había intentado llamar a Pav por teléfono varias veces, sin éxito.

Henry no era de los que se preocupaban en exceso, pero esa noche no pudo dormir. Hacía más de una semana que no hablaba con su amigo, y tampoco lo había hecho ninguno de sus conocidos. Se suponía que Pav había quedado para comer con un amigo de ambos el día después de su última llamada telefónica, y con el

propio Henry al día siguiente, pero les había dado plantón a los dos. Entretanto, Pav tenía una exposición por montar y a varias madres de la alta sociedad esperando que fotografiara a sus hijas.

Algo iba mal, Henry lo notaba en las entrañas. Incluso había llamado a la comisaría para denunciar la desaparición de su amigo, aunque no podían haber mostrado menos interés. Un policía le aseguró que Pavel no tardaría en aparecer, que siempre lo hacían. Pero no siempre era así, ¿verdad? Las entrañas de Henry eran preocupantemente fiables. ¿Dónde estaba su colega?

—¡Oye, Pav, si no sueltas a esa chica y vienes a abrir la puerta, voy a echarla abajo, te lo advierto!

Henry no había previsto pronunciar esa frase a gritos, pero allí estaba, estudiando con detenimiento la puerta, a la que se llegaba bajando por unos estrechos peldaños de hormigón desde la calle. Si acometía contra ella, quizá podría romperla. Pero entonces, ¿quién pagaría la reparación? Fuera como fuese, Henry hizo acopio de todas sus fuerzas y arremetió con el hombro contra la hoja de madera, que no cedió. Tomó un poco de carrerilla y lo intentó de nuevo, y la puerta se le hincó en el hombro como el retroceso de una escopeta. Tampoco hubo suerte. Compadeciéndose de sí mismo, se dejó caer ante el umbral.

—Tengo miedo, viejo amigo —murmuró—. Te necesito. Necesito tu consejo. Conocí a una chica preciosa, el otro día te hablé de ella por teléfono, ¿te acuerdas? Y ahora no quiere ni verme. ¿Qué he hecho mal, Pav? ¿Por qué no entiendo a las mujeres? ¿Qué he hecho yo para...?

—¿Va todo bien ahí abajo?

Una joven lo miraba fijamente a través de la verja de más arriba. Llevaba un bonito abrigo de lana azul, tenía un flequillo que se ondulaba en distintas direcciones y un rostro simpático. Su acento era levemente americano.

—Sí, muy bien —le aseguró Henry, sorbiéndose la nariz y poniéndose en pie.

—¿Te has quedado fuera?

—Por así decirlo.

—¿Conoces al propietario?

—Claro —respondió él—. Es mi amigo Pav. Ha desaparecido y a la policía le da igual. No le importa a nadie.

El rostro simpático mostró preocupación.

—¿Eres Henry?

—¡Sí! ¿Cómo lo has sabido?

—Por tus pantalones.

—¿Qué?

—Tus pantalones. Pav habla mucho de ti. Oye, a mí sí me importa. Vivo arriba, y tengo sus llaves de repuesto en algún sitio. Si me vigilas el carrito del bebé, voy a buscarlas. Podemos echar un vistazo juntos.

Henry comprendió que debía de ser la señora Hughes, de la que Pav le había hablado alguna vez. La joven desapareció durante varios minutos, mientras Henry no apartaba la mirada del gran cochecito con capota cuya presencia acababa de advertir al otro lado de la verja. Se suponía que había un crío dentro. A Henry no se le daban bien los niños: sus estados de ánimo lo confundían, era como si nunca supieran qué querían. En eso se parecían a las mujeres. Los hombres como Pav eran mucho más fáciles.

Finalmente, la mujer regresó con gesto triunfal y un juego de llaves en un llavero.

—Échame una mano —le dijo, y él hizo todo lo posible por ayudarla a bajar el pesado cochecito por los peldaños, golpeando las ruedas una y otra vez en el proceso.

La mujer echó un vistazo debajo de la capota.

—Está dormida. Podemos dejarla aquí. Estará bien.

Al ver de cerca a la joven, Henry tuvo la seguridad de que su flequillo le resultaba familiar. Se habían conocido en la cocina de alguna fiesta llena de humo en alguna parte. Se devanó los sesos para recordar su nombre.

—Eres Cynthia, ¿no?

—Sylvia.

—Eso, claro. ¿Has visto a Pav últimamente?

Ella introdujo la llave más grande en la cerradura y la movió hasta hacerla girar.

—No, no lo he visto. Iba a hacerle de canguro a mi hija la semana pasada, pero no apareció. Supuse que estaría con una chica.

—Yo pensé lo mismo.

—Pero...

La joven se detuvo y se quedó mirando un montón de sobres, tantos que resultaba difícil abrir la puerta. Cuando volvió a levantar la vista hacia él, Henry tuvo la impresión de que ella también lo notaba en las entrañas.

—No tuvo visitantes no deseados, ¿no? —preguntó Henry—. ¿Hombres trajeados exigiendo dinero con amenazas o esa clase de cosas?

—No.

La mujer pasó con cuidado por encima del correo y se adelantó pasillo abajo.

—¿Algún marido enfadado?

—Que yo sepa, no.

Henry se reunió con ella en la sala de estar, donde Sylvia estaba abriendo las cortinas. La luz del día iluminó un espacio desordenado. Era normal, tratándose de Pav. Había columnas de libros y papeles por el suelo, sobre las mesas y en varias sillas.

Un tablero de ajedrez de madera reposaba sobre un montón tambaleante de revistas, y unas medias negras colgaban de una lámpara. Nada parecía particularmente fuera de lugar. La mirada de Henry se posó en el teléfono, su última vía de comunicación con su amigo. El auricular estaba en su sitio, con el bloc de notas de Pavel al lado.

—¡Aquí no hay nada! —exclamó Sylvia desde más allá del pasillo.

Había entrado en el dormitorio contiguo. Henry se unió a ella en la puerta.

—Salvo pruebas evidentes de sexo... —continuó ella con sequedad, señalando la cama con la cabeza.

Henry se sonrojó al ver las sábanas revueltas, las almohadas hundidas y las mantas en el suelo. Había dos tazas de café sobre unas cajas de té que hacían las veces de mesitas de noche. Se acercó y cogió una de las tazas. Los posos estaban secos.

—¿Qué es eso?

Sylvia señalaba una puerta en la pared interior, frente a la ventana. Parecía un armario empotrado, encajado en un hueco detrás del cuarto de baño.

—¿Quién guarda la ropa bajo llave y con candado?

—Pav tiene prendas muy bonitas —explicó Henry—. Se compra las camisas en Jermyn Street. Dios sabe cómo se las puede permitir. ¿Qué estás haciendo?

Ella estaba levantando algunas baratijas y mirando en los cajones.

—Busco una llave —respondió.

—¿Por qué?

—Porque tú estás preocupado y ahora yo también lo estoy. Y no me gustan las cosas bajo llave en las casas de gente desaparecida.

—¿Y las llaves que te dio?

—Seguro que no habrá...

Hurgó en el bolsillo y volvió a sostener en alto el manojo de llaves.

—Vale la pena intentarlo —dijo Henry.

La llave más pequeña encajaba en el candado. Si a Pav no le importaba que Sylvia tuviera acceso a ese armario, Henry supuso que no guardaba nada ultrasecreto allí. En cualquier caso, ella ya estaba abriendo el candado y la puerta.

—Caramba —dijo—. ¿Para qué diablos sirve eso?

Henry se quedó helado.

—Creo que lo sé —contestó—. Tengo que hacer una llamada.

12

Seis días después del viaje en tren, Margarita regresó de su visita a Glasgow («¡Qué aburrimiento! ¡La lluvia! Muy *dreich*, como diría mamá»), seguida de una breve pero agradable estancia en Balmoral.

Marzo había dado paso a abril, y la familia se encontraba en Windsor para pasar allí el fin de semana de Pascua. La reina tenía previsto llevar a sus dos hijos mayores a una carrera de caballos en la que participaban jinetes aficionados de la zona, pero disponía de tiempo para dar un breve paseo con su hermana y su madre después del desayuno. Pese a la aparente alegría de la reina madre, sus hijas percibían su persistente soledad. Todavía echaba de menos al difunto rey y, quizá incluso más, su propia posición en el centro de la vida palaciega. Entre reuniones, papeleo y visitas, Isabel procuraba animarla lo mejor que podía.

Ese día hacía mucho frío, y aún se notaba más a causa del gélido viento del este. Las tres mujeres paseaban por los cuidados parterres de rosas y caminaban con la cabeza gacha, con sus pañuelos de seda ondeando como banderas.

—Margarita me ha comentado antes que en Balmoral han florecido los jacintos —dijo la reina madre con tono de nostalgia. Ella había crecido en el castillo de Glamis, el hogar de Macbeth, y su corazón seguía en Escocia.

—Qué bonito.

—Y hay prímulas por todas partes —añadió Margarita—, como una alfombra amarilla. Las campanillas azules brotarán muy pronto. Te van a encantar, mamá.

—Sí —reconoció su madre con tristeza. Aquello no la ayudaba.

—¿Qué hacía Tony durante vuestra estancia? —le preguntó la reina a su hermana—. Me preocupaba que se aburriera.

—¿Por qué? —inquirió con cautela Margarita.

—Bueno, tú misma dices que lleváis una vida muy activa en Londres. —A Isabel no le había parecido que el fotógrafo bohemio fuera un gran amante de la naturaleza.

—¡A Tony le encantó! —afirmó con vehemencia Margarita—. Me hizo cientos de fotos con las torres al fondo, y dimos unos paseos preciosos. Se le ve muy sexy a caballo, ¿sabéis? Suele llevar ropa que no encaja nada, y gafas de sol y... —Hizo un gesto vago con la mano y se sonrojó bajo el pañuelo que le cubría la cabeza.

—Espero que hayas ido con cuidado al montar —intervino su madre.

Margarita se llevó instintivamente la mano al vientre.

—La verdad es que no, todavía no. En cualquier caso, creo que este pequeñín será jinete; tendrá que serlo, si es uno de los nuestros. Lo que sí he reducido ya es el vino: me marea, lo cual es un incordio. —Se interrumpió para impedir que sus terriers de pelo blanco se acercaran demasiado a un charco de aspecto asqueroso—. Sea como sea, la pobre Sandra Pole bebió lo suficiente por todos nosotros. Como dama de compañía fue bastante desastre: vomitó en los zapatos del duque de Buccleuch. Ya sabéis lo desenvuelto que es, pero incluso él se llevó una buena sorpresa.

La reina madre negó con la cabeza.

—Pobre Sandra. Le tengo mucho cariño a su madre, aunque la chica siempre ha sido de armas tomar. Ese tipo de comportamiento se puede entender en un hombre, pero ella siempre fue muy testaruda...

—¡Oh, acabo de acordarme! —interrumpió Margarita—. Me contó una historia muy curiosa. ¿A que no adivináis dónde estaba cuando vio ese supuesto asesinato que nunca ocurrió?

La reina frunció el ceño.

—En el tren. Eso dijo.

—Ya, pero ¿en qué parte del tren?

—En su vagón.

—¡No! —Margarita hizo una pausa para añadirle dramatismo al asunto—. ¡En el tuyo!

La reina se detuvo en seco, y su hermana, que caminaba a su lado, se vio obligada a hacer otro tanto.

—No puede ser... Lo dices en broma, ¿no?

—¡Palabra de *scout*! —repuso Margarita haciendo el saludo con tres dedos.

La reina se quedó horrorizada. Nadie podía entrar en su vagón sin su permiso, ni siquiera Felipe. Un ujier de cámara o un lacayo montaban guardia día y noche ante la puerta, y siempre había un par de policías rondando cerca. Era un vagón literalmente a prueba de balas, porque su padre lo había mandado construir así durante la guerra.

—Y peor incluso —añadió Margarita—, ¡estaba en tu cuarto de baño! ¡Haciendo fotos! Como aquella chica de *Vogue*, ¿cómo se llamaba?

—¿Qué?

—¡Sí, lo sé! —continuó Margarita—. Sandra estaba como una cuba cuando me lo contó. Me hizo prometer que no me iría de la lengua, de modo que no digas que te lo he contado. En fin, resulta que estaba obsesionada con tu bañera, y la idea de tener una en un tren le parecía de lo más glamurosa. Le recordaba a esa tal Lisa... Ay, no, ¿cómo se llamaba? ¿Baker? ¿Butcher? ¡Miller! Eso es, Lee Miller. Es una amiga de su madre, en Sussex. Y Lee también es una... Bueno, digamos que le gusta tomarse unas copitas de vez en cuando. El caso es que Lee se hizo una foto en la bañera de Hitler...

—¿Cómo? —preguntó la reina, presa de la confusión—. ¿De Adolf Hitler?

—Por supuesto, Adolf Hitler. ¿Acaso hay otro?

—No creo que...

—¿No lo recuerdas? Fue en el 44 —insistió Margarita mientras echaban a andar de nuevo—. Vimos la fotografía en *Vogue*. Al parecer, fue justo el día en que él se suicidó, según me contó Sandra, aunque Lee no lo sabía en ese momento.

—¿La bañera de Hitler? —intervino la reina madre—. ¿Y eso qué tiene que ver?

—Según Sandra, Lee estaba visitando el antiguo apartamento de Hitler en Múnich —explicó Margarita—. Acababa de estar en Dachau, aquel mismo día; llevaba cenizas adheridas a las botas cuando tomó la fotografía. Aunque, de hecho, estaba sentada dentro de la bañera, así que supongo que en realidad se la hizo otra persona...

—¿La bañera de Hitler? —repitió la reina madre en voz baja—. ¿*Vogue*?

—Sí. Tomó muchas fotos de la guerra para ellos. ¿No las viste en su momento, mamá?

—La verdad es que no... ¿La bañera de Hitler?

—Ay, por favor, mamá... Sí. Y cuando Sandra se enteró, le pareció una imagen extraordinaria y muy valiente, una buena forma de burlarse de Hitler: poniendo de fondo los adornos más *kitsch* de Hitler, restregando la mugre de los campos de concentración en su mismísima alfombrilla de baño, proclamando la victoria con su mera presencia allí, y encima siendo mujer. Y ese día en el tren, en nuestro tren, Sandra sintió de repente la necesidad imperiosa de hacerse una foto en una bañera, la tuya, Lilibet. Pero no conseguía tomar una foto decente de sí misma, de modo que acabó haciéndosela a *Conchita*, que no era...

—Perdona... —A la reina le temblaba la voz por el esfuerzo de asimilarlo todo—. ¿Me estás diciendo que tu amiga tomó una foto de su chihuahua en mi bañera porque le recordaba a Adolf Hitler?

—No, a Hitler no, a Lee Miller, la fotógrafa. Era modelo, ya sabes. Yo que tú no me ofendería demasiado por esto.

—¿En mi bañera? ¿En el tren?

—Bueno, ya lo sé —repuso Margarita un tanto mosqueada—. No eres la única persona en el tren que tiene bañera. Sandra podría haber usado la mía. —Se volvió hacia su madre en señal de protesta por la injusticia que suponía no ser la primogénita—. Me habría parecido estupendo. Pero ella quería que fuera la bañera de Lilibet porque Lilibet es...

—Lilibet —zanjó su madre por ella. Hizo un ademán y sonrió, como si eso lo explicara todo.

Pero el buen humor de la reina se había evaporado. Nunca se le había pasado por la cabeza que su bañera itinerante pudiera constituir una especie de trofeo, ni que una mujer que actuaba como una turista de medio pelo utilizara uno de sus espacios más privados e íntimos para hacer fotos.

—¿Y cómo lo hizo? —preguntó.

Eso era lo que más le preocupaba. Si Sandra Pole, la borracha, podía hacerlo con un chihuahua, ¿qué pasaría con un asesino dispuesto a todo? ¿O un loco con una pistola?

—Sólo fue cuestión de suerte y de pensar deprisa —explicó Margarita—. Y de esa maldita perra suya, claro. Ella fue la que lo desencadenó todo. ¿Recuerdas la pelea que *Conchita* tuvo con *Pippin* y *Johnnie*?

—Perfectamente.

—Bueno, pues cuando Sandra cruzó el vagón restaurante para ir a en busca de su perra, vio a tus guardias de seguridad en la cocina zampándose unos sándwiches y cayó en la cuenta de que no estaban ante tu puerta, en la parte trasera del tren. Y todos los lacayos, excepto Arthur, estaban ocupados en servir bebidas o se disponían a servir la cena, de modo que tampoco estaban allí. Se suponía que Arthur debía montar guardia en tu puerta, pero estaba llevando a cabo el noble gesto de ayudar a *Pippin* en el otro extremo. Y, bueno... tú no estabas ahí dentro, así que supongo que no estaban muy preocupados.

—¡Pues deberían haberlo estado! —protestó la reina.

—Ay, Lilibet... Bueno, el hecho es que no lo estaban. De repente, a Sandra se le ocurrió una idea. Había dejado su nueva cámara en mi compartimento, de modo que cogió la cámara, y también a

Conchita, y se apresuró a cruzar el vagón de Felipe para llegar al tuyo. Fue a tu cuarto de baño y tomó un par de fotos de *Conchita* en la bañera. Aun así, según me contó, resultó que salieron todas borrosas y que no valió la pena haberse tomado la molestia... Ay, no pongas esa cara de enfado, Lilibet. Sandra es un poco atrevida, pero no es peligrosa.

La reina apretó los labios y se cruzó de brazos.

—En cualquier caso —continuó Margarita—, Sandra había descorrido la cortina para que entrara un poco más de luz y, cuando se disponía a volver a cerrarla... En fin, fue entonces cuando vio a los hombres con el cadáver. A través de ese ventanuco que hay en la parte superior, ya sabes.

—¿De manera que los vio desde la ventana de mi cuarto de baño?

—Salvo que no fue así, por supuesto —la corrigió Margarita—, porque, según me dijiste, la policía lo comprobó después y no encontraron nada. Sólo Dios sabe qué creyó ver Sandra.

—Supongo que no haría ninguna foto —sugirió la reina.

—¿De qué?

—¡Del hombre desnudo al que balanceaban como si fuera una comba!

—¿Así lo describió? Madre mía... Eso no me lo contó. —Margarita se encogió de hombros—. Supongo que no la hizo; de haber tenido una foto, alguien podría haberla creído. —Se detuvo y miró a su alrededor—. ¿Dónde está mamá?

Ambas se dieron la vuelta y vieron a su madre, de nuevo inmóvil, a un par de metros por detrás de ellas.

—¿Estás bien, mamá? —preguntó la reina.

—¿Un hombre desnudo balanceándose como una comba? —repitió la reina madre con un hilo de voz.

—No te preocupes, sólo es fruto de la vívida imaginación de Sandra —la tranquilizó Margarita—. Miles Urquhart preguntó a todos los pasajeros del tren y nadie había visto nada.

—Me alegra oírlo —respondió la reina madre—. Creo que deberíamos volver adentro, ¿no os parece?

Formando un trío de nuevo, se encaminaron de regreso al relativo calor del castillo, con los perros abriendo la marcha.

13

—Esto lo cambia todo.

La reina consiguió encontrar cinco minutos para hablar con Joan en su estudio de Windsor, entre el regreso de la carrera de caballos y las copas con los invitados que se habían reunido durante el fin de semana. Margarita parecía haber pasado por alto el significado de su propia anécdota, pero Joan vio exactamente lo mismo que la reina.

—Eso explica el nivel de luz diurna, señora —coincidió Joan—. Nos reunimos para tomar unas copas a las siete, y Arthur apareció con el terrier unos diez minutos más tarde. Sandra volvió con nosotros a las siete y media para empezar a cenar. Teniendo en cuenta el tiempo que tardó en recoger a *Conchita*, colarse en su vagón y hacer las fotos, podría haber estado mirando por la ventana ya a las siete y veinte; eso son unos cuarenta minutos antes de lo que dijo. Lo he comprobado, y la puesta de sol tuvo lugar alrededor de las siete y media. En ese momento, habría podido llegar a distinguir los rasgos faciales del hombre.

—Y las lagunas y el paisaje en general —añadió la reina—. Tengo entendido que el maquinista insistió en que, a las ocho, no había nada parecido a todo eso junto a la vía, pero ¿y a las siete y veinte?

—Hablaré con él para comprobarlo, señora.

La reina por fin comprendía qué era lo que la tenía tan inquieta desde la noche en el tren. Por lo que ella misma había observado, al principio Sandra había bebido con moderación. Sólo había empezado a abusar de los cócteles a su regreso de la visita al vagón de Margarita, tras la pelea de los perros, y no era de extrañar si acababa de ver un asesinato, o sus consecuencias. Eso explicaba su comportamiento demasiado dicharachero en la mesa: estaba provocando una escena en un intento de distraerse. Ahora todo cobraba sentido, pero...

—Aun así, sigue siendo inexplicable que nadie más viera nada —añadió con un suspiro.

—Tal vez sí pueda explicarse, majestad —dijo Joan—. La mayoría de la gente que iba en el tren estaba ocupada en ese momento. Usted estaba agasajando a los invitados, y los criados, o bien preparando la comida o cenando ellos mismos en el vagón restaurante del personal. Si miraron por la ventana, es probable que se limitaran a echar un vistazo. Es posible que no lo vieran, sobre todo si la señora Pole lo distinguió a través de un hueco entre los árboles.

—Eso explicaría por qué Sandra no paraba de corregirse cuando habló con usted —repuso la reina, pensativa.

—Así es, señora, tal vez estaba diciendo la verdad y sólo intentaba ocultar en qué vagón se encontraba en aquel momento y, por lo tanto, cuándo ocurrió.

La reina seguía sin estar del todo convencida.

—Sin embargo, debería haber comprendido que eso significaba que nunca encontraríamos el cuerpo que tanto le preocupaba, ¿no?

Si aquello lo presenció cuarenta minutos antes, el tren estaba lógicamente en otro sitio.

—Quizá ella misma se metió en un callejón sin salida al contarlo —repuso Joan.

—Pero ¿acaso no dijo que quería hacerle justicia a ese hombre?

—Dijo que ese hombre necesitaba que ella fuera valiente.

—Entonces es posible que no fuera lo bastante valiente —sugirió la reina con tono severo.

—Hasta que se sintió más relajada en compañía de la princesa Margarita.

—¿Relajada? Es usted muy diplomática, Joan. —La reina pareció perderse en sus pensamientos—. Mire, sé que antes ha dicho que hablaría con el maquinista, pero, si descubren algo, él se dará cuenta de quién está haciendo preguntas. Se me ocurre otra manera de averiguarlo.

—¿Con quién debo hablar, señora?

—Con nadie, por ahora —repuso la reina—. Déjemelo a mí.

14

El Domingo de Pascua estaba repleto de actividades. Por mucho que una ansiara hacer algo, cada minuto debía destinarse a los niños, las comidas, el oficio religioso en la capilla de San Jorge, saludar a las muchas personas que contribuían a él, agasajar a los invitados y comprobar que se les atendiera adecuadamente... La reina solía disfrutar del ajetreo del día, la belleza de la liturgia y la feliz compañía de familiares y amigos. La Pascua en Windsor era siempre motivo de dicha. Pero aquel día debía pensar también en el hombre comba, y habría agradecido disponer de un poco más de tiempo a solas para dedicarle atención.

El lunes de Pascua se levantó una hora antes y se encaminó ladera abajo, a solas, hacia el Recinto Inferior, donde se hallaba el Claustro de Herradura, encajado entre el muro del castillo y la capilla. Esta última, de un magnífico estilo gótico tardío, parecía más bien una catedral. Los edificios de ladrillo y madera de su claustro eran muy distintos: de escala mucho más modesta, semejaban una fantasía victoriana, pero en realidad se remontaban también al siglo xv, y se habían utilizado desde entonces para alojar a auxiliares laicos que cantaban en el coro y a algunos clérigos que ayudaban a organizar la vida en la capilla.

El residente más antiguo del claustro era un canónigo llamado Maurice Vaughan, a quien la reina conocía desde que era princesa. Era el responsable de velar por el mantenimiento de los edificios de la capilla y, en ocasiones, cantaba en el coro. Tenía una voz de bajo cálida y segura que casaba bien con su aspecto de oso; a la reina le recordaba a veces a Winnie the Pooh después de haberse zampado una jarra de miel especialmente generosa.

—Buenos días, majestad —la saludó él abriéndole la puerta principal—. Tengo entendido que quería verme. Le he preparado una buena taza de té.

Su pequeña y vistosa sala de estar estaba dominada por un piano Bechstein de media cola, embutido allí como si se sujetara las faldas, con lo que apenas quedaba espacio para un par de sillas de madera curva y una mesa auxiliar larguirucha, en la que se había servido un té para dos. El canónigo Vaughan era demasiado educado para preguntarle qué hacía allí, pero al cabo de media taza de Darjeeling y varios cumplidos sobre su salud y comentarios sobre la dificultad de encontrar aprendices de cantero decentes, la reina le explicó que quería hacerle una pregunta sobre un tema muy distinto: los ferrocarriles.

Él sonrió.

—Es todo un honor, señora. ¿Qué le ha hecho pensar en mí?

—Bueno, en Windsor tiene fama de ser un apasionado de los trenes.

—¿De verdad? —repuso él con una tímida sonrisa.

—Esta habitación, por ejemplo —prosiguió ella, señalando la sorprendente combinación de paredes color crema y carpintería

carmesí—. Recuerdo que alguien me dijo una vez que la combinación de colores aquí era la de «sangre y natillas».

—¡Ah, sí! Fueron los primeros colores distintivos de los vagones de pasajeros de British Railways. No pude resistirme. Aunque también me gustan los colores «ciruela y leche condensada» de la línea London and North Western. Ninguno de los dos resulta tan impresionante como el tono burdeos del tren real, por supuesto.

—Me alegro de que le guste —dijo ella.

—Tengo una maqueta de ese tren que me encantaría enseñarle, si dispone de tiempo.

La reina sonrió, pero se dijo que probablemente no disponía de ese tiempo. Tenía mucho de que hablar con aquel hombre, y ella debía estar de regreso para el desayuno.

—Si no me equivoco, conoce todas las líneas ferroviarias de Inglaterra, con sus horarios y demás, ¿no es así?

Él volvió a esbozar una sonrisa tímida.

—Podría decirse que sí, señora.

—Excelente. Pero, Maurice, una vez que me haya ido, esta conversación nunca habrá tenido lugar. Es posible que lea cosas en los periódicos o que oiga rumores... pero no debe sacar conclusiones. Hoy estoy aquí porque sé que puedo confiar en usted.

—Será como un secreto de confesión —le prometió él—. Nada saldrá de estas cuatro paredes. Y dígame, ¿en qué puedo ayudarla?

La reina describió con detalle el trayecto del tren real durante la tarde y la noche del día veintiséis. Le llevó más tiempo de lo previsto, porque tuvo que detenerse varias veces para explicar qué locomotora se había utilizado (no estaba segura), quién era el maquinista (Howard Shaw; «Claro, señora, uno de los habituales,

debería haberlo supuesto»), qué coches-salón se habían usado («¿El vagón semirreal formaba parte de la configuración? ¿Sí? Siempre he sentido especial predilección por él, señora, es casi una pieza de museo, podría decirse»), cómo era la decoración del vagón restaurante real («Siento preguntarlo, pero siempre he anhelado saberlo») y si le parecía que el tren había tomado las curvas con suavidad (no había reparado en ello, lo cual con toda probabilidad significaba que sí).

Finalmente, la reina logró esbozar el trayecto de Euston a Crewe. Pasado ese punto, estaba casi convencida de que no era relevante, porque según el señor Shaw estaba demasiado oscuro para ver nada y el paisaje no se ajustaba a la descripción de campos y embalses.

—Lo que quiero saber —concluyó— es si nuestra testigo podía estar en lo cierto al describir lagunas, una trinchera ferroviaria, un campo y unos hombres a lo lejos. Y de ser así, deberíamos delimitar todo lo posible el punto exacto en el que podríamos habernos encontrado.

—Por supuesto, señora.

—Me temo que no puedo explicarle exactamente por qué razón.

Maurice Vaughan hizo un ademán para quitarle importancia a la cosa.

—No es necesario. Alguien cree haber visto un asesinato, ¿no es eso? O quizá el escondrijo de unos lingotes de oro tras un robo, aunque no he leído nada reciente sobre ninguna de las dos cosas. —Sonrió—. No se preocupe, señora; como le decía, esto queda bajo secreto de confesión. No puede interrogar al señor Shaw, porque tal vez él le revelaría a alguien que lo ha hecho, pero a mí sí puede

preguntármelo. Si no le importa pasar a la habitación contigua, creo que tengo todo lo que necesitamos.

La condujo a una estancia en la parte trasera de la casa, similar en tamaño a la primera y también a rebosar de muebles que no acababan de encajar en los modestos interiores Tudor.

—¡Oh, qué maravilla! —exclamó la reina al cruzar el umbral.

Nunca había estado en aquella habitación. Entre las estanterías y el escritorio, la mayor parte del espacio estaba ocupado por una intrincada maqueta de ferrocarril y varios juegos de trenes Hornby. Las vías estaban dispuestas a la altura de la cintura, sobre tableros sólidos y lo bastante grandes para contener una colina, un túnel, una ciudad, dos pueblecitos y apartaderos de tamaño considerable con cobertizos y una plataforma giratoria. A la reina le pareció el equivalente masculino de la casa de muñecas construida para la reina María, uno de los tesoros del castillo.

—Debe de estar encantado con ella.

—Lo estoy —admitió él—. Aunque no debería, supongo, por lo de la vanidad mundana y todo eso. Pero hace feliz a mucha gente, no sólo a mí.

—¿Representa algún lugar en particular?

Vaughan asintió con satisfacción.

—Crecí cerca de Shrewsbury, en Shropshire, señora. No se emplaza ahí con exactitud, pero sí da una idea del lugar. ¿Le gustaría que pusiera en marcha un par de trenes?

La reina imaginó las locomotoras circulando raudas por las vías, desapareciendo en el túnel y parando en las pequeñas estaciones. Se preguntó qué ruido harían. Al príncipe Carlos le encantaría, y probablemente a Ana también.

—Nada me gustaría más, pero mejor en otra ocasión. Tengo que estar de vuelta en casa en media hora.

Él negó con la cabeza y soltó un suspiro.

—Que así sea. Pues pongámonos manos a la obra. Nos hará falta esto... —Buscó en una de las estanterías y sacó un volumen poco grueso—. Es un atlas ferroviario, sirve para precisar las distancias y los horarios. Y un almanaque para comprobar las horas de salida y puesta del sol de la semana pasada, que debería estar... —Echó un vistazo a las estanterías durante menos de un segundo—. Aquí. Sí. —Dispuso los documentos sobre el escritorio—. Muy bien, señora. Allá vamos.

En primer lugar, determinaron que el sol se había puesto aquel día a las siete y treinta y dos, y que el crepúsculo —momento en que estaría lo bastante oscuro como para que las estrellas fueran visibles en el cielo— habría llegado veinticinco minutos más tarde. Tras echar un vistazo al atlas, el canónigo Vaughan se puso a hacer los cálculos. La reina observó que no necesitaba consultar los horarios impresos; parecía tenerlos todos en la cabeza.

—Veamos... según dice, señora, su tren salió de Euston a las cinco y cinco; y en efecto así debió de ser, para evitar chocar con el tren de las cinco a Liverpool y el de las cinco y veinticinco a Glasgow, que transitan a buena velocidad. Luego viene el de las seis y cuarenta y cuatro de Rugby a Crewe, que se cuela detrás del tren de Liverpool. Me pregunto si el de Su Majestad lo adelantó o lo siguió. Circuló sólo siete minutos después del tren directo, así que imagino... Sí, el señor Shaw debió de regular la velocidad para entrar después del convoy de Rugby y luego debió de acelerar un poco pasado Crewe. Para

entonces, como bien dijo, transcurrirían sólo unos minutos de las ocho de la tarde y estaría bastante oscuro.

—Ya veo.

—Empezaron con los cócteles a las siete, y me dice que la testigo no pudo haber visto nada antes de las siete y veinte. Según mis cálculos, se habrían encontrado en esta zona... Permítame que se lo muestre en el atlas... Aquí... Al sur de Stoke-on-Trent, donde la vía traza una curva de este a oeste. Es la región de las alfarerías, señora, de donde proviene su vajilla Wedgwood. Espere un momento, sólo necesito...

Se incorporó y recorrió rápidamente con la mirada la estantería a su izquierda, llena de mapas plegados de color crema y naranja del Servicio Cartográfico Nacional. Sacó uno y lo desplegó.

—El número ciento diecinueve, de Stafford. Es de escala un centímetro a medio kilómetro: suficiente para nuestros propósitos, con trincheras ferroviarias y vías fluviales. En cualquier caso, conozco bien la línea, por supuesto. Es la ruta de la Royal Highlander, una de mis favoritas. Solía ofrecerme para corregir exámenes en Escocia por el mero placer de viajar en ese convoy. Con cena en Crewe y desayuno de camino a Inverness, si uno tiene la suerte de llegar tan lejos. Me sorprende que la gente viaje por otros medios. Por supuesto, usted tiene un yate, señora...

—Sí.

El canónigo volvió a negar con la cabeza.

—Bueno, ¿por dónde iba? Ah, sí. Según mis cálculos, a las siete y veinte, más o menos, todavía se habrían hallado unos kilómetros al este de Stafford. Hay mucha agua por allí porque la línea discurre cerca del canal de Staffordshire y Worcestershire y, más adelante, de

un río, el Trent, creo... Ah, no, veo que se trata del Sow. Ese nombre no me resulta muy familiar, lo admito. Y si nos fijamos bien, sólo hay un par de lugares con suficiente agua para que podamos hablar de lagunas... Aquí hay una, aunque sin ninguna trinchera cerca. Y aquí hay otra. Mire, ésa sí es la trinchera que ha mencionado antes, y desde luego tiene campos cerca, a menos que se haya construido en ellos durante el último par de años, algo que parece muy poco probable. Conozco bien ese tramo de la línea, señora. Es muy bonito. Un sitio donde las ovejas pueden pacer seguras y todo eso. O más bien podemos decir que queda junto a Cannock Chase, un bosque donde, según tengo entendido, su antepasado Guillermo el Conquistador creó un coto de caza, de modo que será un lugar donde los ciervos deberían tener cuidado, supongo.

—¿Qué es eso? —preguntó la reina señalando un gran edificio a un par de centímetros de distancia en el mapa.

El canónigo se inclinó para verlo.

—Es un lugar llamado Heatherwick Hall, señora. No lo conozco, ¿y usted? Hay varias grandes casas solariegas en esa zona. —Levantó la vista—. ¿Le sirve eso de ayuda?

—Sí, muchísimo.

—Otra posibilidad —añadió él, bajando de nuevo la mirada— es que el señor Shaw fuera un poco más despacio de lo habitual, para dejar un espacio decente tras el tren de Rugby a Crewe. Y ése sería entonces el lugar preciso.

—Gracias, Maurice. Me alegro de haberlo preguntado.

—Ha sido un verdadero placer.

Mientras el canónigo procedía a devolver a su sitio los documentos, la reina echó un vistazo a su estantería.

—Vaya —dijo al ver una colección de pequeños volúmenes al final de un estante—. Ésos los reconozco. Son los libros de Thomas la Locomotora, ¿verdad? A Carlos le encantaban esos cuentos. Aunque habría dicho que a usted se le quedaban un poco pequeños, ¿no?

Vaughan levantó la vista.

—En absoluto, señora. Son obra de un clérigo como yo, por supuesto. Wilbert Awdry sabe de lo que habla. ¿De verdad tiene usted también esos libros? Se lo diré.

—¿Qué pasa con los ferrocarriles y los clérigos? —quiso saber ella —. Puesta a pensarlo, diría que prácticamente todos los párrocos y obispos que conozco son aficionados a los trenes o fanáticos del críquet.

—O ambas cosas —apuntó él con una sonrisa—. Yo también me lo he preguntado muchas veces. Al deán le gusta decir que Dios reside en los detalles, de modo que se le puede encontrar en la exquisita precisión de las locomotoras de vapor y los horarios. No estoy de acuerdo. En mi opinión, señora, el orden y la previsibilidad de los ferrocarriles son muy diferentes del mundo humano en el que a menudo nos encontramos, donde la gente hace y dice las cosas más insólitas e impredecibles. En particular los feligreses y los colegiales. Es en ellos donde reside Dios, diría, pero pueden resultar muy agotadores. Los trenes suelen ser puntuales e ir adonde uno espera. —Hizo una pausa para reflexionar—. A diferencia de su tren, hasta cierto punto, supongo. Me refiero a que va adonde usted espera que vaya, señora, pero no todos lo esperan. Eso debe de ser bastante emocionante para los aficionados a los trenes. Sin embargo, viaja a velocidades constantes en direcciones predecibles, de modo que estoy bastante seguro de en qué momento pasó por las lagunas

cercanas a Heatherwick Hall: debió de ser entre cinco y diez minutos antes de la puesta de sol. Si hubiera sido más tarde, la testigo no habría visto gran cosa.

—Me ha sido de gran ayuda —reiteró ella, y una vez más, él desestimó el cumplido.

—La próxima vez que venga, tenemos que jugar con los trenes, señora —sugirió.

—Me encantaría —contestó la reina. Y lo decía en serio. Luego se apresuró a volver a sus aposentos privados, un poco triste por carecer de una maqueta de tren propia.

15

El martes por la mañana, la reina estaba de vuelta en su escritorio del palacio de Buckingham, y Joan se había asegurado de ser ella quien recogiera las cajas reales.

—¿Tuvo suerte ayer, señora? —preguntó.

—Sí. El canónigo Vaughan tuvo la amabilidad de reducir la cuestión a un pequeño tramo de vía cerca de Stafford, unos kilómetros al sur de Stoke-on-Trent. Esta vez, coincide con la descripción de Sandra en todos los puntos: el agua, los campos, la hora a la que habría pasado el tren, que habría sido en torno a las siete y veinticinco, unos minutos antes de la puesta de sol.

Joan sonrió.

—¡Vaya, enhorabuena!

La reina no parecía creer que hubiera gran cosa que celebrar.

—¿Hay algún problema, señora?

—Uno muy grande. Porque si Sandra no inventó la hora y el lugar, es probable que tampoco inventara lo que vio allí. De hecho, se ha convertido en una testigo sorprendentemente precisa, por lo menos en lo que respecta al paisaje.

La reina guardó silencio un momento mientras miraba a través del gran ventanal que daba a Green Park. Cuando oficialmente una no

resuelve crímenes, intentar hacerlo puede resultar complicado. Debían proceder con la diplomacia necesaria.

Se volvió hacia Joan.

—Me gustaría que le hiciera una visita a Sandra, en privado. La policía querrá hablar con ella, y sería mejor, me parece, que ella acudiera primero a ellos. Prefiero que no le cuente al mundo entero con cuánta facilidad entró en mi vagón sin que nadie se lo impidiera. Podría darle ciertas ideas a la gente. Pero puede decir sin problema que estaba en el de mi hermana: sólo queda dos vagones más allá, y Sandra tenía todo el derecho a estar allí.

Joan frunció el ceño.

—¿Qué pasa?

—Lo siento, señora, sólo estaba pensando que a Sandra no le habría costado absolutamente nada decirme eso la primera vez.

—Sí, podría haberlo hecho —coincidió la reina—. Probablemente incluso debería haberlo hecho. Pero creo que el carácter ilícito de lo que había estado haciendo en realidad la llevó a fingir que se encontraba lo más lejos posible de mi cuarto de baño. Y ver aquel cadáver, encima, si es que hubo un cadáver, le hizo perder la cabeza.

Joan chasqueó la lengua, molesta.

—¿Y de verdad se limitó a volver para tomar cócteles con nosotros, como si nada?

—Supongo que sí —repuso la reina—. Mucha gente reacciona de forma extraña cuando se lleva una fuerte impresión. En el caso de Sandra, parece que ahogó sus penas en alcohol y, trastornada como estaba, dijo cosas sobre tigres de las que acabaría arrepintiéndose.

Joan esbozó una sonrisa irónica.

—Y al día siguiente, cuando entró en pánico y me dijo que había estado en su propio vagón, se metió en un callejón sin salida.

—Y ahora necesita salir de él —repuso la reina con firmeza—. Pero si dice que era el vagón de Margarita, tendrá que dar una razón para no haber dicho desde el principio que estaba donde tenía todo el derecho a estar.

Ambas le dieron vueltas al problema.

—Podría decir que lo hizo para proteger a la princesa... —sugirió Joan—. Sería un poco como si en realidad la estuviera protegiendo a usted, señora. Quería «mantener el nombre de la princesa Margarita fuera del asunto»; algo por el estilo.

La reina lo consideró.

—Podría funcionar. A lo mejor podrá convencerla también de que no mencione a *Conchita*, por su propio bien. No mejora en absoluto su credibilidad. ¿La cree capaz de hacerlo?

—La verdad es que no lo sé —respondió Joan con toda franqueza —. Sandra no es muy buena actriz.

—Bueno, en el peor de los casos, tendrá que decir lo que realmente ocurrió.

A la reina no le gustaba la idea, pero un asesinato era un asesinato. Si en efecto hubo un asesinato, claro.

—Ya, pero ni siquiera diciendo la verdad estoy segura de que fueran a creerla —dijo Joan—. He ahí el problema de Sandra. Pero hablaré con ella y se lo explicaré todo lo mejor que pueda.

La reina exhaló un suspiro.

—Lo importante es centrarse en la nueva hora, unos cuarenta minutos antes. A la policía no debería costarle mucho triangularla con el paisaje, como hizo el canónigo Vaughan. Así quedará en sus

manos. ¿Quién sabe? Ha pasado más de una semana. Me cuesta imaginar que vayan a dar con algo, pero al menos lo habremos intentado.

Cuando Joan salió del despacho, la reina se preguntó si alguien creería a la testigo o si el daño ya estaba hecho. Como decía Joan, aquella mujer no tenía muy buena reputación. Incluso Margarita lo había admitido, con lo del pobre duque de Buccleuch y sus zapatos.

Comprendió que no sabía muy bien qué quería que ocurriera. Si Sandra estaba equivocada, o simplemente no la creían, iba a ser difícil para ella. Pero si encontraban algo, ¿qué pasaría entonces?

«¡Su rostro!», le había dicho a Joan con una expresión de espanto.

La reina se estremeció y llamó a uno de los corgis para hacerle arrumacos.

SEGUNDA PARTE

El hombre comba

16

—¿Joan? —Dominic Stonor asomó la cabeza en la puerta del despacho de la secretaria privada adjunta—. Ah, qué bien que estás de vuelta. Acaba de pasar algo extraordinario, ¿Sabes?

—¡No me digas! —repuso Joan casi sin aliento—. Pasa, por favor.

—¿Te acuerdas de aquella tal Pole, el bombón que nos hizo la vida imposible en el tren? —dijo él, apoyando su largo cuerpo contra el marco de la ventana.

—Por supuesto.

—Pues ha cambiado por completo su historia. Me ha llamado hace media hora para pedirme ayuda con la prensa, suponiendo que el asunto se filtre, cosa que en efecto pasará.

—¿En serio?

—Sí, por lo visto ha cambiado de opinión. Ahora dice que vio todo aquello del «cadáver en el campo» durante la hora del cóctel, cuando nos dejó para ocuparse de su maldito perro. ¿Te acuerdas?

—Sí. —Joan fingió despreocupación—. ¿Y te ha explicado por qué no lo dijo desde el principio?

Dominic se encogió de hombros.

—Según ella porque intentaba proteger a la princesa Margarita, ya que en realidad estaba en su vagón. No quería ver eso en todos los

titulares. Pero al parecer tiene mala conciencia y en este preciso momento se encamina a hablar con la policía.

—¡Oh, Dios mío!

Dominic parecía exasperado.

—¿Quién sabe qué va a pasar ahora? He intentado disuadirla, pero insiste en cumplir con su deber público o algo por el estilo.

—¿De verdad? —preguntó Joan con cara de inocencia. Su respiración era ahora un poco más sosegada. Confiaba en que no se notara mucho que acababa de salir corriendo del piso de Sandra en Chelsea hacia la esquina más cercana, en busca de un taxi.

—Creo que alguien ha hablado con ella —continuó Dominic—. Le he dado vueltas a la nueva versión de la historia, la segunda, y esta vez suena casi plausible. Sandra estaba muy segura de los niveles de luz, los lagos, las distancias, de cuánto había bebido hasta entonces, que no era demasiado, y todo ese tipo de cosas.

—Oh, qué bien. Pues estupendo, sí. —Joan sonrió de oreja a oreja.

—Sólo pensaba que te gustaría saberlo. Como te contó aquella historia tan inverosímil la primera vez... ¿Qué te parece? ¿Crees que podría ser cierto?

Joan adoptó una expresión de vaga esperanza.

—Supongo que podría serlo, sí. De modo que, fuera lo que fuese lo que vio, lo vio antes, ¿no?

—Sí, alrededor de la puesta de sol o justo antes.

—Pues eso sí parece plausible, ¿no? Lo que nunca me cuadró fue que hubiera luz suficiente.

—Eso y el hecho de que a esa mujer le falta un hervor —murmuró Dominic—. Aunque debo decir que me caía bien, pese a la

desastrosa mención de los tigres durante la cena. Apuesto a que sólo intentaba entablar conversación, y la cuestión es que yo también lo hice, al charlar sobre mi novela, y eso desencadenó todo un apocalipsis.

—Pues sí, un poco.

—Aunque en mi caso a nadie le importó —prosiguió él—. Me salí con la mía. Mientras que la pobre Sandra... Quiero decir que los martinis no le fueron de mucha ayuda, pero si acababa de ver cómo tiraban un cadáver en un campo...

—Bueno, ¿y piensas ayudarla?

Dominic cogió un lápiz de un bote del escritorio y lo hizo girar entre los dedos.

—*Noblesse oblige* y todo eso. Al fin y al cabo, si en efecto vio algo, la policía debería conocer la verdadera historia. Y luego saldrá a la luz, porque siempre pasa. Va a costar lo suyo convencer a los caballeros de la prensa de que la princesa Margarita no anda por ahí viajando con chiflados, sobre todo porque sí lo hace, pero veré qué puedo hacer. Con un poco de suerte, conseguiré que no se mencione el vagón de la princesa. Por cierto, hablando de martinis, ¿seguro que no puedo convencerte de venir conmigo al Ritz a finales de esta semana? Le dan unos toques a la ginebra con piel de limón y aceitunas que resultan realmente eróticos.

Joan dio un respingo y esbozó una sonrisa compungida.

—Vaya, lo siento. Me temo que tengo toda la semana ocupada.

—No me digas que vas a lavarte el pelo. ¿Qué demonios haces en tu tiempo libre, Joan?

—Una dama nunca revela esas cosas.

Pobre Dominic. Era un Adonis griego y un cachorro de labrador a partes iguales. Si fuera su tipo, iría al Ritz con él sin pensárselo dos veces. Pero Joan había conocido a su hombre ideal, y sonrió aún más para sus adentros al pensar que él no era ninguna de esas cosas, ni siquiera remotamente. Su hombre ideal estaría cocinando para ella esa noche y, de hecho, tenía previsto lavarse el pelo para la ocasión. Él también sabía hacer cosas con la ginebra, la piel de limón y las aceitunas que resultaban decididamente eróticas.

17

Transcurrieron tres días, durante los cuales el «MISTERIO DE LA TESTIGO DEL TREN REAL» apareció con regularidad en los titulares. Dominic Stonor había obrado su magia, y ni la naturaleza del vagón donde se encontraba la testigo en ese momento ni la posibilidad de que estuviera «chiflada» se mencionaron en la prensa. En privado, la policía no estaba muy convencida de que la señora Pole fuera fiable, pero había viajado en tren con Su Majestad, de modo que no podían dejarlo pasar.

El viernes 7 de abril, el superintendente jefe George Venables paseó una mirada satisfecha por su nuevo despacho en Scotland Yard. Había pasado un par de años intentando conseguir un puesto en la venerable Brigada de Homicidios e Investigación Criminal y, como de costumbre, los dioses habían sido benévolos y el cargo que tanto deseaba le había caído recientemente del cielo.

Lo que le gustaba de Homicidios era que sus tentáculos se extendían por todo el país. Eso permitía que sus agentes fueran útiles no sólo en Londres, sino en cualquier lugar donde la policía local se viera desbordada. Si pasaban más de veinticuatro horas sin detener a un sospechoso, podían acudir a la brigada, su brigada, y, estuvieran donde estuviesen, obtendrían la sabiduría, los recursos y más de medio siglo de experiencia de los mejores en el sector.

Venables estiró su dolorida columna vertebral y notó cómo la edad empezaba a hacerle cosquillas con su dedo insidioso. Era consciente de que, pese a ser joven para el alto cargo que ostentaba, no tenía por delante una eternidad para dejar la huella que pretendía. Cierto que durante un tiempo había sido una estrella fulgurante en la Policía Metropolitana, pero su territorio se había vuelto un poco provinciano para su gusto. Lo conocían en todo Londres, de este a oeste, pero ¿lo conocían en Yorkshire? ¿Podía aportar sus cualidades especiales de liderazgo a Dorset? ¿Y qué decir de esas cenas para la flor y nata de Birmingham o Manchester, de donde era oriunda la familia de su madre, por ejemplo? ¿No estaría encantado su abuelo, un hombre orgulloso pero difícil de complacer, de decirles como quien no quiere la cosa a sus amigos del club de golf que su nieto era el responsable del caso «X», en el que se había llevado ante la justicia a un delincuente local? Eso impediría que fueran siempre «los chavales blandos del sur» quienes acabaran en la cárcel. Aunque tampoco podía decirse que Venables considerara muy blandos a los miembros de las bandas del East End.

Lo que él necesitaba, aparte de un cómodo cojín donde sentarse, era algo jugoso, algo que saliera en los periódicos. Observó el informe recién llegado a su escritorio, en respuesta a una consulta, y se preguntó si podría ser eso. Lo cierto es que había sentido un hormigueo en los dedos al hojear por primera vez ese expediente. Venables conocía los ingredientes del éxito, y todos los elementos estaban ahí en potencia: un cuerpo mutilado (si daban con él); una persona desaparecida; un extraño velo de secretismo, y por último, pero no menos importante, una conexión con la realeza. Si había algo que los caballeros de la prensa adoraran más que el secretismo,

era la realeza. Sí, ya casi podía oír el canto de sirena de las primeras planas.

El superintendente jefe levantó el auricular del teléfono y llamó a su secretaria.

—Jilly, comprueba si el inspector jefe Darbishire ha salido ya a comer. Si no, dile que venga.

Fred Darbishire estaba menos contento que Venables con su traslado conjunto a Homicidios e Investigación Criminal. Prefería la amistad y la familiaridad de su antiguo equipo. Los tipos de su nuevo departamento siempre le habían parecido un pelín demasiado ambiciosos y pagados de sí mismos. No es que él no fuera ambicioso, y su esposa se había alegrado mucho cuando le contó lo del traslado, pero Fred tenía la impresión de que ya le iba bien antes, en su antigua zona de Chelsea, donde conocía a todos los agentes y todos los callejones, los buenos y los malos. Sin embargo, Venables había solicitado su presencia allí, así que debía obedecer al superintendente jefe.

—Jilly me ha dicho que me necesitaba, señor.

Darbishire observó la celeridad con la que Venables se había acomodado en su nuevo despacho, con todos sus títulos enmarcados en la pared y sus premios alineados en un estante detrás de su cabeza.

—Así es, te necesito. Toma asiento, Fred. Voy a pedirte que hagas un pequeño viaje.

A Darbishire se le encogió el corazón. El día siguiente era sábado y el cumpleaños de su hija mayor. Tenía muchos planes.

—¿De qué se trata?

Venables dio unos golpecitos en el expediente que tenía delante.

—La Policía del Condado de Staffordshire está buscando un cadáver. El que esa mujer dice haber visto desde el tren de la reina.

—¿No hace ya un tiempo de eso, señor?

Venables asintió.

—Según la testigo, presenció el incidente el veintiséis, hace doce días, pero estaba hecha un manojo de nervios y en un primer momento no pudo precisar la ubicación.

—Sí, lo leí —repuso Darbishire—. Y no lo entiendo.

Venables se encogió de hombros.

—Me da la impresión de que estaba borracha, o muy alterada, o una combinación de ambas cosas. Habían bebido unos cuantos cócteles.

—Ah, ya veo, señor.

Venables y Darbishire compartieron la mirada de los hombres que rara vez consumían cócteles. Les resultaba difícil entender la vida de quienes sí lo hacían, sobre todo si era en vehículos en movimiento.

—En fin, la policía de Staffordshire lleva un par de días trabajando en el caso —continuó Venables—. Por lo visto, el equipo canino ha encontrado algo cerca de un lugar llamado Heatherwick Hall, pero no están seguros.

—¿En qué sentido no están seguros?

—Bueno, parecen convencidos de que allí hay algo, o por lo menos uno de los perros lo está, aunque los agentes no logran encontrar nada. Al parecer, el objeto de sus pesquisas está en un montón de estiércol en lo alto de un campo que desciende hacia la vía del tren. Ayer volvieron a registrar la pila en cuestión, pero

definitivamente no hay ningún cadáver. Es posible que hayan tenido la tentación de dejarlo correr, pero el perro no está satisfecho y, al fin y al cabo, el chivatazo venía de palacio. ¿Conoces a Benson?

Darbishire frunció el ceño.

—No, señor.

—El superintendente David Benson, jefe de policía de Staffordshire. Es un hombre que no pierde de vista su objetivo. No creo que deje escapar esta oportunidad, si puede evitarlo.

«Mira quién habla», pensó Darbishire.

—¿Ha indagado en busca de personas desaparecidas que puedan encajar en el caso?

—Sí, Fred, lo ha hecho —respondió Venables—. Es casi seguro que se trata de un hombre blanco, desaparecido durante al menos once días, a fecha de ayer, y es posible que más. Un agente de la comisaría encontró un par de denuncias coincidentes aquí, en Londres, pero lo interesante es que su búsqueda activó algo en el sistema... y esta mañana he recibido esta nota tan interesante.

Venables volvió a dar unos golpecitos en el informe que tenía delante.

—¿Es de alguien del Gobierno, señor? —preguntó Fred, tras identificar la corona de la Administración Pública en el membrete.

—Podría decirse que sí. Se hace llamar «comandante Ross», del Ministerio del Interior, según dice. Pero ya sabemos qué significa eso.

—¿Lo sabemos?

—Vamos, Fred. Leyendo entre líneas, esto proviene del servicio secreto: del MI5 o el mi6. Del cinco, supongo. La cuestión es que ya se habían interesado por una de esas personas desaparecidas, un

fotógrafo profesional llamado... —Venables echó un vistazo al texto mecanografiado—. Michalowski. Ciudadano británico. Su padre era polaco y fue piloto de combate en la guerra, aunque no sobrevivió a ella. Michalowski es un poco pavo real, por lo visto.

—¿Perdone?

—Un niño bien. Lo que antes llamaban un «dandy». Podría estar en cualquier parte, y a ese tal comandante Ross le gustaría mucho establecer su paradero porque encontraron «ciertos artículos preocupantes» en su piso. Muy preocupantes, dado que Ross ha mandado a un mensajero para entregarme esta nota en mano.

—¿Puedo preguntar qué clase de artículos?

—Puedes hacerlo, Fred, pero yo no puedo decírtelo porque no lo sé. El comandante Ross no menciona ningún detalle sobre ellos. Y podría parecerte que eso no supone un problema, pues sólo habría que preguntar en la comisaría local de Chalk Farm, cerca de donde vive Michalowski, porque cabría suponer que fueron ellos quienes registraron el piso cuando el tipo desapareció. Pero no fue así. Por lo visto, el equipo del comandante Ross lo revisó por su cuenta antes de que la policía local tuviera la oportunidad de hacerlo. La desaparición de Michalowski había sido denunciada en comisaría un par de días antes por un amigo al que le extrañaba no saber nada de él, pero Chalk Farm aún no había hecho ningún seguimiento. Supieron por primera vez lo de los «artículos preocupantes» cuando yo se lo conté.

—Vaya.

—Vaya, en efecto. Alguien, probablemente el mismo amigo, se lo contó también al equipo de Ross. Que por cierto ha sido muy descortés al ocultarnos el registro. Pero ahora Ross cree que la

nueva pista en Staffordshire es prometedora, y agradecería nuestra ayuda. Ahora mismo, su equipo está recuperando prendas de ropa del piso del desaparecido, para que los perros dispongan de algo con lo que seguir el rastro. Alguien va a pasar por aquí con una bolsa y quiero que la lleves a las Midlands lo antes posible. Puedes coger el tren exprés a Crewe después de comer. Alguien te recibirá en la estación de Stafford y te llevará a la granja donde encontraron el montón de estiércol.

—¿Hoy, señor? ¿No puede encargarse un subinspector de una cosa así? —Darbishire se esforzó en adoptar un tono muy educado, pero, francamente, si acababan de ascenderlo a inspector jefe de policía no era para enviarlo a transportar calzoncillos sucios de una punta a otra del país.

—No, no puede. Esta vez no, Fred. Puedes comprarte un cepillo de dientes en Staffordshire. —El superintendente estiró el cuello para aliviar su acartonada columna—. El palacio no puede permitirse esperar. Y quiero tener a alguien allí que pueda tomar decisiones y asumir el control; haz lo que sea necesario. Los de Homicidios debemos demostrar lo que valemos. Y, Fred...

—¿Sí, señor?

—No permitas que los de Staffordshire te vengan con chorradas. ¿Entendido?

—Sí, señor.

—Bien.

18

Unas horas después, a media tarde, un Darbishire mareado ocupaba el asiento del copiloto de un Morris Minor azul claro que un sargento de policía de la zona conducía por las sinuosas carreteras de Staffordshire.

Tenía a sus pies una bolsa de cuero con una selección de zapatos, camisas y ropa interior sucia. Su mujer no había reaccionado muy bien cuando la había llamado desde Scotland Yard.

—¿Hace este tipo de cosas a menudo? —le preguntó el sargento sentado al volante del Morris.

—No, la verdad.

—Debe de ser interesante, allá en Londres.

—Lo es —convino Darbishire, imaginando la fiesta de cumpleaños de su hija, aunque era muy probable que el policía no se refiriera a eso. Luego añadió—: Bonita campiña.

Y lo era. Tierras de pastoreo verdes y onduladas, entrecruzadas por setos, salpicadas de ovejas y bordeadas por bosquecillos de abedules, olmos y otros árboles cuyos nombres Darbishire desconocía por completo. Tras haber vivido en Chelsea la mitad de su vida, no era experto en nada verde que no fuera un laurel en una maceta.

—Háble me de su jefe —le dijo al sargento.

—¿El inspector Weatherby? Es de Stoke hasta la médula, nacido y criado en la región de las alfarerías. Vela por sus hombres, ya sabe a qué me refiero. Conoce a todo el mundo que vale la pena conocer por estos pagos. Si hay un cadáver ahí, él lo encontrará.

—¿Y cómo sabe su jefe que está buscando en el lugar correcto?

El sargento de policía se encogió de hombros.

—No puede estar seguro, pero según afirmó la testigo del tren, unos hombres arrojaron el cuerpo al otro lado de un campo en una zona con lagunas o algo así, cerca de una trinchera ferroviaria. La testigo también dijo que lo había presenciado a través de un hueco entre los árboles, junto a la vía. Si se junta todo eso, y suponiendo que, en efecto, ese campo no se viera desde las casas, no hay muchos sitios por aquí que encajen. Y a *Hero* sólo parece interesarle esa zona.

—¿Hero es otro agente de policía? —Darbishire no había visto ese nombre en las notas informativas que le había dado Scotland Yard.

—En cierto modo —respondió el sargento—. Es uno de los perros, una hembra. Es de una raza distinta a los demás. No literalmente, pues también es una springer, pero en cuanto a talento sí, puede creerme. Tiene un sexto sentido, esa perrita. La entrenaron para encontrar cadáveres. Si *Hero* ha detectado que había un cuerpo en ese campo, puede apostar a que lo había, aunque ahora ya no esté ahí.

—De acuerdo.

—En serio, si acabara de perder a un ser querido y estuviera convencido de que está ahí fuera, ella sería el chucho al que recurrir.

—Lo tendré en cuenta —repuso secamente Darbishire.

—Ya hemos llegado.

El sargento se desvió de la carretera y transitó algo menos de un kilómetro por un camino lleno de baches. Aparcó el coche en el borde de un campo, junto a un Land Rover, un furgón policial y un Rover salpicado de barro. Se apearon los dos y el sargento se hizo cargo de la bolsa de cuero.

Sonrió.

—Espere a ver a *Hero* en acción.

A Darbishire le resultaba conmovedora la fe del agente en el animal estrella de su unidad, pero personalmente tenía pocas esperanzas en el poder de unos calzoncillos sucios frente al exuberante paisaje que se extendía ante ellos; el territorio, poblado de campos verdes, terminaba en la vía del tren, que apenas se vislumbraba a través de un hueco en una delgada hilera de árboles.

Hero era una springer spaniel blanca y negra que pareció vibrar de energía desde el instante en que la dejaron salir del furgón. Lo que más despertó su interés fue una camisa blanca de algodón de la bolsa de Darbishire. Su flemático adiestrador, el sargento Blackshaw, dijo que le atraían sobre todo las axilas.

—Por el sudor, señor. Está cargado de olor.

A Darbishire, la camisa en cuestión le parecía impecable: estaba claro que Michalowski era (¿o había sido?) un «niño bien», y esa prenda era más elegante que cualquiera que él hubiera tenido jamás.

En cualquier caso, tras haber hundido el hocico en la tela, la perra emprendió la marcha junto a Blackshaw por un camino en el que se distinguían huellas de tractor y que discurría campo abajo hacia un

hueco en el seto. Fred trotaba a su lado, haciendo lo posible por seguirles el ritmo. La parte inferior del campo estaba tan sólo cubierta de hierba, pero a la derecha había una gran zona embarrada rodeada por un muro bajo de piedra, y al fondo se veía una casucha con un techo de chapa ondulada. A su izquierda, junto al seto, había una serie de montones de estiércol y paja que desprendían olor a podrido.

—Eso de ahí es el estercolero —explicó Blackshaw—. O lo era hasta ayer, cuando lo removimos todo. El granjero quiere que volvamos a apilar el estiércol para poder utilizarlo como abono, pero puede hacerlo él mismo si...

Los furiosos ladridos de *Hero* lo interrumpieron. La perra se había plantado junto a uno de los montones y estaba muy quieta, con las patas bien afianzadas y mirando a Blackshaw para que le prestara atención.

—Está ladrando más fuerte que ayer —dijo el adiestrador—, sin duda porque ha olido esa camisa. Puede estar seguro de que su hombre estuvo aquí. Era Michaels o algo así, ¿no?

—Michalowski.

Si realmente el fotógrafo había sido un niño bien, ya no lo era, pensó Darbishire. Que Dios se apiadara de él. Quienquiera que hubiera estado tomando cócteles en aquel tren había visto más de lo que se esperaba.

Un par de hombres vestidos de civil y con sombreros de fieltro se acercaban desde la vía del tren. Uno de ellos se adelantó para presentarse.

—Soy el inspector jefe Weatherby. Puede llamarme Jim —dijo tendiéndole la mano—. Éste es mi subinspector, Ferris. Soy el oficial

investigador de mayor rango. Aunque supongo que, si está aquí la Brigada de Homicidios, ahora he dejado de serlo —añadió.

Darbishire chasqueó la lengua para restarle importancia a ese detalle, aunque sabía que su jefe no dejaría pasar una oportunidad como ésa; en ese sentido, Venables era como *Hero*. Entornó los ojos para mirar más allá del hombro de Weatherby, hacia la vía férrea. Desde donde se encontraban, cerca del estercolero, distinguía las ramas de los árboles junto a la vía. Algunos eran meros tocones, de modo que había un espacio considerable entre ellos. Alguien que mirara por la ventanilla del tren podría ver el montón de estiércol brevemente, pero con claridad. Entonces, ¿por qué...?

Justo en ese momento, un tren emergió de un túnel oculto por los árboles y pasó traqueteando en dirección noroeste, hacia Crewe. Era una locomotora diésel, por lo que no hubo silbidos de vapor que acompañaran la imagen. Tras la locomotora iban media docena de vagones cuyas ventanas reflejaban la luz del cielo, impidiéndole ver el interior.

—¿Pasan muy a menudo? —preguntó Fred—. Me refiero a los trenes.

—Yo diría que sí —respondió Weatherby—. He visto bastantes desde que estamos aquí. Es una línea muy transitada.

Darbishire se preguntó quién sería tan estúpido como para deshacerse de un cadáver en un sitio visible desde el tren. Quizá habían subestimado la posibilidad de que alguien los sorprendiera. Aun así, ¿quién correría ese riesgo?

Le habían dado una golosina a *Hero* para que dejara de ladrar, pero parecía ansiosa por seguir adelante: daba pequeños brincos y clavaba una mirada intensa en su adiestrador, a la espera de nuevas

instrucciones. Blackshaw la condujo por el perímetro del campo, hasta la zona embarrada donde estaba la casucha, y de vuelta al hueco en el seto por donde habían entrado. La perra se limitó a olfatear hasta que llegó al punto donde las huellas del tractor daban media vuelta. Entonces empezó a estremecerse y volvió a ladrar.

—Ayer hizo lo mismo —explicó el inspector Weatherby—. De modo que su hombre estuvo aquí, pero debieron de llevárselo en un tractor. Sabe Dios dónde lo habrán metido. Hicimos que la perra buscara en el campo de arriba y a lo largo del camino, pero no mostró interés. El cuerpo podría estar en cualquier parte. Incluso hicimos que buscara cerca de los lagos, a casi un kilómetro de distancia. Ahí lo habría metido yo. Por supuesto, sigo sin poder afirmar que no esté allí; podríamos intentar que nos enviaran a unos buzos, supongo. Pero a *Hero* tampoco le interesaba esa zona.

—¿Quién es el propietario del terreno? —quiso saber Darbishire.

—Un tipo llamado Thorburn. Vive en Heatherwick Hall.

Echaron a andar juntos, cruzando el campo superior.

—¿Qué puede contarme de él?

—Es un hombre bastante popular —contestó Weatherby—. Compró el terreno hace unos años e hizo algunas ampliaciones en la casa solariega. Da trabajo a un buen número de lugareños, pese a todo lo que ha pasado en estas tierras. Organiza cacerías y es propietario de tres granjas, tanto de cultivo como de pastoreo. Hizo fortuna con campamentos de vacaciones y aparcamientos, por increíble que parezca, pero ahora es todo un caballero terrateniente. Le gusta montar a caballo durante las partidas de caza. Un auténtico hacendado.

—¿Dónde está la casa? —preguntó Darbishire.

—Al otro lado de la vía del tren. Thorburn es propietario de terrenos a ambos lados. La casa se ve desde más allá, camino abajo. Se la mostraré. Es una mansión impresionante, no me importaría vivir ahí. Pero el sueldo de un policía no da para tanto, ¿eh?

Weatherby miró a Darbishire con su sonrisa más cordial. A Fred le resultaba sospechoso que sonriera tanto; se suponía que era un gesto cálido y acogedor, e incluso una muestra de respeto, pero lo encontraba extraño. Lo más lógico era que estuviera un tanto resentido; él lo habría estado.

Subieron a sus respectivos vehículos y transitaron despacio junto a la vía durante unos cientos de metros, con *Hero* trotando tras ellos sin mostrar mucho interés en los setos. Al cabo de un rato, el Rover de Weatherby se detuvo junto a un portón rústico de travesaños horizontales, y el sargento que acompañaba a Fred paró el Morris Minor detrás. Weatherby y el subinspector Ferris guiaron a Darbishire a través de la verja, señalando una zona boscosa a su izquierda, más allá de un par de campos de cultivo. Los árboles y un pequeño terraplén ocultaban la vía férrea que había al fondo.

—Por ahí están las lagunas —explicó Weatherby—. No se ven desde aquí, pero la testigo las mencionó. Y allí... —señaló más allá de la cima de la colina opuesta— se distinguen las chimeneas de Heatherwick Hall. Thorburn es propietario de casi todas las tierras que se ven desde este punto. Cultiva trigo y...

—¿Qué es eso? —interrumpió Darbishire, alejándose a buen paso ladera abajo.

—Sólo es un espantapájaros —respondió el subinspector Ferris corriendo tras él—. Los hay a montones por esta zona. Aquí las aves son terribles...

—¿Qué lleva puesto?

—Diría que es una camisa. —Weatherby jadeó—. Es bastante corriente. A veces llevan un abrigo, pero las camisas van bien porque reflejan la luz y se agitan con el viento.

Se detuvieron a unos metros del espantapájaros.

—Reconozco esa camisa —declaró Darbishire.

De lejos ya lo había intuido; de cerca, estaba seguro. Era blanca y elegante, con puños dobles y un cuello de corte moderno. Desde luego, no era una prenda propia de un granjero, sino la típica camisa de un «niño bien». Él había traído una igual de Londres en la bolsa que le habían dado.

—¡No lo toquen! —exclamó cuando los demás empezaron a correr hacia el espantapájaros, entre tallos que les llegaban a los tobillos.

Todos se quedaron quietos y esperaron a que Blackshaw y *Hero* los alcanzaran. En cuanto la perra estuvo a unos cincuenta metros, corrió hacia el espantapájaros ladrando fuerte. Estaba de acuerdo con Darbishire, sin duda. Weatherby ordenó a sus hombres que extrajeran la camisa con cuidado, pero Darbishire lo desautorizó.

—No, eso es cosa del equipo forense.

Weatherby miró hacia el horizonte.

—Está oscureciendo —dijo—. Para cuando lleguen, ya no verán nada.

—Pueden traer linternas. Alguien debería ir a hacer una llamada.

Weatherby envió a regañadientes al sargento que había hecho de chófer de Darbishire. Mientras esperaban, Blackshaw dejó que *Hero* lo llevara adonde ella quisiera. Con el hocico pegado al suelo y tirando de su adiestrador, la perra corrió en zigzag por el campo, siguiendo un rastro, perdiéndolo, volviéndolo a encontrar. Cinco

minutos más tarde, había desenterrado una chaqueta de lana que estaba embutida en una madriguera de conejos. La prenda se veía sucia, pero era ligera y de buena confección. La satisfacción por el hallazgo pareció recorrer todo el cuerpo del animal. Darbishire se preguntó cómo reaccionarían sus hijas si se encontraran alguna vez con una perra como ésa: tenía la firme sospecha de que le profesarían un amor absoluto, incondicional.

También había huellas de tractor en los bordes de ese campo. Terminaban cerca del fondo, donde *Hero* pareció volver a captar el rastro y tironeó de la correa para girar a lo largo del muro de piedra seca que señalaba el límite inferior.

Darbishire observó que en esa zona no había vecinos, ni siquiera una cabaña. Teniendo en cuenta el terraplén y los árboles junto a la vía del ferrocarril, que quedaban más abajo, aquella parte del campo sólo sería visible desde las chimeneas de la lejana mansión.

—Sin duda no serían tan estúpidos como para sacar el cuerpo del tractor y arrastrarlo por el suelo hasta donde pretendían abandonarlo, ¿no? —comentó el subinspector Ferris.

—Nunca subestimes la estupidez del delincuente medio —sentenció Weatherby.

Ferris parecía perplejo.

—Ayer trajimos aquí a los perros. Ninguno mostró mucho interés. Desde luego, no como el que muestra *Hero* hoy.

—Es posible que ayer el rastro no fuera lo bastante fuerte para seguirlo —sugirió Darbishire—. Pero ahora *Hero* sabe exactamente qué es lo que está buscando.

Ya estaba dándole vueltas a una teoría. ¿Acaso habían envuelto el cuerpo desnudo en una lona para transportarlo con más facilidad?

Eso podría haber obstaculizado la detección del rastro, hasta que *Hero* pudo percibir el olor exacto gracias a la ropa de la víctima que él había traído.

Fuera lo que fuese lo que estaba haciendo, *Hero* había llegado a su destino, que se encontraba en el otro extremo del campo. Volvió a plantarse afianzando bien las patas y se puso a ladrar sobre un panel metálico rectangular incrustado en la tierra. Uno de los sargentos se inclinó sobre la anilla de hierro oxidado del panel y tiró de ella para levantarlo. Todos miraron dentro.

—Bingo —murmuró Weatherby.

Se trataba de un gran bidón de acero que servía como depósito de agua, aunque ahora estaba seco. En el fondo yacía el cuerpo desnudo de un hombre, cuyas piernas habían sido dobladas en ángulo para que cupiera en el espacio. Una lona impermeable y sucia estaba embutida a sus pies. El cuerpo se mantenía en buen estado, teniendo en cuenta que era probable que el hombre llevara al menos dos semanas muerto, y aun así no era un espectáculo agradable. Había sufrido el ultraje del estercolero, y tenía rasguños, arañazos y manchas de estiércol seco en las extremidades. El estómago estaba hinchado. La cara apenas se veía, pero aun así era evidente que, al igual que la parte superior de los hombros, había adquirido un intenso color púrpura, como si hubieran unido la cabeza de una estatua de pórfido al torso de la víctima.

—Nunca había visto nada semejante. —Weatherby apartó la mirada durante unos instantes.

—Yo sí, pero en la espalda y las piernas —repuso Darbishire inclinándose hacia el interior—. Nunca en la cabeza.

El subinspector Ferris se asomó para ver mejor.

—Las manos están en su sitio, señor. Las yemas de los dedos no parecen haber sido manipuladas —añadió frunciendo el ceño.

—Pareces decepcionado —observó su jefe.

—Es sólo que... Se toman todas esas molestias para ocultar el cadáver, pero ¿luego dejan que sea bastante fácil identificarlo si finalmente alguien lo descubre?

—No sé, las huellas sólo son relevantes si tenemos algo con que cotejarlas —repuso Weatherby.

—¿Y si las huellas sí estuvieran en la base de datos, señor?

—A lo mejor dieron por hecho que no sería así, Ferris. Al fin y al cabo, si se trata del caballero londinense del inspector Darbishire, como todo parece indicar, dudo que lo hayan arrestado nunca.

—Es una suposición muy arriesgada, ¿no? —insistió el subinspector—. Para los asesinos, quiero decir.

Weatherby sonrió, luciendo una dentadura perfecta.

—No es cosa nuestra razonar por qué actuaron así, Ferris. Como ya te he dicho, nunca subestimes la estupidez de un delincuente.

Darbishire consideraba que sí les correspondía razonar el porqué. En su opinión, el depósito de agua vacío parecía ser un lugar de reposo temporal: los asesinos se habían visto sorprendidos antes de poder trasladar el cadáver; quizá iban a ocuparse más tarde de las huellas dactilares. No dijo nada, pero cada vez se sentía más identificado con el curioso subinspector, y menos con el afable inspector.

Entretanto, al margen de lo que pudieran descubrir los forenses, *Hero* ya había hecho la mayor parte del trabajo. La chaqueta que había encontrado en la madriguera estaba hecha a medida y llevaba la marca del sastre, y al día siguiente, sin duda, el sastre en cuestión

confirmaría el nombre de su cliente. Las posibilidades de que no se tratara de Michalowski y de que el cadáver no fuera el del fotógrafo parecían mínimas.

Darbishire consultó su reloj. Las siete menos cuarto. La Brigada de Homicidios había tardado menos de ocho horas en identificar el cadáver. O por lo menos ésa sería la versión de la historia que contaría Venables. Por el momento, Fred se apresuró a darle las gracias a Blackshaw por los servicios de *Hero*.

—Me aseguraré de que le hagan justicia en el informe.

—Oh, no lo necesita —respondió el adiestrador—. *Hero* sabe muy bien lo buena que es. Le encanta su trabajo.

—¿Cómo son los spaniels? —quiso saber Fred—. ¿Son buenos perros como mascotas de familia?

—Los mejores, si reciben el entrenamiento adecuado.

—Y yo que le he comprado a mi hija una bicicleta... —murmuró él, pensativo.

—¿Perdone?

—No, nada.

Exhalando un suspiro, Fred se dijo para sus adentros que la jornada de trabajo de *Hero* había concluido, pero la suya no.

¿Qué estúpidos descerebrados habían intentado deshacerse de un cadáver cerca de una vía de tren muy transitada, desde donde podían ser vistos, para luego dejarlo en un depósito seco a un par de campos de distancia? ¿Por qué, si la víctima era de Londres, habían viajado hasta el otro extremo del país para deshacerse del cuerpo de esa forma tan terrible y chapucera? Y para empezar, ¿qué había hecho la víctima para provocar su ira?

Además, probablemente ese tipo «del Ministerio del Interior» no se lo pondría fácil. Darbishire sabía por experiencia que, a veces, los hombres del ministerio entorpecían las investigaciones policiales por motivos ocultos. Miró de reojo a Weatherby, que estaba charlando con su subinspector con las manos en los bolsillos, y se preguntó si esta vez los obstáculos llegarían de ambas direcciones.

Se subió el cuello del abrigo y volvió a acercarse al depósito.

19

En su oficina de Mayfair, a cinco minutos andando a buen paso del Ritz (aunque él nunca iba allí), el «hombre del ministerio» habría esbozado una sonrisa irónica de haber sabido que Fred Darbishire estaba preocupado por los obstáculos.

Cuatro años atrás, el propio Hector Ross había sido uno de esos obstáculos. En aquel entonces, su organización había creído conveniente que Darbishire no investigara a ciertos testigos en un delicado caso de asesinato. El policía había hecho sus pesquisas de todos modos, pero, por fortuna, todo había salido bien. En esta ocasión, en cambio, Ross esperaba de corazón que Darbishire tuviera éxito, pero tenía muy pocas esperanzas de que así fuera.

¿Habrían acertado al suponer que el cadáver era de Pavel Michalowski? Ross se quedó levantado hasta tarde, esperando noticias de las Midlands. Sin embargo, si Michalowski había muerto a manos de la gente de la que él empezaba a sospechar, era muy improbable que su cuerpo hubiera acabado a medio camino de Escocia, y casi imposible que los asesinos hubieran sido tan estúpidos como para intentar deshacerse de él cerca de una vía férrea.

Hector estaba preparando un informe para el palacio. Nadie lo había solicitado, pero la testigo había viajado junto a la reina en su

momento, y los hombres de la Secretaría Privada tenían una extraña habilidad para descubrir qué era relevante para Su Majestad. Había reunido todos los detalles al respecto. Si finalmente le pedían el informe, quería estar preparado. Mientras esperaba a que sonara el teléfono, revisó sus notas.

Una semana antes, dos ciudadanos, preocupados por la reciente desaparición de Michalowski, habían encontrado un extraño equipo fotográfico oculto en un armario de su piso. El fotógrafo guardaba la mayor parte de su material en su estudio y en su cuarto oscuro, calle abajo, pero el contenido del armario de su piso era específico y preocupante. Consistía en una cámara cargada con película de grano muy fino, varios rollos de reserva de la misma película, una serie de artículos de papelería muy reveladores, unas cuantas pinzas, un montón de revistas de ajedrez y una potente lámpara.

Las conexiones en el armario se habían hecho de forma ingeniosa para que el suministro eléctrico de la lámpara no se viera desde el exterior. Sin embargo, la puerta estaba cerrada con un candado bastante tosco. Los amigos preocupados habían abierto con facilidad el candado, y uno de ellos resultó ser un periodista que supo reconocer que aquel montaje podía utilizarse para realizar micropuntos.

El periodista informó de inmediato a un amigo suyo, que a su vez era colega de Hector en el MI5 (porque, en efecto, como había adivinado el superintendente jefe Venables, ésa era la organización para la que trabajaba el «comandante Ross»), y ese agente había transmitido la información al propio Hector. Uno de sus equipos se personó en el piso en menos de una hora.

El caso Michalowski era intrigante y extraño. El hombre desaparecido tenía montado un sistema para enviar y recibir mensajes secretos, aunque tampoco debían de ser tan secretos, puesto que no se había esforzado demasiado en ocultar lo que estaba haciendo. Al fin y al cabo, un amigo y una vecina sólo habían necesitado cinco minutos, armados con una llave de repuesto, para descubrir la verdad.

El MI5 y la CIA habían estado ocupados desenmascarando varias redes de espionaje rusas en los últimos meses, y Hector sabía que ésa no era la forma de actuar de los espías rusos. Como jefe de la Sección D, él se había encargado con éxito de varias investigaciones de contraespionaje. Esos espías tenían identidades ficticias muy elaboradas, pasaportes falsos y dispositivos de radio cuidadosamente ocultos detrás de paredes también falsas. Por el contrario, Michalowski no había hecho ningún intento por ocultar quién era. El periodista que informó sobre el equipo lo conocía desde que eran colegiales. Los esfuerzos del fotógrafo por disimular lo que estaba haciendo eran chapuceros. O era un aficionado que jugaba a ser espía, o bien no le preocupaba demasiado lo que pudiera pasar si lo descubrían. Así pues, no era un espía propiamente dicho. No era un traidor, aunque quizá sí se comunicaba con traidores. Tal vez no le preocupaba su propia seguridad, sino la de ellos.

Ésa había sido la primera hipótesis de Hector, y se había reunido con varios contactos de la comunidad disidente soviética en Londres para sondear qué podría estar tramando el fotógrafo. ¿Lo consideraban una amenaza, un amigo? ¿Sabían algo de él?

Resultó que un par de hombres habían oído rumores sobre «el polaco»; al parecer, había ayudado a dos distinguidos físicos a

escapar de Alemania Oriental a través de Escandinavia el año anterior. Entre los disidentes, se hablaba del «polaco» con reverencia. Los científicos en cuestión habían ido a parar a universidades de Estados Unidos, por lo que eran más interesantes para el MI6 que para el MI5. Hector estaba al corriente del viaje de los científicos, pero no de que un «polaco» de Londres los hubiera ayudado, al menos supuestamente. ¿Era ése Michalowski? Hector estaba esperando noticias al respecto.

Había pasado los últimos días llevando a cabo más pesquisas y buscando pistas sobre cualquier hombre desaparecido que pudiera encajar con la descripción del fotógrafo. Las noticias procedentes de las Midlands eran prometedoras, pero tenía pocas esperanzas de que la cosa fuera tan fácil.

En su despacho iluminado por una sola lámpara, sonó el teléfono. Se frotó los ojos y contestó.

—Ross al habla... ¿Está seguro?... ¿En un depósito de agua en desuso?... Dios mío. ¿Y en qué estado se encontraba el cuerpo?... ¿En serio?

Según el superintendente jefe Venables, que lo llamaba en persona, el cadáver era, con casi total certeza, el de Michalowski. Hasta el momento, no habían identificado ninguna causa evidente que explicara su muerte. Aparte de los rasguños y arañazos *post mortem*, el cuerpo había sufrido muy pocos daños. No había heridas de bala, ni de arma blanca, ni hematomas reveladores, ni las previsibles señales de ataduras. De hecho, más allá de una inusual acumulación de sangre en la cabeza, estaba sorprendentemente intacto. El forense de la zona se pondría manos a la obra al día siguiente.

—Escuche, estoy seguro de que en Staffordshire son muy buenos y todo eso... —intervino Hector—, pero ¿les importaría hablar con un hombre del Guy's Hospital de Londres? En mi opinión, deberían involucrarlo en el trabajo forense... Sí, en efecto, Mallory, el experto en envenenamientos... Me temo que no puedo responder a esa pregunta, superintendente jefe. Lo siento.

Pese a la negativa de Hector a confirmar la corazonada del jefe de la Brigada de Homicidios sobre una posible participación soviética, Venables prometió tomar las medidas necesarias y mantenerlo informado.

Hector colgó el teléfono, eufórico y confuso a partes iguales. Al parecer, había dado con su hombre, pero si su nueva teoría sobre el KGB era correcta, lo normal hubiera sido encontrar indicios de tortura si finalmente el cuerpo aparecía, y sin duda de una muerte sangrienta, como mínimo. De modo que era posible que su teoría fuera errónea, al fin y al cabo.

Si no era así, Michalowski debía de haber revelado sus secretos con mucha facilidad, o bien había muerto antes de poder hacerlo, lo cual probablemente habría sido una bendición, aunque en ese momento no lo pareciera.

20

—¿Has visto los periódicos? —le preguntó Felipe a la reina el sábado por la mañana en el castillo de Windsor, levantando la vista de sus arenques ahumados cuando ella entró para desayunar con él.

—Todavía no. He ido al cuarto de los niños para saludarlos. Esta noche estamos ocupados y no tendremos tiempo de...

—Olvídate de los niños. ¡Han encontrado el maldito cadáver de Sandra Pole!

—¿El cadáver de Sandra Pole? ¡Oh, Dios mío!

—No, no, el suyo no, el cadáver que dijo haber visto desde el tren. Bueno, pues resulta que realmente lo vio.

—¡El hombre comba! —murmuró la reina.

—¿Qué?

—Oh, nada. ¿Así que lo han encontrado? ¿Dónde exactamente?

—Justo donde ella dijo, por lo que parece —explicó Felipe—. En algún lugar de Staffordshire. Era un hombre llamado Michalowski.

—¿Ya saben su nombre?

—Oh, sí, ya está todo atado y bien atado. Pero tengo una cuenta pendiente contigo, Lilibet. —Felipe la señaló con el cuchillo de la mantequilla.

—¿De qué se trata?

—Mi ayuda de cámara me ha transmitido esta mañana los chismes del palacio de Kensington. Al parecer, se rumorea que Sandra le dijo a Margarita que no estaba en su vagón, el de Margarita, quiero decir, cuando vio al hombre desde la ventana... ¡Estaba en el tuyo!

—Ah, vaya.

Aún era temprano y la reina todavía tenía la cabeza llena de críos, arrumacos y promesas de paseos en poni. No estaba del todo concentrada, y Felipe arremetió contra ella.

—¡Era tu vagón! ¿Por qué no me lo contaste?

—Tenía intención de hacerlo —respondió ella, y era cierto, pero de alguna manera el trabajo y la vida familiar se habían interpuesto, y sabía que su marido se enfadaría mucho si se enteraba, por lo que finalmente no se había decidido a contarle toda la historia.

Felipe blandió el cuchillo de mantequilla.

—¡Esto es intolerable, caray! ¡Una mujer, prácticamente una desconocida, que según se rumorea iba armada con un perro y una cámara, estaba haciendo fotos en tu baño privado, en tu salón privado, en tu maldito tren privado!

—Bueno, sí, las circunstancias fueron desafortunadas.

—¿Desafortunadas, dices? ¡Podría haber hecho cualquier cosa! Se supone que tus condenados guardias de seguridad deberían estar montando guardia en tu puerta. ¿Qué estaban haciendo? ¿Comiendo canapés en el vagón restaurante?

—Esto... bueno, pues sí, creo que sí.

Felipe dio un puñetazo tan fuerte en la mesa que la vajilla se elevó varios centímetros y dos cucharas cayeron sobre la alfombra, de donde las recogió casi al vuelo un lacayo que luego retrocedió a toda prisa.

—¡Eres la reina, maldita sea! Deberías estar segura en todo momento, por Dios. Si el vagón de un inglés no es su castillo, no sé qué puede serlo. Sí, vale, este castillo... Pero sólo Dios sabe hasta qué punto es seguro Windsor, santo cielo, si tus guardias se dedican a hacer el vago y a comer por ahí cuando deberían estar velando por ti. Quiero verlos en mi despacho esta mañana, a los dos, para pegarles una buena bronca. Y luego los pondré de patitas en la calle.

—En este momento tienen sus funciones restringidas —repuso la reina, y era verdad. Felipe no era el único que podía enfadarse y tomar medidas: ella lo había hecho al día siguiente de que Margarita le contara la pequeña expedición de Sandra.

—¡Espero que estén limpiando letrinas! —bramó Felipe—. O limpiando establos. Como Aquiles, o quienquiera que fuese... ¡Hércules! Sí, ése era, el muy cabrón. Pues como él.

La reina intuía que las nuevas tareas de los dos lacayos no serían lo que se dice un camino de rosas; pero, fueran las que fuesen, probablemente estarían agradecidos por no tener que soportar los improperios de Felipe.

—Sir Hugh me ha asegurado que se han revisado todos los protocolos de seguridad y que no volverá a ocurrir —lo tranquilizó.

—Más vale que no, desde luego.

Por el bien de la presión arterial de su marido, la reina decidió cambiar de tema.

—¿Cómo has dicho que se llamaba? El muerto, quiero decir.

—Michalowski. Al parecer, desapareció en Londres —explicó Felipe —. Según el *Times*, Venables está al mando de la investigación. Es

de Scotland Yard, un buen tipo. Lo conozco bien. Resolvió los asesinatos de Chelsea, ¿te acuerdas?

—¿Ah, sí? —preguntó ella como quien no quiere la cosa.

—Muy eficiente. Según el periódico, Michalowski era un paparazi de la alta sociedad. Como Tony, en cierto sentido.

—Preferiría que no dijeras eso de Tony.

Felipe se encogió de hombros.

—Entonces no debería ser un paparazi de la alta sociedad. Me pregunto si conocía a este tal Michalowski. Sin duda lo averiguaremos; los canales de cotilleo están muy activos esta mañana.

—¿Qué más dice el *Times*?

—Ni idea. Aún no he tenido ocasión de leerlo.

—Pues no te molesto más.

Reinó el silencio en la salita del desayuno mientras el duque leía el periódico y la reina se preguntaba en privado si Margarita conocería al hombre en cuestión. Si era así, se quedaría horrorizada. En cuanto tuviera un momento, ese mismo día llamaría sin falta a su hermana para averiguar cómo estaba.

Pero qué extraño que el cuerpo de la víctima hubiera acabado en Staffordshire, cuando según el *Times* había desaparecido en Londres. ¿Acaso Michalowski estaba pasando unos días allí, invitado por alguien? ¿O se había desplazado por cuestiones de trabajo, como hacía a veces Tony Armstrong-Jones? Margarita había conocido a su marido en una boda en la que él era el fotógrafo. Quizá este hombre había fotografiado algo que no debía. De ser así, habría una aterradora simetría entre la fatídica cámara de Sandra y la suya.

Tal vez estaba alojado o trabajando allí, pensó, porque a nadie se le ocurriría conducir desde Londres a Staffordshire con un cadáver en el maletero para luego tirarlo en el campo más cercano. Aunque, francamente, al margen de dónde hubiera muerto el pobre hombre, ¿qué idiota intentaría deshacerse de un cadáver cerca de una vía férrea, cuando podía pasar un tren en cualquier momento? El canónigo Vaughan le había dicho algo al respecto cuando estaban descartando posibilidades para determinar la ubicación. Intentó recordar con exactitud qué era...

—¿Qué tal el *Racing Post*? —preguntó Felipe, levantando la vista del periódico.

La reina se dio cuenta de que llevaba un buen rato mirando la primera plana del diario que tenía ante ella, pero sin asimilar una sola palabra.

—Oh, ya sabes —dijo.

Había perdido el hilo de sus pensamientos, aunque probablemente daba igual. Por lo visto, en cuanto habían sabido dónde debían buscar, la policía había avanzado con extraordinaria rapidez en el caso del hombre comba. Su opinión sobre el superintendente jefe Venables no era tan positiva como la de Felipe. Se preguntó si seguiría trabajando con el fiel inspector Darbishire, de la Brigada de Chelsea. Si era así, esperaba sinceramente que también esta vez tuvieran éxito, como lo habían tenido en el pasado. Aunque fuera con un poco de ayuda.

21

—Lo siento, inspector jefe, no creo estar en situación de ayudarlo.

Era media tarde del sábado en Heatherwick Hall, y el sol brillaba sobre los bosques y campos de Staffordshire. Josiah Thorburn, un hombre robusto de mediana edad que habría sido guapo de no haberse entregado en exceso a los placeres de la mesa, estaba sentado frente a Fred Darbishire en una gran silla de mimbre en la terraza, flanqueado por su guardabosques y el capataz de la finca.

Thorburn levantó las manos como para rendirse ante el extraño cariz del asunto.

—Es desconcertante. Ninguno de nosotros le encuentra sentido. Me cuesta imaginar que un grupo de gánsteres estúpidos se llevara a su víctima a dar un paseo por el campo. Dios sabe por qué eligieron una de mis granjas; pura mala suerte, supongo. Espero que usted y el inspector jefe Weatherby los encuentren pronto. Por supuesto, haré cuanto pueda por ayudarles... Siempre estoy dispuesto a ayudar a los hombres de azul. Debe saber que soy un donante destacado del Fondo para Huérfanos de Policías. No por la gloria ni por ninguna tontería de ésas; simplemente soy consciente de lo que tienen que soportar ustedes, y sus familias también. Discúlpeme, voy a... —Señaló la gran tetera de porcelana que tenía

delante y se inclinó para servirse una segunda taza—. ¿Seguro que no quiere acompañarme?

Darbishire estaba seguro. Quería que aquello fuera un interrogatorio, no una merienda acompañada de autobombo benéfico. No se dejaba comprar tan fácilmente.

—Tengo entendido que usted estaba fuera el veintiséis del mes pasado, cuando vieron el cadáver desde la vía del tren —comentó. Tras haberse pasado alrededor de una hora en el pub la noche anterior, se había quedado hasta muy tarde leyendo las notas de Weatherby, extensas pero poco esclarecedoras.

—En efecto, estaba en Le Touquet —precisó Thorburn—. Dudo que esos gánsteres se hubieran atrevido a utilizar mis tierras de haber estado yo aquí.

—¿Cómo iban a saber si estaba o no?

—Buena pregunta, buena pregunta. Bueno, el caso es que mi mujer y yo nos fuimos a Francia el fin de semana y volamos de vuelta el lunes. Íbamos con un amigo que dispone de una pista de aterrizaje a unos kilómetros de aquí. —Thorburn señaló el valle con un gesto amplio—. Tiene una pequeña avioneta Cessna para venir a las carreras. A mi mujer le gusta apostar en las carreras de caballos, y uno debe tener contenta a su señora.

Thorburn era un fanfarrón paternal y relajado, pero no engañó a Darbishire ni por un instante. Sólo un astuto hombre de negocios, atento a los detalles y consciente de lo que estaba en juego, podía llegar a ser tan rico partiendo de unos orígenes en Stoke tan humildes. Sin duda pretendía dar la impresión de ser un tipo simpático y afable, pero Darbishire lo tenía bien calado.

Thorburn iba vestido con ropa de montar, pues según había explicado iba a salir más tarde con su mujer y un amigo de la familia «a dar un paseíto». Los dos hombres que lo flanqueaban, delgados y ágiles, contrastaban vivamente con él, corpulento y entrado en carnes. Ambos se habían puesto sus mejores trajes de domingo para recibir al inspector de Londres, y se les veía tan poco a gusto con esas prendas como se habría sentido Darbishire con pantalones de montar y una gorra plana de *tweed*.

—Pero usted sí estaba aquí, señor Fishburne —le dijo al guardabosques.

—Ajá, como un clavo.

—Hable como es debido, hombre —se burló Thorburn.

El guardabosques hizo lo que pudo.

—Estuve en la orilla, arreglando vallas, y luego abajo, en la trinchera, hasta la hora del té. Llegué a casa a las seis y pasé la tarde con la parienta, como le dije al señor Weatherby. Después, estuvimos escuchando la radio, su programa favorito, *My Word*.

Darbishire tomó nota del nombre exacto del programa de radio. La mujer de Fishburne le había contado lo mismo a Weatherby cuando él la interrogó, y también había mencionado que era su programa favorito. Las historias de ambos coincidían en todos los detalles. No había ninguna discrepancia.

El capataz de la finca repitió su coartada para aquel mismo día, un día ajetreado, pero los detalles variaron un poco. Darbishire se inclinaba a creerle, pues sabía que la memoria no era del todo fiable. La certeza del guardabosques, por el contrario, resultaba más reveladora.

—Y el señor Riley, que dirige la granja en cuestión...

—Estaba de baja por enfermedad —repuso Thorburn, levantando las manos de nuevo—. Hecho polvo, me temo, con algún tipo de virus o un brote de neumonía del granjero. Podrá hablar con usted dentro de un par de días, supongo. Los peones están en el campo, pero si es necesario podemos enviar a alguien a buscarlos. Puede usar uno de los garajes vacíos para interrogarlos.

—Eso sería de gran ayuda —respondió Darbishire.

—No es lo ideal, porque están muy ocupados, sobre todo ahora que el señor Riley está enfermo, pero si de verdad es necesario...

—Lo es —insistió Darbishire con amabilidad—. Porque esos gánsteres estaban aquí de visita, así que debieron de contactar con uno de sus hombres por lo menos, ¿no cree, señor? ¿Cómo si no iban a saber lo del estercolero?

Thorburn miró a los hombres que lo flanqueaban en sus sillas. Luego los tres se encogieron de hombros: el guardabosques mínimamente, el capataz con cierta perplejidad y Thorburn con dramatismo.

—¿Lo sabían? —preguntó este último—. Mi teoría es que sólo buscaban un lugar donde deshacerse del cadáver y encontraron el estercolero por casualidad. No se habían percatado de que quedaba cerca de una vía de ferrocarril y, en cuanto pasó un tren, algo que por cierto debió de causarles un buen susto, lo trasladaron al siguiente lugar que encontraron...

—Que resultó ser un depósito de agua oculto —señaló Darbishire —, a varios campos de distancia. ¿Cómo cree que lo localizaron?

—Bueno, es sólo una teoría, inspector jefe, al fin y al cabo el policía es usted, pero mi hipótesis es que uno de ellos procedía del

mundo agrícola y sabía de la existencia de esos depósitos de agua, así que siguieron buscando hasta dar con uno.

—¿En la oscuridad?

Thorburn volvió a levantar las manos.

—Como he dicho, el policía es usted.

Sí, lo era y, como tal, Darbishire había considerado que, si unos tipos que no conocían el terreno se hubieran visto realmente interrumpidos de repente en sus actividades delictivas, lo último que habrían hecho sería recorrer la zona casi a oscuras hasta dar con un escondite tan específico. Habrían puesto pies en polvorosa, ¿no? Además, había un depósito parecido en el primer campo, como había descubierto esa mañana, aunque estaba medio lleno de agua; a los gánsteres de la ciudad no les importaría contaminarla con un cadáver, pero suponía que a los lugareños sí.

—¿Puedo preguntar qué solía haber en el primer campo?

—¿Mmm?

—Donde está el estercolero. Había una especie de refugio para animales —explicó Darbishire—. Un muro de piedra y una casucha con un techo de chapa ondulada.

Thorburn parecía desconcertado.

—Me temo que no sabría decírselo con seguridad. Probablemente, ovejas. Tenemos muchas ovejas.

El capataz de la finca se inclinó hacia delante.

—Se refiere al cobertizo, señor —declaró—. Cerdos, hasta hace poco.

—¿Qué fue de ellos? —quiso saber Darbishire.

—Los cerdos de engorde fueron a parar al matadero. Y a las cerdas las trasladamos al otro lado del valle.

—¿Cuándo fue eso?

El capataz estaba a punto de responder, pero captó un leve movimiento de cabeza de Thorburn, y convirtió su exhalación en un suspiro y otro encogimiento de hombros.

—No sabría decirlo con exactitud. Tendrá que preguntárselo al señor Riley. Cuando se encuentre mejor.

Darbishire se volvió hacia el guardabosques.

—¿Conoce ese campo?

—La verdad es que no —respondió Fishburne—. No se utiliza ni como campo de tiro ni para la caza. No tengo motivos para ir allí.

—¿No ayuda al señor Riley, por ejemplo?

Fishburne entornó los ojos.

—No. ¿Por qué iba a hacerlo?

—¿No son amigos?

—En absoluto. —La mirada gélida que Fishburne clavó en Darbishire sugería que la pregunta era ridícula.

Darbishire asintió, pero recordaba perfectamente la conversación que había mantenido la noche anterior con la camarera, quien le había dicho que Riley y el guardabosques solían ir juntos a tomar algo al pub. Le había dado a Fishburne una buena oportunidad para admitir este hecho indiscutible, y era revelador que no lo hubiera hecho.

Tampoco se mencionaba en el informe de Weatherby. Aunque resultaba que Weatherby estaba casado con la prima del ama de llaves de Thorburn, que era hermana de la camarera del pub.

«Y no se puede pedir un cuñado mejor. Jim haría lo que fuera por mí, y es un tío encantador para mis hijos.» Darbishire se dijo que aquella historia no trataba tanto de matones londinenses como de

trabajadores de una zona rural que se ayudaban unos a otros. Y ahora se estaban ayudando, y formaban una barrera contra la verdad tan completa e intrincada como un muro de piedra seca. Era digno de admiración, realmente.

Thorburn parecía inquieto. Miró por encima del hombro y dijo:

—¿Desea usted algo más? No quisiera meterle prisa, pero oigo que ha llegado mi amigo y no me gusta hacerle esperar. Como ya he dicho, lamento que no podamos ser de más ayuda. Todo esto es un misterio.

—No se preocupe, lo resolveremos por usted, señor —le aseguró Darbishire, levantándose y tendiéndole la mano—. El comisario de policía tiene un interés personal en el caso, al igual que mi jefe, en Londres. Lo último que usted necesita es que unos desconocidos anden deambulando por sus tierras, aprovechándose de escondrijos en la zona. No quiero ni pensar en lo que eso debe de estar suponiendo para su esposa. Tendré un equipo trabajando en el asunto día y noche.

Thorburn le estrechó la mano.

—Gracias. Eso es muy tranquilizador —respondió con una leve sonrisa.

Se les unió en la terraza otro hombre con pantalones claramente nuevos y una elegante chaqueta de *tweed*. Debía de ser el amigo del que había hablado Thorburn. Le tendió la mano a Darbishire.

—Dennis Wilson —dijo—. Encantado de conocerle. ¿Y usted es...?

Darbishire se presentó, observando que Josiah Thorburn no parecía especialmente contento con la aparición de su amigo, pese a lo que había dicho antes.

—¿Es usted un visitante habitual? —preguntó Fred.

—No, no, en absoluto —respondió Wilson—. Es mi primera vez. Pero tenía muchas ganas de venir. Es precioso, ¿verdad? Digno de un rey. —Sonrió mientras contemplaba las vistas.

Thorburn volvió a esbozar una sonrisa tensa.

—Muchas gracias por su visita, inspector jefe. Uno de mis empleados lo acompañará a la salida. Como le decía, lamento mucho no poder ayudarlo en nada más.

22

El lunes, Sandra Pole estaba echando un vistazo a los resultados de su última expedición de compras a Peter Jones. Su piso en Cadogan Square estaba bien situado, entre los grandes almacenes de Sloane Square y Harrods, que quedaba a diez minutos paseando sin prisa hacia el norte.

A Sandra le gustaba más Peter Jones porque, en su opinión, el personal era bastante grosero. Para empezar, disfrutaba de la emoción de observar sus rostros altivos y aburridos cuando se veían obligados a atenderla (¿por qué siempre parecían mosqueados con ella?) y, en segundo lugar, se sentía más satisfecha cuando cometía alguna travesura, como esa mañana, cuando había conseguido colar sin pagar tres paquetes de vaporosas medias de nailon color carne entre compras legítimas, como cojines y camisones de seda y un prometedor sombrero de verano.

Los cojines quedaban mejor en la tienda que en su sofá favorito, que ahora se veía abarrotado. Tendría que devolverlos, junto con el sombrero, que sólo había comprado para ocultar las medias. Los camisones le sentaban muy bien, y aún le quedarían mejor cuando esa mujer menuda de Fulham les subiera unos centímetros el dobladillo. A Sandra le habían dicho, en más de una ocasión, que tenía las mejores piernas de Londres. Nigel no repararía en sus

nuevos camisones, por supuesto, pues rara vez pasaba tiempo en Cadogan Square.

En ese momento, lo más probable era que su marido estuviera en Kensington, con su amante. Se llamaba Verónica. Ella casi compadecía a Verónica: sin duda se estaba preparando para convertirse en la segunda señora Pole tras el divorcio, pero Sandra había aprendido por las malas que Nigel se casaba por dinero, y Verónica actuaba por interés, no por generosidad. Por irónico que pareciera, era la propia contribución de Sandra a las arcas familiares la que financiaba el piso «secreto» de Kensington. Le gustaba considerarlo una causa benéfica, aunque no la hubiera elegido ella. Al menos el divorcio le daría por primera vez el control sobre sus propias finanzas, o sobre lo que Nigel le permitiera conservar de la enorme fortuna que ella había aportado y que él consideraba fervientemente suya. Nigel no era, en general, un hombre apasionado, pero cuando se trataba del dinero de ella lo protegía con una pasión y una intensidad que a veces rayaban en la violencia. ¿Por qué seguía vistiéndose para él? Por pura costumbre. Por rebelarse contra el maltrato, en sentido figurado al menos.

Las medias de nailon, por su parte, suponían un éxito rotundo. Nigel tenía un gusto terrible para la lencería y sólo le gustaban las medias de rejilla. Con estas nuevas medias era como si no llevara nada puesto. Las había birlado por puro placer, que se multiplicó por diez al salir airosa con ellas ante las altivas narices de al menos seis dependientas.

Sandra se encaminó a la gran nevera de la impecable cocina de su piso solitario y encontró una botella de champán a medio terminar. Se sirvió una copa para celebrarlo.

¿Por qué le seguía apasionando hacer eso después de tantos años? Todavía no sabía por qué lo hacía, en realidad. Su padre le había costeado los terapeutas más caros, pero Sandra pensaba que probablemente sus pequeños hurtos sólo se debían a que era una persona horrible. Su madre estaba de acuerdo. No se podía justificar algo así. Aunque sí podían conseguirse medias de lo más bonitas.

Estaba a punto de servirse una segunda copa cuando sonó el teléfono y un hombre de voz melodiosa se presentó como Henry Coxon. Sandra conocía ese nombre. Había leído algunos artículos suyos en un par de revistas de su madre.

—Sé que esto va a parecerle un poco extraño —empezó el hombre —, pero tengo entendido que fue usted la testigo en el tren real, la que vio el... En fin, lo que quiero decir es que gracias a usted encontraron el cuerpo... Es sólo que...

—Le aseguro que no tengo nada que decir al respecto.

Sus frases se cruzaron y Coxon esperó a que Sandra acabara la suya.

—Lo siento —continuó él entonces—. Es que conocía a Pav. Me refiero al señor Michalowski, el hombre al que usted vio y... —Se aclaró la garganta. A Sandra le pareció angustiado, y eso la sorprendió—. Sólo quería decirle... Sé que suena extraño, teniendo en cuenta lo que ha pasado, pero sólo quería darle las gracias. Oiga... ¿le importaría que le hiciera una visita? Sé que le parecerá muy raro y totalmente inapropiado, y por supuesto puede decir que no, y debería hacerlo, pero es que... Usted es amiga de la princesa, así que es probable que también conociera un poco a Pav, y sólo...

Sandra lo había dejado hablar mientras apuraba su segunda copa. Nunca había oído nada tan extraordinario: toda esa emoción y esa

dulzura en la forma de hablar. ¿No se la habían quitado por las malas en el internado, como a la mayoría de los hombres que conocía? A Nigel sí, sin duda, excepto cuando se trataba de dinero.

Pero ese tal Henry estaba en lo cierto, sí. Sandra conocía un poco a Pavel Michalowski. Lo había visto una vez en el palacio de Kensington y otra en una fiesta en un piso en algún lugar de Shoreditch, y le había parecido que estaba como un tren. Irradiaba algo magnético y carismático, con esos ojos, esa sonrisa y el cigarrillo que sostenía con tanta indolencia entre los dedos. De hecho, si no hubiera sido una mujer casada, se habría unido a la cola para llamar su atención. Así que cuando se anunció la identidad de la víctima se sintió impactada, confusa y consternada al pensar que ella ya conocía al hombre comba, y que había interactuado con él antes de que su atractivo rostro quedara tan espantosamente desfigurado. A nadie, excepto ahora al señor Coxon, se le había ocurrido considerar esa posibilidad, y ella no tenía a nadie en quien pudiera confiar. Era todo demasiado extraño.

—Lo siento. ¿Sigue ahí? —preguntó Henry.

Sandra cayó en la cuenta de que su silencio debía de haber durado un buen rato.

—Venga a verme ahora, si quiere —le dijo—. ¿Sabe dónde vivo?

—Sí, está en la guía telefónica. Puedo llegar en media hora si le va...

—Le estaré esperando —zanjó ella.

23

En el ala norte del palacio de Buckingham, sir Hugh Masson se dirigía a grandes zancadas hacia su despacho, sintiéndose más alto y ágil que en las últimas semanas. Por fin se había librado del collarín que había tenido que llevar tras sufrir un accidente mientras pintaba.

Miles Urquhart saludó al secretario privado a medio pasillo.

—Se le ve muy animado, Hugh. ¿Ya se ha recuperado de la lesión en el cuello?

—Creo que sí —dijo sir Hugh inclinando la cabeza con cautela—. Me siento bien, aunque todavía debo andarme con cuidado. Acabo de ver a un nuevo osteópata, y ese tipo obra milagros. Stephen Ward, ¿lo conoce?

El subsecretario privado negó con la cabeza.

—Todo el mundo acude a él últimamente —continuó sir Hugh—. Por eso no me ha sorprendido tanto que... —Miró a su alrededor y bajó la voz—. ¿Qué tal si vamos a mi despacho, Miles? Tengo algo que... ¡Ah, Joan! —La secretaria privada adjunta se acercaba desde el ascensor que llevaba a los aposentos de la reina—. Véngase usted también.

El santuario de la Secretaría Privada estaba tan bien iluminado y era tan cómodo como cabría esperar de cualquier salón georgiano de dimensiones decentes. Junto a la chimenea de mármol, había

una agradable zona de descanso en la que sir Hugh, Miles y Joan pudieron ocupar un sillón cada uno. Los dos hombres, con los trajes a rayas y los bigotes bien cuidados, y Joan con sus tacones y sus perlas, formaban un trío impresionante, o eso le gustaba pensar a sir Hugh. Movió la cabeza con cuidado, comprobando una vez más los ligamentos de su cuello.

—Sin duda estoy mejor. Como decía, Stephen Ward es el mejor en su especialidad. Pero adivinen a quién me he encontrado saliendo de la consulta de Ward, justo cuando yo entraba... pues nada menos que a George Venables, el hombre que dirige la Brigada de Homicidios.

—¿En serio? Está investigando el caso Michalowski, ¿no? —intervino Urquhart—. Creo que la cosa marcha bien.

—En realidad, no tan bien como él querría —corrigió sir Hugh—. Han encontrado algunos baches en el camino. Pero lo más importante —se inclinó hacia delante— es que los de Homicidios no son los únicos que están investigando.

—¿No me diga? —Urquhart también se inclinó en su asiento.

—Esta mañana he llegado temprano a mi cita y todavía disponía de un poco de tiempo —continuó sir Hugh—, de modo que Venables y yo hemos dado un paseo hasta Regent's Park. Por el camino, me ha preguntado cómo le iba al MI5.

—¿Al MI5?

—Exacto. Al preguntarle qué pasaba con ellos, Venables me ha contestado que creía que ya lo sabíamos. El caso es que el MI5 también está interesado en Michalowski, aunque por lo visto no han explicado por qué.

—Madre mía —gimió Urquhart—. ¿Quién está al mando? ¿Alguien que conozcamos? ¡Sólo nos faltaba una cosa así! La culpa la tiene esa maldita mujer, Sandra Pole, se lo digo yo. Todo lo que toca se convierte en...

—Hector Ross —interrumpió sir Hugh en tono categórico. Se volvió hacia Joan—. ¿Se encuentra bien? ¿Necesita un poco de agua?

—Me he atragantado con algo —respondió ella, y tragó saliva y sonrió—. ¿Ross, ha dicho?

Sir Hugh asintió.

—El director de la Sección D del MI5. Ya lo conoce, ¿verdad, Joan? Era su casero en Dolphin Square. ¿Qué pasó al final con el piso?

—Sigo en Dolphin Square —explicó Joan—. Me queda muy cerca del trabajo, lo que me viene muy bien.

—¿Sigue siendo Ross el casero? —intervino Urquhart.

—Creo que sí. Es decir, su nombre aparece en las facturas.

—¿Y sigue viéndolo por allí?

—Alguna que otra vez.

Hugh chasqueó la lengua con impaciencia.

—En cualquier caso, no sé qué tiene contra Michalowski, pero pienso averiguarlo. Esta tarde le pediré al comandante Ross un informe detallado. Por cierto, ni una palabra a Su Majestad. Lo último que necesita ahora, con Italia a las puertas, es que su hermana se vea envuelta en asuntos de espionaje.

—El comandante Ross no estará poniéndole trabas a la policía, ¿no? —quiso saber Joan.

—Que yo sepa, no —respondió sir Hugh—. Aunque el cadáver sí lo está haciendo, en cierto modo. Michalowski no presentaba heridas

mortales visibles. Venables ha solicitado los servicios de un toxicólogo muy bueno de Londres para que realice una segunda autopsia del cuerpo, algo que, al parecer, no ha gustado mucho a los lugareños. Pero espera obtener resultados interesantes, según dice. Me va a enviar un resumen.

—¿Son ésos los baches en el camino que ha mencionado antes? —preguntó Joan—. ¿Los que están estorbando a la Brigada de Homicidios?

—Ah, no. —Sir Hugh se recostó en su sillón y juntó las yemas de los dedos—. Lo complicado ahora mismo es establecer la conexión entre Primrose Hill y Staffordshire. Venables sospecha que el propietario de la finca, un hombre llamado Thorburn, organizó la eliminación del cadáver. Todos los que podrían estar implicados tienen coartada y nadie suelta prenda. La policía cree que el plan era alimentar con el cadáver a los cerdos de la granja... Lo sé, la sola idea resulta insoportable, aunque es un método muy eficaz, según tengo entendido, pero los cerdos habían sido sacrificados poco antes. Probablemente hubo algún problema de comunicación... La cuestión es: ¿cómo y por qué se les ocurrió a los asesinos lo de los cerdos de Staffordshire? Michalowski no conocía el lugar; según la policía, nunca había estado allí. Y nadie del entorno de Thorburn había viajado a Londres, salvo el capataz de la finca, que estuvo aquí la semana anterior, aunque en el tren sólo llevaba consigo un maletín en el que difícilmente cabría un cadáver. ¿Dónde está la conexión? ¿Y cómo concretarla?

—Mmm —murmuró Urquhart—. Supongo que están comprobando el historial de llamadas telefónicas, ¿no?

—Oh, sí. Y las cuentas bancarias también. Están haciendo su trabajo, pero la cosa lleva su tiempo, y sería de gran ayuda que alguien tuviera la decencia de confesar.

Urquhart se echó a reír.

—Los Tudor tenían la clave para eso: encerrar a los sospechosos en la Torre con un potro y unas tenazas. Con eso bastaría.

Joan se puso tensa en su sillón.

—Así les dirían todo lo que quisieran oír, ¿no?

—¡Pues claro!

—Fuera cierto o no, quiero decir.

Urquhart la miró con el ceño fruncido, como si pensara que Joan estaba echando por tierra el buen ambiente.

—Vamos, Joan, usted ya sabe cómo funciona esto.

Joan lo miró con frialdad. Seguramente se refería a su trabajo secreto durante la guerra en Trent Park, adonde había sido destinada después de Bletchley. Era allí donde había interrogado a los oficiales nazis capturados. La operación había sido un gran éxito, pero no habían utilizado aplastapulgares ni atizadores al rojo vivo... Todo lo contrario. Los interrogatorios habían sido un mero montaje. Los oficiales alemanes eran interrogados en las celdas destinadas a tal efecto y luego regresaban a las cómodas habitaciones que compartían, donde se jactaban entre ellos de lo bien que habían resistido, en particular si quien los había interrogado era una mujer joven. Era allí, en sus habitaciones, donde habían acabado revelando sus secretos, en un entorno propio de los seres superiores que creían ser, sin saber que, en cada centímetro cuadrado, por dentro y por fuera, había micrófonos ocultos.

Joan era aficionada a la psicología, no a la tortura. De lo contrario, ¿en qué iba a diferenciarse de ellos?

Pero Scotland Yard no empleaba ninguna de esas dos técnicas, y las posibilidades de obtener una confesión espontánea de Thorburn y sus hombres parecían escasas. ¿Cuál era la conexión entre Londres y Staffordshire?, se preguntó. De momento, tenía mucho que contarle a Su Majestad.

24

Sandra se puso unas medias de nailon nuevas bajo un bonito vestido de Mary Quant y metió una botella de champán en la nevera. Siempre podía preparar té si era necesario, pero esperaba que Henry Coxon no fuera un pelmazo, y tenía la sensación de que su conversación iba a requerir unas pequeñas dosis de lubricante. Sería complicada.

Media hora después, él llamó al interfono, subió y se plantó ante su puerta. Llevaba un ramo de claveles en la mano y vestía de *tweed* y pana color mostaza.

Cuando le tendió los claveles con torpeza, Sandra pensó que parecía un niño de diez años demasiado crecido.

—Son espantosos, lo siento, pero no sabía qué traerle. Hola, soy Henry.

—Yo soy Sandra. Odio los claveles con toda mi alma, ¿usted no? Dejémoslos aquí fuera.

Él los dejó en el suelo con cara de alivio, aceptó de buen grado una copa de «algo refrescante» y se dejó caer junto a *Conchita*, que dormía en el sofá. La chihuahua se despertó brevemente y aceptó una pequeña caricia de la mano libre de Henry, la que no sostenía una copa de champán. Sandra parecía encantada.

—Usted le gusta. Nunca hace eso.

Henry bajó la vista.

—¿En serio? Oh, se me dan bien los perros. Y se me dan mal las mujeres y los niños.

—A mí también.

Charlaron durante unos minutos, y resultó que sus familias tenían varios amigos y conocidos en común, pero Henry no tardó en cambiar de tema.

—Mire, soy consciente de que he venido hasta aquí para hablar de algo horrible, y si le resulta demasiado desagradable limítese a decirme que pare. La verdad es que estoy dándole tantas vueltas a este asunto que no puedo ni dormir.

—Quiero hablar de eso tan horrible —le aseguró ella—. El fotógrafo, Pavel, ¿era amigo suyo?

—Mi mejor amigo, desde la escuela. Nos lo contábamos todo. —Henry hizo una pausa—. En realidad, eso no es cierto... Era yo quien se lo contaba todo. No estoy seguro de cuánto me contaba él a mí, supongo que lo esencial. Se pasaba el día tomándome el pelo...

Se interrumpió una vez más, y Sandra se dio cuenta de que, esta vez, era porque había hablado en pasado.

—Sé lo que quiere decir. Yo apenas lo conocía, pero es como si esto no fuera real. Pavel parecía un hombre tan interesante... No puedo creer que la última vez...

Ahora fue ella quien se interrumpió, porque estaba a punto de hablar de la última vez que lo había visto, en aquel campo al atardecer, y no era capaz de hacerlo, ni siquiera a esas alturas.

—¿Le importa si enciendo un pitillo? —le preguntó Henry.

A Sandra no le importaba en absoluto, y le acercó el cenicero deslizándolo por la mesa de centro. Henry sacó un paquete medio

lleno de Player's y encendió un cigarrillo para cada uno.

—Bueno, la cuestión es que usted lo presenció... —dijo después de una calada profunda y ansiosa—. Aquella tarde, usted estaba mirando por la ventana justo en el momento en que debía mirar. Fue la única que lo vio. Tengo la sensación de que Pav... Debía de estar muerto para entonces, ¿no? Dios quiera que sí...

—Lo estaba. Estoy segura.

—Pero tengo la sensación de que fue su espíritu el que quiso comunicarse con usted.

—¿En serio? ¡Yo también lo pienso! —exclamó ella—. Es exactamente lo que le dije a Joan al día siguiente.

—¿Quién es Joan?

—Ah, una mujer que conocí en el tren. *Conchita* se le hizo pis encima.

Henry sonrió.

—*Conchita*, menuda sinvergüenza. —La perra lo miró soñolienta y le ofreció la panza para que se la rascara—. El caso es que le estaré eternamente agradecido, ¿sabe? Fue muy valiente por su parte mencionar lo que había visto. Debía de estar muy asustada, pero yo no habría podido soportar que él se quedara ahí fuera para siempre. La cosa ya es bastante mala de por sí, pero eso lo vuelve un poquito más soportable.

Sandra dio una calada a su cigarrillo.

—Lo que no entiendo es cómo supieron que era él. Estaba desnudo y... —Se le quebró un poco la voz. Aún no era capaz de hablar de la cabeza de la víctima.

—Bueno, es posible que yo haya ayudado un poco —dijo Henry—. Fui yo quien denunció su desaparición.

—¿Ah, sí?

—Además, había algunas cosas sospechosas en su piso y...

—¿Qué clase de cosas?

—No puedo hablar de eso —repuso él—. No es nada sórdido, no se preocupe, pero despertó el interés de ciertas personas.

Sandra sonrió y alargó la mano para rozar la de él unos instantes.

—De modo que usted también formó parte de ello. Del momento de encontrarlo, quiero decir.

—Supongo que somos dos piezas de un rompecabezas —dijo Henry—. He estado dándole vueltas a esa idea. Quizá es por eso por lo que... Bueno, quisiera preguntarle algo, señora Pole.

—Sandra.

—Sandra, usted no me conoce de nada, pero querría saber su opinión. ¿Le importa?

—Pregúnteme lo que quiera.

—Verá, hay una chica... —Henry exhaló un profundo suspiro.

—¿Una chica?

A Sandra no le apetecía nada hablar de problemas sentimentales en ese momento, pero Coxon había sido tan amable con ella que no podía negarse.

—Una chica muy guapa y encantadora que se llama Tracy —explicó él.

—¿Tracy? Es un nombre poco corriente.

—¿Verdad que sí? Se lo pusieron por Tracy Lord, de *Historias de Filadelfia*. ¿La conoce? ¿De la que se hizo luego la versión musical *Alta Sociedad*? En realidad, no tiene importancia, simplemente lo menciono porque Tracy y yo estuvimos hablando de eso cuando nos vimos el mes pasado. A usted no le parecerá muy interesante lo de

comparar a Katharine Hepburn con Grace Kelly, pero ella no paraba de agobiarme con el tema.

Sandra se limitó a asentir; ya empezaba a aburrirse, pero lo disimuló dando otra calada al cigarrillo que tenía entre los dedos.

—Estábamos en un club, no recuerdo cuál —continuó Henry—. Pavel había estado un rato conmigo, pero ya se había ido a casa. Sin embargo, Tracy me preguntó por él un par de veces; quería saber si éramos amigos, ese tipo de cosas. El caso es que Tracy me dio su número de teléfono, y debo admitir que las chicas no suelen hacer eso, al menos las rubias jóvenes, guapas y de piernas largas como ella. Si he de ser exacto, la mayoría de las mujeres no lo hace.

—Seguro que es un hacha en la pista de baile —dijo Sandra educadamente.

—Puedo asegurarle que no. En fin, el caso es que Tracy me dijo que a veces iba a montar a caballo a Hyde Park y me preguntó si quería acompañarla algún día, de modo que una mañana quedé con ella. Después charlamos un rato y fuimos a tomar un café, y ella me preguntó más cosas sobre Pav, como si tenía novia estable o si solía tener invitados en casa. Incluso me preguntó por los vecinos.

Eso no era lo que Sandra esperaba.

—Qué raro.

—Pues sí, ¿verdad? —dijo Henry—. Hablamos de todo tipo de temas y de las cosas que íbamos a hacer juntos, y ella se lo montó para que sonara todo muy natural. También me preguntó por otros amigos míos, pero no parecía especialmente interesada en las respuestas.

—¿Qué razones le dio?

—Francamente, no me acuerdo —respondió Henry—. Estaba demasiado ocupado imaginando nuestra luna de miel en París. No se ría de mí, ya sé que soy patético.

—En absoluto —le aseguró ella.

—Un romántico empedernido, un ingenuo y un tonto. También estaba ocupado en imaginar qué le diría a Pav la próxima vez que lo viera... Tenía tantas ganas de hablarle de esa preciosa jovencita a quien le fascinaba estar conmigo. En cualquier caso, resultó que no le fascinaba tanto: un par de días después, la llamé por teléfono y me dijo que debía de haber marcado un número equivocado. La vi por casualidad en la calle, en Knightsbridge, y me ignoró por completo. Era evidente que había cambiado de opinión, pero podría haberse mostrado más amable, ¿no cree?

Sandra asintió.

—¿Era eso lo que quería preguntarme?

—¡Oh, no! —exclamó él—. En absoluto. No, en eso fui un idiota en todos los sentidos, tengo bien merecido lo que me pasó. La cuestión es que la chica se llamaba Tracy Thorburn y, por casualidad, leí en uno de los artículos sobre Pav que el propietario del terreno donde se encontró su cuerpo... donde usted lo vio, Sandra... era un hombre llamado Josiah Thorburn. Busqué Thorburn en los archivos de nuestra revista y descubrí que Josiah, un nombre poco corriente, tiene una hija llamada Tracy, otro nombre poco común, que monta a caballo. —Dio un último sorbo de champán y miró a Sandra con aire beligerante—. Y eso me parece muy extraño, ¿a usted no?

—¡Caramba! —exclamó Sandra mientras encajaba todo aquello.

Por unos instantes, le pareció sentir de nuevo la presencia de aquel espíritu en la habitación, el mismo que había captado cuando

vio al hombre comba y que había atribuido a la impresión del momento, pero que no había podido quitarse de la cabeza en toda la noche.

Henry estaba muy alterado. Apuró su champán y, sin darse cuenta, acarició a *Conchita* con tanta brusquedad que la perrita se despertó y estuvo a punto de morderle antes de bajarse pitando del sofá.

—Lo siento —dijo—. Sé que probablemente estoy exagerando. Es posible que Tracy sólo se haya cansado de mí. Quizá quería salir con Pav y me estaba utilizando. Pero el momento elegido es tan... Dígame que estoy siendo paranoico; Pav siempre me lo decía, y la verdad es que me tranquilizaba bastante. Sólo necesito que un ser humano sensato me diga qué debo hacer.

Sandra se echó a reír.

—Es la primera vez que alguien me considera un ser humano sensato.

—Hablo en serio, ¿usted qué opina?

—Sinceramente —contestó ella—, me encantaría decirle que esa tal Tracy sólo intentaba meterse en esos elegantes pantalones de pana que lleva, pero tengo la desagradable sensación de que podría ser una de esas mujeres malvadas que se dedican a conspirar... ¿Cómo las llaman?

—*Femmes fatales* —respondió Henry con tono tristón—. Es justo lo que yo pensé. Sólo que, míreme bien... ¿Tengo aspecto de presa de una mujer fatal?

—Es usted un hombre muy dulce —respondió Sandra. Le gustó ver cómo se sonrojaba, y cómo se ruborizaba aún más cuando posó

la mano sobre la rodilla de sus pantalones de pana—. No hay nada malo en contárselo a alguien.

—Conozco a un hombre del MI5 —reveló Henry—. Comenté con él lo del piso de Pav. Pero el problema es que... bueno, tal vez hablé demasiado con esa chica, Tracy. Me sonsacó ciertas cosas sobre los movimientos de Pav. Cosas de las que ahora, en retrospectiva, me arrepiento. En aquel momento no sabía nada, claro, pero no quiero que esa gente me ponga en su lista negra; Dios sabe que podrían tener motivos para hacerlo, sobre todo dedicándome a lo que me dedico.

—Conozco a alguien de confianza —lo tranquilizó Sandra—. Puede aconsejarnos al respecto. Y es muy discreta.

—¿Una mujer?

—No se sorprenda tanto. Las mujeres también podemos ser dignas de confianza.

—Ya, claro... De acuerdo, supongo que está bien así. Si está segura...

—Lo estoy.

—¿Esa mujer tiene buenos contactos?

—Muy buenos.

—Dígaselo, entonces. Y cuénteme qué le dice. —Se recostó en el asiento—. Vaya, qué bien me siento ahora. Gracias, Sandra. Sabía que sería usted de gran ayuda. Lo sentía en mis entrañas. Por cierto, ¿tiene hambre?

—Muchísima.

—Deberíamos comer algo para absorber las burbujas. ¿Puedo llevarla a algún sitio a comer?

—¿Qué tal Rowley's? —Sandra vio la expresión del rostro de Henry —. Invito yo.

—Ni hablar, no puedo permitirlo...

—Entonces no podemos ser amigos.

Tras un minuto de discusión, Henry acabó cediendo. Mientras él salía a buscar un taxi, Sandra llamó al palacio de Buckingham y pidió que la pusieran con Joan.

25

La reina había salido a cenar en la City de Londres la noche del lunes y su agenda del martes estaba llena. Cuando Joan llegó a primera hora de la mañana para repasar con ella el programa, Isabel se percató de que su secretaria privada adjunta tenía algo que decirle, pero sólo disponían de dos minutos antes de que ella tuviera que personarse en otro sitio.

—¿Qué tal si lo hablamos en el coche? —propuso.

Joan tenía que acompañar a la reina en una visita oficial más tarde, de modo que eso les daría al menos media hora para hablar. Pero la secretaria privada adjunta negó con la cabeza.

—Demasiado público, señora.

Vaya por Dios. Así que era algo que ni siquiera su discreto chófer y su guardia de seguridad podían oír. Debía de tratarse del caso Michalowski, o bien de algún tema político, secreto y desagradable. La reina esperaba que fuera lo primero.

—¿Y si me da algo que pueda leer? —sugirió.

Joan lo pensó durante unos instantes y asintió.

—Gracias, señora. Prepararé el papeleo.

A las doce menos cinco, ambas se acomodaron en el asiento trasero del Daimler. Joan abrió el maletín que había traído consigo y le entregó un expediente a la reina. La primera página era una nota

que había preparado la propia Joan para explicar lo que venía debajo. Se trataba del caso Michalowski, en efecto, y la reina sintió alivio al comprobarlo. Había un informe que el superintendente jefe Venables, de la Brigada de Homicidios e Investigación Criminal, dirigía a sir Hugh (qué bien, habían hecho progresos); un extracto de la autopsia; una nota del MI5 (¿cómo? ¿El MI5? ¿En serio?) y un resumen de la propia Joan de una conversación que había mantenido el día anterior con Sandra Pole. Caramba, esa mujer no iba a quitarse de en medio, ¿eh?

La reina comenzó con el informe de Venables, que hacía algunas observaciones falsamente modestas sobre lo «afortunada» que había sido la Brigada de Homicidios al encontrar el cuerpo «tan sólo pocas horas después de que se les solicitara ayuda». Hacía referencia al informe de la autopsia, y la reina recordó que Joan le había descrito la expresión de horror del rostro de Sandra Pole al evocar al «hombre comba». Al pasar al documento de la autopsia, se preparó para leer algunos detalles desagradables.

La autopsia se había realizado el sábado. Al patólogo forense le resultó más fácil de lo esperado, porque, pese a llevar muerto al menos dos semanas, el cuerpo se había conservado en lugares frescos y herméticos. «Casi como si lo hubieran tenido en un cajón de la morgue», comentaba.

Francamente, ¿quiénes eran esos asesinos? ¿Eran estúpidos, tenían mala suerte o habían preparado un plan muy astuto que sólo parecía idiota? Dada la reacción de Sandra, Isabel esperaba una larga lista de lesiones horribles, pero no se mencionaba prácticamente ninguna.

La reina frunció el ceño y exhaló un suspiro, sorprendida y a la vez aliviada, y al ver que Joan arqueaba una ceja con aire inquisitivo, le señaló la parte en la que se había detenido. La secretaria privada adjunta asintió.

—A mí también me dejó asombrada.

Al parecer, el color sorprendentemente rojizo del rostro se debía a algo llamado «*livor mortis*». Horrible, pero no insólito, excepto por su ubicación en el cuerpo. El patólogo sospechaba que podría haber ocurrido durante el traslado: sugirió que el cadáver podría haber resbalado, y que tal vez la cabeza y los hombros habían caído por debajo del resto del cuerpo, provocando que la sangre se acumulara allí. Pobre señor Michalowski. Al menos ya estaba muerto para entonces.

Pero ¿cómo había muerto?

No estaban seguros, aunque las fibras de alfombra en el pelo sugerían que había sufrido una agresión en su casa. Un hematoma en el brazo evidenciaba que le habían inyectado algo, y Venables había recurrido a un experto en venenos muy cualificado. El informe toxicológico resultante podía tardar semanas, pero la ausencia de marcas de ligaduras o de heridas defensivas había llevado a la policía a creer que, una vez en el suelo, la víctima no se había vuelto a levantar por su propio pie.

La hipótesis actual de Venables era que Michalowski había muerto poco después de la agresión en su domicilio, y que el cuerpo se había guardado en otro lugar durante un par de días, cabeza abajo, antes de ser transportado al estercolero de Staffordshire, por razones que el informe no explicaba. Desde allí, había sido trasladado al depósito de agua, donde lo encontró un perro policía.

La idea original probablemente había sido alimentar con él a los cerdos. (¡Cerdos! ¡No! ¿En serio?) En opinión de Venables, el depósito de agua era un escondite temporal. Algo había interrumpido a los asesinos antes de que pudieran terminar el trabajo.

¿Y quiénes eran esos asesinos? La reina había supuesto hasta ahora que podía tratarse de una de las bandas de Londres... pero a Venables parecía producirle una enorme satisfacción sugerir que se trataba del KGB. Ella frunció el ceño al leer eso, pero entonces recordó que el siguiente informe era del jefe de la Sección D del MI5. Eso podría explicarlo.

Antes de continuar, le dijo en voz baja a Joan:

—Podría contarle a Sandra lo de la cara. Creo que eso la tranquilizaría.

Joan volvió a asentir.

—Lo haré, señora. Debió de ser horrible verlo durante un lapso tan breve.

—Sí, horroroso. Pero fue muy oportuna, ¿no?

—Sí, señora, lo fue.

El informe del comandante Ross, del MI5, entraba en detalles y estaba muy bien redactado, pese a que sir Hugh lo había solicitado el día anterior, según la nota de Joan. Casi parecía que Ross hubiera estado esperando a que se lo pidieran. En cualquier caso, en él se hablaba del insólito equipo que se había encontrado en el piso de Michalowski. No era de extrañar que el MI5 estuviera interesado. ¿Era Michalowski un espía ruso? Al parecer, Ross no creía que lo fuera.

El comandante había descubierto la existencia de un joven atractivo, conocido simplemente como «Pav», que disfrutaba

jugando al ajedrez con algunos ancianos del Club Polaco. «Pav» no hablaba mucho, pero siempre mostraba curiosidad por lo que él llamaba «la patria» y le gustaba escuchar historias de cómo eran las cosas antes de la guerra, antes de la invasión alemana, las masacres y los soviéticos. El tipo parecía oponerse a Stalin y a todo lo que representaba. Cada vez parecía más probable que «Pav» fuera Pavel Michalowski, y que también fuera el hombre conocido simplemente como «el polaco», que había ayudado a dos científicos perseguidos a cruzar el Telón de Acero el año anterior. Algunos objetos y documentos encontrados en su piso, como extrañas entradas de diario y guías turísticas, respaldaban esa teoría. Ross sospechaba que se había estado comunicando a través de micropuntos ocultos en revistas de ajedrez. (¿Micropuntos? Caramba.)

De ser así, su faceta de fotógrafo de la alta sociedad, o de «paparazi», como diría Felipe, era una excelente tapadera. Al leer la nota, la reina se acordó de Charles Darnay en *Historia de dos ciudades*, y sobre todo de sir Percy Blakeney en *La Pimpinela Escarlata*. Él también se había dedicado a rescatar clandestinamente a víctimas de una revolución que había salido mal. La revolución rusa había tenido lugar mucho tiempo atrás, pero la reina veía una conexión directa entre sus excesos y lo que estaba sucediendo ahora en la Unión Soviética. Cuando la gente destronaba a sus monarcas siempre lo hacía con la mejor de las intenciones (y con buenas razones, a veces, si una se lo planteaba con absoluta franqueza), pero entonces... las cosas solían acabar mal.

¿Acaso los espías soviéticos habían descubierto a Michalowski en Londres? ¿Y por eso lo habían matado? La reina levantó la vista del informe unos instantes. En el polvorín que era la Guerra Fría, los

Estados no podían interferir de forma visible en los asuntos de los demás, por lo que a menudo la tarea de salvar vidas quedaba en manos de personas extremadamente valientes. Esas personas vivían en peligro constante y sus esfuerzos no obtenían reconocimiento. Si las cosas salían mal, no podían compartir su dolor. Los éxitos también quedaban de puertas para adentro. Las muertes trágicas permanecían sin explicación.

Ahora veía a Pavel Michalowski bajo una luz completamente nueva. Si Ross estaba en lo cierto, podía tratarse de un héroe desconocido. Incluso era posible que los científicos que le debían su libertad estuvieran encargándose en aquel mismísimo momento de ayudar a Occidente a derrotar a las fuerzas del comunismo.

Ella no había conocido a aquel hombre, pero el domingo anterior había hablado con Tony Armstrong-Jones y, según su cuñado, Michalowski era un tipo muy divertido: sociable, popular, bohemio, interesante. Tony aseguraba que «Pav» tenía un gran futuro en la fotografía. No por los aburridos retratos de «chicas con perlas» que solía hacer... Ay, Dios. Todas y cada una de las amigas de la reina habían posado para ese tipo de retratos, como ella misma. ¿Ya estaban pasados de moda? En cualquier caso, su cuñado no se refería a eso, sino a la «fotografía espontánea». Según la experiencia de la reina, eso consistía en un grupo de fotógrafos con flashes que disparaban fotos cuando intentabas salir de un edificio o bajarte de un coche. Pero ella misma, aunque sólo era una aficionada, adoraba hacer fotos, y desde luego no eran imágenes preparadas (los caballos no posaban, y los niños tampoco, por lo general), así que quizá tenía más en común con Michalowski de lo que creía.

Y ahora él estaba en un depósito de cadáveres en Staffordshire, mientras los forenses manipulaban sus vísceras en busca de veneno. Si en efecto estaba involucrado el KGB, ¿se trataba de una venganza por las deserciones del año anterior, o de un intento de evitar que hubiera más? Ross quería averiguar si había rumores de que otras personas fueran a cruzar el Telón. El informe decía que sus contactos no habían oído nada hasta el momento, pero andaban indagando discretamente.

¿Por qué acabó el cuerpo donde acabó? Al igual que Venables, Ross no tenía ni idea, y a diferencia de Venables, lo decía de manera explícita. Por el momento, ambos estaban trabajando en ello sin éxito.

Junto a la reina, Joan miraba por la ventanilla del coche.

La reina le dio un golpecito en el codo y señaló el informe de Ross.

—¿Ha hablado con él sobre esto?

Joan negó con la cabeza con cierta reticencia. La reina inclinó la suya. Sabía que Joan y Ross se conocían desde hacía un tiempo. Por supuesto, no deberían hablar de cosas secretas, pero la gente no siempre hacía lo que se suponía que debía hacer, ¿no?

Las últimas páginas del expediente contenían el resumen de Joan sobre su conversación con Sandra Pole la noche anterior, después del trabajo. Allí explicaba cómo Tracy Thorburn había cortejado y luego rechazado a Henry Coxon. Si eso era cierto, ahí estaba el vínculo entre Josiah Thorburn en Staffordshire y Pavel en Londres. Pero ¿cómo encajaba en todo eso el KGB? Quizá el servicio secreto ruso no estaba implicado, al fin y al cabo.

Coxon se había mostrado reacio a compartir su historia, aunque Joan le había aconsejado que lo hiciera. Él quería garantías de que estaría «a salvo», y Joan, desde luego, no podía dárselas. Si la policía o el MI5 decidían que había hecho algo ilegal, ella no podría ayudarlo.

La reina se volvió hacia su secretaria privada adjunta y, en voz baja, sin mencionar nombres delante del chófer, le dijo:

—Ser cortejado por una chica guapa no es un delito capital.

—Compartió detalles sobre su amigo —repuso Joan—. Por eso está preocupado.

—No eran lo que se dice secretos de Estado. Si no hizo nada más, entonces está perfectamente a salvo. Me temo que los poderes fácticos están demasiado ocupados como para preocuparse por las conversaciones que se producen en las cafeterías, por mucho que él crea lo contrario.

—Tal vez se lleve una decepción al oír eso.

—Entonces debe decepcionarlo. La identidad de la chica es demasiado importante como para guardársela para sí. Es posible que algunas vidas dependan de ello. Dígaselo.

—Sí, señora.

—Coxon debería seguir el ejemplo de la señora Pole. Y si no se deja convencer, cuénteselo a las personas adecuadas de todos modos; necesitan toda la ayuda que puedan obtener.

Joan asintió y la reina cerró el expediente.

En general, estaba impresionada de que se hubiera avanzado tanto en apenas una semana, desde que Sandra le contara a la policía la hora exacta en la que había visto al hombre comba. La familia de Michalowski tendría un cuerpo que enterrar, lo que

supondría un consuelo. En cualquier caso, la investigación había tomado un rumbo que Isabel no esperaba. Rusos, deserciones, micropuntos... Dios santo. James Bond estaría en su elemento.

26

Al día siguiente, el 12 de abril, Hattie Cowell despertó a la reina con su habitual taza de té. Solía entrar y salir rápidamente con un simple «Buenos días, majestad», pero ese día, mientras se encaminaba a la ventana más cercana, no pudo evitar añadir:

—Supongo que no ha oído las noticias, señora. Es muy emocionante.

La reina se incorporó apoyándose en las almohadas.

—No se tratará de mi hermana, ¿verdad?

Dios quisiera que la prensa no se hubiera enterado del embarazo de Margarita. La familia estaba intentando mantenerlo en secreto todo el tiempo posible.

—¡Los rusos han enviado a un hombre al espacio! —Hattie abrió las cortinas y la luz inundó la habitación.

—¡Madre mía!

—Ahora mismo está ahí arriba, señora, volando justo sobre nuestras cabezas. Lo han puesto en la televisión de Moscú. Todo el mundo está lanzando vítores en las calles... En las de Moscú, claro.

—¿Está bien el astronauta? —preguntó la reina con cierta ansiedad. Todavía recordaba a *Laika*, la pobre perra que no había logrado sobrevivir.

—De momento, está perfectamente —respondió Hattie—. Va dando vueltas en órbita, según la BBC. Debería estar de regreso después del desayuno.

La doncella hizo una reverencia y se retiró, y la reina se levantó de la cama para acercarse a la ventana. Por supuesto, no podría ver a ese hombre, estuviera donde estuviese, pero se preguntó cuánta gente en el mundo entero estaría mirando al cielo, como ella, y deseándole lo mejor, aunque fuera del equipo contrario.

El primer hombre en el espacio. Era algo increíble.

—Se llama Gagarin —le explicó Felipe durante el desayuno—. Por lo visto es comandante de vuelo. Tiene veintisiete años. Nadie había oído hablar de él hasta esta mañana. Han emitido un breve fragmento de audio de su voz desde la cápsula, y parecía sentirse seguro de sí mismo, incluso feliz. Ha dicho que la Tierra era preciosa.

—Me alegro de oírlo —contestó la reina.

—Lástima que sea ruso. No me importaría hablar con él algún día. Si baja de ahí con vida, claro.

—A mí tampoco —coincidió la reina. Sólo sabía de su existencia desde hacía una hora más o menos, pero ya le caía bien.

Sin duda alguna, valía la pena conocer a cualquiera que fuera lo bastante valiente como para ponerse en órbita dentro de una pequeña cápsula metálica, más aún si lo que hacía era destacar la belleza del planeta en lugar de alardear de bandos y victorias.

—Sea como sea, el primer ministro nunca lo permitiría. —Felipe masticó un trozo de tostada—. Al fin y al cabo, forma parte del

enemigo. Eso me recuerda algo, por cierto...

Le clavó una mirada muy similar a la que le había dirigido cuando amenazaba con despedir a sus guardias de seguridad. Ella se preparó para la granada de mano.

—¿Sí?

—Hablando de comunistas, mi chambelán me ha comentado algo interesante. Al parecer, tu subsecretario mencionó de pasada que sir Hugh le había dicho que Venables, de Scotland Yard, sugirió hace un par de días que ese tal Michalowski podría estar involucrado con el KGB.

Eso era un tanto inesperado. Por Dios, en el palacio de Buckingham las noticias volaban. La reina intentó parecer inocente, pero su fugaz expresión exasperada ante la indiscreción de Miles Urquhart le reveló a Felipe que estaba en lo cierto.

—¡Maldita sea, Lilibet! No me digas que Tony Armstrong-Jones metió a un espía entre nosotros.

—Me temo que no puedo hablar de eso.

—¿No puedes o no quieres?

—No quiero —admitió la reina.

—Dios mío, Lilibet, haz el favor de decirme ahora mismo que no será el próximo Burgess o Maclean.

Ella exhaló un suspiro y decidió responder con franqueza.

—Creo que se puede decir sin temor a equivocarse que, casi sin duda, no lo será.

No solía contarle a su marido secretos de Estado. Pero Felipe parecía alarmado, y no quería que sospechara que su propio cuñado daba refugio a espías rusos cuando, por lo que ella había descubierto, el MI5 parecía creer lo contrario.

Le lanzó una mirada muy elocuente, y él soltó un gruñido.

—Ah. Vale. O sea, que espiaba para nosotros. Bien. No diré ni pío. Pobre tipo... —Felipe, que como siempre ya se estaba calmando de nuevo, añadió—: Y pobre Tony. Era un colega paparazi suyo y todo eso. Al parecer, lo admiraba.

—Exactamente, sí.

—Debe de ser duro enterarse de que pasamos a toda velocidad junto al cuerpo de ese hombre cuando lo arrojaban a un agujero. ¿Qué dijo tu hermana?

—Margarita se lo ha tomado muy mal. Lo conocía y le caía bien. Todo es un poco surrealista. Cuando era sólo un desconocido, esto le parecía un juego. Ahora es distinto... —La reina hizo una pausa—. Por cierto, hablando de espías, ¿sabes cómo se hacen los micropuntos?

Felipe la miró frunciendo el ceño.

—Sí. ¿Por qué?

—Por nada. Sólo por curiosidad.

—Bueno, es bastante fácil. —A Felipe se le iluminó el rostro, como solía pasarle cuando hablaba de tecnología—. Lo probé el año pasado con mi chambelán, que es amigo de un tipo del MI6. A ver, ésta es una versión simplificada, pero escribes tu mensaje en papel blanco y lo colocas sobre un fondo oscuro, o pegas un diagrama o algún documento robado o lo que sea. Iluminas el conjunto para potenciar al máximo el contraste, haces una foto con tu cámara, luego proyectas el negativo, o varios, y les haces una foto: al instante se reducen a una mera fracción de su tamaño, ¿entiendes? Luego recortas la parte del segundo negativo que muestra el primer negativo en proporción microscópica y lo escondes donde quieras.

Algunos espías de verdad juegan con lupas y hacen puntos tan pequeños que hay que recuperarlos con una jeringa. Es evidente que hace falta una lente potente para que el receptor pueda leerlos, pero ahí es donde entra en juego la película de grano fino. O sin nada de grano, idealmente. ¿Lo he mencionado?

—Me parece que no.

—En cualquier caso, es necesaria para captar los detalles.

—Fascinante.

—¿Verdad que sí? Es rematadamente sencillo, en realidad. Sólo tenían que inventar la película adecuada para hacerlo posible. Dios sabe qué cosas se envían a través del correo hoy en día. Podrías meter la mitad de los planos de una base de misiles en el puntito de un signo de interrogación.

Alguien llamó a la puerta de la salita del desayuno y le pasó una nota a uno de los lacayos, que se acercó a la radio que había sobre el aparador situado junto a la caseta de los perros.

—Ejem, su subsecretario privado dice que tal vez le interese escuchar la emisora pública nacional, señora —dijo.

Un locutor de la BBC estaba enfrascado en relatar que el comandante Yuri Gagarin había aterrizado sano y salvo en un lugar no revelado de la Unión Soviética, y que en ese preciso instante estaba siendo aclamado como un héroe nacional. Los estadounidenses estarían furiosos, pero la reina no podía evitar compartir el entusiasmo de Hattie Cowell. Era un día muy especial para todos. Su generación estaba presenciando el primer viaje de un hombre al espacio.

También pensó en el comandante Gagarin en persona. Ella sabía mejor que nadie qué se sentía al tener veintisiete años y gozar de

una enorme fama. Esperaba que él estuviera preparado para afrontar lo que estaba por venir. Su vida nunca volvería a ser como antes.

27

—¿Ha visto las fotos? Es guapísimo. No tiene ni un rasguño. Y ha estado donde literalmente nadie más ha llegado. Increíble, ¿verdad? En medio de la nada, como si estuviera a medio camino de la luna.

Joan estaba de acuerdo con su peluquera, que también hacía cosas increíbles con rulos, un cepillo y una lata dorada de laca Elnett.

—Aunque mi marido dice que allí arriba debía de oler fatal —continuó la peluquera—. ¡Ja, ja! ¡Un hombre sudando como un cerdo, sin espacio para mover un dedo y sin ventanas en el cohete!

—Dudo que le importara mucho —comentó Joan.

—Tiene la vida solucionada, ¿no? Yuri Gagarin... Ahora todo el mundo conoce su nombre. Me pregunto si habrá una señora Gagarin...

Joan sabía que sí, porque había seguido de cerca la cobertura informativa durante los últimos días. Al igual que el resto del mundo, la señora Gagarin no tenía ni idea de lo que estaba a punto de hacer su marido hasta que se anunció que había empezado a orbitar la Tierra. Qué emocionante, ¿no? Qué extraordinario. Y qué preocupación tan grande debió de sentir la señora Gagarin durante ciento ocho minutos, hasta que él regresó sano y salvo. Qué orgullosa debía de estar ahora...

Joan pensaba mucho últimamente en las personas valientes y en las personas a las que dejaban atrás. Le venía pasando desde el trayecto en tren con Sandra Pole, y al principio creyó que tendría algo que ver con aquella historia tan ridícula y exagerada (pero que resultó bastante precisa) del hombre comba. Esos últimos días, sin embargo, se había dado cuenta de que no era por eso en absoluto.

Había empezado la noche anterior, cuando el tren atravesaba las colinas de Chiltern. Estaba pensando en el «tren de la leche» a Bletchley y en la persona que era entonces: la que descifraba códigos; la joven con el uniforme de los servicios femeninos de la Marina Real Británica, con un novio que le había enseñado a disparar un arma por si alguna vez necesitaba defenderse; la que escuchaba el aterrador petardeo de motocicleta de las bombas V cayendo sobre Londres, sin saber si seguiría viva cinco minutos después.

Echaba de menos a aquella chica.

Sí, incluso ahora, cuando su trabajo cotidiano consistía en planificar la agenda de la reina Isabel II, Joan echaba de menos a aquella chica.

Quería hacer algo al respecto, de ahí lo del pelo. Ese día no bastaría con un lavado rápido y un peinado en casa. Y después de la peluquería, pensaba pasar por la farmacia a comprar un frasquito de aceite de oliva, porque todo tenía que ser perfecto si quería que la velada saliera bien.

Pensó en Martha, una amiga de sus tiempos en Bletchley Park, a quien había visto en una cafetería cerca de la Tate Gallery el fin de semana anterior. Joan la conocía desde hacía casi veinte años y habían vivido juntas en pisos compartidos, pero nunca habían hablado de ello desde entonces, ni una sola vez.

Al igual que Joan, Martha no se había casado. Joan sospechaba que ahora trabajaba para alguien importante del MI6. La oficina cerca de Saint James's Park, sobre la que se mostraba insólitamente imprecisa, así lo sugería. No solían hablar de sus vidas laborales, pero Joan se sentía inquieta y se había encontrado haciéndole preguntas generales a Martha. ¿Era interesante su trabajo? ¿Era agradable?

—Oh, ya sabes —respondió Martha jugando con la cucharilla del café—. Está bien. A veces es un poco frenético. Nos falta personal, pero eso le pasa a todo el mundo, ¿no?

Y entonces, sin que nadie le diera pie, Martha miró a Joan y comentó:

—Les encantaría tenerte, con toda tu experiencia. Por tu madre, ya sabes... Pero claro, estás muy ocupada. Debe de ser maravilloso estar en el palacio. Dime, ¿es verdad que la princesa Margarita podría estar embarazada?

En ese momento, Joan se convenció del todo de que Martha trabajaba en el servicio secreto, porque ésa era exactamente la clase de evasiva que te enseñaban a usar. A ella misma se le daban bien: había respondido cuestionándose si era Elizabeth Taylor quien podría estar embarazada, y Martha la había pillado y se había limitado a sonreír.

La referencia a la difunta madre de Joan tenía que ver con su facilidad para los idiomas. La señora McGraw tenía ascendencia francesa y alemana, y Joan hablaba ambas lenguas con fluidez. Por su parte, su padre irlandés le había transmitido su pasión por los crucigramas y los rompecabezas en general. Martha tenía razón: a Joan se le daban muy bien esas cosas. En los últimos días, había

estado siguiendo los avances del MI5 en el caso Michalowski, e incluso había contribuido a ellos transmitiéndoles lo que Sandra Pole había dicho sobre Henry Coxon y Tracy Thorburn, pero no podía hacer nada. No directamente, no en persona.

Esperaba que la reina se metiera de lleno en el caso y pudieran trabajar juntas en él, pero Su Majestad tenía demasiadas cosas entre manos. Además, la reina prefería dejar que quienes la rodeaban resolvieran los problemas siempre que fuera posible, y en este caso el hombre en cuestión era un tal comandante Ross, que gozaba de su confianza. Eso era bueno, con toda probabilidad, pero Joan no estaba satisfecha.

—Oh, está preciosa, señorita McGraw, si me permite decirlo. Como una verdadera Maureen O'Hara.

La peluquera se apartó para admirar su obra, y Joan tuvo que reconocer que el peinado resaltaba de algún modo el tono rojizo de su cabello. La nueva laca le permitía llevar la melena más suelta que antes. El resultado era... sexy. Sí, no cabía la menor duda de que lo era.

¿Maureen O'Hara o Mata Hari? Vería qué podía hacer.

A las siete en punto, Hector Ross llegó a su piso junto al río en Dolphin Square, tras otro día muy ajetreado en Curzon Street. Los estadounidenses estaban fracasando en su intento de ayudar a un grupo de exiliados a recuperar Cuba de manos de Castro. Hasta el momento, las fuerzas de Kennedy estaban siendo objeto de una sangrienta derrota. Hector no podía hacer nada al respecto, pero los tambores de la selva bullían de crónicas de ambos bandos y

necesitaba escucharlas, además de gestionar un par de recientes escándalos de espionaje y el asunto de Michalowski, que todavía le ocupaba mucho tiempo.

Joan lo saludó en el recibidor con un beso. Él la apartó un poco para mirarla con atención.

—Dios mío, señorita McGraw. Noto algo distinto... ¿Te has hecho algo en el pelo?

—Es posible.

—¿Y eso que huelo son patatas fritas?

—A lo mejor.

—¿A qué debo este honor?

—No te preocupes —le dijo ella—. Pasa y relájate.

Oficialmente, Hector vivía ahora en otro piso, dos plantas más arriba, pero en la práctica había empezado a convivir con Joan desde poco después de que ella se mudara a Dolphin Square como compañera de piso fortuita, cuatro años atrás. Desde su reciente divorcio de su mujer, que se había fugado con el médico de la familia mucho antes de que él conociera a Joan, Hector había empezado a preguntarse si debía hacer algo al respecto. Pero Joan tenía uno de los trabajos más interesantes del mundo y Hector no se atrevía a dejarla sin él.

Hector amaba a Joan por su ingenio, su valentía y su capacidad infinita para sorprenderlo, y también por el hecho de que su rostro y su cuerpo le parecían más bellos que los de cualquier otra mujer que hubiera conocido. Sin embargo, sus habilidades culinarias no estaban en los primeros puestos de la lista: si alguno de los dos cocinaba para el otro, solía ser él quien se encargaba de preparar algo, normalmente italiano. El único plato estrella de Joan era la

tortilla con finas hierbas que le había enseñado a hacer su madre francesa, acompañada de patatas fritas en tacos (había que esforzarse mucho para quemarlas o que te salieran mal) y una sencilla ensalada. Como había crecido en una facultad de Cambridge, donde su padre era bedel jefe, también se le daba bien escoger vinos.

Hector observó que la mesa estaba puesta, con una ensalada verde muy bien presentada y una botella de buen borgoña aireándose junto a unas velas nuevas en sus candelabros más elegantes. Joan quería algo de él. Hector sonrió para sus adentros y se preguntó qué sería.

Joan batió rápidamente los huevos y preparó la tortilla con una espesa espuma de mantequilla mientras él se quitaba la chaqueta, encendía las velas y servía el vino.

—Vamos, suéltalo ya —dijo cuando ella salió de la cocina con los platos—. Lo que quieras, siempre y cuando no tenga que ver con la bahía de Cochinos.

—Ni por asomo —le prometió ella, y durante un par de minutos comieron en silencio, salvo por los gemidos de placer de Hector ante la esponjosidad de la tortilla y un «ah» de apreciación del vino.

Entonces ella elevó su capacidad para sorprenderlo a un nivel completamente nuevo.

—Se trata del caso Michalowski.

Él tenía un bocado de tortilla en la boca, de modo que sus cejas se limitaron a formar dos arcos recelosos. Pero qué demonios... El caso Michalowski era *sub rosa*. Los archivos llevaban el indicativo de «alto secreto». Esto no se hacía.

Joan se apresuró a continuar.

—A sir Hugh le gusta que esté al corriente de todo, así que sé lo de Primrose Hill. Sé que Michalowski probablemente ayudó a los físicos a llegar a Estados Unidos. Y sé que Henry Coxon estableció contacto con una chica llamada Tracy Thorburn, porque Sandra Pole me lo contó, y fui yo quien escribió la nota y te la pasó. —Tragó saliva con nerviosismo.

Hector hizo un gesto con el tenedor.

—Come un poco de tortilla. Eres una maga, de verdad que sí. —Sus cejas seguían sin abandonar su expresión recelosa.

Joan tomó un par de bocados y dejó el tenedor. Era evidente que no tenía hambre. Hector, que se ganaba la vida escuchando, siguió haciéndolo mientras comía.

—Lo que quiero decir —prosiguió ella— es que llevo días leyendo tu trabajo en mi escritorio, y a veces tú lees el mío en el tuyo, y ambos contamos con la máxima autorización para asuntos de alto secreto, pero no hablamos de lo que tenemos entre manos. Nunca mencionamos nada. Fingimos que las cosas no han ocurrido. Incluso se lo sugerí a la reina hace unos días.

—Creo que es bastante sensato, ¿no te parece? —comentó él.

—Oh, es probable que sí lo sea. —Joan dio un buen sorbo de vino —. Pero hace poco tomé un café con una amiga...

—Martha Riley, lo sé.

—Sí, ya suponía que lo sabrías. Martha me transmitió con bastante claridad que su equipo está falto de personal y sobrecargado de trabajo. Vistas las horas de trabajo que inviertes tú y lo que dicen los documentos del Gabinete sobre la financiación de la función pública, estoy segura de que tu equipo también lo está. Martha me dijo que necesitan mujeres como yo, con conocimientos de idiomas y, por el

amor de Dios, con experiencia en Bletchley, maldita sea. Tú sabes lo que hice.

Él dio un sorbo a su copa.

—Sí.

—Y creo que podría ser de ayuda —continuó Joan muy seria e inclinándose hacia delante, de modo que la luz de las velas arrancó reflejos rojizos de su cabello—. Quiero ayudar. He estado involucrada en este asunto de Michalowski desde el principio. Fue a mí a quien Sandra le contó lo del cadáver...

—Eso también lo sé. Pero no veo cómo...

—En tus informes, dejas claro que necesitas saber qué hacía Michalowski con esos micropuntos. Estás indagando en todas las oficinas de correos de Londres en busca de pistas sobre lo que enviaba y recibía, y examinando todo lo que hay en su piso. Sé hasta qué punto eso puede ser desesperante y laborioso. Estás buscando pistas y... creo que podría ayudarte a encontrarlas. Hablo francés y alemán, y tengo nociones de español e italiano. Sé cómo funcionan los códigos y los cifrados, y prácticamente vivo con la realeza, de modo que, si hay algo vinculado con ellos, podría detectarlo mucho antes de que...

—Cariño, ¿quieres que te contrate? —la interrumpió Hector.

Joan dio otro sorbo de borgoña.

—Pues sí, la verdad.

—¿Oficialmente?

—No.

Él le sonrió a través de las velas.

—Ah, qué interesante.

—Es sólo que... Pareces muy cansado, Hector. A veces te pasas toda la noche trabajando. Si hay algo que pueda...

Él levantó una mano.

—No me digas que todo esto es por mí —dijo, suavizando con su leve acento escocés la dura verdad de lo que estaba diciendo—. Porque es por ti, ¿verdad? No me digas que estás aburrida, amor mío. Acabas de volver de la India y de Irán, y no tardarás en irte a Italia. El año que viene serán las celebraciones por los diez años de reinado.

—No estoy exactamente aburrida... —Joan apartó el plato y lo miró con sus ojos grises, relucientes de inteligencia y sinceridad—. Confías en mí, ¿verdad?

—Con mi cuerpo, mi alma y mi vida —respondió él pinchando una patata—. Ya lo sabes.

—¿Y me confiarías tus secretos?

Hector masticó la patata frita mientras lo pensaba. Joan le clavó una mirada furibunda y ofendida.

—Por supuesto, es lo que me sale de manera natural —respondió Hector—. Sólo me preguntaba si lo haría oficialmente. —Soltó un suspiro—. Dado el acceso que tienes a Su Majestad y a sus documentos e informes, que Dios nos ayude a todos si resulta que trabajas para el KGB. —Hizo una pausa y pinchó una hoja de lechuga —. Aunque se sabe de otros que lo han hecho.

—No en su Secretaría Privada.

—No, ahí no.

—Lo que quiero decir —prosiguió Joan— es que tengo la impresión de que estás un poco atascado en este momento. Crees que Michalowski estaba tratando de sacar a alguien de detrás del

Telón de Acero. Te parece probable que muriera por eso. Pero no sabes quién lo hizo, ni cómo, ni cuándo, y si yo pudiera...

—Estás preciosa a la luz de las velas —la interrumpió él en voz baja—. Me gusta mucho lo que te has hecho en el pelo. Este vino es excelente. Sin embargo, no puedo dejarte entrar en el piso de Michalowski, por más que me gustaría hacerlo. Lo siento.

Pero Joan era una mujer tenaz.

—Hay algo raro en el candado de la puerta de su armario —dijo refiriéndose a la descripción de su primer informe—. No cuadra con el resto del piso.

—El tipo era un poco chapucero. El sitio estaba hecho un desastre.

—Pero cableó el teléfono para usar un altavoz de radio. Y cableó la lámpara para conectarla al armario...

Aquello divirtió a Hector.

—Has estado leyendo con atención, desde luego.

—A eso me dedico. Conectó la lámpara de modo que no se viera el cable, pero puso un candado enorme en la puerta, como si fuera un letrero.

—Ya nos hemos estado preguntando eso, no te preocupes.

Joan cambió de táctica.

—Tony Armstrong-Jones mencionó que Pavel aprendió ruso por su cuenta, además del polaco y el francés que ya sabía. Pero los científicos a los que ayudó a escapar eran alemanes, así que, a menos que hablaran muy bien inglés o ruso, es posible que necesitara un traductor, y...

La sonrisa divertida de Hector se desvaneció.

—Esta mañana he encontrado al traductor. Es un librero anticuario que solía jugar al ajedrez con Michalowski.

—Oh —murmuró Joan. Parecía decepcionada. Era evidente que tenía un plan para encontrarlo ella misma. Se estaba aferrando a un clavo ardiendo, y él no la culpaba por ello. Sin haber visto el piso, era difícil.

—Pero me interesa mucho lo que dices sobre el señor Armstrong-Jones —dijo.

El marido de la princesa Margarita conocía a Michalowski mejor que muchos, tanto social como profesionalmente hablando. Pero sir Hugh Masson y los de su calaña le habían dicho a Hector que nadie podía acercarse al nuevo miembro de la realeza bajo ningún concepto.

—Me gustaría mucho conocer su opinión. ¿Mencionó algo más?

Joan pareció a punto de decir algo, pero se contuvo.

—No puedo hacer ningún comentario al respecto.

—¡Vamos, maldita sea! ¡Suéltalo!

—Bueno, podría hacerlo —respondió Joan con una sonrisa—, pero la cuestión es que esto funciona en ambos sentidos.

Él negó con la cabeza con expresión tristona.

—¿Ah, sí? Pues yo no lo creo, ¿sabes?

Hector terminó su deliciosa cena y rellenó las copas de ambos con aquel vino excelente. Joan permaneció muy quieta, como una estatua de alabastro. Irradiaba una especie de brillo, que solía aparecer cuando estaba enfadada o frustrada y se negaba a admitir la derrota. Por primera vez, se fijó bien en el vestido que llevaba, una sencilla prenda negra de diseño elegante que sin duda le habría encargado especialmente a su tía. Por supuesto, era de vital importancia no ceder ante las artimañas femeninas, y ningún hombre revelaría secretos nacionales a cambio de una tortilla y un

vestido... Pero él la amaba, y Joan tenía razón: si ella no estuviera desempeñando un trabajo de importancia nacional, y si no compartieran un lecho, la habría contratado encantado para que trabajara con él. Qué increíble sería que pudieran hablar de esas cosas. Conocía a algunas parejas selectas, embajadores y sus esposas, por ejemplo, que lo hacían. Siempre los había envidiado.

—De acuerdo —concluyó, preguntándose si estaría cometiendo un gran error—. Haremos un trato. De todos modos, lo leerás en mi informe de mañana, pero te daré una primicia en exclusiva: te cuento mi reunión de ayer con el hombre que sabe qué andaba tramando Michalowski, a cambio de lo que hayan dicho el señor Armstrong-Jones y la princesa Margarita. ¿Trato hecho?

Joan asintió con la cabeza y él advirtió cómo tenía que morderse el labio para no sonreír.

—Tú primero —dijo ella.

Hector le habló de Paul Schwartz, un librero húngaro de Saint Martin's Lane que hablaba alemán y que era miembro activo de la comunidad disidente de Londres. Schwartz se reunía con Michalowski en un restaurante del Soho llamado Gay Hussar y después jugaban al ajedrez. El año anterior, Schwartz había actuado como traductor de un par de mensajes importantes entre el fotógrafo y los físicos desertores de Alemania Oriental. Según él, aquella fuga debía ser un caso puntual, pero poco después convencieron a Michalowski para que intentara facilitar otra deserción en Berlín. La operación salió mal, y Schwartz dio por hecho que Michalowski no querría volver a intentarlo, pero un día de enero el joven fotógrafo lo invitó de nuevo a Primrose Hill y, de pie

en la colina, en la oscuridad y contemplando el cielo nocturno, le reveló que iba a llegar «alguien especial».

—Eso fue cuanto dijo en ese momento —le contó Hector a Joan—. «Alguien muy especial», para ser exactos. Schwartz no pidió detalles y Michalowski no se los dio. Pero unas semanas más tarde, en su mesa favorita del restaurante, estaban hablando con un compañero sobre el programa espacial ruso. El tercer hombre mencionó algo sobre el «ingeniero jefe», que es como llaman al hombre a cargo de todo el programa, y Michalowski dijo: «¿No te gustaría saber quién es?» Según Schwartz, tenía la misma expresión que cuando iba ganando al ajedrez y veía el jaque mate en cinco jugadas.

Ahora era Joan quien lucía una expresión recelosa.

—¿Estaba ayudando al ingeniero jefe a escapar?

—No, no creo que se tratara de eso. Estoy seguro de que ese tipo va a quedarse donde está, porque tiene un estatus casi divino en la Unión Soviética. Su verdadera identidad es un secreto muy bien guardado. De hecho, es tan secreta que el mero hecho de descubrir quién es supondría un gran golpe de efecto, sobre todo para nosotros. Nos estamos quedando muy atrás respecto a los estadounidenses. Necesitamos toda la influencia que podamos conseguir.

—¿Y el librero cree que el contacto de Michalowski podría habéroslo revelado?

—Me dio esa impresión, sin duda. —Hector tomó otro sorbo de vino y lo saboreó unos instantes—. La cuestión es que este ingeniero jefe es mucho más que el director de una organización. Es una suerte de talismán. Sólo hay que ver los precarios recursos que le han proporcionado los soviéticos para trabajar... Sus cohetes

espaciales están prácticamente sujetos con lacre y cordel, según cuentan los yanquis. Sólo dispone de una mínima parte del dinero y la tecnología de Occidente, y yo no me fiaría de estar a salvo en una de esas cápsulas ni cinco minutos. Pero sea cual sea la alquimia que obra ese hombre, ha creado a un héroe como Yuri Gagarin, y nosotros no. De alguna manera, siempre vamos un paso por detrás.

—¿Qué haríamos si supiéramos quién es? —preguntó Joan con cautela.

—No te preocupes por eso. —Hector entendió lo que quería decir y negó con la cabeza—. No intentaríamos matarlo. En cualquier caso, no nos acercaríamos mucho a él, aunque sí podríamos descubrir cómo consiguió ser tan bueno en lo suyo, y replicar sus métodos, de ser posible. —Miró su plato vacío y exhaló un suspiro de satisfacción—. Gracias, cariño.

Joan se levantó para recoger los platos y los sustituyó por un cuenco de fruta. Luego observó cómo Hector cogía una manzana y la pelaba con una navaja de bolsillo formando una espiral impecable. Le quitó el corazón, la cortó en cuartos y le dio dos a ella. Sus dedos se tocaron, con la inevitable descarga eléctrica.

—¿Dijo Schwartz cuándo vendrá ese contacto, el que conoce la identidad del ingeniero? —preguntó ella.

—No. No tiene ni idea. Es posible que el tipo trabaje en una base llamada Ciudad de las Estrellas, en el *óblast* de Moscú, donde entrenan a los cosmonautas. El trayecto desde allí es muy largo. Se necesitaría una planificación meticulosa.

—¿El MI6 tiene gente allí que pueda investigar?

El rostro de Hector se endureció.

—Quizá. —Soltó un profundo suspiro—. No es algo que pueda compartir en este momento.

Las relaciones entre las dos agencias eran entre tensas y frías. Nunca había habido cercanía entre ellas, ni siquiera durante la guerra, y ahora resultaba que el MI6 había generado un número alarmante de agentes dobles. Primero fueron Burgess y Maclean. Ahora, un hombre llamado George Blake estaba a punto de ser juzgado en Old Bailey. Ya se habían perdido muchas vidas. Francamente, en esos tiempos era tan probable que James Bond estuviera trabajando para Jrushchov como para el ficticio «M». Hector no podía arriesgarse.

—De todas formas, supongo que los rusos ya lo habrán atrapado —dijo Joan con tristeza.

Ésa había sido también la suposición original de Hector, pero varios detalles lo habían llevado a cuestionar la idea. Se inclinó hacia atrás para coger una pitillera plateada de una mesita cercana y encendió un cigarrillo, saboreando la dosis de nicotina que venía a acompañar al vino.

—Bueno, es posible que no lo hayan hecho —repuso.

Ella lo miró con cara de sorpresa.

—¿No me digas?

—Los hombres que se llevaron a Michalowski trabajaron con precipitación. Si estaban buscando datos concretos de un plan, es posible que no llegaran a descubrirlos.

—¿Cómo sabes eso?

Hector lo consideró. Había detectado algunas cosas. En general, el piso parecía intacto, como si los asaltantes hubieran intentado borrar sus huellas. Pero había una ampliación de una fotografía que una

amante le había hecho a Michalowski la misma mañana de su desaparición, por ejemplo. Y esa imagen mostraba que el cartel de detrás de la cama se había movido desde entonces. Había libros colocados en las estanterías que no seguían el orden correcto. Michalowski podía ser descuidado en algunos aspectos, pero era muy meticuloso con su biblioteca de guías de viaje, ordenadas alfabéticamente por países, excepto las relacionadas con Rusia, Finlandia, Suecia y Noruega, que estaban fuera de lugar y cabeza abajo. Y la parte superior del armario del baño estaba cubierta por una gruesa capa de polvo, lo que sugería que ni siquiera habían mirado allí.

Hector le comentó lo de los libros y el armario del cuarto de baño.

—¿Qué crees que pasó? —preguntó ella.

—Tenían prisa. Es posible que se asustaran porque alguien llamó a la puerta o sonó el teléfono, o por cualquier otro motivo. Pero también me pregunto si quizá se dieron cuenta de que le habían dado a Michalowski demasiada droga para dejarlo inconsciente. O quizá de que era alérgico a ella.

—¿Crees que eso fue lo que lo mató?

—Es probable. Tal vez reaccionó de un modo extraño, con convulsiones o algo así. Puede que decidieran que debían llevarlo a toda prisa a alguien que pudiera ayudarlo.

—Sólo que ya era demasiado tarde —dijo Joan.

—Sí. Por suerte para él, si tenemos en cuenta lo que tenían pensado hacerle a continuación. Por supuesto, entretanto podrían haber encontrado lo que buscaban, pero mis fuentes en la embajada me dicen que andan un poco asustados. Están contactando a la

desesperada con sus propias redes, tratando de averiguar qué estaba tramando Michalowski.

—¿Puede ser de ayuda Tracy Thorburn?

—Se hace la tonta. Le dijo a la División Especial que esperaba salir con Michalowski, pero no pasó nada. He ordenado que la sigan.

—¿Café? —sugirió Joan.

Ésa era otra especialidad de Hector, y lo preparó para ambos con una pequeña cafetera exprés de acero sobre el fogón.

Cuando volvió con dos tazas humeantes, ella le preguntó:

—¿Has comprobado las citas con clientes en su agenda?

—¿Las de Michalowski? Sí. ¿Por qué?

—Supongo que no hay grandes huecos, o los habrías visto.

—Es cierto, no los hay. Estuvo ocupado hasta finales de junio.

Ella sopló sobre su café y tomó un sorbo.

—Me paso mucho tiempo con agendas arriba y abajo. Lo del candado en el armario secreto puede hacernos creer que metió la pata, pero quizá no fue siempre tan estúpido. A lo mejor anotó citas falsas en determinados días, cuando en realidad podría estar ocupado con otras cosas. Es posible que hiciera reservas reales en restaurantes y hoteles y que las cancelara fácilmente, pero no en el caso de los clientes. Si lo hiciera con ellos, su nombre quedaría mancillado muy deprisa.

—¿Te refieres a que tal vez utilizaba nombres y direcciones falsos? Los hemos comprobado.

—Nombres reales, pero de personas que no tienen la cita en cuestión en sus propias agendas.

Hector se dio un golpe en la frente.

—¡Qué idiota soy! —murmuró—. Comprobamos los días de la escapada escandinava y se había limitado a poner que estaba de vacaciones en Suecia. Supusimos que no había aprendido a hacer bien las cosas.

Joan tomó otro sorbo de café.

—La gente aprende, a veces.

—Yo no, por lo visto. ¡Maldita sea!

—Vas corto de personal —repuso ella, comprensiva—. Lo entiendo. Tienes muchas cosas en marcha...

Hector levantó las manos en señal de rendición.

—¡Está bien, está bien! Tú ganas. Pero nada de hacer una visita al piso, eso es imposible. Te quiero, Joan McGraw. Veré qué puedo hacer.

28

Hector se limitó a sonreír cuando Joan cumplió su parte del trato. Tony Armstrong-Jones no había dicho nada útil sobre su amigo, aparte de mencionar los idiomas que hablaba. La princesa Margarita tampoco había dicho gran cosa, salvo que Pavel era muy atractivo y muy atento al encenderle los cigarrillos. Sin embargo, Joan ya se había ganado su recompensa.

Él tardó veinticuatro horas en cumplir con su parte. Joan no tendría acceso al piso de Chalcot Square, pero cuando su equipo lo había revisado habían fotografiado y tomado buena nota de todos los documentos y objetos que pudieran ser útiles, en ese momento o en el futuro. Esas imágenes estaban ahora en los archivadores del sótano de su oficina, en Curzon Street, y Hector dispuso que Joan tuviera acceso a ellos durante una tarde, por si podía utilizar su experiencia en descifrar códigos y su cercanía con la familia real, o cualquier otra cosa, lo que fuera, para detectar algún detalle que a ellos se les hubiera pasado por alto.

Joan acudió allí desde el trabajo un jueves por la tarde, disfrutando del sol en Green Park y del ambiente primaveral que ya se captaba en el aire. La familia real se había ido a Badminton House, para alojarse con el duque de Beaufort y ver las competiciones ecuestres.

Al día siguiente era el cumpleaños de la reina y tenía muchos planes para el fin de semana, ninguno de los cuales incluía a Joan.

Curzon Street era una calle tranquila cerca de Piccadilly, entre el barrio chino de Shepherd Market y las brillantes luces del Ritz. La dirección que Hector le había dado correspondía a una de las casas más desvencijadas de la calle, algo que no la sorprendió. Sabía que había equipos del MI5 repartidos en oficinas baratas por todo Londres, elegidas para no llamar la atención.

Un conserje le abrió la puerta y le preguntó su nombre. Al igual que el edificio, estaba claro que el hombre se esforzaba en parecer anónimo y discreto. Desde su escritorio, llamó por teléfono a alguien para que acudiera a recibirla.

Joan esperó en el vestíbulo, que era largo y estrecho y estaba poco iluminado y mal amueblado. El suelo era de linóleo agrietado, y había una serie de bocetos antiguos enmarcados en las paredes. Finalmente, una mujer de unos cuarenta años bajó por la destartalada escalera de madera, con una carpeta rosa en la mano.

—Hola, soy Madeleine —se presentó—. El comandante Ross me ha pedido que me ocupe de usted. Perdone que la haya hecho venir hasta aquí en una tarde tan agradable.

Madeleine tenía un rostro que reflejaba franqueza e inteligencia y llevaba el pelo recogido en un moño pulcro, una cómoda rebeca y zapatos también cómodos. Miraba fijamente a Joan, que todavía se consideraba bastante parecida a ella; sin embargo, en ese momento cayó en la cuenta de que su actual forma de vestir, a base de perlas, tacones y falda a la moda, era muy diferente. Sin duda, todo lo que había ganado en glamour lo había perdido en cuanto a la emoción

de la caza. Ahora, en ese edificio destartalado y sudoroso, lleno de secretos, se sentía como en casa.

Le tendió la mano.

—Encantada de conocerla. Soy Joan.

Madeleine sonrió.

—Permítame mostrarle el camino.

Precedió a Joan pasillo abajo hasta otra escalera, de aspecto claramente peligroso, y cruzó dos puertas del sótano que tuvo que abrir con llave. Ante ellas se extendía un corto corredor. Madeleine abrió la segunda puerta de la derecha y accionó un interruptor para encender dos relucientes fluorescentes sobre un par de mesas endebles colocadas una contra la otra. Había una silla y ninguna ventana. El lugar olía a moho y al producto de limpieza que se había utilizado para intentar eliminarlo.

—Bienvenida a Château Curzon —dijo Madeleine—. Póngase cómoda.

Joan sonrió.

—Todas las fotografías del caso Michalowski están en esas cajas —explicó Madeleine. Señaló una serie de cajas de cartón idénticas colocadas en fila en unas estanterías que ocupaban dos de las paredes—. En la parte delantera llevan una etiqueta que indica de qué parte del piso proceden. Puede examinarlas sobre la mesa y tomar las notas que necesite con el bloc y el bolígrafo que le he dejado. Yo me encargaré de guardar su abrigo y su bolso. Deje las ampliaciones en un montón cuando haya terminado con ellas y yo me ocuparé de que vuelvan a archivarse.

—¿Ha habido algún progreso desde que hablé con el comandante Ross? —quiso saber Joan.

La expresión de Madeleine sugirió que se estaba preguntando en qué circunstancias la pelirroja bien vestida que tenía delante habría hablado con el director de la Sección D, y a Joan le pareció que había dado con una respuesta bastante adecuada. Sin embargo, la mirada de Madeleine no era hostil.

—De hecho, sí, señorita McGraw. Tenía usted razón sobre la agenda. Había cuatro entradas a mediados de mayo para sesiones fotográficas con clientes que no sabían nada al respecto. Y una reserva en un hotel de Saint-Tropez que, como usted dijo, Michalowski podría haber cancelado con toda facilidad. A menos que realmente fuera allí para recuperarse, o para prepararse.

—¿A mediados de mayo? Para eso sólo faltan tres o cuatro semanas.

—Eso no nos deja mucho margen. Por lo que hemos averiguado, Michalowski mantenía una amplia correspondencia; sobre todo con Estados Unidos, pero también con Rusia y Polonia. Utilizaba muchas oficinas de correos diferentes para sus revistas de ajedrez y sus cartas, por lo que creemos que intentaba borrar sus huellas. Podríamos haber pasado por alto alguna fácilmente.

—¿Cómo es posible que conociera y estuviera en contacto con gente de esos lugares? —preguntó Joan—. Me refiero a Rusia y Polonia.

—Sobre todo a través de los clubes de ajedrez y de la correspondencia —respondió Madeleine—. En Polonia, conocía a algunas personas por conexiones familiares y a otras a través de los miembros del Club Polaco de Londres. Sin duda, sus cartas y tarjetas pasaban por la censura, pero de todos modos llegaban a sus destinatarios, y viceversa.

—¿Y Rusia? —quiso saber Joan.

—Una vez más, por el ajedrez. Además, había estado allí de viaje en 1951 y se había mantenido en contacto con el organizador del viaje, por ejemplo, un hombre llamado Grigovski que trabaja en una fábrica de utillaje cerca de San Petersburgo. Su correspondencia está aquí. —Madeleine dio unos golpecitos sobre la caja en cuestión.

—Así que había estado en Rusia...

—Oh, sí —corroboró Madeleine—. Como muchos otros. A nuestros sindicatos les gusta organizar viajes, y a los comunistas les gusta mostrar sus fábricas y granjas, y pueden ser realmente amables. Es curioso, ¿no?

—¿Michalowski formaba parte de un sindicato?

—No. Cuando murieron sus padres, una familia cuáquera lo acogió, y los cuáqueros también organizan esos viajes, o por lo menos lo hacían en 1951. Él no era cuáquero practicante ni nada por el estilo, pero creo que quería practicar el ruso. Estaba desesperado por averiguar qué había sido del mundo del que procedía su familia. Intentaba acercarse a la gente corriente oprimida por sus propios gobiernos, o al menos, así lo veía él, por lo que dice la familia.

—Debe de ser muy duro para ellos —comentó Joan.

—Horrible. Lo adoraban. Según dicen, era una persona especial, con mucho futuro.

Ahí estaba otra vez esa palabra, «especial». El propio Michalowski la había utilizado para describir a la persona a la que estaba ayudando. ¿Qué significaba exactamente?

Madeleine le explicó cómo funcionaba el sistema de archivo. Las cajas contenían documentos de todas las zonas y muebles del piso de Michalowski, así como de su cuarto oscuro y de su estudio,

situado calle abajo, donde habían hallado imágenes clasificadas por estantes, montones o cajones.

—Volveré dentro de una hora para ver cómo le va —prometió—. Hay un teléfono en la pared que contacta directamente con mi despacho. Buena suerte.

Lo dijo como si Joan fuera a necesitarla. Había docenas de cajas, pero Joan se sentía optimista. En algún lugar de aquel pajar había una aguja, y tenía intención de encontrarla.

En el transcurso de la primera hora, comprendió hasta qué punto era absurda su ambición. Más que avanzar, había retrocedido. Se estaba volviendo loca en sus intentos de hallar pistas en crucigramas resueltos, buscar códigos en revistas de ajedrez y tratar de recrear la partida en curso en el tablero.

—Esto no tiene sentido —le dijo a Madeleine cuando ella regresó, señalando la imagen de la partida de ajedrez tal como la habían encontrado—. La reina no debería estar ahí, y falta un peón.

—Estaba en la alfombra —explicó Madeleine—. Creemos que los agentes del KGB movieron las piezas cuando levantaron el tablero para mirar debajo.

—Vaya.

—Es probable que el comandante Ross ya se lo comentara: fueron un poco chapuceros.

—Sí, me lo comentó.

—¿Le apetece una taza de té? Hay una pequeña cocina al final del pasillo.

A Joan le apetecía mucho. Y también agradeció un par de galletas de crema de vainilla. Luego volvió al trabajo durante otra hora, a lo largo de la cual se volvió tan loca como antes. Y luego durante otra más.

—Supongo que repararon en las esquinas dobladas en las páginas de la guía de Viena, ¿no? —le preguntó a Madeleine mientras se tomaban la tercera taza de té. Las galletas de crema de vainilla se habían acabado.

—Sí, nos fijamos en eso. Lo sé, es complicado, ¿verdad?

—Me han llamado la atención los retratos que venían en un sobre sin distintivos. Son fotografías del estilo de Pavel, pero él no las tomó, ¿verdad? La iluminación es ligeramente distinta.

—Sí, varios planos de perfil de una mujer con un jersey negro; en una de las fotos, la mujer aparece junto a una niña pequeña. Encontramos una nota según la cual procedían de un fotógrafo de Bélgica que admiraba la técnica de Michalowski. Le estaba pidiendo consejo.

—Sí, lo he visto —dijo Joan—. Me he fijado en que los han archivado junto a la copia de otra imagen hallada en el dormitorio.

—Sí, se trata de la instantánea que encontramos en el forro de la tapa de un estuche de gemelos.

—La joven de esa imagen se parecía un poco a la niña del retrato. ¿Ustedes también lo pensaron?

—Bueno, sí —admitió Madeleine—. Pero es imposible saber si se trata de una simple coincidencia. No puede ser la misma persona: la foto del retrato es reciente, y la niña que aparece en ella no puede tener más de diez años.

—¿Podría tratarse de la mujer mayor del retrato?

Madeleine se encogió de hombros.

—Personalmente, creo que se parecen mucho, pero por lo visto no es la misma. Hay algo que no cuadra en la nariz y la distancia entre los ojos, según nuestro experto en esas cosas. Es decir, las tres se parecen bastante y es tentador sacar conclusiones al respecto, pero esa instantánea es de muy mala calidad.

—¿Y no sabemos quién es?

—No. Ni dónde o cuándo fue tomada. Se recortó de una imagen más grande y el fondo de la foto no nos proporciona ninguna pista. —Madeleine sonrió—. Curioso, ¿verdad?

—Admiro su dedicación —comentó Joan con toda franqueza. El equipo sólo había dispuesto de unos días para trabajar con centenares de documentos y objetos, y al parecer ya habían encontrado todo lo que era digno de interés. Quizá Hector sólo estaba siendo amable al invitarla a ayudar. Ella no se había formado en ese tipo de investigación, y no podía decirse que se le diera muy bien, al menos por el momento.

La cuarta hora fue igual de mala y Joan empezó a notar un incipiente y desagradable dolor de cabeza, así que decidió dejar de concentrarse tanto buscando patrones donde no los había. Estaba allí en parte porque conocía aspectos del mundo de Michalowski de los que Madeleine y sus colegas no estaban al corriente. Necesitaba relajarse, dar un paso atrás y limitarse a absorber la información. A dejar que los patrones acudieran a ella.

A mitad de la quinta hora, Joan levantó la cabeza bruscamente, volvió a bajarla, pasó dos o tres imágenes de un lado a otro entre las manos y miró hacia el teléfono. Pero no lo descolgó. Permaneció los siguientes quince minutos revisando cada uno de los documentos

de la caja en cuestión, en cuya etiqueta se leía: «SALA DE ESTAR 9: CUADERNO DE NOTAS DEL TELÉFONO, CONTENIDO DE LOS CAJONES 11 Y 12, AGENDA.» En un momento dado, estuvo a punto de tomar notas en el bloc que tenía al lado, pero pensó que era mejor no hacerlo.

A las doce y media de la noche, había revisado todas las cajas posibles y estaba agotada y lista para irse a casa. Madeleine ya se había marchado, así que fue un joven de cabello rubio quien le devolvió el bolso y le preguntó si había encontrado algo útil.

—Por desgracia, no —respondió Joan señalando el bloc en blanco. Nadie le había preguntado si tenía memoria fotográfica.

De vuelta en Dolphin Square, Hector la esperaba con un tazón de chocolate caliente, una botella de whisky abierta y una sarta de besos a lo largo del cuello, bajo el pelo.

—¿Cómo ha ido? —preguntó.

Ella lo miró a los ojos y negó con la cabeza.

—Lo siento.

—Oh, vaya, pareces agotada, amor mío.

—Lo estoy —admitió Joan—. Pero valía la pena intentarlo.

Él la ayudó a quitarse el abrigo.

—¿De verdad, nada de nada?

—Tú ya lo has hecho muy bien, Hector. Estoy segura de que tu equipo encontrará lo que está buscando.

Él esbozó una sonrisa resignada.

—Como bien has dicho, valía la pena intentarlo.

29

El 21 de abril amaneció gris y lluvioso. Si bien el clima no era tan «*dreich*» como habría dicho su madre escocesa, no estaba muy lejos de serlo. Aun así, a pesar de que iba a estar a la intemperie, a la reina no le preocupaba. Ella siempre estaba preparada para soportar las inclemencias del tiempo, así que no importaba mucho cuáles fueran. Y Dios sabía bien que necesitaba un día al aire libre.

Ese día cumplía treinta y cinco años, la mitad de setenta, y no se le ocurría una forma mejor de pasarlo. Sin papeleo ni reuniones. La competición hípica de Badminton estaba a punto de acoger a algunos de los mejores caballos de Europa, y ella iba a estar rodeada de amigos, parientes y animales durante la mayor parte de la jornada, a la que seguiría una fiesta en el castillo de Windsor. Eso le permitiría desconectar de... En fin, de todo. No sólo de su inminente visita de Estado, sino también de la amenaza del Apocalipsis, del desastre que se estaba gestando en la bahía de Cochinos, en Cuba, del cadáver en el depósito de agua, y de los rusos que parecían hallarse prácticamente a sus puertas y andaban drogando a hombres a su antojo.

—¿Recuerdas lo que estábamos haciendo hace diez años? —le preguntó Felipe cuando bajaban por las escaleras para desayunar en Badminton House.

—¿A mis veinticinco? Estábamos en Roma —respondió ella, relajándose con sólo pensarlo—. Tú jugabas al polo.

En aquel entonces, ella era una princesa y gozaba de cierta libertad. Felipe era un oficial de Marina muy ocupado y el hombre con más glamour de Europa. Cierto que la opinión de ella podía haber sido parcial, pero sólo un poco. Eran tiempos felices. Su padre aún vivía, aunque fallecería poco después.

Felipe sonrió.

—Te organizaron una fiesta en la Villa Adriana. Digna de un emperador.

—Un poco venida a menos.

—¿La fiesta?

—La villa. La fiesta me gustó.

—Pues a mí no —repuso él—. Puesto que el día de tu aniversario coincide con el de la propia ciudad, dimos por hecho que la flor y nata de la aristocracia romana estaría presente, pero la mitad de ellos se habían largado a las colinas para no tener que conocerte.

—¡Ah, sí, es verdad! —Lo había olvidado—. ¿No fue extraordinario? Sé que habíamos estado en guerra unos años antes, pero supuse que no me lo echarían en cara personalmente.

—¡Ja! Pues lo hicieron. La semana que viene quedarán en ridículo cuando vuelvas como... tú misma, vaya. Me imagino que estarán deseando ser simpáticos contigo.

—Y yo seré simpatiquísima con ellos —respondió la reina mientras saludaba con la cabeza a los lacayos y observaba el generoso bufé en la salita del desayuno—. No soy rencorosa.

—Tú quizá no, pero yo sí —replicó Felipe con aspereza—. Estoy seguro de que me permitirás algún que otro comentario pertinente.

—¡Por supuesto que no!

—Lo que tú digas, tontita. —Felipe sonrió para sus adentros.

Terminaron un abundante desayuno caliente y, tras haber recogido a los niños, se dirigieron al recinto, donde supuso toda una delicia convertirse en miembros del público durante un rato y deambular por las carpas. Examinaron los cascos de hípica y la cera para sillas de montar a la venta, compraron algunos juguetes de caballos para Carlos y Ana, y finalmente se unieron a los demás en la «tribuna», que consistía en un carro fijo prestado por la granja, para ver desde allí la prueba de campo a través.

Su hija estaba en su elemento. La princesa Ana, a sus diez años, era muy intrépida y ya podía considerarse una amazona consumada. El carro-tribuna estaba muy bien situado, cerca de un salto con foso de agua, y Ana se quedaba hipnotizada con el despegue y el aterrizaje de cada caballo e imitaba de manera inconsciente sus movimientos con su propio cuerpo, sin respirar siquiera hasta que hubieran completado el salto a salvo.

—¿Yo también puedo hacer eso? —preguntó volviéndose brevemente hacia su madre, mientras un hombre salpicado de barro y con pantalones ajustados sacaba a su caballo del foso y subía por el terraplén hacia la siguiente sección del recorrido.

—Todavía no —respondió la reina, pensando que los pies de su hija no llegaban aún a los estribos de uno de esos animales.

—Algún día, quiero decir —puntualizó Ana—. ¡Oh, mirad!

Señalaba al siguiente jinete, una experimentada amazona llamada Shirley Grey, que tenía muchas posibilidades de ganar ese año.

Shirley se inclinó hacia delante sobre su montura y saltó el obstáculo sin vacilar ni un segundo.

Ana aplaudió y miró por encima del hombro, sonriendo.

—¡Quiero hacer eso en las Olimpiadas, algún día!

La reina le sonrió. Admiraba la inquebrantable confianza de su hija, pero quizá fuera llevar las cosas demasiado lejos. Conseguir una plaza en el equipo olímpico exigía toda una vida de dedicación, y ni siquiera alguien tan brillante como Shirley podía lograrlo, porque era mujer. Sin embargo, ahí, en Badminton, todo era posible para alguien que fuera lo bastante bueno.

Los dos siguientes participantes saltaron cómodamente la valla frente al foso, pero cuando llegó la tercera, su elegante caballo bayo se negó a hacerlo, y la jinete tuvo que darle la vuelta para volver a intentarlo. La reina enfocó con sus prismáticos el caballo. Le gustó su aspecto, con aquellos poderosos hombros y el fuego en sus ojos. Estaba segura de haberlo visto antes en alguna parte. Su jinete se inclinó para acariciarle el costado y prepararlo para el siguiente intento. En ese momento, la amazona quedaba prácticamente frente a la comitiva real, y la reina se fijó en lo joven y atractiva que era. El rostro de la chica también le resultaba familiar, aunque costaba reconocerla bajo las salpicaduras de barro y el casco. La reina buscó en el programa el tercer participante tras Shirley y su caballo y... ¡Ajá! Ése se llamaba *Sirocco*.

Justo cuando leía su nombre, la amazona apretó las piernas para acometer el nuevo intento, pero tuvo peor suerte esta segunda vez: una pata delantera de *Sirocco* chocó contra la valla, y ambos cayeron al agua. Todas las miradas se volvieron hacia ellos, aunque tanto la jinete como el caballo se levantaron muy deprisa. La chica

se quitó el casco unos instantes para limpiarse el barro de la cara, y un mechón de cabello rubio cayó suelto cuando alargó la mano para agarrar la brida de *Sirocco*...

Y la reina se encontró de pronto mirando a los ojos de la joven de veinte años que había visto en una fotografía unas semanas atrás, de pie junto a su caballo, en las páginas de *Horse & Hound*. Recordó que le había llamado la atención el pelo de la chica de la imagen, de un rubio tan claro que casi parecía el blanco pelaje de uno de los terriers de Sealyham de Margarita. Bajó la vista hacia su programa para comprobar el nombre.

Era Tracy Thorburn.

Por unos instantes, la reina apenas oyó el clamor de la multitud. Observó con atención cómo la chica volvía a ponerse el casco, montaba de nuevo y se alejaba cabalgando. De modo que ésa era la joven que le había dado calabazas al pobre Henry Coxon. Se entendía por qué había caído rendido ante sus encantos.

Pero había algo más. La reina recordaba perfectamente a la otra persona que aparecía en la fotografía de la revista. Era un hombre, plantado al otro lado de *Sirocco*, con la mano en el cuello del caballo y rebosante de orgullo. Vestía corbata, chaqueta de *tweed* y chaleco amarillo, como el sapo ricachón de *El viento entre los sauces*, había pensado ella en aquel momento. Lo conocía muy de pasada, pero costaba olvidar aquel chaleco. Lo había visto un par de veces en carreras de caballos, y sabía que se llamaba Bill Douglas y era un exitoso hombre de negocios de Nueva Zelanda.

Sólo que, recientemente, se había descubierto que en realidad no era de Nueva Zelanda. Y no se llamaba Bill Douglas. Tras un soplo facilitado por la CIA unas semanas atrás, el MI5 había averiguado que

se trataba de Sergei Steklyar, un ruso de la región de Gorki. Había dirigido al menos dos redes de espionaje en Londres y en los condados circundantes, y en la actualidad se encontraba detenido en un piso franco del MI5, donde lo sometían a interrogatorio.

El siguiente jinete superó el obstáculo sin dificultades. Carlos declaró que tenía hambre y se alejó junto con su agente de seguridad a tomar un tentempié. La reina tenía el mismo aspecto que antes, como si estuviera atenta a lo que ocurría en la pista, igual que Ana, aunque de hecho estaba pensando que los espías del MI5 sin duda ya habrían establecido la conexión entre Douglas/Steklyar y los Thorburn.

Pero... ¿y si todavía no lo habían hecho? Steklyar estaba ahora encerrado a cal y canto, de modo que, si los del MI5 andaban tras la pista de los Thorburn, no encontrarían nada que los relacionara ni podrían atraparlos juntos. Entretanto, era de suponer que estaban rastreando minuciosamente a todos los amigos y conocidos de Steklyar en busca de actividades sospechosas, pero él llevaba años actuando en el Reino Unido y esa operación seguramente llevaría algún tiempo. ¿Tendrían conciencia de la importancia de una foto suya en las páginas de *Horse & Hound*? ¿Sabrían siquiera que existía esa foto? Si Steklyar era copropietario de *Sirocco* con el padre de Tracy, sin duda habría un registro de ello en alguna parte... Pero quizá no lo era. Podría haberse tratado de un préstamo.

La reina, sin embargo, sí había visto la foto. Y ahora sabía que Tracy Thorburn, que tenía algún vínculo con un agente ruso, se había citado varias veces con Henry Coxon para averiguar cómo vivía Pavel Michalowski. Y todo ello poco antes de que el fotógrafo

desapareciera. Poco antes de que su cadáver fuera encontrado en una de las granjas del padre de Tracy.

Si eso era una simple coincidencia, entonces ella era la reina de Saba.

Necesitaba hablar con Joan.

30

Cuando su secretaria privada adjunta llegó desde Londres al castillo de Windsor el sábado por la mañana, la reina advirtió que estaba muy pálida. Como ella misma también había estado de fiesta la noche anterior, pudo imaginarse cómo se sentía.

—Gracias por venir habiéndola avisado con tan poca antelación —le dijo—. Se me ha ocurrido que podríamos dar un paseo. Las dos necesitamos un poco de aire fresco, por lo visto.

Bajaron hasta la salida para perros que daba a la terraza del castillo, pero, por una vez, la reina decidió no llevarse a los corgis. Necesitaba concentrarse en lo que tenía que decir.

—Ayer hice un descubrimiento —comenzó, mirando hacia la larga avenida envuelta en niebla y flanqueada por árboles que atravesaba el Great Park. Era una vista impresionante. Recordó que el canónigo Vaughan le había dicho que el lugar donde Sandra Pole vio el cuerpo desde el tren quedaba cerca de un antiguo coto de caza dispuesto para Guillermo el Conquistador. Aquel gran parque también había sido un coto de caza en su día.

Pero habían transcurrido más de mil años. La reina se recompuso y le habló a Joan de Tracy Thorburn, de su extraordinario caballo y del agente ruso que parecía ser su propietario.

—Conocía a Bill Douglas, como creía que se llamaba, pero muy poco —explicó—. Se movía en los círculos ecuestres. Participaba en cacerías a caballo siempre que podía. Tenía un gran talento natural para los negocios, según tengo entendido. Después de su detención, dijeron que probablemente era el hombre más rico que jamás había trabajado para el KGB.

—¿Y cree que conocía a Tracy? —preguntó Joan.

—Estoy segura de ello. Si alguien investiga quién es el dueño de *Sirocco*, encontrará la conexión.

—Así que por eso sabía lo de la granja de Staffordshire.

Por desgracia, la cosa no era tan sencilla.

—Hay eslabones en la cadena que desconocemos —advirtió la reina—, porque Steklyar estaba en una celda del MI5 cuando Michalowski desapareció; antes de que lo encerraran, tuvo que presentar a otra persona a los Thorburn, alguien que se encargó de que Tracy averiguara los horarios de Michalowski y, más tarde, de que su padre ayudara a hacer desaparecer el cadáver.

—¿Tenemos la certeza de que Thorburn colaboró con la desaparición del cuerpo, señora? Es posible que Tracy le hubiera hablado de la granja a su contacto.

La reina negó con la cabeza.

—La clave es el tren.

—¿El tren, señora?

—Sí. El hecho de que intentaran deshacerse de un cadáver tan cerca de una vía muy transitada. El informe policial sugiere que los hombres en cuestión podrían haber sido de Londres, por lo que no sabían nada de los trenes, pero el canónigo Vaughan me señaló que habrían visto pasar el tren de Rugby a Crewe sólo cinco minutos

antes. Cualquiera habría esperado a que oscureciera, ¿no? Creo que alguien que estaba allí conocía muy bien el horario: demasiado bien, porque dio por hecho que disponían de unos buenos minutos de margen antes de que pasara el siguiente tren. No esperaban el nuestro, porque no formábamos parte del horario oficial. Imagino que supuso que se trataba de un tren de mercancías, luego advirtió que no lo éramos y fue presa del pánico, pero ya era demasiado tarde.

Joan asintió muy seria. Todavía estaba pálida.

—¿Quiere que se lo cuente al comandante Ross? —preguntó.

Ah, conque ahora «le contaba cosas al comandante Ross», no «informaba al MI5». La reina reparó en ese hecho con interés.

—Desde luego que no —repuso—. Usted no forma parte del mundo de los caballos, Joan. Él sabrá al instante que la noticia proviene de mí.

—Supongo que sí.

La reina sonrió.

—Usted no puede contárselo —puntualizó—, pero otra persona, sí.

Joan le dio vueltas a eso.

—Alguien a quien él ya conoce... —dijo enarcando una ceja—. Alguien aficionado a los caballos, a quien le gusta hablar y que pueda haberse enterado de esa conexión a través de alguien de palacio.

—Exactamente —respondió la reina con vivacidad—. Nuestra «eminencia gris». —Ella y Joan intercambiaron una sonrisa—. Es un papel que desempeña muy bien.

Ninguna de las dos había mencionado el nombre del hombre en cuestión, pero ambas sabían a quién se referían. Visualizaron un

bigote espeso erizado de satisfacción.

—El comandante Ross es un hombre inteligente —advirtió Joan—. Es muy posible que repare en el subterfugio.

—Lo sé —reconoció la reina—. Pero no podría demostrarlo y, de hecho, dudo que quisiera hacerlo. Una forma plausible de desmentirlo, he ahí lo que nos hace falta.

—Una forma plausible de desmentirlo, señora. Me encargaré de ello.

Isabel se alegró de que la conversación hubiera concluido y de que no tuvieran que dedicarle más tiempo en un sábado como aquél, repleto de planes familiares. Lamentaba que Michalowski hubiera tenido un final tan horrible, agradecía que se hubiera encontrado el cuerpo y tenía la esperanza de que la conexión rusa se resolviera pronto. Entretanto, el castillo estaba a rebosar de personalidades importantes de la fiesta de la víspera que precisaban su atención. Aceleró el paso para volver al interior, pero su secretaria privada adjunta titubeó.

—¿Hay algo más? —preguntó la reina.

Joan parecía realmente desdichada.

—¿Tiene que ver con este caso?

Joan asintió.

La reina miró hacia el castillo.

—¿No podría dejarlo en manos del comandante Ross o del inspector jefe Darbishire? Ambos parecen muy competentes.

Joan negó con la cabeza.

—A menos que usted así lo quiera, señora.

—Vaya. ¿Y por qué no iba a quererlo? —A Isabel no le gustó cómo sonaba eso—. ¿Vamos a tener que dar otra vuelta por la terraza?

—Creo que sí.

Joan le explicó brevemente los antecedentes de su visita a Curzon Street. Vaya, de modo que las cosas sí habían cambiado entre ella y el comandante Ross. A la reina le parecía muy bien, aunque se preguntó si Joan suponía lo contrario; en realidad, le sorprendía que hubieran tardado tanto.

—¿Y qué descubrió en Curzon Street? —quiso saber.

—Algo que a él no le conté. Pero estaba a la vista de todos, así que pueden deducirlo por sí mismos si quieren.

Joan alzó la barbilla con aire desafiante.

—Continúe —pidió la reina con cautela.

Joan describió cómo se habían archivado las imágenes.

—Una serie de fotografías mostraba el bloc que Michalowski tenía junto al teléfono para tomar notas.

—Ya veo...

—Tenía una vida muy ajetreada, por lo que no paraba de anotar nombres, fechas, direcciones... A veces de clientes, a menudo para fiestas o viajes con amigos, utilizando con frecuencia iniciales y acrónimos. No visitaba con frecuencia el palacio de Kensington y «PK» aparecía sólo un par de veces, por ejemplo.

La reina asintió.

—Supongo que los del MI5 podrían averiguarlo por sí mismos.

—Por supuesto. De todos modos, a mitad de la página, figuraban las letras «YRB» escritas a lápiz, debajo de varias notas a tinta. —Joan hizo una pausa, como si eso fuera significativo—. Así me refiero yo al yate real *Britannia* en mis propias notas.

La reina se volvió hacia ella. ¿Qué demonios estaba insinuando?

—¿El *Britannia*?

La palidez de Joan empezaba a cobrar sentido. La reina consultó su reloj. Se suponía que debía estar desayunando. Todo el programa podía verse comprometido si no se andaba con cuidado.

—Sin duda YRB podría ser muchas cosas —sugirió.

—Por supuesto —concedió Joan—. Acabo de enterarme de que, en las artes plásticas y el diseño, alude a los colores primarios, amarillo, rojo y azul. Los artistas los mencionan mucho. Creo que el equipo del MI5 dio por hecho que Michalowski se refería a eso, porque no me preguntaron nada al respecto.

—Y usted no se lo reveló.

Joan se movió, inquieta.

—No.

—¿Y por qué no?

—Porque en la esquina inferior de la página siguiente, trazado con el mismo lápiz, había un pequeño círculo con el número 29 — contestó Joan.

—¿El veintinueve?

—Eso me pareció, señora.

—Pero el veintinueve es cuando...

—Sí. Y en la página siguiente, en otra nota escrita con tinta, se leía claramente: «C Genov 1 p. m.»

La reina frunció el ceño.

—Eso de «C Genov» no me dice nada. ¿Es una persona?

Joan exhaló un suspiro. Se cruzó de brazos, como si se resistiera a decir lo que debía decir.

—Podría serlo —admitió—. Pero tengo una vieja amiga casada con un oficial de la Marina que es agregado de la OTAN en Nápoles. Llevamos años sin vernos y me ha propuesto que nos viéramos

brevemente en Cagliari el día veintinueve, el mismo día que tenemos previsto llegar allí para subir a bordo del *Britannia*.

A la reina la invadió una gélida sensación de temor, como si el agua fría de un río invernal se filtrara a través de su ropa.

—Continúe.

—Tengo una nota similar en mi agenda, señora, en mi caso «Caffè Genov», para el veintinueve de abril a las tres de la tarde. Por supuesto, es posible que las siglas «YRB» sólo aludan a algo relacionado con el diseño. El veintinueve no tiene por qué ser una fecha, y «C Genov» podría ser una cafetería en otro lugar, o incluso tratarse de una persona, o de algo completamente distinto. Pero... —Joan se encogió de hombros con tristeza— en cuanto lo vi, me llamó mucho la atención. Ni siquiera está en código. En esas tres páginas hay una fecha, un punto de encuentro y una hora. Es en abril y no en mayo, que es cuando el MI5 cree que Michalowski programó la deserción, pero aparte de eso, es justo lo que el equipo del comandante Ross ha estado buscando.

—Para cuando el *Britannia* regrese a Portsmouth, ya será mayo —murmuró la reina—. ¿Deberíamos suponer que el número también les ha llamado la atención?

—No lo creo. Hay muchos otros números en el bloc junto al teléfono, y éste se solapaba con los garabatos de una lista de suministros para el cuarto oscuro. Por lo que sé, trabajan sobre la hipótesis de que «Genov» es una persona del Bloque del Este, y están tratando de averiguar de quién se trata.

—No han establecido la conexión con nosotros —dijo la reina casi para sí misma.

—No, señora. Todavía no. Pero he examinado las imágenes que tomaron del diario de Michalowski y hay una «B» con un punto junto al trece de mayo, que es cuando el *Britannia* tiene previsto atracar en Portsmouth.

La reina tenía la cabeza a punto de estallar.

—¿Se da cuenta de lo que eso significa? Creía que habíamos terminado con todo este puñetero asunto.

Rara vez soltaba palabrotas delante del personal, pero francamente... Su padre, en circunstancias similares, habría arrojado una piedra a la otra punta de la terraza: su lenguaje podía ser muy soez.

—Lo sé, señora. Lo siento mucho.

—Confío en que se equivoque. Pero si está en lo cierto, esto me coloca en el meollo de la cuestión.

TERCERA PARTE

El Britannia domina los mares

31

Las siguientes horas fueron terribles. Al igual que el Domingo de Pascua, la jornada estaba llena de actividades. Había que despedirse de los familiares que partían, abrir regalos y mantener conversaciones cordiales con miembros del personal que querían desear un feliz cumpleaños a la reina, aunque fuera con retraso. Alguien había organizado una proyección sorpresa de una película sobre las carreras de caballos ganadores del año anterior. El primer ministro llamó para felicitarla personalmente por su aniversario... A Isabel todo eso le parecía muy considerado y sincero, pero cada gesto amable le recordaba lo que estaba en juego si su secretaria privada adjunta había descubierto en efecto una conspiración para utilizar el yate real para una deserción política, perpetrada por un hombre que tal vez había sido asesinado por el KGB.

Finalmente, alegó un repentino y cegador dolor de cabeza y se las apañó para escapar a la biblioteca, un lugar tranquilo donde podría pasar unos minutos más a solas con Joan. Dejó instrucciones estrictas de que no la molestaran.

Cuando Joan llegó, la reina ya estaba en el otro extremo de la habitación, examinando un globo terráqueo. Era un artefacto de envergadura considerable, una esfera de unos sesenta centímetros de diámetro, sostenida por una estructura de caoba que se movía

sobre ruedas de latón. La reina acercó el globo a una ventana para aprovechar la luz.

—Antes que nada —dijo—, quiero ver por qué demonios Michalowski elegiría como vía de escape Cagliari, nada menos. Si se tratara de Berlín, o de algún lugar de la frontera con Alemania Oriental, lo entendería. Incluso Finlandia. Pero ¿Italia?

El globo terráqueo estaba cubierto por un mapa detallado y colorido, con el antiguo Imperio británico destacado en rosa contra la inmensidad azul de los océanos. Al tener varias décadas de antigüedad, no mostraba el territorio de la Unión Soviética, algo que en ese momento habría sido útil. Sin embargo, a la reina se le daba bien la geografía: sabía dónde estaban todas las fronteras modernas.

Buscó a toda prisa Italia en el globo terráqueo. Ahí estaba Cerdeña, la gran isla al oeste de Nápoles, frente a la espinilla de la bota de Italia. Señaló el extremo sur de la isla.

—El puerto de Cagliari está aquí, ¿verdad?

Joan, que conocía a fondo todos los lugares que visitaría la reina, lo confirmó.

—Y Túnez está ahí. —La reina desplazó el dedo hacia la capital africana, situada justo al sur de Cagliari, al otro lado del mar Mediterráneo, y más cercana que Nápoles, ahora que se fijaban—. Mi madre estará allí dentro de... ¿cuánto? ¿Tres días? ¿Cuatro? Suponiendo que para entonces no nos hayamos evaporado todos. Pero lo que de verdad importa es lo que hay aquí arriba. —Giró el globo terráqueo hasta encontrar un punto negro en la masa continental al norte del mar Negro, casi justo al este de Edimburgo

—. Moscú. El comandante Ross sospecha que nuestro científico podría estar trabajando cerca.

Quedaba muy lejos de Londres y, de hecho, más lejos incluso de Cerdeña, al suroeste. Formaban los tres vértices de un enorme triángulo, como una porción de tarta. La reina frunció el ceño.

—No tiene sentido.

—Si el punto de partida es Moscú, no —convino Joan—. Quizá se trataba de otro lugar. ¿Hungría, tal vez? Sólo que...

—¿Qué?

—El contacto del comandante Ross era húngaro, pero eso no salió a relucir. No, casi sin duda parecía que el desertor era ruso. Y Michalowski viajó a Rusia en el cincuenta y uno.

La reina miró el globo terráqueo con ojos escrutadores.

—Podría haber intentado utilizar otra vez Escandinavia, pero eso no cuadra en absoluto. ¿Y qué me dice de Austria? Es neutral. Los soviéticos la visitan a menudo. —Retrocedió un paso para recalcular las distancias—. Desde allí, podría ser que al desertor le fuera más fácil ir hacia el sur, a Italia, que hacia el norte, a Inglaterra. Pero aun así, una vez en Austria, ¿por qué no pedir asilo allí?

Joan se unió a ella para observar la ubicación del país en el mapa. Al este, limitaba con Checoslovaquia y Hungría, detrás del Telón de Acero. Al sur, al otro lado de los Alpes, estaba Yugoslavia, que también era comunista. Una pequeña frontera sur con Italia atravesaba las montañas. En tiempos recientes se había producido actividad terrorista en esa zona, y también estaba sometida a un control estricto.

—No podría limitarse a acudir a las autoridades locales —comentó Joan—. Habría tenido que acercarse a una embajada en Viena y

solicitar asilo. Si es un científico muy cotizado, lo estarían vigilando como halcones. Quizá cree que puede dirigirse al sur porque no esperarán que lo haga. Hay trenes que cruzan los Alpes.

La reina no parecía convencida.

—Aun así, supongamos que en efecto se dirigiera al sur, a Trieste o a algún otro lugar. ¿No podría intentar llegar a Inglaterra en el maletero de un coche? Así lo hacen algunos desertores, ¿no? Y si tiene que ser trasladado de forma clandestina en un barco, ¿por qué no en cualquiera de los miles que se alinean en torno a la costa italiana? —Miró con hosquedad la costa en cuestión—. ¿Por qué en el mío, precisamente?

Advirtió que Joan se esforzaba en reprimir una sonrisa. Su secretaria sabía lo mucho que el *Britannia* significaba para ella. Pero su indignación era comprensible, ¿no? Había pocas cosas en la vida que la reina guardara celosamente para sí. Su vida familiar era una de ellas, sus escasos momentos de intimidad, otra. En sus viajes por el mundo, el *Britannia* era vital en ambos sentidos.

—¿Y por qué subir a bordo al comienzo de mi visita? —continuó—. Si alguien lo hiciera, tendría que permanecer escondido durante días. ¿Por qué no esperar hasta que atracáramos en Venecia? Queda prácticamente al lado de Trieste, en la frontera con Yugoslavia.

—No lo sé —respondió Joan encogiéndose de hombros—. Es posible que Michalowski estuviera improvisando. Utilizó todos los recursos a su alcance para sacar a los desertores de Alemania Oriental. Su ruta a través de Escandinavia funcionó porque tenía amigos allí; sólo trabajaba con gente en la que confiara. Quizá conocía a alguien a bordo del *Britannia* que sugirió Cagliari por alguna razón.

—¿Un oficial de Marina? Alguien así conocería a cientos de propietarios de barcos. —La reina seguía furiosa.

—Pero Pavel no los conocería personalmente —puntualizó Joan—. Sólo estoy planteando una hipótesis.

La reina se calmó un poco.

—Es posible que tenga razón. Está siendo de gran ayuda, Joan, pero de ser ése el caso, habría necesitado conocer a alguien a bordo que pudiera esconder al desertor durante dos semanas, el tiempo suficiente para que yo realizara la visita de Estado y para que el *Britannia* regresara a Portsmouth, sin que nadie más se percatara de su presencia en ningún momento. El barco está repleto de marineros. Incluso los camarotes de los oficiales son diminutos.

—Pero están las bodegas —le recordó Joan—. He estado allí abajo y hay espacio suficiente. Para un viaje al Pacífico sin duda irían llenas, pero quizá no tanto para pasar unos días en el Mediterráneo.

La reina exhaló un suspiro y cogió el globo terráqueo con ambas manos para empujarlo de vuelta a su sitio.

—¡Piense en los riesgos! Si ése era en efecto el plan, es ridículo. Nunca habría funcionado.

—No, señora.

—Fuera quien fuese la persona con quien Michalowski trabajaba, habría tenido que ser un novato, y además muy estúpido, o un veterano que hubiera perdido por completo la chaveta.

—Estoy de acuerdo.

Se miraron a los ojos a través de la habitación. La reina vaciló unos instantes, luchando con su conciencia.

—De hecho, es todo tan ridículo —declaró finalmente con cierta aspereza— que no creo que debamos molestar al MI5 con ello por

ahora. ¿De acuerdo?

Joan asintió con expresión seria. Era evidente que lo había visto venir.

—Puedo guardar el secreto todo el tiempo que necesite, señora —contestó—. Entretanto, me pondré a trabajar en el asunto de Tracy Thorburn.

La reina apretó los labios.

—Gracias, Joan.

32

Miles Urquhart estaba pasando un rato tranquilo en su apartamento del castillo de Windsor, poniéndose al día con el críquet en la BBC, cuando Joan llamó a la puerta y le preguntó si podía hablar con él.

Miles ya se había enterado de que la habían hecho acudir desde Londres.

—¿Para qué la necesitaba Su Majestad con tanta urgencia? —preguntó.

—Quería que le proporcionara algunas lecturas antes de su viaje a Venecia.

—Podría habérselas facilitado yo mismo.

—Yo ya había reunido algunas cosas, y he estado encantada de llevárselas —repuso Joan—. La cuestión es que tengo que pedirle un gran favor.

—¿No me diga?

Miles se dio cuenta de que la pobre chica seguía de pie en la puerta del apartamento. La invitó a pasar, le sirvió una copa y la hizo acomodarse en un sillón de su salón con vistas a la Torre Redonda. Con cierta desgana, apagó el programa *Test Match Special* en la radio.

—¿En qué puedo ayudarla?

Resultó que Joan se había encontrado con un oficial del escuadrón a caballo de la Guardia Real, el regimiento que custodiaba en esos momentos el castillo (no quiso revelar quién era exactamente, porque se había dirigido a ella en confianza), y el hombre le había contado una historia extraordinaria. Al parecer, conocía a la hija del terrateniente en cuya granja se había encontrado el cadáver de Michalowski (Miles se llevó la impresión de que habían salido juntos unas cuantas veces, algo típico de los Azules), y había descubierto una conexión entre esa joven y... ¡un agente ruso recientemente desenmascarado, nada menos! La chica, Tracy, era jinete de triatlón ecuestre (a Miles le encantaban las chicas a caballo, tenían un no sé qué...) y, un tiempo atrás, el ruso en cuestión le había regalado o vendido un caballo magnífico... Un caballo en el que se había fijado el propio oficial de los Azules, por eso lo recordaba.

—De modo que, si está en lo cierto, hay una conexión entre la familia Thorburn y el KGB —concluyó Joan—. Sé que la policía y el mi5 están buscando precisamente eso. He pensado que debía decírselo, pero todo parece un poco endeble.

Pensativo, Miles dio un sorbo a la copa que tenía junto al codo.

—Mmm. Entiendo lo que quiere decir.

La historia era fascinante, pero en efecto sonaba un poco incierta, sobre todo viniendo de una chica como Joan, que no sabía nada de caballos y era bastante novata. No costaba imaginar que personas como el jefe de la Sección D del MI5 y el superintendente jefe Venables de la Brigada de Homicidios no fueran a tomarla del todo en serio.

—Y creo que, si se lo contara a uno, ése probablemente se lo ocultaría al otro, y ambos deberían saberlo —añadió Joan.

—Creo que puedo ayudar —dijo Miles con amabilidad—. Resulta que el miércoles voy a ver al director de la Sección D. Podría adelantar la reunión e invitar también a Venables. Convertir el encuentro en algo más formal, ya sabe... Darle un toque de solemnidad.

Joan abrió mucho los ojos.

—¿De verdad lo haría?

—¿Quiere que lo haga? No me gustaría entrometerme.

—En absoluto, Miles. Se lo agradecería mucho. Solemnidad es justo lo que hace falta, si cree que hay algo ahí. Quiero decir que sólo se trata de una pequeña anécdota, en realidad.

—Nunca se sabe. —Miles dio otro sorbo a su ginebra rosada—. Pero hay una cosa más. —Dejó la copa sobre la mesa y sintió cómo la solemnidad lo invadía por momentos—. A la reina le gustan mucho los caballos. Está muy metida en ese mundo.

Joan pareció preocupada.

—¿Sí?

—Así que debemos mantenerla completamente al margen. Si es cierto, es un asunto sórdido. No queremos que Su Majestad se vea involucrada en él de ninguna manera.

Joan asintió con el semblante serio.

—No podría estar más de acuerdo con usted, Miles.

—No diga ni una palabra, ¿vale? Deje que me ocupe yo de esto.

—No diré ni pío. —Joan se llevó un dedo a los labios—. No sé cómo agradecérselo, Miles, de verdad. Sabía que podía contar con usted.

La reina esperaba que Joan se lo estuviera pasando bien con su subsecretario privado, pero entretanto se quedó en la biblioteca mucho más rato del debido. Felipe había organizado un juego del escondite en el castillo y, en circunstancias normales, ella habría tomado parte en él encantada, pero ahora había dado instrucciones de que ni siquiera los niños la molestaran.

Jugar al escondite era lo último que necesitaba. No solía pasarle, pero estaba hasta la coronilla.

¿El *Britannia*?

El plan de fuga que acababan de trazar en el globo terráqueo era fantástico, geográficamente absurdo, pragmáticamente imposible y, en puridad, políticamente escandaloso. También era muy personal. Isabel sentía una furia que rara vez experimentaba.

¿Qué pasaría si se descubría que la monarca del Reino Unido y otros territorios llevaba de forma clandestina a un desertor soviético a través del Mediterráneo y el golfo de Vizcaya, hasta Inglaterra, a bordo de su yate privado? ¡Y en plena Guerra Fría y cuando los estadounidenses intentaban contribuir a organizar un golpe de Estado contra los comunistas en Cuba!

Por Dios, sólo de pensarlo se le puso la piel de gallina, hasta tal punto que tuvo que pasearse por la habitación. No sucedería, por supuesto, no podía suceder... Era casi seguro que semejante plan no existía, y en caso contrario, estaba condenado al fracaso. El desertor sería descubierto al subir a bordo, o una vez instalado en el interior, y se idearía algún tipo de solución diplomática para devolverlo al lugar de donde había salido. ¿Adónde? La reina no lo sabía, y no quería ni pensar en ello, pero las consecuencias de no devolverlo eran peores.

Occidente se había fortalecido gracias a sus alianzas y, le gustara o no (y le gustaba), parte de su función consistía en mantenerlas visitando a esos aliados, como llevaba haciendo todo aquel año y seguiría haciendo en lo sucesivo. La reina consideraba su yate una herramienta de estadista. Si esas herramientas ayudaban a mantener una frágil paz, también salvaban vidas. A pesar de estar tan enfurecida, se detuvo a valorar si estaría siendo una simple egoísta al tomárselo todo tan a pecho. ¿Qué pensaría Dios? Quizá sí fuera egoísta, en parte, pero proteger su utilidad diplomática le parecía algo importante.

Se estremeció de nuevo. Si aquello se hacía público, nadie volvería a confiar en ella, al menos no por completo. Y todo eso para descubrir la posible identidad de un hombre que llevaba la delantera en la carrera espacial en la actualidad y que podía seguir llevándola, supiera una quién era o no.

Había trabajado muy duro toda su vida para estar por encima de los vaivenes de la política del día a día, para ser una mano firme y totalmente fiable, un faro de integridad. A diario se veía obligada a hacer pequeñas concesiones, y grandes también, a veces; debía mostrarse educada con personas desagradables, y había gestos públicos que una no podía hacer, aunque lo deseara. Pero se trataba de cosas que sus ministros le exigían llevar a cabo, nunca de cosas que ella hiciera por su cuenta y les ocultara. Y aunque ese plan no era en absoluto idea suya, sino todo lo contrario, sí lo parecería.

Su barco, su responsabilidad.

El problema era que, si revelaba la más mínima posibilidad de que algo así pudiera suceder, para que el MI5 pudiera impedirlo, la idea de que podría haber sucedido siempre estaría ahí. Ciertas personas tal

vez lo vieran como algo heroico, pero otras lo tacharían de estupidez, y la mancha nunca desaparecería. ¿Y si el KGB se enteraba? ¿Qué pasaría entonces?

Recordó su conversación con Margarita sobre el tren real. En aquel momento, Sandra Pole y su chihuahua parecían la mayor amenaza para su seguridad personal. ¡Ja! Se rió en voz alta en la habitación desierta.

Ay, era personal, sí, y en efecto estaba siendo egoísta. Eso también lo sabía. El tren real resultaba útil y estaba agradecida por disponer de él, pero en sus viajes por el mundo, cuando se alejaba de casa, el *Britannia* era su hogar. Su padre había fallecido justo cuando por fin se había formalizado el encargo del nuevo yate real, y ella y Felipe se habían ocupado de actualizar juntos el diseño del interior, para que fuera exactamente como ellos querían. No con acabados en dorado y detalles recargados como se había propuesto, sino bastante sencillo y sobrio, como correspondía a aquellos tiempos de austeridad. En cualquier caso, la comodidad, la sencillez y el ambiente familiar les convenían a ambos.

De hecho, su visión compartida de aquel proyecto le había hecho comprender mejor que nunca hasta qué punto encajaban bien Felipe y ella. Su esposo le tenía al *Britannia* tanto cariño como ella. A diferencia de la mayoría de sus predecesores, no habían construido juntos ningún castillo, palacio o fortaleza. El *Britannia* era su obra compartida, y habían pasado sus momentos más felices en el barco, desde los mares del Pacífico hasta las gélidas aguas del mar del Norte. En medio de una agotadora gira real por los confines del mundo, poder volver a la rutina segura y familiar del yate real era sin duda un alivio.

No se trataba tan sólo del yate en sí: los oficiales, unos veinte en todo momento, dirigían el barco con una eficiencia británica excepcional, que era la envidia de cualquier puerto que visitaban. Y luego estaban los chicos de la tripulación, los doscientos leales muchachos procedentes de la Marina Real, que a menudo hacía años que trabajaban allí y se habían convertido en amigos.

Todo eso, absolutamente todo, desaparecería si alguien llegaba a entrever la pequeña teoría de Joan. Porque si ocurría, en cuestión de segundos se correría la voz por todo el Gobierno. Sería noticia de primera plana. La reina sabía cómo funcionaban esas cosas.

Y, por el momento, no era más que una pequeña teoría. Sólo una serie de coincidencias garabateadas en unas cuantas hojas de un bloc de notas.

La reina se frotó los brazos a través de las mangas de la rebeca. Afuera había empezado a llover. Aun así, sentía la intensa necesidad de volver a salir al aire libre. Se dirigió con sigilo hacia la puerta para perros a través de pasillos normalmente reservados para el servicio. Esperaba apaciguar su mente mientras caminaba, pero no funcionó. De hecho, se encolerizó aún más.

Isabel no solía sentir envidia de su antepasado Carlos I, que literalmente había perdido la cabeza en Whitehall, pero en aquellos tiempos el monarca podía decir lo que pensaba y hacer lo que le apeteciera. Desde que el Parlamento había entrado en juego, a una la habían puesto firmemente en su sitio. Durante los últimos seiscientos años, había existido un acuerdo tácito de que, si el rey o la reina se pasaban de la raya, aunque fuera sólo un par de centímetros, el futuro de la monarquía estaría en entredicho. No existía el derecho divino de los reyes, lo que importaba era la

Constitución (que en realidad no existía, salvo como un conjunto de costumbres y convenciones), y a una más le valía andarse con mucho cuidado.

En la puerta para perros, tras ponerse el abrigo y el sombrero, salió al exterior, agachando la cabeza bajo la llovizna.

Bueno, ella había tenido cuidado, y lo seguía teniendo. Lo tenía a diario, seguía las normas, sólo metía las narices donde se lo pidieran y decía las cosas más inofensivas a las personas más conflictivas para tener contentos a sus ministros, y ese día sólo deseaba dar un largo paseo o quedarse ahí, en la terraza, y ponerse a gritar. Pero no lo hizo. En vez de eso, pensó en lo que debía hacer a continuación.

En ese momento, el *Britannia* estaba atracado en Gibraltar; estaría allí durante un día, y luego seguiría rumbo a Túnez con la reina madre a bordo. Sin duda, algunos considerarían la visita una diversión, pero su madre, francamente, preferiría estar en Clarence House si pudiera elegir. La visita de la viuda real al revolucionario presidente Bourguiba era una misión diplomática: estaba allí para hacer ondear la bandera británica con todas sus fuerzas, antes de que Bourguiba fuera recibido por el presidente y la señora Kennedy en Washington al cabo de un par de semanas.

Desde allí, el yate y su tripulación navegarían hasta Italia, adonde la reina volaría para reunirse con ellos en Cerdeña. El día 29 de ese mes. En un puerto que albergaba un conocido café: el Genovese.

Por supuesto, lo correcto sería asumir las consecuencias de decirle a Joan que le contara sus preocupaciones a su amante del MI5 y le revelara el plan de Michalowski. Pero esas consecuencias eran importantes. Antes de pulsar el botón, la reina necesitaba saber si el plan era real.

Si en efecto lo era, entonces algún pobre disidente soviético estaba arriesgando su vida y confiando en un plan descabellado que nunca podría funcionar. Su primer pensamiento había sido que, de todos modos, si habían liquidado a Michalowski, a él también lo habrían matado ya, pero al parecer el comandante Ross, del MI5, creía que los rusos aún no habían descubierto quién era.

Fuera quien fuese el contacto de Michalowski en el *Britannia*, ella tenía que hablar con él primero y advertirle que pospusiera la cita y, a ser posible, cambiara el plan por completo. Por así decirlo, tenía la sensación de que el pobre hombre (el disidente, no el miembro de la tripulación, que no le despertaba más que indignación) estaba cayendo en una trampa. Él daría por hecho que tendría una travesía segura y, en lugar de ello, se encontraría en el centro de una posible bomba de relojería política.

La reina pensó que su madre podría ayudarla. De hecho, esa misma tarde, mientras el *Britannia* estuviera en el puerto, podría ponerse en contacto con ella brevemente. Para hacer bien las cosas, Isabel necesitaba hablar con un oficial naval con experiencia —con el mayordomo mayor sería suficiente— y contarle una serie de mentiras convincentes.

No era lo ideal, la verdad, pero no sería la primera vez. Había pasado buena parte de su vida fingiendo que no sabía cosas que sí sabía y que no le importaban cosas que le importaban muchísimo. ¿Por qué motivo se encontraba tan a menudo resolviendo problemas que no le incumbían?, se preguntaba.

La reina sabía que, en realidad, la respuesta estaba en sus cajas rojas y en aquellas salas tapizadas de damasco donde recibía a sus invitados. Tenía acceso a secretos de Estado y a las vidas privadas

de los ricos y famosos (y, para ser más exacta, de los ricos de triste fama), y si una tenía un mínimo de inteligencia, no podía evitar atar cabos de vez en cuando, aunque oficialmente no fuera su trabajo. Había pensado que con la ayuda de Joan su vida sería más fácil, pero su secretaria privada adjunta no era mejor que ella en ese aspecto: Joan era tan curiosa como la reina e igual de proclive a descubrir información que podría hacerle más daño que bien.

¿Cuál era la solución?

Mientras reflexionaba sobre esa cuestión existencial, la puerta para perros se abrió de nuevo y *Whisky* y *Sugar*, los dos corgis mayores, cruzaron la terraza hacia ella, como si fuera un momento perfectamente adecuado para dar un paseo. Sus alegres meneos resultaron ser justo lo que le habría recetado el médico. Se agachó para saludarlos y, al hacerlo, recordó las sabias palabras de su abuela, la reina María: «Esto no tiene nada que ver con tu persona, sino con el puesto que ostentas, así que no te tomes a ti misma demasiado en serio. Limítate a hacer lo que sea posible y a seguir adelante.»

Acarició a los perros y se incorporó de nuevo, respirando el aire húmedo y mirando los plátanos y los castaños de Indias que bordeaban la larga avenida, lo que le levantó un poco el ánimo. Luego se recordó a sí misma que al cabo de una semana, gracias al *Britannia*, ella y Felipe estarían navegando juntos por las islas Eolias, frente a Sicilia. Intentó ignorar el futuro cercano y centrarse en eso.

Sintiéndose mejor, pasó los siguientes cinco minutos pensando qué sarta de mentiras iba a contarle en unos momentos al mayordomo mayor, para averiguar quién podría ser capaz de esconder algo tan voluminoso y tan imposible de pasar por alto

como un ser humano a bordo de su yate. Y todo ello sin que el pobre hombre pudiera tener la más mínima sospecha de lo que ella estaba intentando averiguar.

Si una iba a mentir de manera tan descarada, más le valía hacerlo bien.

33

Poco antes de la hora del té, el contralmirante Nick Cotterill llegó al estudio de la reina de buen talante. En la gestión de los palacios reales había momentos de verdadera tensión para el mayordomo mayor, pero ése no era uno de ellos. Todo iba sobre ruedas, y su numeroso equipo no tardaría en disponer del castillo y el palacio de Buckingham para ellos solos, mientras la pareja real realizaba una gira por Italia. Aprovecharían ese tiempo para ponerse al día, hacer una limpieza a fondo, tomarse un respiro y prepararse para un verano ajetreado. Él estaba deseando que llegara ese momento.

La reina parecía un poco más malhumorada de lo habitual, pero él lo achacó al hambre o a algún malestar femenino. Aun así, se mostró afectuosa y educada. Le preguntó por su hija, que esperaba ir a la universidad en septiembre, por su hijo, un lanzador endiabladamente bueno en el equipo de críquet del colegio, y por los perros y los conejillos de Indias, que eran muchos y estaban todos en plena forma.

—Tengo una pregunta para usted, contralmirante —dijo entonces la reina—. Sé que disfrutó mucho del tiempo que pasó en el *Aurora*.

—Por supuesto, señora —confirmó él—. Era un barco magnífico, y aquélla fue una época dorada.

—Sí, eso tengo entendido. Usted conoce la Armada mejor que nadie.

—Oh, yo no diría tanto, señora. Yo...

—Y también sirvió en el *Britannia*, por supuesto.

—No puedo decir que supusiera un castigo. Esos viajes a las Hébridas Exteriores siempre fueron un placer.

La reina asintió.

—Me viene bien que conozca tan a fondo el barco. La cuestión es que quiero hacer algo bastante difícil.

—¿Ah, sí? —No había muchas cosas que a Su Majestad le pudieran resultar difíciles. Su personal, formado por hombres como él, estaba ahí para asegurarse de ello.

—El príncipe Felipe cumple años en junio y quiero regalarle algo bastante inusual que adquiriré en Venecia, mientras estamos por allí —explicó ella—. Es un objeto de un volumen considerable, y necesito un lugar donde guardarlo en el *Britannia* sin que él se entere. Tiene que ser una sorpresa.

El mayordomo mayor rememoró sus tiempos en el *Britannia*. Los miembros de la realeza tenían camarotes de buen tamaño a bordo, pero los de la tripulación eran pequeños y acogedores. Las zonas de trabajo estaban estrictamente vigiladas y se mantenían impecables. Sin embargo, había espacio a bordo para estibar lo que fuera, desde el Rolls-Royce de Su Majestad hasta las flores frescas, que podían conservarse en cámaras frigoríficas durante semanas. Sin duda, se podía encontrar un rincón o un hueco de tamaño adecuado.

—Oh, eso no presenta la menor complicación, señora —le aseguró —. Sin duda cualquier miembro de la tripulación podrá ayudarla. Sólo tiene que decirlo y...

Ella levantó una mano.

—Parece fácil, ¿verdad? Pero el problema es que hay una apuesta de por medio.

Le explicó que el duque de Edimburgo tenía sus sospechas acerca de su regalo sorpresa de cumpleaños y ya le había lanzado el desafío de que no sería capaz de mantenerlo en secreto durante más de veinticuatro horas. Haría todo lo posible por descubrirlo.

—Quiero saber qué miembro de la tripulación sería el más indicado para esconderlo por mí en algún lugar secreto. Un solo hombre, eso sería lo ideal. Siempre me parece que cuanta menos gente esté al corriente de algo, menos posibilidades hay de que salga mal.

—Entonces, el oficial al mando, señora... El contralmirante Marlow.

El *Britannia* no era un barco grande según los estándares navales, pero como transportaba a la reina, tenía que estar capitaneado por uno de los hombres de mayor rango de la Marina. Marlow era uno de los mejores.

—Estoy segura de que le encantaría ayudarme si pudiera —repuso ella—, pero está demasiado al margen de los entresijos del barco, ya sabe a qué me refiero. El contralmirante Marlow quedaría muy fuera de lugar merodeando por las bodegas. La gente podría ponerse a cuchichear.

—En cualquier caso, podría encargarse de que alguien lo hiciera por usted.

—Cierto. —La reina pareció un poco molesta. Era evidente que ya había pensado en eso.

—¿Está preguntando a quién le pediría él una cosa así?

—Exacto.

Cotterill lo pensó durante unos instantes.

—Entiendo lo que quiere decir, señora. Cualquier marinero podría subir algo a bordo, pero necesitaría ayuda para guardarlo en algún sitio y tendría que pedir permiso. Hacerlo en secreto sería problemático.

—¿Qué tal el jefe de cocinas, por ejemplo? —sugirió la reina—. Sé que recibe grandes cantidades de suministros cuando el barco está en puerto. Imagino que otros también lo hacen.

—Es cierto, señora. —Cotterill consideró la idea—. Pero usted desea que sea sólo un hombre, y la dificultad reside en poner el paquete en cuestión en algún sitio donde los demás marineros no tropiecen con él. Les llamaría la atención si se tratara de algo fuera de lo corriente, en particular si el duque les hubiera pedido que lo buscaran. Si su hombre quisiera mantenerlo en secreto, tendría que encontrar un lugar apartado y ponerse de acuerdo con el oficial de intendencia. —Sonrió—. De hecho, él sería justo el hombre que está buscando.

—¿El oficial de intendencia? —dijo la reina—. Es el capitán de fragata Kinnock, ¿no? Recuerdo haber hablado con él el verano pasado.

—No lo conozco personalmente, pero es él quien supervisa los suministros y todo lo que sube a bordo, siempre que no sea un hombre o un arma. También es quien se encarga de decidir dónde se almacenan las cosas, así que podría esconder lo que usted quisiera, señora. Sabe dónde hay espacio y nadie cuestionaría sus órdenes.

—Eso me resulta muy útil, contralmirante.

A Cotterill se le ocurrió otra idea.

—Aunque también podría pedírselo al segundo de a bordo. Creo que en este momento es el capitán de fragata Attwell. Depende del oficial al mando, pero es quien capitanea el barco en el día a día, por lo que no sería extraño encontrarlo revisando una bodega o un camarote, o pidiendo a un marinero que transporte algo y mantenga la boca cerrada. Dudo que nadie, excepto el oficial de intendencia o el propio contralmirante Marlow, se atreviera a desafiarlo. ¿Le sirve de ayuda, señora?

—Sí, Cotterill. Mucho.

—Además, Attwell es el tío del nuevo secretario de prensa, de modo que no hay duda de que sería el indicado.

La reina pareció sorprendida.

—¿No me diga?

—¿No lo sabía? Sí, es el hermano de la madre de Stonor. Dominic debe de habérselo mencionado.

—Pues no, la verdad.

El mayordomo mayor quedó impresionado ante la discreción del joven.

—Buen chico: no quiere aprovecharse de los contactos familiares. Attwell también es un tipo decente, según tengo entendido. Muy estricto, pero estoy seguro de que haría una excepción con su pequeña sorpresa, señora; o es posible que no sea tan pequeña. —Le dedicó a la reina una sonrisa cómplice.

—Es justo lo que necesitaba saber —concluyó ella—. Gracias.

—Ha sido un placer. Y su secreto está a salvo conmigo, señora.

Se dio unos golpecitos con el dedo en la nariz. El mayordomo mayor estaba bastante seguro de haber adivinado ya cuál sería la sorpresa. ¿Quién iría a Venecia y no se llevaría algún cristal de

Murano decente? Lo más probable era que Su Majestad le hubiera echado el ojo a alguna araña de luces o a algún espejo veneciano de buen tamaño.

Se preguntó qué habría en juego. Conociendo a la reina y a su marido, probablemente quien perdiera la apuesta tendría que fregar los platos después de una barbacoa en verano. A nadie más le importaría lo más mínimo, pero si ésa era la apuesta, a ellos sí les importaría mucho.

34

Una hora más tarde, tras un agradable paseo por tierra, la reina madre regresó al *Britannia*, anclado en Gibraltar, y se enteró de que su hija quería hablar con ella lo antes posible. Se había conectado una línea telefónica a los aposentos reales. Cuando la reina madre estuvo lista, le pasaron la llamada a su camarote.

—Hola, Lilibet —saludó—. ¿Ha pasado algo terrible? ¿Está bien Carlos? ¿Y los perros?

—Están estupendamente —la tranquilizó la reina—. ¿Cómo va el viaje?

—El golfo de Vizcaya estaba tan plano como un espejo. ¡Imagínatelo! La banda ha aprendido nuevas melodías de baile y las estoy disfrutando mucho. Te he escrito una carta. Te llegará en cualquier momento.

—Sé que aún te queda un poco más de tiempo en el mar —dijo la reina—. ¿Podrías encontrar un momento para hablar con un par de personas a bordo, por separado, y llamarme de nuevo en cuanto llegues a Túnez para contarme lo que te han dicho?

—Por supuesto, cariño. ¿Con quién debo hablar?

Con la ayuda involuntaria del mayordomo mayor, Isabel había reducido los sospechosos a dos oficiales superiores. Ahora sólo tenía que descubrir cuál de ellos era el responsable de la cita en Cagliari,

si es que realmente se había fijado una cita, claro. Para ello, era necesario que la suposición de Joan fuera correcta y que no se tratara tan sólo de una serie de coincidencias.

Sin detallar los antecedentes, la reina expuso su plan. Una de las muchas cosas que le encantaban de su madre era que nunca cuestionaba sus planes, por extraños que fueran, incluso cuando eso suponía que también ella tuviera que mentir.

—¿Te refieres al capitán Kinnock y al capitán Attwell? ¿En serio? —preguntó la reina madre.

—Sí, mamá.

—¿Y debo fijarme en si alguno de ellos parece horrorizado? Te aseguro, querida, que nadie suele horrorizarse cuando les pido que hagan algo. Aguantar el tipo forma parte de su trabajo.

—No será una reacción evidente —apuntó la reina—. Pero te darás cuenta.

—¡Qué emocionante! —exclamó su madre con entusiasmo al otro lado de la línea—. ¿Estamos en medio de un gran drama de espionaje? Espero que sí.

La reina se rió ante semejante sugerencia, como si fuera lo último que se le pasaría por la cabeza.

Transcurrieron dos días de ansiosa espera, mientras el *Britannia* navegaba ante la costa norte de África.

El domingo, de vuelta en Windsor, se celebró una misa conmemorativa por el cumpleaños de la reina en la capilla de San Jorge, llena de pompa, solemnidad y grandeza gótica. Fue una preciosidad, pero Isabel tenía la cabeza en otra parte. Apenas logró

devolverle la sonrisa al canónigo Vaughan cuando él la miró risueño desde el coro.

El lunes 24 de abril llegó y pasó sin noticias, mientras la reina y el príncipe Felipe regresaban a Londres. A pesar del fuerte vendaval en el mar, el *Britannia* atracó sano y salvo en Túnez el día 25 y, antes de desembarcar, la reina madre se dispuso a hablar con su hija en palacio tan pronto como se pudo establecer una línea telefónica.

Parecía muy emocionada.

—Fue tal como tú dijiste, Lilibet. Absolutamente asombroso. Primero hablé con el segundo de a bordo, el encantador capitán de fragata Attwell. Es un hombre realmente atento y adorable, y es el tío de Dominic Stonor, ¿lo sabías?

—Sí, mamá.

—Un tipo muy atractivo. Es algo que viene de familia. Y le comenté que me apetecía mucho explorar el puerto de Cagliari cuando llegáramos allí después de esta visita, aunque, sinceramente, querida, no sé por qué; hay muchos puertos que me encantaría explorar, pero Cagliari no es uno de ellos, pues quedó destrozado por los bombardeos durante la guerra. De todos modos, le dije que sabía que estaría ocupado el día veintinueve, con tu llegada y todo eso, pero que estaba segura de que lo tenía todo bajo control y que me haría un gran favor si pudiera dedicarme una hora para acompañarme en una pequeña visita por el lugar... Y el hombre pareció encantado. De verdad, Lilibet, se le iluminó el rostro, y me siento fatal por tener que decepcionarlo cuando luego cambie de opinión.

—¿Y el oficial de intendencia? —preguntó la reina. Trefor Kinnock estaba a cargo de la logística de abastecer al barco de todo, desde

el combustible hasta los víveres y las almohadas de plumas. Era un galés campechano que llevaba casi dos años en el puesto y gozaba de popularidad entre la tripulación.

—Eso sí que fue sorprendente —respondió su madre—. Le conté la misma historia al capitán Kinnock y se le desencajó la cara en cuanto mencioné Cagliari. Suele tener una expresión muy alegre. Y cuando le dije que quería que me acompañara... Bueno, fue como si le hubiera pegado un tiro. Le dije que, por supuesto, estaría muy ocupado, y él respondió: «Sí, señora, muchísimo, y en cualquier otra circunstancia sería un honor acompañarla, pero...» Bueno, para serte franca, querida, me dijo que no. Nadie hace eso.

—¿Crees que su inquietud se debía tan sólo al hecho de estar tan ocupado ese día? —quiso saber la reina.

—Bueno, claro, seguro que eso le preocupaba, pero cualquier otro se limitaría a delegar y seguiría adelante. Es lo que suele hacerse en el *Britannia*, ¿no? Hacen milagros. Por eso es tan encantador estar aquí. Pero él parecía realmente alterado.

—Gracias, mamá.

—¿Responde eso a tu pregunta?

—Me temo que sí.

—¿Ha hecho algo terrible?

—Es muy posible.

—¿Debería decirle algo?

—Por supuesto que no, mamá. Si acaso, sé especialmente encantadora con él. No te preocupes, yo me encargaré.

—Muy bien, Lilibet. Ahora debo irme. El presidente Bourguiba me espera en su palacio. Si no voy, se producirá un incidente diplomático.

—Buena suerte —le deseó la reina—. Lo harás de maravilla.

—Gracias. Besos a los niños de mi parte. Nos vemos muy pronto, cariño.

Y ése era el problema, precisamente. Se verían en Cagliari en cuestión de días. Y para entonces todo debería estar resuelto.

La reina ya sabía quién era su hombre. Por lo visto, Joan había tenido razón desde el principio. ¿Podrían detenerlo? Esperaba que sí.

35

Durante el fin de semana se prepararon dos telegramas confidenciales: uno para el segundo de a bordo del *Britannia* y otro para el oficial de intendencia. Después de la llamada telefónica de la reina, uno se envió al capitán de fragata Kinnock, a bordo del *Britannia*; en el telegrama simplemente se decía:

> *El plan para Cagliari ha sido descubierto. Es imprescindible encontrar una alternativa. Envíe un pedido de veinte cajas de espárragos de Sandringham para demostrar que ha recibido este mensaje*.

En el palacio de Buckingham, Joan le preguntó al encargado de supervisar las comunicaciones con el yate real si había algún pedido que debieran llevar consigo en el vuelo desde Londres. Pero no había llegado ningún pedido de espárragos. No hubo ninguna respuesta durante los tres días siguientes, mientras la reina madre llevaba a cabo su visita oficial.

Entretanto, los días de la reina estaban repletos de visitas de diplomáticos, audiencias con ministros, actos oficiales y pruebas de

vestuario de última hora. Cada noche sacaba tiempo de donde podía para estar con los niños, que reclamaban su atención más de lo habitual, conscientes de que pronto estarían sin ella durante una semana. No había margen para pensar en mucho más, pero aprovechó el poco tiempo que tenía para convencerse de que Joan se había equivocado con respecto a Cagliari, aunque también podía ser que el capitán Kinnock tuviera entre manos un juego más sofisticado del que ella le había atribuido. Quizá su madre había malinterpretado su reacción horrorizada ante su propuesta de que la acompañara el día 29, y él había ignorado el ultimátum anónimo porque no tenía ni idea de qué quería decir aquel mensaje. Si era así, estaría más contenta que nunca de haber cometido una equivocación. Por otra parte, también era posible que él hubiera hecho otros planes sin anunciarlo, lo que también supondría un alivio.

En cualquier caso, había otras cosas en las que pensar. En los cielos sobre Cabo Cañaveral, un cohete no tripulado había sobrevivido a un fallo de uno de sus propulsores, pero eso no auguraba nada bueno para el intento de los estadounidenses de lanzar a su propio hombre al espacio. En África, Sierra Leona se había convertido en la última nación en declarar su independencia de Gran Bretaña, por lo que la amistad con países como Túnez era más importante que nunca. La reina sabía que la sonrisa de su madre no flaquearía ni un instante durante la visita, pero no lo tendría nada fácil.

Mientras tanto, en Londres llovía tan fuerte que incluso los patos empezaban a hartarse.

Felipe, marinero de corazón, estaba ansioso por hacerse de nuevo a la mar en el yate real. Habían conseguido organizar las cosas para disponer de un par de días libres a bordo del *Britannia* antes de que diera comienzo la visita oficial. Él se limitaba a contemplar el paso de los días, encantado. El día 29, cuando se dirigían hacia el avión, la reina se dijo que el *Britannia* estaba a salvo y que todo iría bien.

Las cosas, sin embargo, se complicaron casi de inmediato.

Entre el papeleo de sus cajas, que no tuvo oportunidad de examinar hasta que estuvieron en el aire, la reina encontró una nota de Joan, que la vio cogerla y le lanzó una mirada ansiosa desde su asiento en la parte trasera del avión. Decía que uno de los contactos de Hector Ross en Viena había oído rumores de que una ajedrecista rusa que estaba de visita en la ciudad había desaparecido dos días atrás. Los rusos intentaban mantenerlo en secreto, pero la estaban buscando con ahínco. Al parecer, se estaba gestando una deserción. Y precisamente desde donde ella más temía.

Había un par de detalles inesperados: que fuera una jugadora de ajedrez, una mujer, llamada Tatiana Sokolova. Y que hubiera desaparecido con una criatura, una niña, según se creía. El comandante Ross estaba viajando hacia allí en persona con la intención de dar con ellas, aunque a esas alturas abrigaba pocas esperanzas.

—¿Estás bien, tontorrona? —preguntó Felipe—. Cualquiera diría que has visto un fantasma.

—Oh, sólo son los rusos —contestó ella.

—Ah. Confío en que no haya bombas en el aire...

—Todavía no.

—No habrán enviado a otro hombre al espacio, ¿verdad?

—No, eso tampoco.

Más tarde, mirando por la ventanilla cuando el avión se disponía a aterrizar, Felipe exclamó:

—Maldita sea. Más lluvia.

La reina tuvo que inspeccionar a la guardia de honor en el aeródromo bajo un gran paraguas. Su ánimo mejoró ligeramente cuando por fin se reunió con su madre, que había bajado a tierra para recibirlos. Juntas, se dirigieron al puerto, donde el *Britannia* lucía magnífico como siempre, fondeado a poca distancia de la orilla, con su pintura azul reluciente, la tripulación alineada de forma impecable en las cubiertas y las banderas ondeando al viento.

—Querrás ver al capitán Kinnock para el asunto que ambos tenéis entre manos —le susurró la reina madre de camino al yate—. Le he dicho que, después de todo, no lo necesito, pero que tú querías intercambiar unas palabras con él. Parecía estar muy contento, cariño. Estoy segura de que no tiene ni idea de lo que se le viene encima.

Pero era imposible hablar con él de inmediato. Los tripulantes estaban encantados de tener de vuelta a la pareja real, y Felipe estaba en su salsa. Había oficiales y marineros a los que felicitar por bodas, bebés, ascensos y hazañas deportivas. Había mejoras que admirar en el equipo de navegación. Todos parecían felices y relajados, como si tuvieran todo el tiempo del mundo. De hecho, ya eran las once y media, y la reina necesitaba asegurarse de que, a la

una, nadie se encaminaría al Caffè Genovese para provocar un incidente diplomático. A las once y cuarenta y cinco dijo que debía reunirse brevemente con el oficial de intendencia en su saloncito privado.

Él llegó con una amable sonrisa en el rostro.

—Su Majestad, qué alegría tenerla de vuelta.

—Gracias, capitán Kinnock.

Kinnock era un hombre bajo y corpulento, con una cálida voz de barítono y un rostro curtido y surcado de arrugas. Tenía una deformidad conocida como «oreja de coliflor», un hematoma en el cartílago consecuencia de una lesión jugando al rugby. Sus ojos eran pequeños y brillantes, y expresaban simpatía. Miró uno de los sillones del despacho, pero ella no lo invitó a sentarse. La reina también permaneció de pie. Las reuniones eran más rápidas así.

—Ha sido maravilloso tener a Su Majestad a bordo —dijo él hablando de la reina madre—. Espero que haya disfrutado del viaje. Diría que sí. —Ahora parecía algo nervioso. —Las veladas musicales son especiales cuando ella...

—Capitán, ¿recibió mi mensaje? —interrumpió la reina.

A Kinnock se le demudó el rostro.

—¿Señora? Me parece que no. ¿Un mensaje especial de usted? Lo siento, debe de haberse...

—Un mensaje anónimo —zanjó ella—, en el que le decía que pidiera espárragos. No respondió.

Él abrió mucho los ojos.

—¿Era suyo? Pensé que se trataba de un error. No lo entiendo. No estoy seguro de qué se supone que debería...

—Se supone que debía ponerse en contacto con una desertora rusa —dijo ella. No había tiempo para andarse con tonterías—. Al parecer, se ha escapado recientemente, en Viena.

—¡No, señora! ¿Cómo? —balbució él—. O sea... —Negó con la cabeza y se rió—. No sé qué le han contado, pero...

Ella apretó los labios.

—Espero que me haya tomado en serio, capitán. Y deje de negarlo de forma tan ridícula, no tengo tiempo para esto. Pase lo que pase, no va a ir al Caffè Genovese.

—¡No!

Al parecer, Kinnock por fin se había dado cuenta del lío en el que se había metido. El oficial de intendencia miró hacia atrás y se dejó caer en uno de los sillones sin permiso. Sus piernas habían dejado de funcionar.

—¿Tiene idea del peligro al que está exponiendo a toda la tripulación del barco? —siseó ella—. ¿Y a mí? ¿Al duque? ¿Al *Britannia*?

Él gimió por lo bajo.

—Dígame que ha hecho otros planes —insistió ella—. Le he dado tiempo suficiente. Seguro que tenía algún tipo de código para comunicarse con esa mujer desde Túnez, ¿no?

El capitán parecía a punto de vomitar. Cuando alzó la vista hacia ella, su expresión era de pánico.

—No hay otros planes —respondió con voz apagada—. No puede haberlos. La doctora Sokolova quedó incomunicada cuando salió de Moscú hacia Viena. Y, de todos modos, sólo podía contactar con ella a través de un hombre llamado Michalowski, y está muerto.

—Entonces, ¿ella sigue de camino hacia aquí, a Cagliari? ¿Qué hará cuando usted no vaya a su encuentro?

Kinnock negó con la cabeza y se quedó mirando la alfombra.

—No lo sé, señora. No puedo ni imaginarlo. Ni siquiera sé si ha salido sana y salva de Viena. —Volvió a levantar la vista—. Tengo que ir a esa cafetería.

Había una súplica desesperada en sus ojos. No era lo que la reina estaba acostumbrada a ver en los rostros de sus oficiales navales. Cuando alguien llamó a la puerta, respondió a gritos que estaba ocupada. «Por Dios, parezco Felipe», pensó. Pero ese asunto era demasiado importante como para andarse con delicadezas.

—Lo digo en serio —insistió—. ¿Qué será de ella?

Kinnock clavó la mirada en un punto a media distancia.

—La doctora Sokolova no habla italiano. Sólo chapurrea el inglés. No tiene dinero, ni amigos, aparte de mí. No tiene documentos de identidad para entrar en Inglaterra. Soy yo quien debe dárselos. Imagino que la localizarán muy rápido. Y probablemente la matarán.

—¿Y qué pasa con la niña? —quiso saber la reina. Estaba horrorizada ante todo aquel lamentable embrollo. Había llegado a convencerse a sí misma de que sólo había sido fruto de su imaginación.

Kinnock pareció aterrorizado.

—¿Qué niña?

36

La reina necesitaba tiempo para pensar. Pidió té y le dijo al lacayo al otro lado de la puerta que el oficial de intendencia Kinnock había recibido una noticia terrible y que, por favor, alguien le dijera a su madre y a su marido que se retrasaría un poco. Todos tendrían que esperar hasta que ella estuviera lista. Ser reina tenía sus ventajas de vez en cuando.

—Por cierto —añadió—, ¿puede decirle a Joan que la necesito?

Finalmente, tomó asiento.

—¿Cómo ha podido pasar algo así? —le preguntó a Kinnock indignada—. ¿Sokolova estaba en Viena con una niña y usted ni siquiera lo sabía?

Él le contó una conversación que había tenido con Pavel Michalowski en Londres un par de meses atrás, cuando estaba de permiso en tierra. Se conocían desde los tiempos de Kinnock en la academia naval; por aquel entonces, él iba de vez en cuando a la ciudad para asistir a algunas fiestas, y había coincidido con Michalowski en la mayoría de las ocasiones.

—Pav y yo solíamos charlar sobre mis viajes. A él le encantaba recorrer mundo; quería conocer todos los detalles y le conté que atracaríamos en Venecia a principios de mayo. En aquel momento él sólo sentía envidia, señora, pero después se le ocurrió esa idea

descabellada... Necesitaba ayuda para sacar algo de Italia, y eso encajaba perfectamente con mi viaje al Mediterráneo. Dijo que era un paquete, pero nada sospechoso, señora, tan sólo algo precioso e importante que sólo podía confiarme a mí. Añadió que no podía creer que el momento elegido fuera tan perfecto. Luego admitió que era una persona, no un paquete, y dijo que el momento no era del todo perfecto. Tendrían que esconderse durante unos días...

—¿Y no le importó que su amigo le pidiera que sacara a alguien del país a bordo de mi yate? —preguntó la reina.

—Me pareció indignante, señora. Pensé que había perdido la cabeza y se lo dije. Le respondí que no, como es obvio. Entonces me dijo que se trataba de una mujer que guardaba secretos sobre el programa espacial ruso y que era una oportunidad única para hacernos con ellos. Por milagro, la habían enviado a Viena, desde donde podría desertar si lograban planearlo a la perfección. Y su vida dependía de una vía de escape segura en un momento crucial...

—Y usted dijo que sí.

—No fue tan sencillo.

Sin embargo, aunque Kinnock se esforzó en poner excusas, el brillo de sus ojos delataba la verdad. La «idea descabellada» de su amigo implicaba que Kinnock hiciera de James Bond para rescatar a una mujer de detrás del Telón de Acero e influir en la carrera espacial. Sólo tenía que subirla a bordo del *Britannia* en Italia, bajarla de nuevo en Inglaterra y evitar que muriera de hambre mientras tanto. Había dejado de pensar en el panorama general cuando empezó a planear los detalles.

—No podíamos recogerla en Venecia, como quería Pav —explicó Kinnock—, porque ella tendría que esperar en Trieste y eso era muy

peligroso. Además, el *Britannia* estaría en ese caso frente a la plaza de San Marcos, como una estrella fulgurante, a la vista del mundo entero. Así que era más adecuado hacerlo aquí, en Cagliari, antes de que comenzara oficialmente su visita, señora. La doctora Sokolova sólo debía atravesar la frontera en Trieste para llegar hasta Cerdeña, sin necesidad de documentos, y le dije a Pav que me reuniría con ella en el puerto sin que nadie nos viera. He reservado un espacio en una de las bodegas. Había un problema... un pequeño problema sanitario: no tiene acceso a los baños. Pero con un cubo y un...

—Estoy segura de que resolvió los pequeños problemas sanitarios —zanjó la reina con dureza—. Pero no resolvió la gran pesadilla diplomática de que lo pillaran con una rusa a bordo de mi yate.

—Lo tenía bajo control, señora. Yo...

—No es cierto, señor Kinnock. Yo lo he descubierto. Y, como usted dice, Michalowski está muerto. Además, hay una niña de la que ni siquiera le habló. Dios sabe cómo encaja ella en todo esto. ¡Adelante!

Los golpes en la puerta anunciaban una bandeja de té cargada de fruta y sándwiches de pepino junto con la tetera. La llevaba Joan, que había adivinado lo que estaba pasando y se la había quitado amablemente de las manos al mayordomo cuando éste salía de la cocina.

—Siéntese, Joan —ordenó la reina. Sirvió té para ella y para Kinnock, que lo necesitaba, por mucho que no se lo mereciera, y puso rápidamente al corriente a su secretaria adjunta—. No hay plan B —concluyó—. O alguien del *Britannia* se reúne con la doctora Sokolova y con la niña en la cafetería, o lo más probable es que el

KGB acabe matándola. Si es que no lo han hecho ya. Creo que eso es todo. ¿Azúcar, capitán?

—Sí, señora.

—¿Un sándwich de pepino?

Kinnock se dio cuenta de que la reina estaba siendo mordaz y bajó la mirada hacia sus zapatos relucientes.

—Puedo ir yo —se ofreció Joan—. De todos modos, voy a estar allí.

—Y si lo hiciera usted, ¿qué pasaría entonces? —quiso saber la reina—. ¿Adónde las llevaría?

—Estoy segura de que mi amiga podría ayudarnos —sugirió Joan —. Su marido es agregado en la OTAN.

La reina estaba dándole vueltas a cómo podían conseguir, de forma rápida y segura, que un oficial de la OTAN en Nápoles se hiciera cargo de una desertora rusa que sólo chapurreaba inglés y que iba acompañada de una niña, pero entonces Kinnock dijo:

—Tengo que ser yo, señora. Sólo hablará conmigo.

Las dos lo miraron fijamente.

—¿Por qué? —quiso saber Joan.

—Porque el año pasado Pavel organizó un intento de fuga que salió mal. Él mismo me lo contó. El hombre en cuestión llegó hasta una oficina de correos en Berlín Occidental, pero se equivocó de contacto y habló con la persona equivocada. Cuando cayó la noche ya estaba muerto. Supongo que la doctora Sokolova podría confiar en otro oficial con uniforme de la Marina británica en la cafetería, pero le han dicho que sólo hable conmigo. Lo tengo todo a punto. Pero debería estar allí dentro de... —Miró su reloj.

—Cincuenta minutos —concluyó la reina. Era muy consciente del tiempo—. Y no lo tiene todo a punto, capitán. ¿Qué pasa con la niña?

—Eso puedo solucionarlo —repuso él—. Pero no puedo limitarme a... —Miró a la reina y luego a Joan, desesperado y suplicante de nuevo—. No puedo dejarlas allí.

No había tiempo para encontrar una solución mejor.

—Váyase —ordenó la reina—. Ya resolveremos el asunto más tarde.

—Le presentaré mi dimisión en...

—¡Váyase!

Unos minutos después, Isabel se topó con su madre cuando se dirigía a su camarote para arreglarse el pelo y recuperar la compostura.

—¡Lilibet! —exclamó su madre—. ¡Pensaba que había pasado algo terrible!

—Y así ha sido —le aseguró la reina.

—Espero que no haya muerto nadie.

—Por ahora, no, que sepamos.

Pero el *Britannia*, que solía parecerle el lugar más seguro del mundo, de repente no ofrecía el menor consuelo.

37

Joan estaba sentada a una mesa para dos junto a la ventana del Caffè Genovese, observando la puerta y escudriñando a la gente que pasaba por la calle.

Eran las cinco y diez de la tarde y el tiempo había mejorado. Los italianos, muy ajetreados, pedían bollos en la barra y vigilaban sus compras en las mesas cercanas, deteniéndose para mirar brevemente a la atractiva pelirroja de piel pálida y chaqueta elegante, que llamaba mucho la atención.

La amiga de Joan se había marchado hacía una hora, tras una conversación algo forzada. Se había dado cuenta de que Joan tenía muchas cosas en la cabeza y lo había achacado al hecho de estar trabajando para Su Majestad al comienzo de un viaje ajetreado.

Se había mostrado comprensiva y Joan se había limitado a seguirle la corriente.

Kinnock se había cruzado con Joan en la cafetería cuando ella llegó, dos horas después de la hora acordada para el encuentro con la rusa. Simplemente había negado con la cabeza: no había ni rastro de Sokolova ni de la niña, y ya iba con retraso para supervisar cómo se estibaba todo lo que habían traído ellos desde Londres, así como los suministros que él mismo había pedido que se entregaran en el puerto.

Joan recordaba la fotografía del retrato doble que había visto en Curzon Street: una mujer con el pelo corto y oscuro, de frente ancha y pómulos altos —como la niña que estaba a su lado—, y con una mirada de gran determinación en los ojos, un poco como los anuncios de propaganda comunista. ¿Podía tratarse de Sokolova? No dejaba de mirar cada rostro femenino bajo cada bufanda y a la propietaria de cada par de flacuchas piernas de niña.

El camarero había apagado las cafeteras y estaba empezando a limpiar la barra. La cafetería cerraría pronto.

¿Había ido Sokolova a un hotel? ¿Estaba esperando en otro lugar, allí cerca? ¿Había malinterpretado el mensaje o había visto a un agente del KGB acechando fuera, impidiéndole acercarse? Joan escudriñó la calle en busca de un posible agente. Pero sabía que, si eran buenos, se mimetizarían a la perfección con los lugareños. Se imaginó a Hector en esa situación, buscando a alguien en Londres. Se integraría tan bien en el entorno que nadie lo notaría.

A las seis menos veinte, el camarero se puso hosco y le hizo gestos para que se marchara. No tenía sentido quedarse allí: Sokolova esperaba encontrarse con otra persona y, si Kinnock tenía razón, la rusa no confiaría en ella. Joan había confiado en mantenerla en la cafetería el tiempo suficiente para explicarle la situación. En la calle, sería imposible.

Sonó un teléfono en la parte trasera del bar y el camarero se dio la vuelta para contestar. Joan estaba recogiendo su bolso cuando lo oyó exclamar:

—¡Kinn-otch! —La miraba con cara de pocos amigos.

Joan se levantó y corrió hacia él.

—¿Eres tú? —preguntó el camarero—. Inglesa, *sì?*

Joan asintió, y él le tendió el auricular.

—¿Capitán Kinnock? —preguntó una voz femenina con un fuerte acento.

—Trabajo con él. La estaba esperando —respondió Joan. Parecía la forma más rápida de ganarse su confianza. Hubo unos instantes de silencio, y añadió—. Él ha tenido que volver al barco.

—Dígale... —Una pausa. Hablaba en voz baja y sonaba nerviosa y alterada—. Dígale que tengo problemas en la frontera. Mi niña está enferma. Mañana a la misma hora.

—No estaremos aquí entonces —repuso Joan con tono de urgencia—. Nos vamos esta noche.

Otra pausa.

—A las once. Estaré allí a las once. Mañana.

—Lo siento, no podemos quedarnos. ¿Podemos hablar de alguna otra forma? Podemos quedar en otro sitio. Sólo necesito...

Se oyó un clic, un zumbido sordo y la línea quedó en silencio. El camarero vio la expresión de Joan y se encogió de hombros.

—*Gettoni*. Fichas. Ya no hay.

El teléfono no volvió a sonar. Joan se preguntó si esa falta de fichas acababa de dictar dos sentencias de muerte.

Al otro lado del puerto, las banderas del *Britannia* ondeaban alegremente contra las nubes rosa pálido en un cielo azul claro. En la calle, hombres y mujeres se saludaban al atardecer. El aire olía a sal y a pescado frito, y levemente a gasóleo. Joan recogió sus cosas y se dirigió al muelle, donde una pequeña lancha la llevaría de vuelta al yate.

38

—Dios, qué bien sienta estar de vuelta —declaró Felipe, cruzando la puerta que comunicaba su dormitorio con el de la reina mientras se desataba la pajarita.

Ella le sonrió brevemente desde el espejo de su tocador y siguió quitándose los zafiros que había llevado durante la cena.

—Has estado muy callada, tontorrona. ¿Una semana ajetreada?

—Mucho.

Él la cogió suavemente por los hombros.

—Esto es justo lo que necesitamos. Dos días enteros sin tener que preocuparnos de nada, salvo hacia qué isla zarpar y qué comer. Por lo visto, hubo algunos momentos peliagudos cuando el *Britannia* llegó al puerto de Túnez con tu madre. Había barcos de la flotilla de bienvenida navegando prácticamente bajo la proa. Me lo contó el segundo de a bordo. Me ha invitado a reunirme con él en la sala de oficiales junto con los demás. No te importa, ¿verdad? No tardaré mucho.

—En absoluto —repuso la reina—. De todos modos, tengo que ver al contralmirante para hablarle de mañana.

—Entonces nos vemos más tarde. —Se inclinó para besarla en la mejilla—. *À plus tard*.

La reina apretó los labios mientras lo veía alejarse. Después de despedirse de su madre, había dispuesto de unas horas para pensar en esa pequeña reunión con el contralmirante. De hecho, no había pensado en otra cosa.

Cuando Joan le contó lo de la cita fallida y la llamada telefónica, al principio reaccionó sin cuestionarse los hechos, con un ligero alivio y un gran pesar. Nadie podía hacer nada; el yate real se libraría de cualquier atisbo de peligro diplomático, pero dos vidas podían perderse. Incluso era posible que ya estuvieran perdidas. Una mujer y una niña estaban siendo perseguidas por el KGB en un país extranjero. En un par de días, la noticia de su fallecimiento probablemente aparecería en los periódicos italianos. Qué tragedia tan terrible.

Entonces, la incertidumbre se había apoderado de ella. ¿Hasta qué punto era cierto que nadie podía hacer nada? El alivio se había desvanecido; el pesar se había convertido en algo completamente diferente. Exhaló un profundo suspiro al pensar en lo que había decidido. Pero sabía que no cambiaría de opinión.

La cuestión era que la pequeña princesa Ana, que la esperaba en casa, tenía diez años. La reina sentía un amor desbordante por su valiente y decidida hija. Y había una niñita ahí fuera, esa noche, que no tenía adónde ir excepto al *Britannia* a la mañana siguiente. Eso lo volvía real. Lo volvía personal. ¿Habría sentido lo mismo si el desertor hubiera sido un hombre solo? No sabía decirlo.

La popa del barco contenía los dormitorios y salones para la familia real y su servicio. La mitad hasta la proa estaba destinada a los

miembros de la tripulación y a la administración del barco. Mientras recorría a solas unos pasillos que le eran familiares, la reina percibió el silencio que proporcionaba la moqueta y el ligero olor a pintura fresca. Allí todo estaba siempre impecable e inmaculado, a diferencia del palacio de Buckingham, que se caía prácticamente a pedazos en varios lugares, y de Windsor, que tenía mil años de antigüedad y, como el puente de Forth, necesitaba constantes reformas y reparaciones.

El oficial al mando del barco la esperaba en su suite, debajo del puente. El contralmirante John Marlow era un marino muy competente y respetado que había servido con honores en la guerra y había comandado el *Britannia* a la perfección durante los últimos dos años. Esa noche, el comandante vestía el «atuendo del mar Rojo» —consistente en camisa blanca, fajín y pantalones negros—, el mismo uniforme que había llevado durante y después de la cena, cuando ella y Felipe habían comentado con él el programa del día siguiente, reunidos en torno a las cartas de navegación que el oficial al mando había dispuesto sobre el piano de cola del salón. Ahora, Marlow estaba observando esos mapas, extendidos sobre la mesa del comedor de sus aposentos. Levantó la vista con una sonrisa cuando ella llegó.

—¡Señora! ¿Qué le apetece? ¿Qué me dice de una copa de oporto? Tengo uno de Lisboa del cincuenta y siete. ¿Sólo agua? Me decepciona. Tengo entendido que ha cambiado de opinión sobre nuestro programa. Estoy a su disposición. Levaremos anclas en un par de horas y deberíamos estar al oeste de Sicilia al amanecer. —Señaló la gran isla que a la reina siempre le recordaba a un balón de

fútbol en la punta de la bota de Italia—. Entonces tendrá el mundo a su disposición, o por lo menos el Mediterráneo.

Ella le dedicó una sonrisa irónica y negó ligeramente con la cabeza.

—Me temo que no, John. El plan ha cambiado.

—¿No vamos a Sicilia?

—No vamos a ninguna parte.

Marlow frunció el ceño y mostró un educado desconcierto. Los planes reales no cambiaban a menos que muriera un jefe de Estado o que el Gobierno declarara la guerra o quisiera sancionar a otro país.

—¿Señora?

—Estoy esperando algo —le reveló ella—. Por favor, no me pregunte qué es, no le conviene saberlo. Sólo el oficial de intendencia conoce toda la historia y, por favor, tampoco le pregunte a él. Lo que estoy esperando debería haber llegado hoy, pero me dicen que no podrán tenerlo a punto hasta mañana al mediodía.

El arco de las cejas del contralmirante se elevó algo más de medio centímetro, un gesto que, procedente de un oficial naval y dirigido a la soberana, equivalía a un «¡Maldita sea!».

—De modo que tendremos que esperar aquí hasta entonces —añadió ella, encogiéndose de hombros—. Sin levar el ancla. Es algo fácil de hacer, lo sé, e igualmente difícil de explicar. El duque tampoco debe saberlo. Me temo que no le gustará.

Marlow tenía una espesa cabellera entrecana y un rostro expresivo que podía pasar de la risueña cordialidad a la más poderosa autoridad en un abrir y cerrar de ojos. Mientras escuchaba, el fruncido de su frente fue sustituido gradualmente por una

emocionada expresión en las arruguitas que le surcaban las sienes. Engañar al duque de Edimburgo era un reto tan grande como navegar en el *Britannia* por los pasos más angostos de la costa norte de Escocia. Y la frustración del duque sería enorme. Para que su esposa sugiriera algo que pudiera irritarlo, lo que fuera que estuviera esperando debía de ser muy importante. En cualquier caso, a los altos oficiales de la Marina les encantaban los desafíos. Y ahí tenía uno.

—¿Tiene algo en mente, señora?

—En absoluto —admitió ella—. Pero me alegro de tenerle a usted al mando, John. Ha pasado por una guerra muy ajetreada. ¿Qué podría retenernos en puerto durante más de doce horas, quizá un poco más, para curarnos en salud?

El contralmirante permaneció pensativo durante varios minutos. La reina no le metió prisa: se sirvió un vaso de agua de una jarra y se acomodó en una silla del comedor. Cuando Marlow habló, lo hizo despacio y con mesura; todavía estaba reflexionando.

—No creo que puedan ser los motores. Sería lo más obvio, pero tienen fama de no averiarse, señora, y si supuestamente lo hicieran, la autopsia en Portsmouth a nuestro regreso sería implacable. No creo que nuestros fogoneros pudieran sobrevivir al interrogatorio. Otra posibilidad sería que necesitáramos algún equipo especial o algún pequeño lujo para usted o su hogar, algo que sólo pueda provenir del continente. El único problema es que podría llegar demasiado pronto o demasiado tarde.

—Entiendo lo que quiere decir —repuso ella—. Ya lo había pensado. En cuanto llegara, fuera lo que fuese, nos quedaríamos sin

motivos para no zarpar, y si se retrasara más de lo necesario, creo que el duque se enfadaría mucho.

—Otra opción sería que alguien enfermara de repente y necesitara bajar a tierra...

—Es una posibilidad.

—Es bastante difícil lograr que la persona en cuestión parezca tan enferma que no podamos tratarla aquí en la enfermería y, pese a todo, pueda engañar a los médicos de Nápoles cuando llegue allí. ¿Quizá un ataque al corazón?

La reina se sintió fatal ante la idea de pedirle a uno de sus leales marineros que fingiera un ataque al corazón por una razón que ella no podría darle. Al contralmirante lo inquietaba menos: los oficiales navales harían cualquier cosa por Su Majestad, incluso fingir que estaban casi muertos.

—El problema es que, por muy grave que fuera —prosiguió Marlow—, podríamos bajarlo fácilmente a tierra antes del amanecer, y entonces no tendríamos excusa para quedarnos aquí. Si no le importa, señora, voy a pedir café. ¿Le apetece algo?

Ella rehusó y el contralmirante hizo una rápida llamada interna a su mayordomo. Luego se paseó de un lado a otro de la habitación mientras pensaba posibles soluciones y las rechazaba.

—Siento hacerle esto —se lamentó ella.

Marlow rechazó la disculpa.

—No me lo habría pedido si no fuera de vital importancia. Estoy tratando de recordar la última vez que estuve en un barco que hubiera quedado atrapado en el puerto durante un tiempo prolongado y que no fuera por problemas con el motor, los suministros o una colisión con una embarcación local. El problema es

que los otros barcos se están comportando de maravilla y se mantienen a distancia. Lo que realmente necesitamos... —Se interrumpió, y una sonrisa se abrió paso poco a poco en su rostro, donde pareció flotar y detenerse.

—Vaya —comentó la reina—. ¿Se le ha ocurrido algo?

—Sí, señora. Algo que recuerdo de Hong Kong. No nos pasó a nosotros, sino a otro barco; un desastre espantoso. De hecho, llevó varias horas resolverlo, y lo bueno del asunto fue que, por encima de la línea de flotación, no se notaba en absoluto que hubiera el menor problema. Todo estaba bajo la superficie, donde, la verdad, cualquier cosa...

Se detuvo de nuevo unos instantes, perdido en sus pensamientos.

—¿Puedo preguntar...? —continuó finalmente—; no quiero presionarla, pero ¿se trata de... una cuestión de vida o muerte?

—En realidad, sí.

El contralmirante apoyó las manos en el respaldo de caoba de una silla.

—Es sólo que, si hacemos esto, tendré que... Se convertirá en una operación bastante seria, señora. Tendremos que pedir ayuda al *Decoy*. Como no podría ser menos.

—¿En serio?

El *Britannia* siempre viajaba con al menos un buque de guerra de la Royal Navy como escolta, con un grupo de marines a bordo y también un helicóptero, esencial para transportar las cajas rojas desde y hacia el continente. Para ese viaje, el destructor *Decoy* estaba anclado en ese momento un poco más allá.

—¿Para qué lo necesitamos?

—Tal vez sea mejor que no se lo cuente, señora. Así se llevará una agradable sorpresa por la mañana... Ah, gracias, suboficial.

El mayordomo de Marlow dejó una bandeja con una cafetera humeante sobre la mesa y se retiró. El capitán se sirvió una taza.

—Tiene la ventaja de que es complicado, y tan escandaloso que nadie cuestionará que hablamos en serio, pero no peligroso en exceso. ¿Le parece bien?

La reina pensó en su hija pequeña, a salvo en casa, y asintió con la cabeza. Cualquier cosa menos seria que eso parecía abocada al fracaso de un modo u otro.

—Tendré que avisar al comandante —advirtió él—, y a un par de hombres de la sala de máquinas. Pero no dirán nada, no se preocupe. El capitán del *Decoy* sirvió conmigo en mi última fragata; es un buen hombre que no hará preguntas innecesarias. Tendré que hablar discretamente con uno de sus hombres para explicarle lo que necesitamos, pero conozco al hombre en cuestión. No hace falta decir que estará encantado de colaborar. Me temo que habrá ciertos gastos. —Marlow miró a la reina y se encogió de hombros—. Nada que la Armada no pueda permitirse. Incluso podría ser una buena oportunidad de entrenamiento para todos los involucrados. Déjelo en mis manos, señora.

En ese momento, parecía realmente lleno de energía.

«¿Qué he hecho?», pensó la reina.

39

Una de las muchas cosas que proporcionaban un ambiente tan tranquilo al *Britannia*, normalmente, era que los marineros utilizaban señales manuales en lugar de gritos para dar instrucciones, y llevaban zapatos de suela blanda en cubierta, para que los miembros de la realeza no vieran perturbado su descanso por culpa de los doscientos tripulantes que realizaban sus tareas. El camarote de la reina era un remanso de paz, hasta que Felipe irrumpió en él a través de la puerta que lo conectaba con el suyo, poco después de las seis de la mañana.

—Despierta, Lilibet. No te lo vas a creer. ¡Seguimos en Cagliari! ¡No nos hemos movido ni un palmo en toda la maldita noche!

—Ay, Dios mío —se lamentó ella incorporándose—. ¿Qué ha pasado?

—Algún condenado pescador ha enganchado sus redes en nuestra hélice de babor. O podría ser un cable o alguna clase de amarra o cabo, estaba demasiado oscuro para saberlo con seguridad. Me he despertado esperando ver una bonita franja de Mediterráneo con la costa de Sicilia en la distancia, pero me he encontrado con la misma maldita vista de ayer. He hablado con John Marlow y está tan furioso como yo.

—Qué horror. —Isabel miró por la ventana—. Y con un día tan bonito para navegar, además.

—Cuánta razón tienes, puñeta. Pero la maldita hélice no gira por más vapor que soltemos, y estamos esperando a que un buzo del *Decoy* baje a arreglarla. Roguemos al cielo que se trate de algo que se pueda cortar con un cuchillo y podamos zarpar antes del desayuno.

—Madre mía, eso espero.

Felipe se acercó y se sentó en el borde de la cama.

—Qué rabia, tontorrona. No suelo tener la oportunidad de timonear este barco y pensaba que dispondría de dos días para hacerlo, y con buen parte atmosférico, como en los viejos tiempos.

Apretó los labios mientras miraba el cielo, que pasaba del rosa al azul salpicado de nubecillas esponjosas como las que solían usar los pintores renacentistas para representarlo. Realmente había estado deseando disfrutar de esos dos días de libertad a bordo del *Britannia*, y la reina nunca olvidaba que, si no se hubiera casado con ella, Felipe habría comandado otros barcos de la Armada y pasado muchos años haciendo lo que le gustaba de verdad y mejor se le daba, en lugar de seguirla a ella, siempre dos pasos por detrás, tratando de que mil desconocidos se sintieran cómodos, lo cual, en el mejor de los casos, tenía resultados dispares.

La reina se sentía fatal y así se lo hizo saber.

—No es culpa tuya —gruñó él.

Isabel le dedicó una sonrisa esperanzada.

—Pero dispondremos de esta tarde y del día siguiente antes de tener que estar en Nápoles.

—Bueno, emplearemos la mitad de ese tiempo yendo y viniendo...

—Y luego llegaremos a Venecia —añadió ella, pues era la parte del viaje que más le apetecía. Soñaba con ser una turista más en una de las ciudades más románticas del mundo.

Él soltó un bufido.

—Atrapados en un atasco en el Gran Canal, con un centenar de paparazis en cada puente, sin duda.

Ay, por Dios. Era imposible consolarlo. Pero aquel presunto obstáculo resultaba ideal para sus propósitos. La reina consultó el reloj de pulsera sobre la mesita de noche. Faltaban cinco horas y media hasta que, Dios mediante, Sokolova y la niña estuvieran a salvo y ella pudiera decidir qué diablos hacer al respecto.

Así que, al parecer, una de las hélices del yate se había enganchado en algo, ¿no? Tenía curiosidad por ver qué pasaría a continuación.

Joan se sorprendió tanto como el duque de Edimburgo cuando comprobó, al despertarse, que el yate seguía anclado. Al principio, supuso que algo realmente malo debía de haber causado el retraso, pero pronto empezó a sospechar que cosas tan fortuitas no sucedían por casualidad, por lo menos cuando tenían que ver con Su Majestad. Empezó a ver la llamada telefónica del día anterior en la cafetería bajo una nueva luz.

La conversación en el comedor del personal de la casa real durante el desayuno giró en torno al «guapísimo» buzo de la Marina (el hermano de lady Sarah había servido con él en otro barco) que había llegado del *Decoy* para sumergirse bajo la línea de flotación y ver qué estaba dificultando el funcionamiento de la hélice.

—¿Cuánto tiempo se supone que tardará? —preguntó Joan.

—Ni idea —respondió Hattie Cowell encogiéndose de hombros con dramatismo—. Posiblemente horas, depende de lo que encuentre. Están preparando un barco con uno de esos sopletes que se utilizan en las fábricas. También se están reuniendo muchas embarcaciones pequeñas de la zona. Se ha convertido en todo un espectáculo.

Joan se dirigía a buscar a Kinnock, el oficial de intendencia, cuando Dominic Stonor la abordó en uno de los pasillos.

—¡Es algo extraordinario! —exclamó—. Mi tío, el capitán de fragata Attwell, ya sabe, estaba en el puente de mando anoche, cuando surgió el problema. Intentó que los ingenieros reiniciaran las hélices para ver si podían simplemente expulsar esa cosa, pero no quisieron ni oír hablar de ello. Dijeron que podría causar aún más daños.

—Estoy segura de que saben lo que hacen —repuso Joan distraída.

—Supongo que sí, pero yo habría dicho que valía la pena intentarlo. La reina se pondrá furiosa.

—Lo siento, Dominic, me necesitan en otra parte —se disculpó ella señalando vagamente hacia el pasillo. Cuando Stonor la dejó marchar, se encaminó lo más rápido que pudo hacia la zona de operaciones del buque en busca del capitán de fragata Kinnock.

El oficial de intendencia estaba en su pequeño despacho, no mucho mayor que una cabina telefónica, sumergido hasta las rodillas en papeleo. Miró a su alrededor con rostro inexpresivo. Tenía ojeras y el aspecto de un hombre condenado.

—Ah, es usted —gruñó. Habían hablado brevemente la tarde anterior, cuando Joan lo había informado por teléfono—. ¿Su

Majestad ya ha pedido mi dimisión?

Joan frunció el ceño.

—Va a volver, ¿verdad? —preguntó.

—¿Volver adónde?

—Al café.

Kinnock entornó los ojos.

—Entre y cierre la puerta.

Joan se quedó de espaldas a la pared, ocupando el espacio disponible.

—Sokolova dijo que llegaría a las once —le recordó.

Kinnock negó con gesto atribulado.

—Para entonces ya habremos zarpado. Imagino que este asunto de la hélice se resolverá pronto, así que ya estaremos lejos de aquí...

—¿De verdad cree que este asunto de la hélice es un accidente?

Kinnock la miró con los ojos como platos.

—¿Qué? Pero...

—Ahora voy a comprobarlo, pero ha de estar preparado para cuando llegue el momento. Tiene una excusa que darle al segundo de a bordo, ¿verdad?

Él seguía mirándola con los ojos muy abiertos.

—Pero ¿quién...?

—¿Quién cree usted?

—Ella no puede haber...

—Creo que acaba de hacerlo.

—Quiero decir... —balbució él—, siempre puedo encontrar una excusa, pero...

—Limítese a estar preparado —zanjó Joan.

Él asintió en silencio.

La reina estaba trabajando en sus cajas cuando Joan llamó a la puerta de su saloncito.

—¿Cómo va la operación de rescate? —preguntó.

Joan hizo una reverencia y sonrió.

—Acabo de comprobarlo, majestad. No están teniendo mucha suerte, de momento.

—Ah. Eso me imaginaba.

Las sospechas de Joan se confirmaron.

—Madre mía, señora. Un destructor y un buzo de la Marina, nada menos.

—El oficial al mando lo pensó detenidamente y ésa le pareció la mejor opción.

—¿Conoce él la historia, señora? —preguntó Joan.

—Sólo sabe que necesitamos una razón para seguir aquí. La cuestión es que tiene que ser un problema lo bastante serio para que la gente no lo cuestione, pero también lo bastante pequeño como para que el contralmirante Marlow pueda controlarlo en todo momento.

—¿Sabe el buzo quién solicitó este retraso?

—No. Y ni siquiera el contralmirante sabe exactamente por qué, aunque sí sabe que yo no lo pediría si creyera que existe otra solución. Pero dígame, ¿ha visto al oficial de intendencia esta mañana?

Joan describió su encuentro con brevedad, incluyendo el repetido ofrecimiento de Kinnock de dimitir.

—Asegúrele que está a salvo. Al menos por ahora. Pero dígale que no podemos esperar aquí eternamente. —La reina miró por la ventana hacia el cielo casi despejado—. Dígale que zarpamos a las

dos, o antes, por supuesto, si ha vuelto para entonces. Eso debería darle tiempo de sobra.

40

El príncipe Felipe pasó las siguientes horas en cubierta y en el puente de mando, con el rostro cada vez más lívido de ira.

—¡Todo por un maldito cable! ¡Medio día perdido! A este ritmo, un día entero. Y nos hemos convertido en la diversión gratuita de la mitad de los pescadores y propietarios de yates de Cerdeña.

La reina se sentía muy mal por Felipe, pero también enormemente agradecida, algo que él nunca llegaría a saber porque ella no podía contárselo. No era que su marido no se hubiera alegrado tanto como el contralmirante Marlow al conocer la verdad, o que no hubiera aceptado mantenerla en secreto. Sin duda habría intentado ambas cosas sin acobardarse. Pero el problema era que Felipe había navegado alrededor del mundo con varios de esos hombres. Habían participado en concursos de a quién le crecía más la barba y en aventuras en alta mar, contemplado los icebergs de la Antártida y compartido un montón de copas y risas en el Pacífico. Lo consideraban casi un miembro de la familia y, por brillante que fuera su marido en muchas cosas, permanecer impasible no era una de ellas. Eso era más bien cosa de la reina. Con que sólo un par de personas adivinaran que él estaba ocultando algo, a la hora del té se habría corrido la voz por todo el yate.

En cambio, la frustración absoluta y justificable de Felipe suponía una gran distracción de lo que realmente estaba sucediendo. Si algún marinero se detenía a pensar por qué no habían oído los ruidos asociados con una hélice en movimiento atascada por culpa del cableado la noche anterior, no tardaría en centrar su atención en el efecto producido sobre el duque de Edimburgo, tan intenso e innegable.

Ya eran más de las once de la mañana. La banda de los Royal Marines ofreció un concierto improvisado en la cubierta para la familia real y para los sardos de la zona que se habían acercado lo suficiente para verlo. Mientras los escuchaba tocar, la reina se imaginó al capitán de fragata Kinnock en el Caffè Genovese y rezó para que, a esas alturas, ya se hubiera hecho cargo de una mujer, asustada pero a salvo, y de una niña pequeña.

A las doce, sin embargo, aún no había ni rastro de él. Había dicho que le enviaría un mensaje a Joan en cuanto regresara. A la una de la tarde, seguía sin llegar mensaje alguno.

La reina tenía los nervios a flor de piel. Por la llamada de Sokolova a Joan, daba la sensación de que llegar a Cagliari a las once podía resultar complicado, pero la científica parecía segura de conseguirlo. Con suerte, echarían mano del disfraz o el subterfugio que Kinnock hubiese preparado para ellas y partirían hacia el puerto.

El almuerzo a bordo con Felipe y el contralmirante Marlow fue un asunto más bien desganado. A las dos menos cuarto, la reina decidió que ya era suficiente. Kinnock sabía cuál era su hora límite. Dejó el cuchillo y el tenedor y le dijo al contralmirante, sentado a su lado:

—John, confío en que su maravilloso buzo pueda terminar en la próxima media hora más o menos, para que podamos zarpar poco después. ¿Lo cree posible?

—Veré cómo le va, señora —prometió Marlow—. Estas cosas son peliagudas: pueden prolongarse eternamente o resolverse de repente, de forma inesperada.

Diez minutos más tarde, la rápida lancha motora del yate real acercó a Kinnock a bordo. Poco después, Joan llegó a la cubierta de camarotes, donde la reina observaba cómo los marineros vitoreaban al buzo del *Decoy* por su éxito.

Por suerte, estaban solas.

—¿Todo el mundo a salvo? —preguntó la reina.

—No, señora.

—¡Dios mío! ¿Ni rastro de ellas?

—En realidad —explicó Joan—, justo cuando él estaba a punto de marcharse, la persona en cuestión volvió a llamar al bar y le contó que había llegado hasta Nápoles, pero que estaba plagado de policías, en previsión de su visita, señora, y que se asustó y perdió el enlace. Ella y la niña se encaminan de vuelta a Trieste, donde se alojaban antes.

—¿No es muy peligroso?

—Probablemente. Pero es su mejor opción, según ella.

—Y entonces, ¿qué? —preguntó la reina.

—No lo sé, señora. Aunque ha facilitado una dirección de contacto, una librería en Trieste. Comprobará si hay noticias una vez al día. Parece creer que Kinnock aún puede intentar algo.

—¡No puede!

—No, señora. Pero hay alguien a quien sí se le podría ocurrir una...

Antes de que pudieran seguir hablando, Felipe se acercó a ellas.

—¡Gracias a Dios! El tipo ha cortado el maldito cable. De hecho, lo ha hecho pedazos con un trozo de cordón detonante; he visto la explosión bajo el agua. Hola, Joan. ¿Malas noticias de casa?

—De hecho, son buenas noticias, señor —respondió Joan—. Se lo estaba contando a Su Majestad.

—¿Y quién es? —preguntó la reina como si continuara una conversación en marcha.

La pareja real miró a Joan con curiosidad, aunque la curiosidad de la reina fue bastante más intensa.

—El jefe de la Sección D del MI5 —repuso Joan—. Al parecer, tiene experiencia en Italia. Quizá pueda ayudar.

—Ah, supongo que luchó aquí durante la guerra —dijo Felipe, poniéndose las gafas de sol—. Resulta fascinante comprobar cuántas conexiones establecieron los espías en aquellos tiempos. En realidad, no es de extrañar que ahora estén resultándoles muy útiles.

—Podría hablar con él —le dijo la reina a Joan—. Cuando le sea posible.

—Gracias, señora.

Joan los dejó solos. Felipe, ahora que todo había terminado, ya estaba reformulando el «incidente de la hélice trabada» como una pequeña anécdota simpática que contar a sus amigos en casa. Su estado de ánimo era casi tan alegre como antes había sido sombrío. Estaba deseando «gobernar el barco» esa tarde y echar el ancla en algún lugar idílico por la noche.

—Ese buzo, Johnny, se merece una medalla, ¿no crees? —sugirió.

La reina estuvo totalmente de acuerdo.

En privado, también se dijo que acababa de dar permiso a su secretaria privada adjunta para contarle a un oficial superior del MI5 que el *Britannia* se había utilizado en un intento fallido de ayudar a una desertora rusa, lo cual, si no recordaba mal, era precisamente lo que se había propuesto evitar en un principio.

Pero Joan confiaba en el comandante Ross, y él era una de las pocas personas que podían sacarlas del agujero cada vez más profundo que la reina estaba cavando para ellas. Y podía salvar dos vidas en el proceso. También era posible que el comandante le diera al Reino Unido alguna ventaja en la carrera espacial, pero, en ese momento, ella no podía dejar de pensar en la mujer asustada y la niña pequeña.

No salvar una vida cuando podías hacerlo, ¿equivalía a quitarla? Antes, ése siempre le había parecido un concepto muy abstracto y teórico, pero ahora que se enfrentaba a él, la reina sentía que no tenía otra opción.

Salvar una vida, o en rigor dos vidas, y afrontar las consecuencias. Era sencillo y espantoso al mismo tiempo. Rezó por haber hecho lo correcto, pero sabía que no podía haber hecho otra cosa. No con la presión temporal a la que estaban sometidos.

—¿... no te parece? —concluyó Felipe.

Isabel no tenía ni idea de lo que él había estado diciendo.

—Pues sí.

41

Pasaron las siguientes veinticuatro horas en alta mar, donde no había nada más que ella pudiera hacer.

El cielo estaba despejado, las pequeñas islas frente a la costa de Sicilia eran preciosas, y se detuvieron de forma improvisada para almorzar en una de ellas, lo que resultó sencillamente digno de los dioses. Por una vez, la reina pudo comer marisco fresco, porque tenía un aspecto y un olor exquisitos, y como no estaba trabajando podía correr el riesgo. Había un vino blanco que sabía a néctar, y unas fresas que eran mejores que los mejores postres que había probado en los palacios más magníficos.

De vuelta a bordo del *Britannia*, mientras observaba a Felipe en el puente de mando, recordó sus tiempos despreocupados como princesa y esposa de un marino en Malta, antes de la muerte de su padre. Sentía cierta tristeza, teniendo en cuenta todo lo que vino después. Ahora, momentos como ése eran fugaces. Aun así, había sido educada para hacer justo lo que estaba haciendo, y gozaba además de la salud y la energía necesarias para hacerlo bien. Aprovechó la oportunidad para prepararse para los días que se avecinaban.

Con el permiso de Su Majestad, Joan había conseguido enviar un breve mensaje a Hector Ross a través de la última de las cajas rojas de la reina, justo antes de que el yate real zarpara finalmente de Cagliari. En él se exponía el plan de fuga inicial de Sokolova, el resultado fallido y hacia dónde se dirigía ella ahora. Joan tendría que dejar que el propio Hector llenara los huecos.

Escribió el mensaje a toda prisa y, aunque evitó mencionar nombres, no estaba cifrado. Unas veces confiabas tus secretos al código en sí, y otras al método de transmisión. En ese caso, un sobre sellado y con las palabras «Alto secreto», remitido desde el escritorio de la soberana a un alto cargo del servicio de inteligencia, parecía lo bastante seguro. Además, si el mensaje se extraviaba en algún lugar, lo más probable era que fuera a parar a manos de uno de los colegas de Hector en el MI5, que podía descifrar cualquier código que Joan idease con más rapidez de lo que tardaría ella en concebirlo.

Entretanto, les esperaban cuatro días muy ajetreados. Desde el momento en que el *Britannia* atracara en Nápoles, la reina estaría en el punto de mira. Mientras ella estuviera en Roma, el yate se dirigiría a Ancona, en la costa este del país, donde recogería a la comitiva real y los llevaría a Venecia durante un día y una noche. Desde allí, viajarían en avión a Florencia y a Turín, y luego de regreso a casa.

A Joan le resultaba frustrante que Hector tuviera que idear un plan para salvar a la doctora Sokolova y a la niña que no la incluyera a ella. En ese caso, ¿cómo iba a ser de ayuda ahora, aunque quisiera?

42

El programa oficial de la visita, en el que sir Hugh y Joan habían trabajado durante semanas, estaba organizado en intervalos de diez minutos, desde las ocho de la mañana hasta la medianoche. Cuando el *Britannia* atracó en Nápoles, la reina ya estaba vestida y lista para pasar un día entero bajo el resplandor de miles de flashes. Los columnistas de las revistas analizarían cada puntada de su vestimenta, mientras que los periodistas con micrófonos intentarían captar cada palabra que se pronunciara. Le presentarían a docenas de desconocidos, uno tras otro. Era difícil mantener una conversación significativa no con una, sino con varias personas tan desconcertadas que apenas podían recordar sus propios nombres. La reina había aprendido a hacerlo con la mayor elegancia posible. Ése era su cometido.

En Nápoles, le dedicaron una salva de veinticuatro cañonazos, y las multitudes que abarrotaban las calles de la ciudad lanzaban unos vítores tan fuertes que la reina apenas podía oír sus propios pensamientos.

—Chúpate ésa, Gagarin —murmuró por lo bajo Felipe, sentado junto a su esposa en la parte trasera del Rolls-Royce oficial.

—Creo que, si estuviera aquí, lo vitorearían a él —señaló la reina.

Pero Gagarin no estaba ahí, y la multitud parecía genuinamente entusiasmada. Incluso en Italia, un país que se había deshecho con gesto triunfal de su propia monarquía.

En el tren presidencial a Roma, la reina vio a Joan sentada sola en un rincón al fondo del vagón, con la cabeza inclinada sobre un telegrama que debía de haber recibido al atracar. Ella estaba en plena conversación con los dignatarios que la rodeaban, pero advirtió que la expresión de Joan pasaba del alivio a la sorpresa, luego a la preocupación, y vuelta a empezar. Después, Joan dobló la nota varias veces y de algún modo la hizo desaparecer. La reina tenía la fuerte sospecha de que se la había guardado literalmente en la manga.

—¿Alguna noticia de casa? —le preguntó de pasada, mientras esperaban juntas durante unos instantes a que colocaran la alfombra roja en el andén de la estación de Roma Ostiense.

—Oh, sólo mi tía, que ha estado muy enferma, señora, como ya sabe —respondió Joan—. Mi tío dice que ahora está mejor.

—Qué alivio.

—Sí, la verdad. Pero sigue necesitando ayuda y él no consigue convencerla de que deje que se la presten. Siempre se pone nerviosa con los desconocidos. Aunque él sigue intentándolo.

—¿Le ha dicho su tío cuándo tendrá más noticias? —preguntó la reina mostrando un interés desmesurado por los familiares de Joan, teniendo en cuenta que estaba a punto de reunirse con el presidente italiano.

—Según él, tal vez en un par de días, señora.

—Bueno, le deseo suerte. Me alegro de que la esté cuidando. ¿Llevo bien el sombrero?

—Sí, señora.

Afuera, habían terminado de colocar la alfombra a la perfección y la reina bajó los peldaños serena y sonriente.

De vuelta en Curzon Street, Hector Ross necesitaba toda la suerte que pudiera conseguir.

Hasta hacía poco, al comandante le habían ido bien las cosas, sobre todo desde que Miles Urquhart, el subsecretario privado de la reina, le había revelado una noticia inesperada sobre Tracy Thorburn y su relación con Sergei Steklyar, el agente ruso descubierto. Las pesquisas de Hector sobre el caso Michalowski se habían acelerado mucho, con algunos descubrimientos nuevos y sorprendentes... Y entonces llegó una nota de Joan desde Cerdeña, y todo volvió a ser difícil y precario.

La nota de Joan había llegado de improviso. Hector estaba en Viena, buscando a la científica desaparecida y a la niña, cuando Madeleine Simon, de su oficina, le transmitió su contenido. Por supuesto, se suponía que él no debía estar allí: fuera de las fronteras del Reino Unido, técnicamente era un trabajo para el MI6. Pero, como Joan sabía, la confianza del comandante en la agencia británica era, como mínimo, escasa. Y, de todos modos, quería ese premio para sí. Estaba seguro de que la mujer desaparecida era la persona «especial» de la que le había hablado su contacto en Londres. Había invertido mucho esfuerzo en todo eso.

Desde que los servicios secretos habían filtrado la noticia de que Tatiana Sokolova se había fugado de sus guardianes, todo el mundo estaba buscando a la doctora. Por lo que sabían, era una joven

médica de un hospital militar ruso a las afueras de Moscú. Gracias a su investigación, Hector sospechaba que él era el único que sabía cuáles eran los verdaderos secretos de Sokolova. Sin embargo, los rusos la buscaban desesperadamente, por lo que todas las demás agencias se habían dado cuenta de que la fugitiva era alguien importante.

Como resultado de ello, la ciudad austríaca estaba plagada de espías, incluso más de lo habitual. Hector reconoció a varias personas con las que había coincidido durante su servicio militar en Italia, algunas amistosas, otras hostiles y dos que creía muertas. El problema era que ellos también lo reconocían a él, y si él podía averiguar con exactitud cuáles eran sus trabajos actuales y qué hacían en Viena, era muy probable que ellos también pudieran hacer lo mismo con él.

Cuando a través de la nota de Joan se enteró de lo sucedido en Italia, el primer instinto de Hector fue ir hacia allí. Tras su llegada a Sicilia en 1943 con el Escuadrón de Asalto Especial, había pasado mucho tiempo viajando al norte en misiones secretas, haciendo volar cosas por los aires, forjando amistades e influyendo en la gente. De todos los países de Europa, era el que mejor conocía, y sería mucho más fácil operar desde allí. Pero, en ese momento, los rusos y los estadounidenses trabajaban con la hipótesis de que Sokolova se había movido hacia el oeste, a Múnich. No quería llevarlos hasta ella iniciando una estampida hacia el sur, de modo que, a regañadientes, había regresado a Londres.

La buena noticia era que había podido establecer una conexión con Sokolova personalmente, a través de los datos de contacto que la doctora le había dado a Joan. En efecto, era médica, aunque se

mostraba reacia a revelar dónde había trabajado antes de haberlo hecho en el hospital militar. Tras su fallida expedición hasta Nápoles, ella y la niña (su hija, se suponía) habían regresado al refugio que Michalowski les había encontrado inicialmente en Trieste. Su retraso en llegar a Cagliari se debía tan sólo a que la niña había tenido fiebre en el tren que atravesaba Yugoslavia y habían tenido que descansar en Trieste a su llegada allí. Llegaron a Roma muy tarde y entraron en pánico cuando Sokolova sospechó que las seguían. Lo mismo ocurrió en Nápoles. Sin embargo, ahora Sokolova achacaba esa paranoia al cansancio. Entretanto, la niña seguía muy débil, pero lo peor ya había pasado.

La mala noticia era que, tras las traumáticas experiencias de los últimos días, se negaban a volver a moverse, salvo en compañía del capitán Kinnock o bajo las instrucciones de Michalowski, utilizando una contraseña privada que Hector desconocía. Los problemas de confianza del propio Hector eran importantes, pero los de ellas eran peores. Estaban agotadas, traumatizadas y aterrorizadas, y se aferraban a la única certeza que Michalowski les había transmitido: que, aparte del propio Pavel, Trefor Kinnock era la única persona en la que podían confiar. Sokolova había visto en los periódicos que el *Britannia* estaría en Venecia al cabo de unos días. Sólo quedaba un poco más allá siguiendo la costa desde Trieste. Quería esperar a Kinnock.

Si realmente Sokolova tenía en sus manos el secreto que el contacto de Hector creía, el rescate de la doctora se convertiría en el premio más valioso de su carrera. Para salvarla antes de que otra agencia la encontrara, disponía de unas horas, o de unos días como

mucho, pero para tratarse de una refugiada, se mostraba muy poco cooperativa.

—Así está mejor, ¿no? —le comentó Felipe a la reina esa noche en Roma, cuando una multitud de veinte mil personas se agolpó frente al Palacio del Quirinal gritando «*Bella! Viva la regina!*».

—¿Mejor que qué? —preguntó la reina desde la ventana ante la que había estado saludando.

—Que hace diez años, cuando la flor y nata de la sociedad no quería saber nada de ti.

—Sí, bastante mejor —admitió ella—. Me pregunto a qué se debe. Sabía que serían acogedores, pero esto es...

—Ah —intervino el embajador británico a sus espaldas—. Creo que puedo responder a eso, señora. Por supuesto, está por un lado su presencia personal. La joven y frágil reina, cumpliendo valientemente su promesa de servir a su país...

—¡Frágil! ¡Ja! —bramó Felipe—. No la conocen. Es de acero forjado, siempre lo he dicho.

El embajador carraspeó con diplomacia.

—Y quieren correr un tupido velo sobre su pasado reciente. Les gustaría pensar que nuestras naciones siempre han sido amigas. Después de todo, están aquí para celebrar los cien años como nación, y los británicos fueron los primeros en reconocer a Italia como país tras su revolución. No es un vínculo que pueda olvidarse. Siguen sintiéndose agradecidos.

—No parecían tan agradecidos bajo Mussolini —soltó Felipe con indignación.

—Bueno, no exactamente.

—Pero ahora sí lo están —replicó la reina—. Se han mostrado encantadores todo el día.

Y era cierto. No sólo habían organizado un programa completo, con un cielo azul, muchos hombres elegantes con trajes impecables y gafas de sol, calles llenas de soldados de caballería con galones dorados, una visita al Capitolio y la obligada excursión a un cementerio de guerra... sino que habían decidido que a ella le gustaría pasar la tarde viendo saltos ecuestres en los jardines de la Villa Borghese —algo que, obviamente, era cierto— y estaban organizando una importante carrera para que la presenciara al día siguiente. También habría ópera, que no era lo que más le gustaba del mundo, pero ¿caballos dos días seguidos? Los romanos sabían cómo conquistar a una mujer, desde luego.

Por supuesto, seguía estando preocupada por el *Britannia*. En Cagliari, la situación había estado muy cerca de terminar en tragedia, y existía una pequeña posibilidad de que el almirante Marlow leyera algo sobre la fuga de Viena y atara cabos. Sin embargo, se dijo, a él nunca se le pasaría por la cabeza que ella hubiera participado de forma activa en el intento de ayudar a una desertora soviética. Porque era algo impensable.

Y ahora el asunto estaba totalmente fuera de su control. Según Joan, Sokolova y la niña habían conseguido sobrevivir, y la reina ya no se sentía responsable de su seguridad. Hector Ross podía asumir esa carga, muchas gracias: ella tenía que asistir a una velada con tres mil personas, que incluían a la mitad de los aristócratas que se habían esforzado tanto por no encontrarse con ella la última vez.

Como le había prometido a Felipe, se mostraría cortés. Habían sido tan amables con ella ese día que no le resultaría difícil, la verdad.

43

El día siguiente fue igual de gratificante. Más multitudes, más caballos, más calles llenas de soldados uniformados y más encuentros con dignatarios. También hubo otra oleada de columnas periodísticas aduladoras y condescendientes sobre la «incansable y resuelta, aunque algo inculta, Elisabetta», que Dominic Stonor le transmitió alegremente. Como si la afición a los caballos significara que una no conociera a Leonardo da Vinci; cuando, de hecho, lo conocía a la perfección. O que una no fuera aficionada a la ópera, lo cual, debía reconocerlo, era cierto, pero un concierto de jazz habría estado muy bien.

Los lapsos de diez minutos pasaban lentamente, entre guantes, sombreros y cambios de ropa, entre procesiones de coches descapotables y más colegiales vitoreando en la colina del Palatino, con abrigos y sombreros, seda y diamantes, banquetes y filas de recepción... y durante todo el tiempo la reina estuvo esperando a que Joan le indicara que tenía más noticias de Londres. Pero Joan no lo hizo.

Mientras tanto, el *Britannia* navegaba alrededor del talón de la bota de Italia y ascendía por la costa este hacia Ancona.

Al tercer día de la visita, la reina empezó a preocuparse de nuevo. El problema ya no estaba en sus manos, pero no podía evitarlo. Una

vez que había asumido la responsabilidad de las vidas de Sokolova y la niña, no podía dejarlo correr. No descansaría de verdad hasta saber que se hallaban en puerto seguro, dondequiera que fuera.

A última hora de la mañana, su agenda incluía dos sesiones administrativas consecutivas de diez minutos en el Quirinal, para poder ocuparse de sus cajas rojas. Los asuntos de gobierno no se detenían en casa sólo porque ella estuviera en el extranjero. Sentada a un escritorio prestado, abrió la primera caja con la esperanza de encontrar una nota que su secretaria privada adjunta hubiera deslizado en el último momento, explicando cuál era el nuevo plan para Sokolova. Pero no había ninguna.

Lo que sí había, sin embargo, era una actualización oficial del director general del MI6, en la que se decía que se estaban realizando esfuerzos para localizar a una conocida desertora rusa, médica y prodigiosa jugadora de ajedrez aficionada, que había desaparecido en Viena. En ese momento, el KGB estaba haciendo todo lo posible por encontrarla. El MI6 aún no sabía muy bien por qué, pero barajaban la teoría de que debía de haber trabajado en alguna instalación secreta en algún momento, tal vez un reactor nuclear, una fábrica de misiles o una base militar.

Claro, cómo no. Así que el MI5 y el MI6 no se comunicaban entre ellos. Probablemente era mejor así, dado que un agente doble del MI6 estaba siendo juzgado en Old Bailey esa misma semana por traicionar a varias redes de espías en Europa del Este.

Según ese último informe, las agencias habían supuesto en un principio que la desertora se había dirigido a Alemania Occidental, pero ahora empezaban a preguntarse si los había burlado a todos para irse en otra dirección. Las opciones de la fugitiva desde Viena

eran limitadas. La nota terminaba con la optimista predicción de que no tardarían mucho en localizarla.

La reina volvió a echar un vistazo a su agenda. Estaría acompañada durante el resto del día, e incluso en los escasos cinco minutos aquí y allá que se había concedido para sí misma, lady Sarah estaría con ella. Ahora era el único momento en el que estaría sola.

Repasó rápidamente el resto de los documentos, leyendo a toda velocidad, firmando todo lo que había que firmar y señalando sólo un par con signos de interrogación para su secretario privado. Luego pidió que los recogieran y apareció el propio sir Hugh. Le quedaban cinco minutos.

—¿Todo en orden, señora?

—Por supuesto, Hugh. Pero me gustaría ver a Joan lo antes posible para hablar de los preparativos de Venecia.

—No es necesario, señora. Puedo transmitir cualquier mensaje que desee...

—Gracias, Hugh.

Era más un «por favor, haga lo que le acabo de pedir» que un «gracias» en sentido estricto. Sir Hugh hizo una reverencia y se retiró.

Joan apareció un par de minutos más tarde. Parecía agotada.

—¿No ha recibido noticias de su tío? —preguntó la reina.

Nunca se sabía si los aliados habían decidido poner micrófonos ocultos en las habitaciones donde se trabajaba. Siempre convenía ser prudente.

—Sí —dijo Joan. Miró a su alrededor. Ella también pensaba en los micrófonos ocultos—. Tuve noticias suyas anoche. Pero está en un

callejón sin salida.

—¿No me diga? ¿Por qué?

—Necesita que una mujer lo ayude, sería lo ideal. Es complicado encontrar a la persona adecuada en tan poco tiempo. Mi tía se está poniendo difícil.

La reina frunció el ceño, sorprendida.

—¿En serio?

—Sí, señora. Tiene sus razones.

—Pero ¿él puede solucionarlo?

Joan parecía tensa. Negó con la cabeza.

—Estoy segura de que lo hará, señora. Es sólo que...

Ésa no era la reacción que la reina esperaba. Señaló un organizador de cartas de mármol sobre el escritorio, lleno de papeles y sobres.

—Quizá pueda explicármelo más tarde.

Joan vio el organizador de cartas y asintió con la cabeza. Ya habían hecho aquello otras veces.

—Y, por cierto —añadió la reina—, mi discurso de la hora del almuerzo necesita algunos retoques. ¿Puede darme un nuevo borrador antes de que salgamos del palacio?

—Por supuesto, señora.

—Gracias, Joan.

Era un agradecimiento, pero también una despedida. No disponían de más tiempo.

Cuando subía al coche para asistir al acto de la hora del almuerzo, la reina vio un sobre manila esperándola en el asiento trasero.

—¿Más trabajo? —preguntó Felipe subiéndose a su lado.

—Sólo un poco.

—¿Algo interesante?

—Es muy posible —repuso ella abriendo el sobre.

Él vio la expresión de su rostro.

—No tiene que ver con Michalowski, ¿verdad?

—Es muy posible.

Él se dio unos golpecitos en la nariz, recordando la conversación que habían tenido días atrás.

—No diré ni pío. Te dejo con ello.

Adjunta al borrador del discurso venía una nota que Joan debía de haber escrito a toda velocidad. No tenía remitente ni firma, y era como si su conversación hubiera continuado donde la habían dejado.

Han vuelto al punto de partida. Al principio, ella dijo que sólo trataría con K. Ahora ha aceptado hablar también con la mujer con la que habló en C, es decir, conmigo. H podría organizarlo para que otra mujer ocupara mi lugar, pero si ella no se reúne con K más tarde, él teme que no esté muy comunicativa. Se ha planteado otra opción, que es volver al plan original, pero en una nueva ubicación. Requiere que K o yo llevemos a cabo el traslado. El corto plazo lo hace poco probable. Además, es obviamente inadecuado. H está trabajando en otras ideas.

La reina lo leyó a toda velocidad, luego dobló el papel, miró por la ventana y saludó automáticamente a la multitud.

—¿Todo bien, Lilibet?

Felipe la hizo volver de golpe al presente. El coche estaba varias calles más adelante de lo que ella esperaba.

—Vaya, ¿ya casi hemos llegado?

—Estabas perdida en tus pensamientos.

—Supongo que sí.

Dobló el papel aún más, hasta que fue lo bastante pequeño como para caber en una caja de cerillas, y lo guardó en su bolso. Estaba calculando los tiempos.

«El plan original, pero en una nueva ubicación...»

Ay, Dios. «El plan original.» De regreso al *Britannia*.

La «segunda ubicación» mencionada debía de ser Venecia, que estaba cerca de Trieste, donde Sokolova y la niña se habían refugiado. Ella y Felipe volverían a bordo del *Britannia* en Ancona al día siguiente. Desde allí, llegarían a Venecia en el yate real el 6 de mayo y partirían al día siguiente. Faltaban dos días. Eso le daba al comandante Ross cuarenta y ocho horas para poner a Sokolova en posición, suponiendo que el plan «inadecuado» (y vaya si era inadecuado, por Dios) siguiera adelante.

La reina no podía creer que el *Britannia* volviera a entrar en juego. No se le había pasado por la cabeza que tendría que preocuparse de nuevo por su yate. Pero si el plan revisado iba a llevarse a cabo, había que ponerlo en marcha de inmediato. Y con cada hora que pasaba, la CIA, el KGB y el MI6 tenían más tiempo para seguirle el rastro a la recalcitrante desertora.

La nota de Joan hacía referencia a «H», no a «R», lo que indicaba que la había escrito a toda prisa. «Hector», no «Ross». No decía lo que la reina sospechaba: que el comandante Ross debía de haberle preguntado a Joan si se encargaría ella personalmente de poner en

práctica ese «traslado», fuera lo que fuese. Él no estaba al mando de una gran red de espionaje, no tenía a su disposición a un sinfín de mujeres con la formación adecuada y Joan no había mencionado a nadie más. Además, a Ross se le tenía que haber ocurrido que quienquiera que emprendiera la tarea sabría entonces cuál era el papel del *Britannia*, y cuantas menos personas estuvieran al corriente, mejor.

Kinnock, por supuesto, era totalmente inadecuado para la tarea. Ese hombre tenía complejo de James Bond y una mala actitud ante el riesgo. Además, estaría fuera de contacto la mayor parte del tiempo mientras el *Britannia* navegara por la costa. Joan no necesitaba puntualizar eso: la reina ya lo sabía.

Así pues, lo que de verdad decía la nota era que Ross le había preguntado a Joan si ella en persona, y el *Britannia* en general, podían ayudar con el rescate. Y Joan había dicho que no. De ahí su mirada tensa en la oficina del Palacio del Quirinal hacía un momento. Pero el mero hecho de que hubiera descrito lo que Ross quería —la reina conocía la naturaleza humana lo bastante bien como para estar casi segura de ello— significaba que, en ambos casos, Joan quería decir que sí.

No había tiempo para vacilaciones. Se le presentaban tres resultados posibles e Isabel calculó que disponía de unos veinte segundos para considerarlos antes de que su coche llegara a su destino.

En el primero, Sokolova y la niña se quedaban donde estaban, mientras Ross elaboraba otro plan y el KGB acababa por localizar la ubicación de su desertora. Los rusos eran los que tenían más

probabilidades de rastrear su ruta de escape a través de Yugoslavia hasta Italia, y era sólo cuestión de tiempo que la encontraran.

En el segundo, el intento de rescate se llevaría a cabo desde Venecia y, en algún momento, saldría a la luz. El *Britannia* quedaría al descubierto, pero Sokolova y la niña lograrían ponerse a salvo. La reina comprendió que nunca podría devolvérselas a los rusos. Sería diplomáticamente imprescindible, pero también inhumano. No podría, en conciencia, asistir a la iglesia todos los domingos habiendo tomado una decisión como ésa.

Y en el tercer resultado posible, el intento de rescate tenía éxito, la mujer y la niña se ponían a salvo y el *Britannia* salía airoso de todo ello de un modo u otro, sin verse afectado por el escándalo.

Dejar a la científica a su suerte era impensable, si la reina podía evitarlo. El tiempo era esencial, lo sabía. Si no actuaban con rapidez, era muy poco probable que Sokolova y la niña sobrevivieran. La idea de exponer al *Britannia* era horrible, realmente horrible, pero ya se había comprometido a salvar esas vidas si podía. No conseguía imaginarse recibiendo algún día a otros jefes de Estado a bordo o navegando alegremente por la costa oeste de Escocia sabiendo que había causado la muerte de una niña por ese privilegio. Un secreto tan tremendo sin duda la arrastraría a una a las profundidades.

El coche se detuvo poco a poco. Un soldado italiano con uniforme de gala se adelantó para abrir la puerta.

El tercer resultado quizá fuera poco plausible, pero era el mejor de todos. Tenía a su favor que el comandante Ross era lo que se llamaba «una persona de confianza». Sin duda, a Joan le encantaría acometer la tarea, y el *Britannia* sería perfecto para ese propósito, en particular con el contralmirante Marlow ahora de su lado.

Michalowski ya había muerto por ese objetivo. La reina podría arrepentirse más tarde, pero al menos esas vidas no pesarían en su conciencia. En ese momento, se sentía optimista.

La puerta del coche se abrió, los flashes de los paparazis estallaron y una falange de funcionarios del Gobierno se preparó para recibirla.

La decisión estaba tomada.

44

Para tratarse de una médica militar novata de la que nadie había oído hablar, Tatiana Sokolova era más perspicaz de lo que Hector Ross había esperado. Aunque tampoco le importaba, pues le facilitaba el trato con ella en muchos sentidos.

Desde la precaria base de su refugio en Trieste, la doctora seguía insistiendo en confiar sólo en Kinnock o en «la mujer del café» con quien había hablado por teléfono. Sin duda, habría sido fácil enviar a otra mujer fingiendo que era la misma, pero Sokolova tenía un plan. Lo único que sabía de esa mujer era que había estado a bordo del *Britannia*. Su exigencia era que, si la mujer iba a ayudar, debía ser filmada o fotografiada durante la cobertura de la visita de la reina, con un ramito de muguete en la solapa y asiendo un ejemplar enrollado de un periódico británico. Así, Sokolova podría estar segura de que Hector realmente trabajaba con la persona que decía.

Semejante exigencia era tan escandalosa que resultaba ridícula. Pero Sokolova era rusa, y tal vez daba por sentado que los miembros de la casa real podían vestirse y llevar cosas a capricho de cualquier miembro del servicio secreto y estar tan cerca de la monarca como quisieran.

La sola idea de que alguien de la oficina privada llevara un periódico a petición de Hector era absurda. Lo mismo ocurría con la

idea de que casi cualquier mujer, salvo la dama de compañía de la reina, se acercara lo suficiente a ella como para salir en la foto. Hector se sentía como si le pidieran que caminara por la cuerda floja y saltara a través de un aro en llamas.

En principio, no le gustaba que un agente extranjero le dijera lo que tenía que hacer, máxime cuando, en contra de todo protocolo, estaba tratando de organizar su rescate. Pero podía entender el nerviosismo de Sokolova. A su manera un tanto extraña, la doctora estaba tratando de ser útil. Sentado en su silla, jugueteando con un bolígrafo entre los dedos, Hector no podía evitar maravillarse de que esa cuerda floja en particular fuera una por la que podía caminar con bastante facilidad. De todos los aros en llamas, ése era uno que sabía cómo sortear. Incluso conocía a un hombre en la Radiotelevisione Italiana que podía incluirlo en las noticias.

A continuación, el *Britannia*. Utilizar el yate real no era en absoluto su solución favorita. Había pensado en varios escenarios alternativos, en los que engañaba a Sokolova para que se reuniera con otros agentes y luego la sacaba del país a la fuerza por otra vía, pese a sus protestas. Pero ¿cuánta información habría podido obtener de ella en ese caso?

Sin embargo, si conseguía que esto funcionara, ¿no tendría entonces a aquella mujer en sus manos? Ella viajaría a Venecia, tal como había pedido, y aceptaría el refugio temporal de personas que él conocía y en las que confiaba. Sokolova se reuniría con Joan y, más tarde, con Kinnock, tal como había solicitado. Estaría a salvo. Su confianza crecería. Le contaría a Hector todo lo que sabía, incluso cosas que no era consciente de saber, hasta que él y su equipo pudieran interrogarla a fondo. La identidad del «ingeniero jefe», el

organizador del programa espacial, sería el comienzo, pero si había trabajado en la Ciudad de las Estrellas, ¿qué más podría contarles?

Curiosamente, que Joan saliera en las noticias a primera hora de la mañana siguiente, con las flores, el periódico y la reina de Inglaterra, era la parte fácil. Ahora tenía que terminar la tarea más difícil: organizar la fuga y asegurarse de que, más tarde, Joan, sin entrenamiento, pudiera sacar con garantías a la mujer más buscada de Europa, sorteando las miradas de la prensa y el KGB, y trasladarla al barco más famoso del Adriático sin que nadie se diera cuenta.

Ataviada con un vestido de encaje de color marfil, unas pieles de armiño y una alta corona de diamantes, la reina salió esa noche para disfrutar de otro banquete y una velada de Verdi en la ópera. En su honor habían elegido *Falstaff*, en un guiño a Shakespeare. Ella no estaba muy convencida de que el Bardo mejorara cuando lo traducían al italiano y le ponían música, pero una hacía lo que le mandaban.

La acompañaba sir Hugh, pero entretanto, Joan, Miles y Dominic tenían por delante una noche de trabajo. El viaje a Italia iba bien, pero el presidente Kennedy llegaría a Londres al cabo de un mes y la Secretaría Privada tenía mil detalles que ultimar y a nerviosos trabajadores nuevos de la administración a quienes tranquilizar.

Cuando un hombre del British Council le envió una nota a Joan en la que le preguntaba si podían encontrarse en un bar al otro lado del Tíber, ella supuso que era una broma, hasta que llegó a la posdata, donde el hombre mencionaba que era «un viejo amigo de Hector de

sus días en el ejército» y que estaba deseando reunirse con él para saber cómo le iban las cosas.

Cogió su abrigo y les dijo a Dominic y a Miles que volvería tan pronto como pudiera.

El bar estaba en una zona deteriorada de la ciudad, al otro lado del puente de Garibaldi. Joan se había asegurado de recogerse bien el pelo y ocultarlo bajo un pañuelo de seda oscura. En el taxi, guardó en el bolso sus características perlas. En Roma había tantas mujeres vestidas con ropa elegante y a la moda que esperaba no llamar la atención.

El hombre que la aguardaba en una mesa del rincón tenía unos cuarenta y cinco años, más o menos la misma edad que Hector. De cabello y ojos oscuros, podía ser inglés o italiano, pero tenía un ejemplar doblado del *Times* sobre la mesa, junto a un pequeño ramo de flores envuelto en papel marrón.

—Son para usted —le dijo cuando ella se sentó—. Se lo explicaré más tarde. Las necesitará mañana. Por cierto, me llamo Tom. ¿Le apetece tomar algo?

Joan pidió un Bellini y se preguntó para qué demonios serían las flores.

Tom se mostró encantador y relajado mientras tomaban sus cócteles. Le faltaban dos dedos de la mano derecha, lo que no sorprendió demasiado a Joan. El tipo de hombres que conocían a Hector a menudo habían participado en lo que la reina llamaba «una guerra interesante».

Mantuvieron una conversación intrascendente: él le explicó cómo trabajaba para fomentar los intercambios musicales y literarios en el British Council, y ella le contó anécdotas insulsas de sus años de juventud en Cambridge. Después, él le sugirió que fueran a comer juntos. Joan pensó en la montaña de trabajo que tenía pendiente, pero no se le ocurrió rechazar la invitación. Mientras caminaban hacia el restaurante que Tom había propuesto, él le dijo que había una nota en el bolsillo de su chaqueta y que debía leerla en la intimidad del baño de mujeres del restaurante.

Al final, no fueron al lugar que él había mencionado, sino a otro que estaba a pocas puertas de distancia. Se estaba haciendo tarde y las calles estaban medio vacías. Cualquier pareja que los hubiera seguido al interior habría llamado la atención, pero no fue el caso.

Joan entró en el pequeño baño y buscó en su bolsillo. La nota —dictada por teléfono, supuso ella— era breve, amistosa y anónima. Simplemente decía que el autor de la nota tendría dos paquetes en Venecia, encargados por su amigo Andrea, y que le estaría muy agradecido si ella pudiera recogerlos. Mencionaba una tienda en la plaza de San Marcos de la que ella nunca había oído hablar. La última línea era la más extraña:

> *Por cierto, pasé mi luna de miel en Venecia. Tom quizá se acuerde. Saluda con afecto a la ciudad de mi parte.*

La mente de Joan se aceleró. ¡Las tenía! O, al menos, iba a tenerlas. Qué inteligente, qué astuto era Hector, haciendo sin previo aviso lo que ella le había pedido. ¡Involucrándola! ¡Confiando en ella! ¡Empujándola al centro de la acción!

Pero esa nota sobre la luna de miel... lo estropeaba todo. Ella sabía que era cierto. Él lo había mencionado tiempo atrás, una noche después de tomar demasiado whisky y a propósito de su cenicero de cristal de Murano. Y al ver la expresión en el rostro de Joan, se limitó a añadir: «Sí, bueno, fue bonito en su momento», y nunca volvió a hablar de ello.

Joan sabía cómo había terminado aquel matrimonio. La fatalidad quiso que su esposa se enamorara del médico de la familia mientras él estaba fuera luchando, y eso destrozó a Hector. Joan era consciente de que ahora ella era el amor de su vida, de eso no tenía ninguna duda, pero el hecho de que él hubiera sido tan feliz en el pasado con otra persona era algo que todavía le resultaba muy doloroso.

El restaurante era pequeño y estaba iluminado con velas, con una camarera de cierta edad y una pequeña carta de platos que ella no reconocía.

—He pedido por ti —le dijo Tom—. Te gustará, confía en mí.

Le sirvió vino tinto de una jarra.

—¿Todo bien?

Tom lo dijo con verdadera preocupación, y Joan se dio cuenta de que aún debía de parecer alterada. Se sacudió ese sentimiento de encima.

—Por supuesto. Tengo entendido que estuviste en Venecia con nuestro amigo común. Debió de ser maravilloso —comentó ella.

El rostro de Tom se ensombreció un poco.

—Eh... bueno, en ese momento lo fue, sí. —La miró a los ojos, tratando claramente de averiguar qué necesitaba saber ella sobre la antigua vida amorosa de su amigo.

—Dime, ¿hicisteis algo interesante mientras estabais allí? —preguntó Joan.

—Bueno, nos alojamos en una pensión destartalada junto al Gran Canal. —Frunció el ceño—. Llovía a cántaros. Visitamos un par de galerías... Ya sabes... —Su rostro se iluminó—. Supongo que lo más destacado fue ir a la Locanda Cipriani, en la isla de Torcello. Está muy lejos del centro, me imagino que no la conocerás...

—¡Oh, sí que la conozco! —exclamó Joan—. La reina la visitará dentro de un par de días. Tiene previsto almorzar allí.

—¿En serio? Bueno, pues le encantará. Está en medio de la nada, en una zona muy rural y tranquila, nada que ver con lo que uno se imagina de Venecia, pero Arrigo Cipriani sabe cocinar. La comida estará deliciosa. Es un lugar especial. Ernest Hemingway y Charlie Chaplin lo visitaron, ¿sabes?

Joan lo sabía. Había investigado al respecto. A eso debía de referirse Hector. La isla de Torcello quedaba a unos kilómetros de Venecia, en medio de la laguna, y estaría cerrada a los visitantes durante la visita de la pareja real. Era un lugar más seguro que la mayoría para «recoger un par de paquetes», si sabías lo que tenías entre manos, pero ¿cómo y cuándo exactamente?

—¿Dijo algo más nuestro amigo? —quiso saber ella.

—Sí —respondió Tom—. ¿Tienes buena memoria?

Joan sonrió.

Él le facilitó un número de seis dígitos, y Joan supuso que hacían referencia a unas coordenadas y a una hora para la noche siguiente.

—Eso es todo.

—¿Conoces a Andrea? —preguntó ella.

Tom arqueó una ceja.

—Sí. Estuvo con nosotros en ese viaje. Si él acaba participando en esto, se encargará del resto.

Cuando se disponían a ponerse las chaquetas, tras disfrutar de una comida a base de alcachofas fritas y pasta fresca, la camarera les preguntó si una pequeña mochila oscura pertenecía a alguno de los dos. Joan estaba a punto de negar con la cabeza cuando Tom sonrió en señal de reconocimiento.

—*Grazie*.

Tom se la entregó a Joan cuando ella estaba a punto de subir al taxi que la llevaría de vuelta al palacio.

—*In bocca al lupo* —dijo—. Significa «en la boca del lobo». Los italianos lo dicen para desear suerte.

Joan lo sabía.

—*Crepi il lupo* —le contestó con una sonrisa. Significaba «que el lobo muera».

Él le hizo el saludo militar con los tres dedos que le quedaban en la mano derecha.

CUARTA PARTE

*Chi osa vince**

*Expresión italiana que se traduce por
«Quien arriesga, gana», lema del
Escuadrón de Asalto Especial

45

La reina se encontraba en la entrada del Palacio del Quirinal la mañana del 5 de mayo, recordando a su antepasado, Enrique VIII. ¿Qué pensaría él de ella si la viera visitando al pontífice, después de todo lo que él y Thomas Cromwell habían hecho para romper con Roma?

Al igual que en el caso de Enrique, su vestuario lo decía todo. Llevaba un vestido largo de encaje negro y un velo negro hasta la cintura, por respeto y tradición; pero lucía asimismo la brillante tiara Kokoshnik, dos collares de perlas y la insignia de la Orden de la Jarretera, un recordatorio de que era la cabeza visible de una nación independiente, con una Iglesia independiente.

A sus espaldas, mientras las cámaras disparaban sus flashes y las televisiones grababan, se veía a Joan de pie junto a su dama de compañía, con un sencillo abrigo azul realzado por un ramito de muguete y sujetando un ejemplar enrollado del *Times* del día anterior. La reina dio un paso a la izquierda para decirle algo al príncipe Felipe y, por unos instantes, su secretaria privada adjunta apareció en el centro de la imagen. Luego volvió a retroceder hacia las sombras.

Las maletas y los baúles ya se habían llenado e iban de camino al aeropuerto, donde la reina no tardaría en abordar el vuelo real con

destino a Ancona. Entretanto, esperaba con ilusión su visita al Vaticano. Ya había conocido al papa cuando era princesa. Sabía que su anfitrión sería muy cordial y que estarían rodeados de algunas de las mejores obras de arte renacentista del mundo, algo que, pese a lo que pudieran decir los periódicos, ella y Felipe apreciarían mucho. El entorno del papa era aún más magnífico que el suyo.

Sin embargo, la reina tenía la sensación de que su ropa sombría reflejaba su estado de ánimo. La multitud vería el deslumbrante brillo de la tiara de diamantes y la estrella de la Jarretera, pero ella era una persona religiosa que acudía a visitar a un hombre santo. El papa Juan XXIII era el tipo de líder que ella esperaba ser: un modernizador, respetuoso con la religión, que promovía la democracia y creía en la paz. Estaba deseando hablar con él en privado, pero, por supuesto, no llegaría tan lejos como para confesarse.

Aunque, teniendo en cuenta lo que su secretaria privada adjunta tramaba para esa noche, si hubiera querido confesarse, habría podido despacharse a gusto.

Joan abandonó Roma en tren poco después de que la comitiva real partiera hacia el Vaticano, alegando que debía ocuparse de unos preparativos de última hora en Venecia. Su temprana partida no sorprendió al Foreign Office ni a sir Hugh. Aunque todo el mundo quería a los italianos, nadie confiaba plenamente en ellos. No era nada personal, sólo el escepticismo natural respecto a la capacidad de generar confianza de cualquiera que no fuera británico hasta la médula.

A Joan le resultaba útil que su ausencia no se hubiera cuestionado, pero su problema era que ella sí confiaba en los italianos. Eran, en todo caso, demasiado hospitalarios. Habría sido lo más normal del mundo que pasara unas horas poniéndose al día con sus conocidos venecianos cerca de San Marcos y en las islas de Murano y Burano, gente con la que había estado en contacto durante semanas, pero ellos querrían llevarla a cenar y se ofenderían si no aceptaba que le ofrecieran un lugar donde pasar la noche. Se preguntó qué hotel prestigioso o palacio glamuroso habrían elegido si los hubiera avisado. Pero ella necesitaba estar en otro lugar muy distinto, algo que le habría sido imposible de explicar.

Llegó a la estación de Santa Lucía al atardecer, sola y sin anunciar a nadie su visita, tras haber cambiado de tren —y de muchas otras cosas— en la estación de Bolonia. La mujer que miraba en ese momento por la ventanilla, mientras el tren se acercaba a su destino cruzando unas vías que parecían flotar sobre la laguna, llevaba el pelo negro y rizado cubierto por un pañuelo de algodón, pantalones oscuros y estrechos, una gabardina de hombre y una chequera con el nombre de Elaine Molloy. La pequeña maleta de cuero de Joan estaba en una consigna de equipajes en Bolonia. «Elaine» llevaba la mochila de montaña del ejército que Tom le había dado la noche anterior. Se sentía libre, emocionada y asustada.

Al salir de la terminal, la impactó la imagen atemporal de los barcos frente a la estación, surcando el agitado Gran Canal cargados con mercancías y pasajeros. Podría haber contemplado el espectáculo durante horas, pero tendría que dejarlo para otro viaje. Cuando se unió a la pequeña multitud que hacía cola para coger un autobús acuático, Joan no se molestó en mirar a su alrededor para

ver si la seguían. «Si son buenos de verdad, no los verás», le había dicho Hector una vez. «Habrá más de uno, turnándose, mezclándose con la multitud. Parecerán encajar mejor que nadie allí.»

¿Trabajaba para los rusos aquel hombre que estaba comprando su billete? ¿O la mujer que iba con su bebé? Joan se sentía ridícula y a la vez con pleno derecho a hacerse esas preguntas. ¿De verdad el KGB emplearía tantos recursos en una simple recadera de Su Majestad? Aun así, era consciente de lo mucho que estaba en juego si todo salía mal.

El quiosco junto al pequeño muelle exhibía varios titulares, y la reina seguía siendo la noticia principal de primera plana en todos los periódicos. Isabel sólo estaría en Venecia durante veintiséis horas, pero Joan sabía por sus contactos que la cobertura periodística llevaba semanas siendo frenética.

El sol se estaba poniendo. Joan subió al siguiente autobús acuático y se esforzó por mantener el equilibrio entre los pasajeros junto a la pasarela, mientras el tenue resplandor rosado detrás de las nubes gris oscuro se transformaba de forma imperceptible en lila y luego en un azul más frío. Se dio cuenta de que ése era el momento del día en el que Sandra Pole había visto cómo arrojaban al estercolero el cuerpo de Michalowski. No era de extrañar que Sandra hubiera sentido un pánico cada vez más intenso. Era la hora bruja, etérea y extraña.

Lejos de la estación, las aguas se volvieron más tranquilas. Vio una góndola, elegante y negra, tan cerca que casi podía tocarla. A ambos lados del Gran Canal, los numerosos palacios tenían un aspecto irreal, como si formaran parte de un decorado. Más allá del puente de Rialto, varios restaurantes situados junto a la orilla

derramaban su luz sobre la acera, de modo que, bajo el crepúsculo, el agua brillaba como mercurio bordeado de oro.

Joan se deleitó con la vista durante tres paradas y luego llegó el momento de desaparecer entre las sombras. Mientras avanzaba a buen ritmo por la primera de varias calles iluminadas por farolas, se detuvo a escuchar por si oía otros pasos a sus espaldas. Llegó a la tercera esquina sin haber oído nada sospechoso.

Siguiendo el mapa detallado que había memorizado en su habitación de Roma, se dirigió rápidamente hacia el norte, hacia las *fondamente*, que era como se llamaba a los muelles desde donde partían los transbordadores hacia otras islas. Se fiaba de su memoria fotográfica, pero aun así dudó más de una vez de la dirección elegida, pues los pequeños callejones parecían no llevar a ninguna parte antes de revelar, en el último momento y como por arte de magia, la entrada a un pasadizo oculto. La oscuridad avanzó rápidamente sobre el crepúsculo que se desvanecía. Cuando estuvo segura de que estaba sola, buscó el siguiente letrero que anunciaba un pequeño restaurante y entró en él a toda prisa.

46

Entretanto, el *Britannia* zarpó hacia Venecia desde Ancona, en la costa este. El secretario privado y el subsecretario se encontraron en el exterior de sus camarotes, ambos ataviados con impecable esmoquin y pajarita de seda, listos para pasar una relajante velada tomando copas y buena comida, jugando a las cartas y poniéndose al día con los cotilleos de los últimos tres días.

—¿Listo, Miles? —preguntó sir Hugh.

—Por supuesto —respondió Urquhart—. Vamos.

El viaje a Italia había sido todo un éxito hasta el momento. Al fin y al cabo, Roma era la cuna de *la dolce vita* y de una antigua dinastía de emperadores. Sir Hugh había temido que los italianos modernos y republicanos no aceptaran de buen grado a una soberana extranjera tan estricta, pero, para su alivio, la habían recibido con entusiasmo. No habían tratado a la reina exactamente como a una estrella de cine, sino más bien como a un icono preciado que quisieran proteger. Era como si ella fuera el tipo de líder que ahora desearían haber tenido, en lugar de un general que acabó colgado boca abajo de una farola. Ser estricto era bueno en esos tiempos. Era un cambio bienvenido tras el caos y la tragedia de la guerra. Bueno, pues los estrictos podrían relajarse y descansar un poco esa noche.

Para empezar, Miles y él iban a transmitirle buenas noticias a la reina. Ella le había concedido a sir Hugh diez minutos en su salón antes de los cócteles, y parecía lógico que Miles lo acompañara, dado su papel clave en los acontecimientos. Todo parecía en su sitio cuando pasaron junto a los lacayos que se alineaban en el pasillo, acompañados por la música que el oficial de navegación tocaba en el piano del salón.

La reina tenía un aspecto reluciente, con unos rubíes y un vestido de cóctel de seda rosa para momentos de ocio. Estaba tomando un cóctel rojo brillante en un vaso alto y les sirvió uno a cada uno de una jarra de cristal, añadiendo una rodaja de naranja de una bandejita de plata.

—Son negronis —explicó—. Llevan ginebra y Campari. El capitán de fragata Attwell los descubrió en Roma.

Sir Hugh probó el suyo sin demasiada convicción. Era muy rojo, la verdad. A él le encantaba todo el ritual del tradicional gin-tonic con una rodaja de limón: era una de las cosas que volvían grande a Gran Bretaña, ¿no? Pero los cortesanos de Su Majestad eran muy flexibles.

Todos se sentaron y, por invitación de la reina, Urquhart encendió un cigarrillo. Sir Hugh se relajó en su sillón, agradecido al comprobar que ya podía mover libremente el cuello y la columna vertebral.

—Se trata del caso del asesinato del tren, señora —anunció—. Estoy seguro de que le alegrará saber que el MI5 ha concluido prácticamente su investigación sobre la muerte del fotógrafo Michalowski. Fueron los rusos, tal como sospechábamos. Michalowski estaba tratando de sacar a gente de la Unión Soviética,

y a ellos eso no les gustaba. Esta tarde he recibido el informe del jefe de la Sección D.

La reina sonrió.

—Eso me tranquiliza.

Sin embargo, aún se le notaba la tensión tras aquellos últimos días de exposición pública. No estaba tan contenta como sir Hugh había esperado.

—Le alegrará saber que fue Miles quien los ayudó a conseguirlo.

—Vaya, ¿en serio?

El subsecretario privado dio una tranquila calada a su cigarrillo. Luego lo dejó consumirse en un cenicero mientras hablaba.

—Hace unos días, señora, antes de partir hacia Italia, descubrí que podría existir una conexión entre Josiah Thorburn y un agente ruso actualmente en manos del MI5. Thorburn era el hombre en cuya propiedad se encontró el cuerpo de Michalowski. El agente, Sergei Steklyar, era un tipo con quien usted podría haberse cruzado a través de sus contactos en el mundo ecuestre. Era muy conocido en los círculos de caza y concursos hípicos. Quizá lo recuerde, se hacía llamar Bill Douglas.

La reina frunció el ceño.

—¿Bill Douglas? ¿El hombre de los chalecos amarillos?

—Exacto, señora, y no sé si lo vio en los informes de hace unas semanas, pero en realidad era una especie de espía muy competente. O, más bien, organizaba redes de espionaje en Inglaterra, proporcionándoles dinero, equipo y todo lo necesario desde el Kremlin, y pasando información secreta. Es posible que usted no hubiera reparado en todo eso, porque en aquel momento estaba ocupada con los preparativos para la India.

—Me suena —dijo ella.

—Ah. Pero lo que usted no sabe, señora —intervino sir Hugh—, es que, sorprendentemente, Steklyar era amigo de la encantadora Tracy Thorburn. Miles lo descubrió en Windsor.

—¿De verdad, Miles? Buen trabajo.

Sir Hugh dio un sorbo a su negroni, que le estaba empezando a gustar, mientras Miles continuaba.

—Tracy es una joven jinete de concursos completos de equitación, señora. Una chica con mucho talento que se enamoró de uno de los caballos de Steklyar. Él sentía por ella un afecto paternal, y le prestó el caballo de manera indefinida. Resulta que él había estado en cacerías con su padre y había ido a Glyndebourne con su madre, ese tipo de cosas. No era un amigo íntimo de la familia, pero sí más que un conocido lejano.

La reina frunció el ceño una vez más.

—Pero ¿Steklyar no estaba en manos del MI5 cuando mataron a Michalowski?

—Sí. Y he ahí lo interesante, señora. Steklyar pudo planear la operación, pero no pudo llevarla a cabo. Nosotros... quiero decir, ellos... debían averiguar cómo había podido organizar todo eso con Thorburn si estaba incomunicado. El hombre se negaba a hablar. Había revelado tantos secretos ya que al principio esa actitud parecía extraña. En cualquier caso, el jefe de la Sección D no estaba dispuesto a esperar. Cambió de estrategia y ordenó a la División Especial que arrestara a la joven Tracy, y le dijo a su familia que sería acusada de traición. Se sabía que esa joven había hecho algunas preguntas bastante concretas sobre los movimientos de

Michalowski poco antes de su desaparición, así que la cosa no pintaba bien para ella.

—No, ya entiendo a qué se refiere —dijo la reina, asintiendo.

Urquhart dio otra calada a su cigarrillo.

—Después de eso, su padre no tardó mucho en derrumbarse. —El subsecretario se arrellanó en el asiento con aire expansivo—. Hace tres días, Thorburn se entregó y lo contó todo. Resultó que llevaba tiempo simpatizando con la causa comunista, ¿puede creerlo? Sentía una simpatía mal entendida por los bolcheviques, gratitud hacia Stalin por haber contribuido a derrotar a Hitler y una ceguera deliberada ante las atrocidades que los dirigentes rusos han infligido a millones de personas desde entonces. Había hecho varios trabajitos para Steklyar, y cuando éste le dijo que quizá se marcharía por un tiempo... al parecer tenía la sensación de que la CIA podía andar tras él y tuvimos mucha suerte de atraparlo antes de que huyera... Thorburn se alegró de que Steklyar le presentara a otra persona.

—¿No me diga? ¿A quién? —preguntó la reina inclinándose hacia delante. Sir Hugh se mostró complacido al ver lo genuinamente interesada que estaba ahora.

—Ah, bueno, ahí es donde la cosa se pone interesante —dijo Urquhart—. Y por eso estamos aquí, en realidad. Este nuevo hombre es un personaje un poco turbio que se hace llamar Dennis Wilson. Un contable de Oxford, que ya era conocido por la policía por un par de delitos menores, aunque no sabían que también es un infiltrado ruso. Ése era el secreto que Steklyar intentaba proteger. No recuerdo ahora el nombre real de Wilson. Está en el informe que encontrará

en sus cajas esta noche, señora, pero yo... es decir, nosotros... queríamos ser los primeros en contárselo...

—Por supuesto que sí, Miles —repuso ella.

Urquhart asintió, satisfecho.

—¿Por dónde iba? Ah, sí, Wilson. Parece que lo estaban entrenando para sustituir a Steklyar. Le pidió ayuda a Thorburn para rastrear los movimientos de Michalowski, y Thorburn le ofreció a su atractiva hija para reunir la información, cosa que ella hizo debidamente. Más adelante, cuando Wilson necesitó un lugar para deshacerse del «material no deseado», lejos de Londres, Thorburn no hizo demasiadas preguntas.

Sir Hugh decidió que Miles ya había tenido suficiente protagonismo. Terminó su cóctel y salió al escenario.

—La Brigada de Homicidios ya había deducido lo que probablemente ocurrió, señora. Las pruebas obtenidas de los campos ya estaban ahí. Durante el interrogatorio, Thorburn admitió que había sugerido utilizar los cerdos de una de las granjas de la finca para deshacerse de... lo que fuera que Wilson necesitara eliminar. Luego se marchó del país para crearse una coartada y dejó a su guardabosques a cargo del asunto. Cuando resultó que los cerdos ya habían pasado por el matadero, el guardabosques les dijo a los hombres de Wilson que podían utilizar el estercolero de la granja como escondite temporal. Creyeron que sería seguro arrojar el cuerpo entre el estiércol y el heno, pero el tren real apareció de la nada y los pilló por sorpresa. Así que trasladaron el cadáver al mejor lugar que se les ocurrió mientras esperaban la siguiente remesa de cerdos. Pero antes de que eso sucediera, la policía ya estaba registrando toda la zona y era demasiado tarde. Aun así, incluso

entonces se creyeron a salvo, porque el inspector de la zona era pariente del ama de llaves de Thorburn. No imaginaban que, poco después, se involucraría también la Brigada de Homicidios desde Londres.

—¿Thorburn ha admitido todo eso? —quiso saber la reina.

Sir Hugh miró la jarra para comprobar si quedaba suficiente negroni para servirse un poco más. La reina se dio cuenta y volvió a llenarle la copa mientras él hablaba.

—El comandante Ross, de la Sección D, tiene sus métodos, señora. Una vez que Thorburn admitió haberle hecho un favor a Wilson, el resto salió a borbotones. Además, no parecía demasiado afectado por el cadáver, pero sí muy decepcionado con sus hombres: estaba deseoso de mostrar su enfado por su incompetencia.

—¿Y Tracy? ¿Qué pasa con ella?

—Ross hizo un trato para mostrarse indulgente con la chica. Nada de esto fue idea suya. Se hace la inocente, y su padre está pagando el pato. Me han dicho que está muy molesta por haber perdido a su caballo, porque la policía cayó en la cuenta de que *Sirocco* pertenecía a Steklyar y sus posesiones han sido confiscadas.

Los ojos de la reina se abrieron como platos al oír eso. Nadie podía superar su amor por los caballos, pero incluso ella parecía pensar que Tracy no entendía la gravedad de la cuestión.

—Por lo visto, Steklyar lo estaba haciendo muy bien, señora —añadió Urquhart—. El Kremlin le había dado un capital inicial para que se estableciera como empresario con un poco de «arrojo», y resultó que se le daba de maravilla. Había convertido unos pocos miles en más de un millón. Un pequeño capitalista en toda regla.

—Y el nuevo agente, el sucesor de Steklyar... —intervino la reina— Wilson, ¿verdad? ¿Lo han detenido?

La reina estaba haciéndose cargo de todo a la perfección, pensó sir Hugh. Sus propios procesos mentales estaban ahora un pelín deshilvanados... ¿Por dónde iban? Ah, sí, el sucesor de Steklyar. Negó con la cabeza.

—No, señora, no lo han detenido. El MI5 tiene a Wilson bajo vigilancia. Lo están dejando actuar con normalidad y confían en que los llevará a todo tipo de lugares interesantes. Eso significa que tampoco se arrestará formalmente a Thorburn por el momento, para no alarmar a Wilson, pero Thorburn tiene varios contactos en el bloque del Este, y el MI5 cree que también podemos utilizarlos en nuestro beneficio.

La reina frunció el ceño de nuevo.

—¿Podemos confiar en él?

—No —respondió sir Hugh—, pero podemos controlarlo. El comandante Ross parece un tipo tranquilo, casi diría que un tanto tímido, pero más vale no ganarse su enemistad. Cuando huele sangre, es como un tiburón en el agua. Thorburn sabe que ahora está en sus manos: sólo puede hacer lo que le digan, o perderá a su familia, su hogar, su sustento y su reputación. Eso se lo han dejado muy claro.

La reina dio un sorbo pensativo a su negroni.

—Muchas gracias a los dos. Supongo que sólo me falta saber qué ha sido de los agentes que cometieron el asesinato del señor Michalowski. Doy por hecho que eran del KGB, ¿no?

—Así es —reconoció sir Hugh—. No sabemos cómo se enteraron los rusos de las actividades de Michalowski, pero lo hicieron de

alguna manera. Los hombres que se deshicieron de él trabajaban en la embajada, señora. Volaron a Berlín al día siguiente de que se descubriera el cadáver. El ministro de Asuntos Exteriores tendrá unas palabras muy duras con el embajador. No volverán.

La reina se levantó.

—Todo esto ha sido muy esclarecedor. Me alegro mucho de que la información sobre Tracy Thorburn, la obtenida en Windsor, haya resultado tan útil.

—No ha sido nada, señora —dijo Miles con una sonrisa—. Nos complace haberle sido de utilidad.

—Y ahora el MI5 tiene un nuevo agente al que vigilar y al señor Thorburn haciendo de espía para ellos. Muy satisfactorio.

—¿Verdad? —repuso sir Hugh—. Es un alivio haber dejado todo el asunto resuelto. Pobre Michalowski, parecía un buen tipo; no se merecía un final como ése. Pero así son los rusos. Ahora ya podemos quitarnos todo esto de la cabeza.

—Sí, supongo que sí —respondió la reina con una extraña sonrisa.

Miles sonrió también, de oreja a oreja.

—¡Y nos vamos a Venecia!

Un lacayo abrió la puerta y la música de piano se derramó por el interior. El oficial de navegación estaba tocando una canción de Dean Martin y sir Hugh tarareó la melodía. Entretanto, la extraña sonrisa de la reina permanecía fija en su rostro.

—Así es.

47

En Venecia, Joan contemplaba el mar abierto. El cielo estaba ahora negro, tachonado de estrellas que asomaban aquí y allá entre las nubes. Estaba en el último autobús acuático hacia Murano, alejándose de las luces y el bullicio de la ciudad a la que prácticamente acababa de llegar.

En el pequeño restaurante le habían servido un plato rápido y sencillo de arroz con guisantes, o *risi e bisi*, como lo llamaban allí. Hector se lo había preparado muchas veces. Joan se preguntaba dónde habría aprendido a cocinarlo y quién le habría enseñado a conseguir un arroz tan cremoso y ese verde intenso de los guisantes entre los granos. Sin duda, él estaría paseándose por el piso de Londres preocupado por ella, sin confiar del todo en que lo hiciera bien, deseando estar ahí para hacerlo como era debido. Nunca la había visto trabajar. No sabía lo rápido que se adaptaba.

A su derecha, el muro blanco y recto de una pequeña isla se cernía contra la oscuridad. Debía de tratarse de San Michele, el cementerio de Venecia. Alguien había tenido la ocurrencia de que a la reina y al duque podía gustarles visitarlo durante su viaje. Sin duda estaba lleno de los huesos de fascinantes personajes públicos, pero la pareja real sólo disponía de una jornada completa en Venecia

al día siguiente, y Joan había declinado educadamente el ofrecimiento en su nombre.

Sin embargo, sí habían aceptado visitar la isla de Murano, que no quedaba muy lejos. El conservador de la Colección Real le había explicado a Joan que esa isla era el lugar adonde se había enviado a todos los fabricantes de vidrio muchos siglos atrás, cuando los fuegos de sus hornos amenazaban con quemar los edificios de madera de la ciudad. Y en la actualidad seguían trabajando allí. La reina contaba con varias piezas antiguas de cristal veneciano en su colección. Eva, la tía de Joan, tenía un precioso jarrón verde de hacía unos diez años, que parecía agua capturada en el momento preciso de fluir. Y Hector tenía aquel llamativo cenicero de cristal que parecía arder con fuego desde dentro, comprado en su luna de miel.

Mientras se aproximaban a la isla, Joan se dio cuenta de que el ferry seguía un rumbo marcado por altos postes de madera que sobresalían del agua, iluminados de vez en cuando por el haz de luz de un faro cercano. Se preguntó distraídamente qué pasaría si el barco se desviaba del canal. Ése era un sitio para los lugareños, que conocían los peligros que acechaban y sabían cómo sortearlos. Se alegró de no estar sola.

El trayecto no duró mucho. Cuando desembarcó y pisó tierra firme, pudo distinguir las luces centelleantes de la ciudad en la distancia. A su alrededor, los pocos pasajeros se apresuraron a abandonar el muelle y a encaminarse, con la cabeza gacha, hacia sus hogares y sus familias.

A Joan le llamó la atención que estuviese todo tan desierto. Los restaurantes ya estaban cerrando sus persianas. Los lugareños estaban en casa. A esa hora no había turistas. Costaba imaginar que

al día siguiente habría más de cinco mil hombres trabajando allí, creando los objetos de vidrio de colores que se enviaban a todo el mundo. El proceso le resultaba fascinante: ¿cómo se soplaba el vidrio para darle forma redonda, cilíndrica, de lágrima de lámpara o de caballo al galope? No le sorprendía que el duque, amante de la artesanía, estuviera deseando ver trabajar a aquellos hombres.

Pero ahora los trabajadores estaban en casa, las calles estaban casi desiertas y reinaba una sensación fantasmagórica en el aire que parecía impregnar el agua que rodeaba el lugar. Joan tenía otro mapa mental que seguir y se puso en marcha. Murano era mucho más fácil de recorrer que Venecia: sólo tenía que seguir los taludes de los canales y cruzar un puente peatonal para llegar al otro lado de la isla. Se lo puso más difícil a sí misma tomando rutas entre edificios industriales bajos, esperando y dando vueltas, mientras buscaba a las figuras sombrías que le habían dicho que no vería, por mucho que estuvieran allí.

La sensación fantasmagórica persistía mientras caminaba. Un zumbido bajo y persistente acentuaba el silencio nocturno, quebrado por ocasionales silbidos y crujidos. Le recordaba a algo, y tras varios minutos caminando cayó en la cuenta de que era como el sonido de un incendio en un edificio bombardeado durante los bombardeos aéreos de Londres. Se le erizaron los pelos de los brazos.

Finalmente, llegó a un pequeño canal frente a un terreno abierto. Se había levantado un poco de viento, que traía consigo la humedad salada de la laguna. Encontró los peldaños que bajaban hasta el agua y que señalaban las coordenadas de seis dígitos que Hector le había dado a través de Tom, y se sentó a esperar.

El aire frío y húmedo se le colaba por el cuello y le subía por las mangas. Los zumbidos y silbidos se superponían al chapoteo irregular de las olas contra los escalones de hormigón y al sonido de las ráfagas de viento que llegaban del otro lado del agua. ¿Qué eran esos silbidos?, se preguntó. Y entonces comprendió que, mientras la gente dormía, los hornos de Murano seguían en marcha. No podían permitir que se enfriaran por completo durante la noche. Según el conservador, en fecha reciente habían pasado del carbón vegetal al gas metano, un dato que sin duda impresionaría al duque. Incluso ahí, en un lugar donde se hacía el mismo trabajo desde el siglo XIII, la tecnología moderna estaba cambiando el mundo. Eso explicaba aquel silbar y crepitar, pero no contribuía a que su temor instintivo remitiera.

Joan se abrazó las rodillas con los brazos y repasó el plan una y otra vez, mirando fijamente la misteriosa oscuridad de la laguna. Había encontrado una nota escondida en el forro de la mochila, con un esbozo de lo que Hector pretendía. Los detalles eran vagos y requerían los conocimientos que ella ya tenía. La nota estaba escrita en código en seda, pero la mochila también contenía una instantánea de dos mujeres jóvenes, con la inscripción «Betty y Daphne, 57» en el reverso. Las mujeres en cuestión eran desconocidas para Joan, pero los nombres no. Recordaba haberle contado a Hector que la novelista Daphne du Maurier había ayudado a la reina Isabel (¿«Betty», sin duda?) a escribir su mensaje de Navidad de cuatro años antes. Aún era capaz de visualizar el borrador definitivo de ese discurso. Había aportado un agradable código improvisado para descifrar el mensaje de la seda.

Al cabo de dieciocho horas, todo habría terminado. Sólo tenía que sobrevivir a la noche.

Joan casi había perdido la noción del tiempo cuando un débil chapaleo se volvió gradualmente más intenso y una esbelta lancha de madera se fue acercando con las luces apagadas, antes de deslizarse con elegancia y detenerse justo delante de ella.

El piloto levantó la mano.

—*Signora*.

Antes de subir a bordo, tenía que plantearle una cuestión de parte de Hector. Era como volver a 1943, aunque ella nunca había hecho eso antes.

—Hace una noche horrible para estar en el agua —dijo ella en italiano.

—No cuando aparece la luna —contestó él en inglés.

Era la respuesta que Joan esperaba. El piloto le tendió la mano para ayudarla a subir y la embarcación se adentró rápidamente en la laguna.

Aferrándose el pañuelo para mantener la peluca en su sitio, observó cómo el piloto navegaba con rapidez pero con cautela entre los postes indicadores, atento a otras posibles embarcaciones en el agua. Estaban solos, salvo por unos barcos de pesca inmóviles en la distancia. A esa velocidad, sería imposible que alguien los siguiera sin ser visto. Al cabo de varios minutos, el hombre redujo la velocidad a un ritmo más pausado; tampoco quería llamar la atención. Con una mano en el timón, se volvió hacia ella.

—*Ciao*, soy Andrea. Tú debes de ser Joan. Encantado de conocerte. ¿Cómo está Hector? Dile que tiene que volver a visitarnos.

—Lo haré —prometió Joan—. Está bien.

—Me lo imaginaba, teniendo en cuenta lo que estamos haciendo aquí esta noche.

—¿Y tú? —preguntó ella—. ¿A qué te dedicas ahora?

—Oh, soy granjero y pescador —respondió Andrea encogiéndose de hombros.

Era el gesto de un hombre que pasaba la mayor parte del tiempo sin dedicarse ni a la agricultura ni a la pesca. Joan se preguntó en qué andaba metido realmente.

—¿Conoces nuestra ciudad? —quiso saber él.

—Es mi primera visita.

—Pues espero que no sea la última. —Tuvo que levantar la voz para hacerse oír por encima del ruido del motor—. Vamos a la casa de un pariente mío en Torcello. Hay dos personas esperando allí, esperando para conocerte.

—¿Están a salvo?

Andrea volvió a encogerse de hombros.

—Por ahora, sí. Sin duda tienen hambre. O la tenían, al menos: se abalanzaron sobre los *salumi* como si llevaran una semana sin comer. La niña está delgada como un palo y no habla. Todavía se está recuperando. Lo vi en la guerra.

—¿Qué edad tiene? —preguntó Joan.

—Es más o menos así de alta —dijo él colocando la palma de la mano a la altura de su cintura—. Se parece a su madre. Hubo un

problema al otro lado de la frontera. Creo que la niña se puso enferma, y eso las retrasó.

—¿Sabes cómo fue el viaje?

Andrea negó con la cabeza.

—Terrorífico, eso está claro. —Frunció los labios—. La niña todavía tiembla. Esos comunistas están muy orgullosos de su mundo y, sin embargo, lo envuelven en alambre de púas para impedir que su propia gente se vaya. A nosotros no nos importa que nuestra gente cruce sus fronteras; sabemos que volverán.

Joan pensó en los guardias fronterizos que patrullaban y eso le recordó lo que debería suceder a continuación.

—Hector no dijo exactamente cómo vas a llevarnos hasta nuestra posición —dijo—. Nadie debe saber que estamos allí...

Él levantó una mano.

—Lo entiendo. Podrían adivinar más tarde la identidad de la señora y la niña. He encontrado una solución. En veneciano lo llamaríamos «*furbo*»... —Se dio una palmadita en la frente—. Una solución inteligente, astuta. Siempre encontramos una manera.

Más adelante, otras islas empezaron a surgir de la oscuridad. Una de ellas estaba urbanizada, como Murano, pero era más pequeña y tenía casas más deterioradas. Joan se sintió aliviada al volver a ver viviendas humanas en medio de las marismas de la laguna.

—¿Burano? —preguntó.

Andrea asintió.

—*Brava*. Has estudiado el mapa, ¿eh? Es el hogar de las artesanas del encaje. Elisabetta vendrá a visitarlo mañana con su marido.

Lo dijo con orgullo, como si fuera un detalle que ella pudiera desconocer. Joan comprendió que Hector no debía de haberle

explicado que se encargaba de los detalles de la agenda de la reina. ¿Cómo la habría descrito?, se preguntó.

Dejaron atrás Burano, y una nueva masa de tierra oscura se alzó ante ellos. Con aquel enorme y altísimo campanario, sin duda se trataba de Torcello. Al atardecer, los carabineros locales habían inspeccionado el lugar para asegurarse de que no hubiera visitantes no invitados acechando. Volverían al amanecer para cerrarlo por completo a visitantes ociosos y paparazis, como preparativo para la llegada de la reina. Eso dejaba un margen de unas cinco horas para ponerse en posición.

Joan contempló el campanario desde el barco. Se alzaba solitario y era de planta cuadrada y sencilla, con una hilera de ventanas en arco cerca del tejado como única decoración. Le maravilló su altura al aproximarse a él, pues cuanto más cerca estaban, más parecía que la isla no contuviera otra cosa que hierba y árboles.

—¿Quién vive aquí? —preguntó escudriñando la oscuridad.

—Unos cuantos granjeros y pescadores —explicó Andrea—, como yo. Hay tres sacerdotes que se ocupan de la catedral, y luego están los dueños de los restaurantes para los turistas que acuden aquí. También tenemos a un erudito excéntrico que colecciona estatuas de piedra. Y mi pariente, que prefiere la vida tranquila.

—¿Una catedral y una torre, sólo para ellos?

Él se encogió de hombros.

—Torcello fue en su día la capital de la laguna. Cuando Venecia era sólo barro, éste era el centro, hace mil años. Ahora es la periferia.

Muy por encima de ellos, una luna menguante apareció entre las nubes. Era el día en que los estadounidenses habían intentado

emular a los rusos enviando a un hombre al espacio. ¿Lo habría conseguido Alan Shepard?, se preguntó Joan. Desde ese lugar, en medio de la oscura laguna, se hacía imposible imaginarlo.

Andrea condujo la embarcación despacio y sin hacer ruido a través de un canal en las marismas situadas al este de la isla. La torre del campanario se elevaba muy por encima de ellos, a la izquierda. Entonces la lancha dobló un recodo y apareció otro canal sinuoso que discurría entre la isla propiamente dicha y un saliente de tierra, al norte. Siguieron por ese nuevo canal durante un par de minutos. Joan acababa de distinguir el tejado de una villa rural aislada en la ribera opuesta del canal respecto al campanario, cuando Andrea apagó el motor.

—*Siamo arrivati*. La casa de mi pariente. Déjame presentarte a nuestras invitadas.

Desembarcaron. A diferencia de Murano, en Torcello no había ni siseos ni zumbidos. Más allá de la suave brisa que se había levantado mientras cruzaban la laguna, el lugar estaba inquietantemente sumido en el silencio, salvo por el constante chapoteo de las pequeñas olas contra el talud. La luna proyectaba una luz plateada y fantasmal a lo largo del camino de ladrillos que atravesaba un huerto hasta llegar a la villa. En otras circunstancias, habría resultado incluso romántico. Joan se preguntó si Hector habría pasado su luna de miel en ese preciso lugar. Se reprendió a sí misma por pensar en eso.

48

En la villa, Andrea señaló una puerta que daba directamente a la cocina. En el interior, tres rostros femeninos, iluminados por una única lámpara, levantaron la vista de una mesa de madera desnuda. Uno tenía una mata de abundantes rizos oscuros, salpicados de canas. Era evidente que era ella quien estaba al mando, y Joan se regañó a sí misma por dar por hecho que «el pariente» de Andrea era un hombre. Frente a ella, se sentaba una mujer demacrada y de cara ancha con una niña agotada en su regazo. La niña se chupaba el pulgar y presionaba contra su cuello un perro de trapo deshilachado y raído, como si fuera una manta reconfortante. Ambas tenían el pelo corto, oscuro y espeso, y los ojos claros. Joan las reconoció al instante por la fotografía que había visto en Curzon Street.

—Hola —saludó—. Doctora Sokolova, me llamo Joan. He venido a recogerla.

El rostro de la mujer se transformó al esbozar una sonrisa.

Las presentaciones se complicaron mientras se decidía qué idioma utilizar. Andrea presentó a su prima como Vittoria: su inglés no era tan bueno como el italiano de Joan, por lo que Joan se dirigió a ella en italiano para darle las gracias, mientras Vittoria insistía en preparar un plato de comida para su nueva invitada. El francés de

Sokolova era mejor que su inglés, de modo que se las apañó con una mezcla de ambos idiomas, acompañándolos con dramáticos gestos con las manos.

—Háblame de tu viaje —pidió Joan, tomando asiento con ellas a la mesa.

Sokolova negó con la cabeza y apartó la mirada.

—*L'horreur! L'horreur!*

Después de lo que le había contado Andrea, Joan supuso que no obtendría mucha más información, pero entre cafés, cervezas y varios cigarrillos, Sokolova se animó y poco a poco fue contando su historia.

Todo había comenzado diez años atrás, cuando Tatiana Sokolova trabajaba como guía turística a tiempo parcial durante las vacaciones universitarias. Pavel Michalowski era uno de los integrantes de la visita a Moscú, el más joven de su grupo, y enseguida se llevaron bien. Se suponía que los jóvenes no debían confraternizar mucho, pero, como es natural, acabaron intimando. Pavel y ella compartían la afición por el ajedrez, y pasaron juntos todo el tiempo que pudieron. Prometieron mantenerse en contacto, y así lo hicieron, a través de revistas de ajedrez y rompecabezas, que acompañaban con cartas. Tatiana se convirtió en investigadora médica y empezó a trabajar en el ejército, mientras que Pavel se ganaba la vida como ayudante de fotógrafo. Se volvieron más astutos y creativos a medida que tenían más cosas que compartir y más que ocultar a la censura.

—¿Y la niña? —preguntó Joan señalando a la pequeña, ahora dormida en el regazo de Sokolova. La verdadera paternidad de la niña se le había ido revelando poco a poco mientras Tatiana hablaba.

La mujer asintió con la cabeza mientras acariciaba el pelo de su hija.

—¿Ella lo sabe?

Tatiana negó con la cabeza.

—Maria sabe que es mi hija, pero no quién es su padre. En mis cartas, siempre era la hija de un amigo. Cuando Pavel preguntaba por ella, lo hacía por la hijita de mi amigo. Pero ella era la razón por la que seguíamos en contacto. Él siempre preguntaba, siempre. Sabía que era el padre. —Su rostro se ensombreció de repente—. No sé nada de él desde hace semanas. Estoy preocupada. ¿Qué ha pasado?

Joan eludió la pregunta.

—Él indicó que trabajabas en la Ciudad de las Estrellas. ¿Es eso cierto?

—¿Pavel dijo eso? —Tatiana dio un trago a su cerveza y asintió despacio—. Hace dos años. Trabajaba en la... —Buscó la palabra en inglés y en francés y por fin la encontró—: La centrifugadora. Mi tarea consistía en supervisar a los cosmonautas cuando experimentaban las fuerzas de la gravedad. Llegué a conocerlos a todos.

—Y supongo que sabes quién dirigía el programa —preguntó Joan. Sabía que no era su trabajo interrogar a la doctora Sokolova, pero también que algo podía salir mal en cualquier momento. Ésa podía ser la única oportunidad de descubrirlo.

Pero Tatiana negó con la cabeza y señaló a Joan con el dedo.

—No voy a hablar de eso aquí. Ahora no, ni contigo. No lo haré hasta que Maria y yo veamos el Big Ben.

Joan sonrió al oír eso.

—Todavía me sorprende que hayas podido traerte a tu hija. ¿Cómo la sacaste?

Eso sí era algo que Sokolova estaba dispuesta a contarle. A medida que su desencanto aumentaba, Pavel la enseñó a comunicarse con micropuntos. El plan original, cuando se le presentó la oportunidad del torneo de ajedrez en Austria, era escapar sola.

—Fue un milagro. Tenía que aprovecharlo.

Durante años, le habían asqueado las historias sobre el hambre, los asesinatos y la represión en los estados satélites, en los gulags. Miró a su alrededor mientras hablaba y observó la oscuridad a través de un pequeño hueco en las cortinas.

—Hablar de esto... —añadió, y dio una calada nerviosa al cigarrillo —. En voz alta... Es la primera vez. Perdona...

Le entregó la niña dormida a Vittoria y fue hasta el baño cercano, donde la oyeron vomitar. A su regreso, encendió un nuevo cigarrillo. Las palabras brotaron de ella con una facilidad y urgencia crecientes.

Al principio, tras la muerte de Stalin, había vivido con la esperanza de que Jruschov trajera consigo una Unión Soviética más abierta, pero percibía que sus compatriotas se resistían a cualquier transformación. Supuso que los cambios no serían duraderos. Todo el tiempo tenía que mentir a sus mejores amigos sobre lo que pensaba y creía. Estaba perdiendo la fe.

—Estaba perdiendo mi identidad —concluyó—. No era una madre digna para mi hija. Tenía que hacer algo. Le pregunté a Pavel si podía ayudarme y me contó que ya había hecho eso en otras ocasiones. De alguna manera, Maria me seguiría, encontraríamos la forma. Pero cuando se acercó el momento, me di cuenta de que no

podía dejarla atrás ni siquiera un segundo. Así que... —vaciló por primera vez y bajó la vista— me hice amiga del capitán del equipo de ajedrez.

En segundo plano, Andrea carraspeó al oír la expresión «me hice amiga». Ella volvió a alzar la vista, pero con la mirada perdida de quien sufre un estrés postraumático.

—Le dije que quería que mi niña tuviera la oportunidad de viajar. Creo que él sabía que, en lo más hondo de mi corazón, deseaba huir, pero ignoraba que tenía ayuda para hacerlo. Debió de parecerle imposible, y tener a Maria conmigo lo volvería aún más imposible. Dijo que pediría permiso, y lo obtuvo hace dos semanas. Envié una nota a Pavel para explicárselo, pero nunca recibí respuesta. Dime, ¿cómo está Pavel? Insisto, ¿qué ha pasado? ¿Está vivo?

En su sueño intranquilo en el regazo de Vittoria, la niña gimió un poco. Todos se volvieron hacia ella mientras Vittoria la mecía suavemente.

—Tengo entendido que Maria se puso enferma —le dijo Joan a Tatiana—. Por eso llegaste con retraso a la reunión en Cagliari. ¿Qué pasó?

—Se puso enferma en Moscú —explicó Tatiana—. Fingí que no era nada, le di medicamentos para bajar la fiebre. Tenía que venir conmigo como fuera. Esperaba que se le hubiera pasado para cuando llegáramos a Viena, pero se puso peor. Ardía de fiebre. La cuidé como pude en el tren y, cuando empezó a tener alucinaciones, la escondí. Le di tantas medicinas que no estaba segura de si sobreviviría.

No era de extrañar que se hubieran retrasado al llegar a Italia. Ambas debían de estar totalmente débiles y exhaustas.

—*La povera piccina* —dijo Vittoria con ternura, acariciando el pelo de la niña.

—No me has respondido —le dijo Tatiana a Joan, ahora con cierta dureza—. Sobre Pavel. Te lo pregunto por tercera vez. ¿Está muerto?

Joan no tuvo el valor de mentir. No dijo nada.

Tatiana volvió a mirarla con aquella expresión intensa y firme que Joan reconocía de la fotografía. Terminó el pitillo sin decir nada y lo apagó en el cenicero que tenía junto al codo. Al principio le temblaban los dedos, pero unos segundos después dejaron de hacerlo.

—Él nos salvó —dijo—. Sabía el riesgo que corría... —Se encogió muy levemente de hombros.

Andrea levantó el brazo izquierdo y dio unos golpecitos en su reloj. Cogió una llave de latón, grande y antigua, de un plato en el centro de la mesa y se la entregó a Joan.

—Aún no estáis a salvo. Vamos, es hora de irse. Una cosa más...

Levantó un dedo y le indicó a Joan que lo siguiera al recibidor. Allí, abrió el cajón de una vieja cómoda de roble y sacó una pequeña bandolera de cuero, de la que extrajo una pistola. Se la mostró, sosteniéndola sobre la palma extendida.

—¿Sabes cómo usar esto?

Joan asintió con más confianza de la que sentía. Había pasado mucho tiempo, pero había adquirido bastante práctica en granjas y campos de tiro durante la guerra. Si las cosas se ponían feas, la memoria muscular se haría cargo. ¿O no?

—Está cargada. Ayer disparé con ella, y está en buenas condiciones. Hay más munición en la bandolera —añadió.

Joan empuñó el arma brevemente y puso y quitó el seguro, familiarizándose con el mecanismo de liberación del cargador. Luego la volvió a guardar, se colgó la bandolera al hombro y asintió con la cabeza para indicar que estaba lista.

49

El trayecto desde la villa hasta su destino final para pasar la noche fue corto. Andrea llevó en brazos a Maria hasta una barca de remos que esperaba junto a la elegante lancha que había utilizado antes. Tatiana subió a bordo con una gran bolsa de tela atada a la espalda que contenía todas sus pertenencias y se sentó en la popa, con el brazo alrededor de la niña. Joan se sentó en la proa, sosteniendo contra el pecho la bandolera de cuero y su mochila.

Soplaba más viento y había más nubes que antes. De pie y a los remos, Andrea guió la barca durante cinco minutos por el canal, que formaba un recodo en forma de «S» al norte de la isla. Seguían teniendo el campanario delante y a su izquierda, cada vez más cerca. Antes de llegar a su altura, sin previo aviso, Andrea dirigió la embarcación hacia lo que parecía una zona de espesa vegetación a un lado del campanario. En el último momento, una pequeña ensenada apareció de la nada bajo la luz de la luna, y él las llevó a través de un canal tan estrecho que podrían haber tocado las frondas colgantes de los árboles a ambos lados.

Justo antes de llegar a un pequeño puente de piedra sobre el canal, los árboles dieron paso a la hierba y Andrea detuvo la barca y le indicó a Joan que bajara primero. Ella cogió la amarra del bote y la ató a un poste colocado allí para tal fin, antes de ayudar a Tatiana

y a la niña a salir. Maria temblaba visiblemente en el aire nocturno, aunque no hacía mucho frío. Bajo su abrigo demasiado pequeño, la niña estaba en los huesos.

Tatiana señaló el campanario, situado ahora a unos cien metros por delante y a su izquierda, al otro lado del prado. Joan asintió. Seguir un poco más por el canal más ancho con el recodo en «S» las habría acercado a él, pero yendo por tierra quedaban menos expuestas. Sólo tenían que llegar a la torre y esconderse allí hasta la mañana siguiente. No iban a registrarla al amanecer porque, como atestiguaba la llave, solía estar cerrada. La vida se volvería más complicada una vez que llegara la comitiva real, pero Joan esperaba poder salir airosa de la mayoría de las situaciones gracias a su labia. La ayudaba saber que la propia reina podría respaldarla, si fuera necesario.

—Vamos —susurró—. No queda lejos.

Maria permaneció muy tiesa y chupándose el pulgar mientras Tatiana se despedía de Andrea con emocionados murmullos. Joan lo saludó con la mano cuando él se alejaba describiendo un círculo cerrado para volver por donde habían venido. Tatiana agarró la mano de su hija y, agachándose, se abrieron paso por el margen del prado, pegándose todo lo posible a los arbustos mientras el viento agitaba los extremos de las hebras de pasto alto.

Los agudos sentidos de Joan captaban cada leve ruido de animales en los breves momentos de calma del viento. Por la forma en que Tatiana giraba la cabeza a izquierda y derecha, Joan intuyó que la rusa avanzaba en estado de máxima alerta. La niña se movía en silencio detrás de ellas, tal como se le había indicado. Cuando Joan se volvió, pudo ver la luna reflejada en sus ojos asustados.

La torre del campanario se encontraba en el extremo de un pequeño complejo de edificios antiguos con tejados inclinados que formaría parte de la visita real del día siguiente. Justo detrás se alzaba la catedral.

Joan supuso que se remontaba a mil años atrás, algo sorprendente dado su tamaño relativamente pequeño: había visto capillas universitarias más grandes en Cambridge. Pero la torre era el elemento dominante, como si el repicar de sus campanas hubiera tenido que llegar en su día hasta Murano.

Cuando se acercaron por la parte trasera, los arbustos que bordeaban el prado dieron paso a un pulcro muro de piedra, de altura media, que rodeaba parcialmente alguna clase de jardín, y tuvieron que agacharse aún más para permanecer a su sombra. Joan llevaba la llave de la puerta de la torre en la mano. Al parecer, la entrada estaba en el muro que daba a la parte trasera de la catedral, de fachada lisa. Según Andrea, la cerradura estaría bien engrasada. No quería correr ningún riesgo.

Habían llegado al final del muro protector. A su derecha, una orilla cubierta de hierba descendía hasta el canal en forma de «S», bordeada por un par de hileras de cipreses que delimitaban un camino de grava entre la catedral y el agua. El viento susurraba entre las ramas y la luna proyectaba una luz moteada a través de las nubes.

Más que oírlo, Joan sintió un leve cambio en el entorno. Algo había asustado a Maria, que enterró la cara en el brazo de su madre. Joan miró a su alrededor en busca de la causa, pero no vio nada que se moviera.

La torre estaba ahora a diez metros de distancia. Joan, que iba delante, se encaminó hacia ella agachada. En cuanto salió al descubierto, oyó un silbido y un fuerte crujido y, al mismo tiempo, se produjo una nube de polvo de ladrillo en la pared que tenía delante.

Alguien estaba disparando. La bala le había pasado muy cerca.

Maria gritó y Tatiana se quedó paralizada. Con un fuerte zumbido en los oídos, Joan retrocedió corriendo hacia la niña y la empujó con todo su peso al otro lado del muro del jardín.

50

En un instante, todo había cambiado y Joan sentía las venas llenas de pura adrenalina. Al menos el murete les ofrecía cierta protección. Tras un segundo de vacilación, Tatiana corrió hasta ellas y se arrojó al suelo junto a Joan, jadeando.

—¿Te ha dado?

Joan negó con la cabeza. No entendía que el tirador no hubiera disparado una segunda vez. Supuso que estaba esperando.

—Debe de estar detrás de uno de esos cipreses, cerca del agua —murmuró, dejando la llave en el suelo y sacando la pistola de la bandolera que ahora llevaba atada a la cintura. Qué teórico había parecido todo cuando Andrea le entregó el arma. Ojalá hubiera sido más sincera y hubiera aprovechado la oportunidad para practicar, al menos, cómo recargarla.

Maria soltó un gemido.

—Sabe dónde estamos —susurró Tatiana con los dientes apretados.

—Sí. Y dudo que esté solo. Lo entretendré mientras vais hasta la torre. Corred hacia la parte de atrás, por ahí no tiene un blanco claro. —Joan señaló hacia el lugar—. Luego podéis rodearla por ese lado y entrar mientras yo os cubro. Cierra la puerta por dentro. —Le entregó la llave—. ¿Entendido?

Tatiana asintió. Joan quitó el seguro de la pistola y se colocó en posición, con una rodilla en el suelo, la espalda contra el borde de la pared y el brazo extendido.

—¡Corred!

Joan se incorporó y giró noventa grados, de modo que su brazo asomara sobre el muro y la pistola apuntara a los árboles, y cuando oyó a sus espaldas que Tatiana y la niña se lanzaban a la carrera hacia la torre, disparó sin pensarlo dos veces. Estaba a punto de disparar otra vez cuando se dio cuenta de por qué el tirador había sido tan tacaño con las balas. El viento creciente amortiguaba el sonido en cierta medida, pero si alguien en una casa lejana oía disparos, seguramente se acercaría a investigar. Joan tenía que evitar eso si podía y, presumiblemente, él también. No respondió de inmediato.

Sin embargo, eso no significaba que el tipo se hubiera rendido.

Joan corrió agachada unos metros muro abajo, adentrándose más en el jardín. Tatiana y Maria ya estaban a salvo detrás de la enorme mole de la torre, y una gran nube comenzaba a ocultar la luna, así que Joan aprovechó la poca luz que había para examinar el jardín. Consistía en una extensión de césped, algunos árboles bajos y varias estructuras de malla para frutales, y un cobertizo rústico para herramientas en el centro. Podía visualizar el desarrollo de una partida de ajedrez, en la que ella correría hasta quedar detrás del cobertizo de herramientas mientras él corría desde los árboles hacia la catedral, y luego se movería a lo largo del muro hacia ella, agazapado a su sombra. Si eso ocurría, Joan estaría atrapada, de modo que, en lugar de echar a correr, se quedó donde estaba. De

esa manera, si él iniciaba un movimiento, sería un blanco claro para ella. Aunque entonces ella también lo sería.

El viento iba en aumento, y Joan aguzó el oído para captar el sonido de la llave de hierro girando en la cerradura o el sonido de Andrea acudiendo al rescate, remando o corriendo. Sin duda él habría oído al tirador y sabría lo que estaba pasando. Aunque era posible que le hubiera dado a ella la única pistola que tenía.

La gran nube finalmente cubrió por completo la luna. Unos segundos después de que la oscuridad se volviera completa, Joan oyó el sonido débil pero inconfundible del hierro contra el hierro. Era posible que ese tipo no lo hubiera oído por encima del viento, y para distraer su atención, Joan se levantó y disparó otra vez hacia los árboles, extendiendo el brazo derecho todo lo que pudo hacia un lado para disimular dónde estaba su cabeza. Le respondieron con un disparo que pasó silbando sobre su mano. Vio el destello del cañón antes de agacharse de nuevo y comprendió que su enemigo había salido al descubierto y se dirigía directamente hacia ellas.

No le quedaba otro remedio que levantarse y disparar de nuevo, pero antes de que pudiera incorporarse se oyó otro disparo, más fuerte que el anterior, y esta vez procedía de detrás de ella. Se volvió muy deprisa, esperando ver a otro tirador en la torre. Si ya había alguien allí, todo habría terminado... Pero entonces vio la silueta de Tatiana recortándose débilmente contra el ladrillo. Debía de tener su propia arma, una posibilidad que a Joan no se le había pasado por la cabeza, y, en lugar de obedecer sus instrucciones, había rodeado con sigilo la torre para unirse a la lucha. Envuelta en las sombras, era casi invisible desde la distancia. Empuñando el arma hacia delante, volvió a disparar, y Joan oyó cómo el hombre

soltaba un grito y un gemido de sorpresa antes de caer. En el silencio que siguió, se oyó el ruido de la puerta de la torre al cerrarse. Maria ya debía de estar dentro.

La luna apareció durante unos segundos entre la nube en movimiento, el tiempo suficiente para que Joan viera a Tatiana negar con la cabeza. Luego levantó dos dedos. Joan estaba de acuerdo: había otro en alguna parte. Esos hombres no trabajaban solos.

Joan trató de imaginar a qué se enfrentaban. Lógicamente, aunque un equipo de agentes del KGB o de esbirros locales hubiera seguido a Joan o a Tatiana hasta Torcello —algo que sin duda habían hecho—, no sabrían con exactitud cuál era su plan. La mayoría de la gente llegaba a la isla a través de un gran canal que había al otro lado de la misma. Si estaban esperando ahí, los hombres debían de haber visto cómo salían de la villa con Andrea y se habrían adelantado a ellos, dando por hecho, quizá, que se dirigirían a la plaza frente a la catedral, a la que sólo se podía llegar desde los amarres que daban a los cipreses.

De ser así, no habrían esperado que ellas llegaran por el prado y se dirigieran a la torre, y había sido mala suerte que el hombre caído las hubiera visto. Era posible que su compañero aún estuviera detrás de los cipreses, pero desde allí habría visto los destellos del cañón de Tatiana y le habría disparado, ¿no? Era más probable que hubiera intentado rodearlas para sorprenderlas desde el otro lado. A esas alturas, habría tenido tiempo suficiente para correr a toda velocidad alrededor de la catedral y los edificios religiosos adyacentes.

Si eran tres hombres, estaban perdidas. Pero el primero había sido sorprendentemente torpe para tratarse de alguien del KGB. Al fin y al cabo, era él quien yacía en el suelo. Así que aún había esperanza.

La nube estaba pasando. Joan le indicó a Tatiana que se quedara a la sombra de la torre. Corrió hasta ella y se asomó más allá de la pared de antiguos ladrillos para hacerse una idea del terreno. Al pasar, vio que la llave seguía en la puerta. Unos metros más adelante, a la derecha, apenas podía distinguirse la pared curva y las tejas de la catedral, dotada de contrafuertes. Parecía un lugar adecuado para esconderse. Delante había un huerto y, a la izquierda, otro pequeño canal.

Joan aprovechó la oportunidad para quitar el cargador, guardarlo en la bandolera y poner uno nuevo. Sus tiempos de adiestramiento volvieron a ella con nitidez, y dio gracias a Dios por las interminables repeticiones con diversas armas en los días más tenebrosos de la guerra. Con el peso del arma en la mano, pudo oír la voz de su novio diciéndole que disparara sin piedad ni vacilación. En aquel entonces, los rusos eran aliados y héroes. Ella había imaginado que disparaba a alemanes e italianos.

Le dio un golpecito en el hombro a Tatiana.

—Esta vez, entra —le indicó en voz baja contra el viento creciente.

Corrió hacia la esquina más alejada de la torre, más allá de la puerta, y se agazapó, poniendo una rodilla al suelo, con el corazón latiendo con fuerza y la pistola lista.

Tatiana se movió, pero también lo hizo la nube, y la torre quedó repentinamente bañada por la luz de luna. Mientras Tatiana tiraba de la puerta, Joan disparó en dirección al contrafuerte a su derecha. Esperaba ver el destello de un cañón junto a él, pero el disparo llegó de su izquierda, cerca del canal. Le resonó en los oídos, y la bala pasó tan cerca que la notó en el pelo. Pensando que acababa de cometer un error fatal, Joan se volvió en redondo y vio al segundo

hombre, arrodillado como ella, recortado contra la luz. Él hizo el gesto de volver a disparar y esta vez sin duda debería haberla matado de un tiro en la cabeza, pero no pasó nada. Su arma debía de haberse encasquillado. Los ojos del hombre se abrieron como platos cuando ella apretó el gatillo y el disparo lo lanzó hacia atrás, directo al agua.

Joan no esperó a ver si volvía a salir o si había otro esperando. Tatiana estaba dentro de la torre, con la llave en la mano, y Joan entró tras ella. Cerraron la pesada puerta por dentro.

—¡Mamá!

Maria había subido por las escaleras de caracol hasta un par de pisos más arriba. Se unieron a ella y siguieron subiendo hasta llegar a lo más alto de la torre. Desde las ventanas abiertas, se veía todo un lado de la isla. Observaron cómo una estilizada lancha de madera se deslizaba muy despacio por el canal en forma de «S» hasta el amarre, y cómo dos hombres vestidos de negro recogían el cuerpo en la hierba junto a los cipreses para llevarlo entre ambos como si fuera un borracho tras una noche de juerga.

Luego fue como si allí no hubiera pasado nada. Llegó el amanecer y con él más barcos, con policías y carabineros en diversos uniformes, que procedieron a hurgar y rebuscar entre los arbustos y los árboles, y a mirar en el interior de los barcos amarrados. Joan observó cómo un sacerdote se acercaba a ellos, haciéndoles preguntas y señalando la catedral. Supuso que había oído los disparos, pero no se había atrevido a investigar. Los hombres de uniforme se encogieron de hombros y gesticularon, y lo siguieron hacia la plaza de la catedral.

Lo que no hicieron fue buscar casquillos de bala. Cuando todos se hubieron marchado —para vigilar los accesos marítimos a Torcello, según recordaba Joan de su agenda—, ella se escabulló para recoger todos los fragmentos metálicos que pudo encontrar. Buscó brevemente sangre en la hierba, pero había llovido durante media hora justo antes del amanecer, y todo parecía recién lavado.

El *Britannia* no tardaría en llegar a Venecia. Al cabo de unas horas, Torcello luciría su mejor cara para Su Majestad. Joan tenía mucho que contarle.

51

Por primera vez en casi una semana, la reina no acaparaba las primeras planas de los periódicos.

El yate real navegaba lentamente por la laguna hacia la plaza de San Marcos, acompañado por una flotilla de embarcaciones que le daban la bienvenida y recibido por una larga hilera de marineros que le hacían señales con banderas a lo largo de la costa veneciana. Pero el tema principal en todas las radios, televisiones y quioscos era el éxito de Alan Shepard en su ascenso a la atmósfera exterior.

En un mundo perfecto, la reina habría estado encantada de dejar que el astronauta acaparara toda la atención de la prensa, mientras ella y Felipe disfrutaban de unas tranquilas y románticas vacaciones en Venecia sin ser vistos... Pero ella era el segundo titular en todos los periódicos y el segundo tema en los boletines de noticias. La dársena frente a San Marcos estaba llena de barcos de todas las formas y tamaños, y la propia plaza ya estaba abarrotada. Felipe había acertado respecto a las multitudes. La reina tendría que limitarse a imaginar cómo sería la ciudad sin todos sus ciudadanos y varios miles más apiñados en cada puente y cada muelle para verla.

Al abandonar el *Britannia* en lancha motora, lo primero que pensó la reina fue que, para cuando volviera, el yate debería albergar a un par de polizonas rusas. ¡Madre de Dios! Si alguien le hubiera dicho,

tan sólo tres semanas atrás, que estaría confiando en que hubiera unas polizonas rusas a bordo, le habría sugerido que se sometiera a una cura de reposo. A esas alturas, era el mejor escenario posible. Pero algo podía haber salido mal la noche anterior... Bueno, no servía de nada pensar en eso. Tenía que mostrar su cara más alegre ante la gran multitud que la aguardaba.

Y, la verdad, si había una ciudad en el mundo capaz de hacerte olvidar que podías estar precipitando la Tercera Guerra Mundial por salvar a la niñita de una mujer a quien ni siquiera conocías, ésa era Venecia.

—¡Madre mía! —exclamó Felipe a su lado mientras cruzaban la desembocadura del Gran Canal—. ¡Mira! Es una imagen eterna.

En efecto, la vista era igual que en las pinturas de su colección de dos siglos atrás. Ahí estaba la etérea masa de mármol blanco de La Salute. En el canal y en la dársena, los marineros y gondoleros que tripulaban cientos de embarcaciones vestían trajes de época, como en un desfile. Al otro lado del agua se encontraba el emblemático campanario de la basílica de San Marcos, que reconocía por haberlo visto en una docena de pinturas, y junto a él, el Puente de los Suspiros.

Tras saludar debidamente al alcalde y al cónsul británico, y realizar la visita al campanario y a la basílica dorada y resplandeciente, la pareja real subió a otra lancha motora, esta vez veneciana, y realizó un recorrido por algunos canales más pequeños. Con frecuencia, los pensamientos de la reina se desviaban hacia Torcello y lo que podía o no haber sucedido allí la víspera, pero Felipe y la ciudad exigían la mayor parte de su atención. Cada espacio disponible estaba atiborrado de rostros y, al parecer, todo el mundo la llamaba a

gritos. Pero sonreían, vitoreaban, exclamaban *bella!*, y era difícil no dejarse seducir, incluso si, por una vez, a una le hubiera encantado que estuvieran en otro lugar.

El itinerario real por los pequeños canales se había mantenido en secreto de forma deliberada, por lo que en ocasiones pasaban por debajo de un puente que no estaba abarrotado. A veces, simplemente no había espacio para la gente, puesto que las paredes de las antiquísimas casas flanqueaban el canal. Los reflejos en el agua eran hipnóticos.

Felipe, que había visitado la ciudad cuando era un joven entusiasta de diecisiete años, señaló sus lugares favoritos: una ventana trífora, un jardín casi oculto, la magnífica asimetría de un palacio centenario... Libre del alboroto y el bullicio de San Marcos, parecía haber vuelto a sus tiempos de colegial, y no paraba de sacar su cámara para hacer fotos. La reina rara vez lo había visto tan feliz. Y pronto llegaría el momento de cruzar la laguna en una lancha rápida, lo que para él supondría la cumbre de la jornada, estaba segura.

Al igual que su encuentro con Joan en el otro extremo probablemente lo sería para ella.

Casi sin darse cuenta, se encontraron con que los numerosos campanarios de Venecia se desvanecían poco a poco en la brumosa distancia. La reina miró a Felipe, que estaba contemplando las aguas turbulentas y que con sus modernas gafas de sol parecía una estrella de cine. Y entonces la antigua torre de Torcello se alzó ante ellos, como un faro, señalándoles el camino.

La embarcación recorrió despacio un canal al este de la isla y luego giró hacia otro con un recodo en forma de «S». La reina vio la primera casa: una villa con la cubierta de tejas a su izquierda, arrebujada tras un huerto de manzanos. Un poco más adelante, atracaron en un muelle junto a la catedral y los condujeron por un camino flanqueado por cipreses hasta la pequeña plaza.

Era lo más parecido a la intimidad que la pareja real iba a tener, lo que significaba que sus únicos acompañantes eran el duque y la duquesa de Kent, lady Sarah, un puñado de empleados, el alcalde, el cónsul, el embajador y media docena de altos funcionarios venecianos. Aun así, en comparación con los miles de personas que se encontraban en la plaza de San Marcos, era un círculo realmente íntimo.

Felipe volvió a sacar la cámara y empezó a fotografiar todos los edificios.

—Maravilloso, ¿verdad? —comentó alegremente—. Nunca he olvidado la atmósfera que se respira en este lugar. La catedral es bizantina, ¿sabes? Se remonta al siglo VIII. En la contrafachada hay un mosaico del Juicio Final que te dejará boquiabierta.

La reina asintió distraída. Estaba buscando con la mirada un rostro concreto entre el pequeño grupo de bienvenida que había en el exterior. Y ahí estaba, al fondo. Su secretaria privada adjunta. Llevaba un vestido muy elegante y de color oscuro, para ocultar el hecho de que estaba ligeramente arrugado. El pintalabios de tono vivo y su bonito cabello rojo sólo contribuían a resaltar la palidez de su rostro. Pero parecía ilesa.

—Un momento —le dijo a Felipe—. Tengo que preguntarle algo a Joan.

—¿Está aquí? —preguntó él despreocupado—. No la he visto en el barco.

—Ha llegado antes —le respondió ella antes de acercarse a saludar al grupo y llevarse aparte a Joan para hablar en privado con ella.

Joan hizo una reverencia.

—Majestad.

—¿Ha ido todo bien? —quiso saber la reina—. Sé que ha estado muy ocupada.

—No, señora. —La mirada de Joan era franca—. Hemos tenido que resolver algunos problemas.

—Vaya. —La reina era una maestra del comedimiento. Bajo la ligera chaqueta de lana, notaba cómo le palpitaba con fuerza el corazón—. Iba a recoger unos paquetes, ¿no es así?

—Estarán estibados y a buen recaudo esta tarde, señora.

—Bueno, eso es un alivio. ¿Nos acompañará en el almuerzo en la Cipriani?

—Sí, señora.

—¡Vamos, Lilibet! —la llamó Felipe—. O te perderás el Juicio Final.

La reina, que se sentía como si ya lo hubiese experimentado, lo siguió obedientemente hacia la puerta de la catedral.

52

La Locanda Cipriani era un edificio bajo y bonito, de estilo rural, situado justo al lado de la plaza y desde el que se oiría fácilmente, digamos, un tiroteo junto al campanario. O bien ahí dormían muy bien, se dijo Joan, o estaban acostumbrados a los disparos de los cazadores nocturnos, o habían decidido no meterse en asuntos ajenos. Fuera cual fuese el motivo, nadie hizo ninguna referencia a la noche anterior.

La comitiva real fue agasajada con un almuerzo en las mesas de la terraza, con vistas a un pequeño y cuidado jardín y, más allá, a un canal estrecho en el que era posible, aunque muy improbable, que un hombre que había recibido un disparo en el pecho yaciera bajo la tranquila superficie del agua.

Todos estaban de muy buen humor, encantados con el buen tiempo, el entorno y el ambiente festivo. La comida era ligera y deliciosa, y Joan tenía la impresión de que seguramente sólo para ella tenía un regusto amargo; sabía que una niña hambrienta de nueve años estaba cerca de allí, y que sólo tenía para comer un poco de pan y unas manzanas, pero no podía hacer nada al respecto en ese momento. Podría haber sido mucho peor.

Prolongaron la sobremesa en la terraza, fumando, mientras Felipe contaba historias de su primera visita a la isla a los diecisiete años y

el alcalde de Venecia expresaba su ferviente deseo de que el duque volviera a menudo con su mujer. Luego, de regreso a la lancha para el trayecto a Burano, se encontraron con unos recién casados que se echaron a reír y les lanzaron parte de su confeti. Joan vio cómo la reina esbozaba una sonrisa más radiante incluso de lo habitual.

Su Majestad se había relajado. Todo aquel asunto estaba a punto de finalizar. Sin duda ya nada podría salir mal a esas alturas, ¿verdad?

Una hora después de que la comitiva real partiera hacia las otras islas, Torcello había vuelto a su tranquilidad habitual. Una lancha motora atracó en un amarre libre junto a los cipreses, sin que casi nadie reparara en su presencia, y un oficial naval, elegantemente vestido con camisa y pantalones blancos, bajó para hacerse cargo de dos paquetes que le habían dejado en el muelle. Eran grandes cajas de embalaje de té, acompañadas por la secretaria privada adjunta de Su Majestad, que se había quedado atrás para velar por ellas.

Cuando estuvieron a salvo a bordo, el comandante Kinnock ordenó al timonel que pusiera rumbo a San Marcos.

—¿Ha ido todo bien? —le preguntó alegremente a Joan.

—Por así decirlo.

Imaginó el detallado informe que le daría a Hector más tarde, y a Su Majestad si ella se lo pedía. La imagen de su bala impactando en el pecho del segundo hombre con tanta fuerza que lo lanzó hacia atrás le venía con frecuencia a la cabeza, y eso le impedía ver lo que tenía delante. Suponía que Sandra habría tenido una sensación parecida al evocar al hombre comba. Había momentos en los que

Joan estaba convencida de que todo había sido un sueño. Le parecía asombroso que su puntería hubiera sido tan certera, después de tantos años sin practicar. Aunque, si debía ser del todo sincera, tenía que reconocer que había apuntado a la cabeza.

Cuando la lancha regresó al *Britannia*, anclado en la dársena, varios marineros tuvieron que ayudar a Kinnock a subir las cajas de embalaje al barco. Ambas eran pesadas y aparatosas, sobre todo la de mayor tamaño. Los marineros estaban acostumbrados a estibar cosas y lo hicieron sin quejarse, pero el segundo de a bordo los sorprendió en plena tarea y se encaró con el oficial de intendencia, que ya estaba de vuelta en cubierta con Joan.

—¿Qué demonios pasa aquí? —quiso saber Attwell—. ¿Cuánto tiempo se tarda en recoger un paquete, capitán Kinnock? Ha estado usted fuera casi dos horas.

—He hecho un viaje a las islas —respondió Kinnock con una sonrisa radiante, haciendo gala de todos sus encantos—. Están más lejos de lo que parece.

—¿Y por qué ha ido hasta allí?

—Ha venido a recogerme —intervino Joan, sonriente y agradecida.

Attwell frunció el ceño. No tenía muy claro por qué Joan no había formado parte de la comitiva real, como solía hacer. Pero ella no le dio ninguna explicación, y él era demasiado educado para pedírsela.

—¿Y qué hay en esas cajas de embalaje? —preguntó, volviéndose hacia Kinnock—. El mayordomo mayor creía que usted había ido a Murano a recoger algo para la reina. Alguna clase de regalo, algo de cristal. ¿Es eso cierto?

—¿Dónde las quiere, señor? —preguntó un marinero.

—En la bodega de los baúles, por el momento —respondió Kinnock con desenfado—. Tened cuidado con ellas, ¿de acuerdo? Son frágiles.

Cuando las cajas de embalaje se apilaron en un carrito, emitieron un tintineo sordo.

—¿Y bien? —insistió Attwell—. ¿Qué son?

—Una entrega especial para Su Majestad —explicó Kinnock—. Además, tengo un contacto ahí abajo. Digamos que es una agradable sorpresa.

—Más vale que sea buena.

Kinnock bajó la voz.

—De origen ruso.

Attwell arqueó las cejas al oír eso.

—¿En serio?

—No puedo hablar aquí. Se lo contaré más tarde. Lo siento, capitán, tengo que ir a supervisar la tarea.

Las cajas de embalaje pasaban ahora por las manos de una hilera de marineros, de camino a uno de los pasillos de servicio que conducían a las entrañas del barco.

—Vamos, señor, a nosotros puede contárnoslo —suplicó el marinero más cercano en cuanto Attwell se alejó lo suficiente como para no oírlo—. No diremos ni una palabra.

Kinnock lo miró con el ceño fruncido.

—¿Seguro que puedo confiar en vosotros?

—Lo juro por la vida de mi madre, señor.

—¿No murió el año pasado?

—Por la vida de su madre, entonces —corrigió el marinero, dándole un codazo a su compañero.

Kinnock se detuvo y chasqueó la lengua.

—Tenéis que prometer que lo mantendréis en secreto. Bajo pena de muerte.

Ellos asintieron con firmeza.

—Las hice traer especialmente de Trieste. —Kinnock bajó la voz y miró a su alrededor—. Para la sala de oficiales, más tarde. He conseguido vodka de primera calidad. Se supone que es de Finlandia, pero en realidad... —Guiñó un ojo.

—¡Oh!

—Dicen que no hay nada igual. Perfecto para uno de los martinis del señor Bond.

—¿Quién es, señor?

—Un espía. ¿No has leído los libros?

—Todavía no, señor. ¿Son buenos?

—No están mal. En fin, ni una palabra, ¿de acuerdo? Y cuidado con esas cajas.

Se oyó otro tintineo mientras los marineros bajaban con cuidado las cajas de embalaje por una escalera hacia las cubiertas inferiores.

53

Tras el enorme alivio que le supuso enterarse de que tanto Joan como la doctora y la niña estaban a salvo, la reina disfrutó muchísimo de su visita a las encajeras de Burano, seguida de la visita a los artesanos del vidrio de Murano, donde lady Sarah había comprado previamente dos grandes espejos en su nombre. El secreto de una mentira exitosa estaba en los detalles. La reina no estaba dispuesta a que la descubrieran.

Después, el trayecto de vuelta a Venecia fue rápido. Se retiró a su camarote en el *Britannia* para descansar un poco, mientras Felipe subía a cubierta para ver los numerosos veleros que navegaban por la dársena a modo de celebración de la jornada.

Tras una media hora de descanso, sin embargo, la reina no pudo aguantar más. Solicitó reunirse con Joan en su saloncito, donde su secretaria privada adjunta la puso al corriente de todo lo sucedido la noche anterior.

—¿Acudieron a llevarse los cadáveres?

—El que pude ver en la hierba, sí, señora. No sé qué pasó con el que estaba en el agua. Rezo para que no salga a flote pronto. Andrea estará atento.

—¿Por qué no volvió él para ayudar?

—Lo dejaron fuera de combate en cuanto se alejó de nosotras —contestó Joan—. He hablado con él después de que usted se fuera. Me ha contado que lo golpearon con algo desde la orilla y lo dejaron inconsciente en su lancha. Cuando llegó la policía, creyeron que estaba borracho. Pero ahora está bien, sólo un poco aturdido todavía. Gracias a Dios, no le dispararon. Supongo que no querían armar un follón aún mayor.

—¿Quiénes cree que eran?

Joan se encogió de hombros.

—Supongo que era un equipo de la zona, con refuerzos. Si hubieran sido un equipo de élite de Moscú, nos habrían matado a todos, estoy bastante segura.

—Se subestima usted, Joan. Ha hecho un trabajo excepcional —le dijo la reina—. Y Sokolova también. Me pregunto de dónde sacó la pistola.

—Yo creo que tuvo que dársela alguien en Trieste, señora. No puede haberla conseguido en el viaje en tren desde Viena.

—Mmm, estoy de acuerdo. Y la niña... ¿cree que se pondrá bien?

—Es difícil decirlo —reflexionó Joan—. Ahora está asustada, pero tiene a su madre para consolarla.

—Sí, eso es verdad. ¿Sokolova es en efecto su madre, entonces?

Joan asintió.

—Y Michalowski era su padre.

—¡Ah! —La reina asintió—. Sí, por supuesto... Y ahora ya no podrá ver a su hija. —Notó una presión en el pecho—. Después de todo lo ocurrido.

De cuánta crueldad era capaz el KGB.

Aunque se preguntaba cómo era posible que supieran lo suficiente sobre los planes de Michalowski como para matarlo, pero no lo suficiente como para identificar a su antigua amante e impedir que viajara a Viena o se llevara a la niña con ella.

Crueles e incompetentes. Algo poco habitual en ellos, pero muy muy afortunado para todos los que se hallaban a bordo ese día.

—¿Necesita algo más, señora? —preguntó Joan.

—Por ahora no. Ya ha estado bastante ocupada.

Agradecida, Joan se retiró a su camarote a descansar, y la reina sospechó que dormiría como un tronco.

Ésa iba a ser la primera y última velada que Isabel pasaría en Venecia. Vestida con un elegante traje de noche y con una estola de piel sobre los hombros, contemplaba el crepúsculo reflejado en la desembocadura del Gran Canal desde la comodidad de la cubierta protegida, y se dijo que podría situar aquella puesta de sol, junto con la de las islas Hébridas Exteriores, en lo alto de la lista de las mejores que había visto jamás.

Felipe se unió a ella, impecable en su esmoquin y bronceado por las horas pasadas en cubierta por el Mediterráneo, y de nuevo esa misma tarde en las lanchas motoras.

—Tu góndola te espera, tontorrona —anunció.

Y así era, en efecto. Por lo visto se había producido un gran revuelo, que duró varios días, sobre si la pareja real subiría a una góndola. El alcalde (un entusiasta de las lanchas motoras) había insistido en que no era necesario; los gondoleros, indignados, habían asegurado que sí. Ocupada en Roma, y con Joan enfrascada en

otras cosas, la reina no había estado al corriente de aquel pequeño conflicto. En cuanto se enteró, ese mismo día, dijo que por supuesto que quería pasearse en góndola, y ahora ahí estaba, balanceándose en el agua, con cuatro gondoleros con sus amplios sombreros de paja, todos vestidos de blanco, listos para guiarlos por el Gran Canal hasta su destino.

Esa noche, le tocaba a la reina ser la anfitriona de sus anfitriones. El cónsul británico había sugerido inicialmente una cena de gala en el consulado, pero la reina no quería que ese viaje a Venecia resultara demasiado formal. Había contraatacado con la sugerencia de un cóctel, con un refrigerio frío en bufé, para que ella y Felipe pudieran moverse entre los asistentes y charlar. La lista de invitados estaba llena de las personas más interesantes que sir Hugh, el cónsul y el embajador británico habían podido reunir. Y lo mejor de todo era que el consulado daba al Gran Canal junto al puente de la Academia, por lo que, si la conversación decaía, podían limitarse a admirar las vistas.

Al igual que Felipe había anhelado pasar su tiempo libre navegando cerca de Sicilia (ella todavía se sentía culpable por eso), la reina había anhelado exactamente esto: luces rutilantes, reflejos en el agua oscura, gente fascinante con la que hablar, gondoleros reunidos más abajo sosteniendo antorchas encendidas y cantando serenatas... Y más tarde habría también fuegos artificiales.

Sin embargo, como ocurre con tantas cosas que una espera con enorme ilusión, tras un par de horas de disfrute Isabel se sintió de repente agotada, y una pequeña y desagradecida parte de ella sólo deseó irse a casa.

Por el amor de Dios, no era a ella a quien le habían disparado la noche anterior, pero casi se sentía como si lo fuera. El simple hecho de que miles de personas la observaran y le gritaran resultaba muy agotador. En su cabeza se agolpaban las imágenes del día, todas fabulosas y hermosas. A eso se añadía el profundo alivio y la tranquilidad de saber que Tatiana Sokolova y su hija estaban a salvo, pero también la profunda tristeza por el destino de Pavel Michalowski, y la mezcla de culpa y orgullo por haber puesto en peligro su propio yate y haber salvado esas preciosas vidas... Todo resultaba, sinceramente, un poco excesivo.

¿Ese hombre con el que estaba hablando era el actor de cine avejentado que le acababa de presentar el embajador? ¿O era un empresario o un productor musical? ¿Y su mujer, con aquel vaporoso vestido de gasa rosa y unas grandes perlas barrocas, era italiana, española o sudamericana? No conseguía distinguirlo por el acento y no podía volver a preguntarlo.

—¿Y dónde viven? —planteó con cierta desesperación—. ¿En el Gran Canal?

—¡Por supuesto, señora! ¡Lo ha adivinado! Casi aquí mismo —respondió el hombre, hinchando el pecho como un urogallo en época de celo—. Nos gusta llamarlo «el palacio del pozo sin fondo». Ha pasado junto a él esta mañana en su pequeño recorrido.

—¿No me diga? —Había pasado ante tantos...

—Es el de la fachada renacentista cerca del Rialto —explicó la esposa.

La reina pensó que esa descripción encajaba con la mayoría de los palacios que había visto, pero tuvo la prudencia de limitarse a asentir.

—Cuéntenmelo todo sobre él.

Lo bueno de hacer preguntas era que una no tenía que hablar mientras los demás respondían. Encantados con su interés, la pareja describió los suelos de terrazo de mármol, las paredes de damasco y los techos de madera tallada de su casa.

—¿Los encargaron ustedes? —preguntó la reina educadamente—. ¿Por eso es un pozo sin fondo?

—Oh, no. ¡Lo llamamos así por todo lo que tuvimos que quitar! —exclamó la mujer vestida de rosa—. Para empezar, la cocina era totalmente ilegal.

¿Cómo podía ser ilegal una cocina? Pero resultó que, según la pareja, los propietarios de casas venecianas eran famosos por incumplir las normas urbanísticas, y las vendían a compradores desprevenidos pese a que las viviendas tenían todo tipo de problemas ocultos que requerían permisos adicionales, lo que exigía costosos cambios o untar a unos cuantos burócratas.

«Vaya por Dios», pensó la reina. Lo último que necesitaba, en su única noche en Venecia, era un relato de los desastres inmobiliarios de cualquiera de los presentes. Con cuatro residencias que gestionar en su país, ya tenía bastante con los suyos. Ojalá no hubiera preguntado nada.

Cambió el asa de su bolso de un brazo enguantado al otro, que era la señal convenida para que la rescataran, y echó un rápido vistazo por la sala en busca de lady Sarah, pero su dama de compañía estaba absorta en una conversación con un diplomático diabólicamente atractivo.

—Por supuesto, deberíamos haberlo sabido —siguió diciendo la mujer.

—El palacio está maldito. Todo el mundo nos lo dijo.

—¿Maldito? No lo dirá en serio, ¿no?

—Oh, sí, todos sus propietarios han quebrado o han muerto, desde el siglo xv —explicó el marido—. Parece algo salido de Edgar Allan Poe. Deberíamos habernos echado atrás, pero supieron negociar con tanta astucia...

La pareja intercambió miradas de pesar.

—¿A qué se refiere? —preguntó la reina. Lady Sarah se dirigía por fin hacia ellos, pero ahora deseaba conocer el final de la historia.

—Bueno, puede sonar ridículo —continuó el marido—, pero subieron el precio. Nos dijeron que tenían otro comprador interesado, y estuvieron seis semanas sin decir esta boca es mía. Llegamos a pensar que había muerto alguien.

—Vaya...

—Nos obligaron a emplearnos a fondo para conseguirlo —intervino la mujer—. Qué listos. Tuvimos que regatear y hacer un montón de llamadas. Seguíamos pensando que lo habíamos perdido. Al final, nos esforzamos tanto que, cuando finalmente nos dejaron adquirirlo, pagamos el doble de lo que valía, pese a los permisos, la maldición y todo lo demás.

En la góndola con Felipe, de regreso al *Britannia*, la reina no paraba de pensar en aquella conversación sobre el palacio. De alguna manera, le parecía todo muy italiano, pues entrañaba una gran belleza, la riqueza de la historia, un toque de maldición y la pesada mano de la burocracia. Por lo visto, los venecianos lo hacían todo con brío. Incluso los desastres inmobiliarios.

Isabel sonrió para sí mientras ella y Felipe pasaban de regreso ante la etérea iglesia de la Salute, acompañados por la serenata de una flotilla de gondoleros. Empezaba a lloviznar suavemente, de modo que se echó el chal sobre los hombros, sacó un pañuelo de seda del bolso y se lo ató en la cabeza. En torno a la dársena, resplandecían luces en las ventanas de todos los edificios, y los barcos iluminaban el camino con antorchas. Era como si estuvieran en medio de uno de sus mejores Canaletto.

Felipe la cogió de la mano e Isabel le apretó los dedos.

—¿En qué piensas? —quiso saber ella.

—¿Mmm? Oh, sólo me preguntaba cómo consiguen que esas malditas casas se mantengan en pie. Alguien mencionó algo sobre pilotes, pero sin duda la cosa no puede limitarse a eso, ¿no? Debería haber hecho más preguntas al respecto. ¿Cómo pueden soportar el peso? ¿Y no acaba pudriéndose la madera?

Ella soltó un suspiro. Ya estaban de vuelta al tema inmobiliario.

Volvió a pensar en la pareja imprudente que se había dejado engañar para comprar un palacio maldito que, sin duda, los llevaría a la bancarrota o algo peor. Y qué extraordinario le parecía que el engaño consistiera en dificultarles la compra, en lugar de facilitarla. Era todo muy perverso.

El *Britannia* se alzaba ya ante ellos, elegante y familiar, y en el cielo estallaron de repente fuegos artificiales. La reina los contempló maravillada, pero sin dejar de pensar en lo difíciles que habían sido para ella algunos de los últimos días: aquellos momentos de angustia en Cagliari; la espera para saber cómo le iba a Hector Ross con su plan; la preocupación por Joan en Torcello, plenamente justificada, como se había demostrado. Era poco menos que un

milagro que su secretaria privada adjunta hubiera sobrevivido para contarlo.

Gracias a Dios, al final todo había salido bien. Sokolova y su hija estaban a salvo a bordo. Kinnock se ocuparía de ellas en alta mar, y el comandante Ross, del MI5, tomaría el relevo cuando el *Britannia* regresara a Portsmouth. La única verdadera tragedia era que Pavel Michalowski no llegaría a ver a la mujer que amaba y a la hija que había engendrado.

Los gondoleros redujeron la velocidad para que la pareja real pudiera disfrutar del frenesí de explosiones de luz en el cielo.

Realmente había sido un milagro que Joan hubiera sobrevivido, reflexionó la reina, y ofreció una rápida plegaria de agradecimiento a San Marcos, cuya basílica brillaba a la luz de las explosiones en el cielo. Al fin y al cabo, Joan adolecía de una terrible falta de práctica. Si el arma de aquel agente del KGB no hubiera fallado en el momento crucial...

Por fin llegaron al *Britannia*, donde se había instalado una plataforma con escalera para que ella pudiera embarcar, y el gondolero que tenía más cerca le tendió la mano para ayudarla a levantarse. Al notar el balanceo de la panzuda embarcación bajo sus pies, se alegró de haber pasado gran parte de su vida a bordo de barcos. Con Felipe sujetándole la otra mano, afianzó los pies con cuidado y se incorporó.

¿Por qué habían matado a Michalowski? Su cerebro sobreexcitado no dejaba de divagar.

—Muchas gracias —les dijo a los gondoleros—. Qué trayecto tan maravilloso.

—*Prego, prego, signora*. *Viva la regina!*

Les brindó a todos una sonrisa radiante.

Sí, pero ¿por qué lo habían hecho? ¿Por pura crueldad, para privar al pobre hombre de ese momento con su amante? Pero ellos no sabían que la desertora era su amante. Si lo hubieran sabido, nunca habrían dejado que Sokolova viajara a Viena. La reina cruzó a la pequeña plataforma a la altura de la línea de flotación, donde había un marinero a punto para tenderle la mano y estabilizarla, e imaginó el momento de aquel reencuentro que no había llegado a producirse.

Felipe desembarcó de la góndola siguiendo a su esposa mientras los últimos fuegos artificiales iluminaban el cielo como los flashes de los paparazis. Y cuando las últimas chispas se apagaron en el firmamento, las piezas del rompecabezas encajaron por fin.

Claro, por supuesto.

Después de Viena, la deserción se había vuelto «complicada». Y ella misma la había facilitado. ¡Qué tontos habían sido todos, ella más que nadie! Con cuánta astucia la habían engañado.

54

A Joan no le sorprendió que la hicieran acudir al saloncito de la reina a la mañana siguiente, aunque le tocara a otra persona recoger las cajas rojas. Era temprano, pero Su Majestad ya estaba vestida para ir a la iglesia. Su equipaje personal ya se estaba preparando para el vuelo de mediodía a Florencia. Tras veintitrés horas en Venecia, y las que todavía le quedaban, disponía de muy poco tiempo.

Joan se sentó en uno de los sillones de *chintz*, y la reina tomó asiento frente a ella en el sofá.

—¿Hay noticias de nuestras pasajeras? —preguntó la reina.

Joan esbozó una sonrisa animada.

—Las han acomodado en la bodega que se utiliza para el equipaje sobrante de los oficiales. El capitán de fragata Kinnock se ha asegurado de que no las molesten. Maria ha dormido bien, así que ahora tiene mejor aspecto. A Tatiana le gustaría darle las gracias en persona... Pero le he dicho que usted no estaba al corriente en absoluto del asunto.

—Mmm —murmuró la reina.

Echó un vistazo a su reloj de pulsera. Joan sabía que disponían de unos seis minutos antes de que llegaran el cónsul y el embajador para acompañar a Su Majestad a la iglesia. Una breve expresión de

malestar se dibujó en el rostro de la reina, pero enderezó los hombros, como si fuera la portadora de malas noticias.

—En Torcello no tenían la menor intención de pegarle un tiro, Joan —declaró.

—Pero, señora... sí que lo hicieron... —Joan era presa de la confusión.

—Dispararon contra usted, y fallaron.

—¿Señora?

—Sokolova no es Sokolova —añadió la reina con aspereza—. Lo siento, pero nos han engañado, a mí más que a nadie. Moscú quiere que creamos que hemos rescatado a alguien valioso para nosotros. Nos han hecho trabajar duro para conseguirlo. ¡Fíjese! Mire qué orgullosos nos sentimos de nosotros mismos.

—Pero ¿cómo...? —comenzó Joan—. Yo... ¿Quién es ella, entonces?

—No lo sé —admitió la reina—. Pero no es la mujer de la que Michalowski se hizo amigo, a la que amó y a la que creía estar ayudando a salir de Rusia. Por eso lo mataron. Tenían que hacerlo si querían que la fuga tuviera éxito. Porque él era el único que se habría dado cuenta.

—Pero... Ella era la mujer de la fotografía —balbució Joan—. La que vi en Londres.

—Sí, lo sé. Un bonito detalle. Creo que pusieron a propósito esa fotografía allí cuando lo secuestraron. Quizá le habían enviado a él una versión diferente, una con la auténtica Sokolova. Pero era importante que usted, o alguien como usted, viera el rostro de esa mujer, para que tuviera la certeza de que era la mujer que él esperaba.

—Pero... —Joan seguía sin entenderlo—. Casi la matan, señora. La han estado persiguiendo desde Viena.

—No, eso no es cierto —replicó la reina.

—No consigo...

La reina soltó un suspiro.

—Anoche conocí a una pareja que me contó sus dificultades para comprar un palacio.

—¿Señora?

—Movieron cielo y tierra para adquirirlo y, cuando lo consiguieron, descubrieron que estaba maldito. En nuestro caso, la idea era la misma: dificultar las cosas para que el comprador se centrara en la compra y se olvidara de cuestionar su valor. Por supuesto, primero has de tener algo en venta que interese al comprador.

La confusión de Joan comenzó a disiparse. Al instante, se vio de vuelta en el Caffè Genovese, sintiendo la tensión en cada músculo.

—Y en nuestro caso, señora... ¿el retraso en Cagliari fue una artimaña? ¿Para que no nos preguntáramos si Sokolova era quien decía ser?

—Creo que sí. Quizá no desde el primer día. Creo que es posible que la niña estuviera realmente enferma y eso las retrasara. Tal vez pensaron que el *Britannia* seguiría adelante sin ellas y que tendrían que recurrir a un plan alternativo. Pero no fue así. Fue entonces cuando los responsables de la mujer debieron de darse cuenta de que alguien muy importante estaba involucrado. Decidieron volver la cosa... más interesante. De ahí las aventuras que usted corrió ayer en Torcello: crearon un poco de dramatismo. Durante todo este tiempo, nos han estado sirviendo a esa mujer en bandeja.

—La foto del estuche de gemelos... —murmuró Joan.

—¿Perdón?

—Había dos fotos en el piso de Michalowski... que tuvieran interés, quiero decir. Una era la imagen de la mujer y la niña de la que le hablé, y había otra escondida en un estuche de gemelos: en ésa, las mujeres eran parecidas, pero no idénticas; era evidente que la foto más pequeña era muy valiosa para él.

—De Sokolova, casi sin duda —puntualizó la reina.

—Entonces, esta mujer, sea quien sea... ¿es realmente una agente doble? Pero ¿por qué razón, señora? Es rusa. ¿Cómo podría serles de ayuda? Nunca le permitirían acercarse a nuestros secretos de Estado.

—Eso no sería necesario —repuso la reina con un suspiro—. He estado dándole vueltas al asunto toda la noche. Al parecer, esa mujer tenía información especial sobre la identidad de su ingeniero jefe, ¿no? Para empezar, podría proporcionar a nuestros servicios de inteligencia cualquier información errónea que los rusos quisieran transmitirnos. Pero su verdadero valor residiría en que formara parte de la red de disidentes soviéticos en Londres. La acogerían en su seno.

Joan asintió, con un gruñido.

—Sobre todo cuando supieran todos los pormenores de su audaz huida a Italia, aunque ella no les contara nada sobre la parte relacionada con el *Britannia*. —Joan hizo una pausa, con el ceño fruncido por la concentración, luchando por rememorar lo ocurrido dos noches atrás. Finalmente, también ella soltó un suspiro—. Sí, mi aventura en Torcello cobra sentido ahora, señora. Sokolova dispara y alguien cae al suelo. Está muy oscuro. No veo ninguna herida, pero doy por hecho que la hay. Cuando disparo, mi objetivo se ha

asegurado de poder caer hacia atrás, directo al agua. El único peligro es que yo acierte al dispararle. Quién sabe si lo hice, de hecho.

La reina no dijo nada, pero Joan comprendió que lo consideraba poco probable.

Joan concluyó su reflexión:

—Y por la mañana, los cadáveres han desaparecido. ¿Sabe qué, señora? Creo que la niña lo sabía: Maria empezó a temblar incluso antes de que sonara el primer disparo; creo que le habían dicho que habría una pelea.

—Es posible que ella estuviera aún más aterrorizada porque sabía lo que iba a pasar —repuso la reina con tono pensativo—. La cuestión es: ¿qué hacemos ahora con ellas? No podemos permitir que se acerquen a la comunidad disidente.

—¿Las devolvemos?

La reina negó con la cabeza.

—No creo que les espere nada bueno a los espías rusos cuyas misiones no han salido según lo planeado. La niña no se merece eso. Además, es posible que incluso la supuesta doctora Sokolova sea un títere en todo este asunto, en la misma medida que cualquier otro. Y hay mucho en juego.

—George Blake —dijo Joan.

—Exactamente.

Dos días atrás, Blake había sido condenado en Londres por su sórdido papel en aquel peligroso juego. Le habían impuesto cuarenta y dos años de prisión por las víctimas mortales que había provocado al revelar a los rusos la identidad de varios agentes británicos del MI6. La vida de un espía era tan frágil como el cristal.

—¿Quiere que hable con el comandante Ross? —sugirió Joan.

—Sí. Entretanto, el capitán Kinnock no debe saber nada. No quiero que le revele el asunto a la doctora, sea quien sea. No hace falta decir que es esencial que ella nunca sepa que yo estuve involucrada, fuera útil o no mi contribución.

—Me encargaré de ello —prometió Joan.

—Y ahora —concluyó la reina, levantándose—, creo que ya es momento de ir a la iglesia.

55

Después de visitar Florencia y Turín, la pareja real regresó a casa en avión. La reina llegó al palacio de Buckingham y le dio un abrazo especialmente fuerte a su hija, algo que la pequeña Ana no entendió, aunque tampoco le dio importancia

Pasaron varios días antes de que el *Britannia* atracara en Portsmouth. En la aduana, los trámites habituales se llevaron a cabo con perfecta cordialidad. Después, las provisiones y el equipaje se sacaron del buque con eficacia naval. El pequeño equipo de agentes del KGB que esperaba ocioso en el muelle observó con interés cómo se descargaban los baúles y otros paquetes de gran tamaño. Varias cajas eran lo bastante grandes como para albergar a una mujer adulta, y casi todas podrían haber alojado a una niña. Dos cajas de té en particular fueron recibidas por dos hombres de aspecto anodino con gabardina y sombrero de fieltro, que se cercioraron de separarlas del resto y meterlas en una furgoneta mediana y anodina. La furgoneta se dirigió a una casa anodina a las afueras de Londres, donde aparcó fuera de la vista, en la parte trasera. Los rusos informaron complacidos a sus superiores de que todo se estaba llevando a cabo según lo planeado.

Aparte de un pequeño contratiempo con la niña, que acabó resultando un enorme golpe de suerte estratégico, todo había ido

como la seda. Qué estúpido había sido Michalowski al concebir la idea de utilizar el yate real. Si hubieran podido intervenir para mejorar su plan, lo habrían hecho. En su lugar, se habían limitado a procurar que saliera bien, pasara lo que pasase. Cuando la niña hizo que todo se retrasara, dieron por hecho, cómo no, que el *Britannia* saldría de Cagliari sin las desertoras. En ese caso, habrían dispuesto que «Sokolova» se pusiera en contacto de algún modo con el capitán Kinnock o con el agregado británico en Roma. Pero, para su sorpresa y satisfacción, el yate real esperó.

Habían supuesto que estaban jugando a las damas con un modesto oficial de la Armada. Ahora se daban cuenta de que estaban jugando al ajedrez con alguien muy importante. Los altos mandos de Moscú apenas eran capaces de contener su alegría.

Para entonces, un equipo local vigilaba el Caffè Genovese en el puerto. Vieron cómo esperaba Kinnock y cómo lo sustituía luego una mujer, una pelirroja, que trabajaba para la reina en algún puesto administrativo subalterno. Calcularon con absoluta precisión la llamada de «Sokolova» para que el teléfono sonara justo cuando la pelirroja estaba a punto de marcharse. Se trataba de crear tensión, desesperanza, pánico, expectativa, alivio.

Durante los días siguientes, perfeccionaron aquel nuevo modo de abordar las cosas. Obligaron a los británicos a esforzarse de lo lindo, les hicieron creer no sólo que el *Britannia* sería el único medio adecuado, sino que todavía era posible salvar a la mujer y, por supuesto, a la niña; consiguieron que la entrega se hiciera en Venecia. Luego los vigilaron como halcones e hicieron que las cosas parecieran más emocionantes incluso antes del «triunfo» definitivo. Un equipo de élite de Budapest fue enviado a toda prisa al Véneto

para asegurarse de que así fuera. Cuando uno quiere parecer ligeramente incompetente, pero creíble, necesita a los mejores. Al final, tuvieron suerte de que sus hombres salieran bien parados y sólo uno acabara con un pequeño rasguño en el hombro.

Aún no sabían quién era el cerebro detrás de la respuesta británica, tan segura de su éxito. No podía ser el capitán de fragata Kinnock de la Marina Real, porque simplemente no tenía el rango suficiente para haber organizado aquella estancia de una noche más en Cagliari, ni la posterior ayuda ofrecida a «Sokolova» en Torcello. Creyeron posible que el contralmirante Marlow estuviera trabajando de alguna manera para la inteligencia británica. Lo tendrían vigilado, desde luego. Pero ellos apostaban por Miles Urquhart, el subsecretario privado de la reina. En los círculos reales era conocido por haber contribuido años atrás a resolver un par de desagradables asesinatos. Había prestado mucha atención a la desaparición y el posterior hallazgo de Michalowski. La pelirroja trabajaba a sus órdenes. Urquhart estaba a bordo del *Britannia* en Nápoles, y era posible que Kinnock hubiese confiado en él.

Así que el tal Urquhart había «burlado» obedientemente a su mortal enemigo y rescatado a una importante disidente de la Ciudad de las Estrellas. Era perfecto. Tal vez «Tatiana Sokolova» recibiría un trato especial en el palacio de Buckingham. Iba a tener mucho que contar a sus compatriotas cuando llegara el momento adecuado.

Huelga decir que «Sokolova» no estaba en ninguna de las cajas de embalaje.

A ella y a la niña las habían sacado del yate días antes, en Malta, para subirlas a un avión militar con destino a Londres en compañía de Hector Ross y Madeleine Simon. Se intercambiaron pocas palabras con la mujer, no se le dieron explicaciones al aterrizar, no se le proporcionó documento alguno. En lo concerniente a las autoridades portuarias, ni ella ni la niña existían.

Mientras los rusos daban por hecho que la agente todavía se hallaba en alta mar, Hector había trabajado duro para crear una nueva estrategia. No era delicada ni amable, porque esas cosas nunca lo son. Su plan original había consistido en averiguar cuánto sabía ella sobre la Ciudad de las Estrellas y utilizar esa información como ventaja en las negociaciones con los estadounidenses. Sin embargo, las cosas habían cambiado.

Al aterrizar en la base de Brize Norton, habían separado con brusquedad a «Tatiana» de la niña, de cuyo destino no la informaron, para llevarla a unas instalaciones en el condado de Buckinghamshire. Allí, el propio Hector le reveló a «Sokolova» que un topo en la jefatura del KGB en Londres había filtrado el plan de intercambio de identidades desde el principio, y que su organización había fingido seguir el juego para tenerla en sus manos.

—¿Por qué? —había preguntado ella, temblando, aterrorizada, y pidiendo sin parar noticias de Maria, que Hector le ocultaba.

—Porque me gustaría que nos ayudaras —había respondido él.

La mujer aguantó tres días y tres noches sin dormir, pero nunca se le pasó por la cabeza preguntarse si él sabía realmente la verdad o si sólo estaba especulando. Al final, se rindió. Fue rápido, pensó él, porque ella quería que lo fuera. Y resultó que Hector tenía razón.

Se llamaba Valentina y había sido amiga y compañera de estudios de Tatiana Sokolova años atrás, cuando ambas iban juntas a estudiar inglés y jugaban al ajedrez. Tatiana se había licenciado en Medicina, mientras que Valentina había continuado con su formación lingüística y se había unido al KGB. Su trabajo en esa misión concreta era ocupar el lugar de su vieja amiga e informar de todo lo que pudiera averiguar en Londres. Entretanto, debía revelar a los británicos que un determinado general ruso era el genio secreto detrás de su programa espacial.

No lo era, aunque el general en cuestión tenía un ego de dimensiones planetarias, según citaba Valentina en su declaración. Ni ella ni la verdadera Tatiana habían trabajado nunca en la Ciudad de las Estrellas, de modo que no conocía la verdadera identidad del ingeniero jefe, e insistió en que, aunque lo hubiera sabido, no lo habría revelado nunca. Él era un héroe. Un hombre por el que valía la pena morir, incluso a esas alturas.

Lo que sorprendió a Hector fue la amargura y el desprecio que exhibía Valentina para con sus supervisores, entre otras cosas por la forma en que habían tratado a su antigua amiga. Durante días, la interrogó sin descanso sobre todo el asunto, buscando incongruencias en su relato, indicios de que se hubiera preparado para ese interrogatorio y siguiera fingiendo.

—¿Cómo está Maria? —preguntaba ella al comienzo de cada sesión—. ¿Está a salvo? ¿Puedo verla?

—Podrás hacerlo cuando me hayas contado todo lo que necesito saber. Ahora, empecemos otra vez desde el principio.

56

Joan sabía lo que estaba haciendo su amante. Era duro, pero necesario para garantizar la seguridad de los disidentes en Londres y la de todos ellos.

Una mujer de la oficina de Hector que hablaba ruso se estaba ocupando de Maria. La niña comía, dormía y no se separaba de su deshilachado perro de trapo. Pero, a diferencia de Valentina, no revelaba nada. «Quiero a mi mamá», decía. «¿Quién es tu mamá?» Ella se mantenía fiel a la historia en todo momento.

—¿Cuánto tiempo durará esto? —le preguntó Joan a Hector un domingo por la mañana, al cabo de una semana más o menos.

Habían salido a dar un paseo por las verdes carreteras de Sussex en el precioso Austin Healey descapotable que él se había autorregalado después de su divorcio. Joan no paraba de pensar en la mujer y la niña, que permanecían separadas. Sabía lo que sentía una niña al perder a su madre, y le parecía que Maria lo estaba padeciendo dos veces.

Hector levantó una mano del volante y se apartó un mechón de pelo de la cara.

—Ya no falta mucho. Creo que Valentina nos lo ha contado todo. Sólo quiero asegurarme.

—Para empezar, no entiendo por qué los rusos permitieron que la niña viniera a Londres. ¿No era un lastre?

Hector la miró. Se suponía que no podían hablar de esas cosas, pero habían cruzado ese Rubicón tiempo atrás. Se encogió de hombros.

—No fueron ellos. Fue idea de Sokolova, la verdadera Sokolova. Ella lo acordó con Valentina.

—¿Qué? ¿Quieres decir que hablaron de ello?

Hector asintió.

—El KGB organizó un breve encuentro entre ellas para que Valentina pudiera averiguar todo lo que necesitaba saber sobre su antigua amiga y sobre lo que ésta le había contado a Michalowski a lo largo de los años. En cuanto Tatiana comprendió el plan, supo que estaba prácticamente muerta. Se dio cuenta de que podía seguirles el juego, ponerse en contacto con Michalowski utilizando los códigos que habían acordado y, con toda probabilidad, morir cuando Valentina la sustituyera... o podía oponerse y morir antes, y el plan seguiría adelante de todos modos. De modo que utilizó la única baza que le quedaba: mostrarse obediente y suplicarle a Valentina que sacara a su hija de allí de alguna manera.

—No necesitaban matarla —adujo Joan—. Nunca nos hubiéramos enterado del intercambio.

—En nuestro oficio no existe ese «nunca». A nadie le gustan los cabos sueltos.

—Me imagino que el amor de Tatiana hacia la Madre Rusia no era muy intenso que digamos en aquel momento.

—Diría que no —coincidió Hector.

Joan recordó los detalles de la «confesión» en la villa de Torcello, cuando la presunta Sokolova les había descrito sus temores y su desencanto con la política rusa.

Quizá había hablado siguiendo un guión del KGB, o tal vez era lo que pensaba la Sokolova auténtica. Las mentiras de una persona podían resultar convincentes cuando equivalían a sus verdaderas creencias.

Joan se estremeció.

—Pero... eso significaba que Maria tendría que fingir para siempre que Valentina era su madre.

Hector apretó los labios.

—Sí. Le dijeron a la niña que estaría actuando como una buena comunista, pero que, si alguna vez desobedecía, la matarían al instante. No es de extrañar que viviera en un estado de pánico perpetuo. Por cierto, ella sabe qué planes tenían para su madre. Le contaron una mentira enrevesada, pero cuando la niña se puso tan enferma en Trieste, no paraba de preguntar en su delirio si se reuniría con su madre en el cielo. Por supuesto, le habían contado que el cielo no existía, pero alguien, en algún lugar, debió de haberle proporcionado algún tipo de consuelo religioso al que aferrarse.

—¿Qué va a ser de ella? —se preguntó Joan.

Hector se encogió de hombros.

—Al final, necesitará alguna clase de tutor. Avísame si se te ocurre quién podría ser. Por ahora, tendrá que vivir con Valentina, para que los rusos crean que nos hemos tragado su historia.

De repente, dio un golpetazo con la mano en el volante.

—¡Debería haberlo visto desde el principio! Qué idiota he sido. Aquel candado en la puerta, en el piso de Michalowski: tú te diste

cuenta de hasta qué punto era incongruente, cariño, y lo mismo hice yo. Lo pusieron allí a modo de señal, para asegurarse de que no pasáramos por alto los tesoros que había dentro. Al mismo tiempo, incluyeron la foto de Valentina con Maria, en la que fingía ser Sokolova, pero se les pasó por alto la instantánea de la verdadera Tatiana Sokolova en el estuche de gemelos.

—Lo sé —dijo Joan.

—Sabíamos que las mujeres no coincidían cuando encontramos esa imagen, pero no le dimos mucha importancia, porque no prestamos la suficiente atención. Supusimos que Michalowski tenía mil amantes y no nos preguntamos: «¿Por qué ésta?»

—No tenía ninguna foto de su hija con él —puntualizó Joan—. ¿Por qué no?

—La foto de Tatiana fue tomada durante la visita de Michalowski a Rusia —explicó Hector—. Dudo que ella se sintiera segura enviándole una de Maria; podría haber parecido sospechoso... hasta que fueron los del KGB quienes empezaron a dar las instrucciones. Michalowski creía estar actuando con mucha cautela, pero, según Valentina, el departamento de censura conocía su relación con Tatiana desde hacía años. En cuanto el KGB descubrió que él estaba detrás de la fuga fallida en Berlín el año anterior, empezaron a plantearse cómo podían utilizarlo. Su antigua amante parecía el método más sencillo.

—¿Y Michalowski creía de verdad que ella había trabajado en la Ciudad de las Estrellas?

Hector asintió.

—Cuando los del KGB se hicieron cargo de la correspondencia, afirmaron que ella había estado allí. Imagino que confiaron en que él

se lo contaría a alguien como Kinnock, para respaldar la historia de Valentina cuando ella llegara. El secreto era tan grande, y el premio tan enorme, que le prestaríamos la suficiente atención como para no reparar en las otras pequeñas contradicciones.

—¿Como cuáles?

—Por ejemplo, que no cubrieran sus huellas como es debido en el piso de Michalowski. Quise pensar que eran unos aficionados, porque eso me convenía. De hecho, el plan era que Michalowski desapareciera sin más y que yo descubriera más tarde que el KGB era el responsable de su desaparición. Se suponía que debía parecer que habían estado buscando información sobre la fuga, pero no la habían encontrado, para no despertar nuestras sospechas cuando la fuga tuviera éxito. Cuando empecé a hacer preguntas antes de lo esperado, los rumores en la embajada lo confirmaron. Pasé semanas creyendo que estaban en estado de pánico, cuando en realidad me habían hecho morder el anzuelo como un besugo.

—Sin embargo, sí fueron realmente chapuceros a la hora de deshacerse del cadáver —señaló Joan, acariciándole el brazo en un gesto compasivo.

—Sólo un poco. De no haber sido porque los cerdos ya estaban en el matadero y porque el tren real apareció de forma inesperada...

—Y porque Sandra Pole se asomó a la ventana...

—En fin, eso explica por qué no había indicios de tortura en el cuerpo —gruñó Hector—. No les hizo falta interrogarlo sobre nada; lo sabían todo desde el principio.

Redujo la velocidad para atravesar un pueblo. Las bucólicas vistas de Sussex en los inicios del verano constituían un fondo inverosímil para esa conversación.

—Así que, en realidad, no había escapatoria posible —concluyó Joan.

Él soltó una áspera carcajada.

—Cómo debieron de disfrutar con lo de que todos acudiéramos a Viena como rapaces. En realidad, a Valentina y a Maria las habían dejado ellos mismos en aquella estación. El resto se desarrolló tal como Michalowski lo había planeado. El KGB no estaba preocupado por la viabilidad de su plan porque, por supuesto, siempre podían hacer que funcionara si así lo deseaban. Lo único que Valentina no estaba haciendo de verdad era huir de los rusos. Si el plan original salía mal, cosa bastante probable, simplemente pasarían a un plan B, lo que a su vez explica otra cosa.

—¿Qué otra cosa?

—Pues por qué no había ninguna pista sobre la ruta de fuga en el piso —repuso—. Michalowski era un poco chapucero, pero ellos eran bastante cuidadosos. Si se veían obligados a cambiar a otro plan, querían que Valentina pudiera decir que había sido idea de Michalowski desde el principio. Si Kinnock no se lo hubiera confesado a alguien en el *Britannia*, sea quien sea la persona a quien se lo confesó... imagino que nunca habríamos averiguado de qué se trataba.

Con la tensión de aquellos últimos días, Joan había olvidado que no le había revelado a Hector que ya sabía lo de Cagliari y lo del 29 de abril. Tampoco le había mencionado la participación de la reina. En realidad, él sabía mucho menos de lo que creía sobre ese aspecto del asunto. Ella guardó silencio.

—Y entonces la niña enfermó de verdad —prosiguió él—, pero el *Britannia* esperó, milagrosamente.

Describió cómo los rusos debían de haberse adaptado sobre la marcha.

—Haciendo que nosotros nos esforzáramos en conseguirlo —añadió Joan con hosquedad.

—Exactamente. Haciendo que yo me esforzara en conseguirlo. Y eso hice, desde luego. Como decía, me hicieron morder el anzuelo. No, «Sokolova» no podía escapar de forma rápida y segura, como cualquier desertor sensato: tenía que hacerlo en Venecia. O Kinnock o bien una mujer al servicio de la reina tenían que estar allí, lo que significaba, en definitiva, utilizar el yate real. El tiempo apremiaba, tuve que tomar una serie de decisiones rápidas. Al igual que tú y tu supervisor, quienquiera que sea. Todos nos movimos muy deprisa, superando cada obstáculo, metiéndonos cada vez más hondo en su trampa.

—Hasta llegar al plato fuerte en Torcello.

—Hasta que a ti, amor mío, te dispararon un par de agentes que sin duda podrían haberte matado accidentalmente en la oscuridad. —Hector la miró con lo que Joan sólo pudo considerar una mirada muy sensiblera para tratarse de un hombre que se ganaba la vida capturando espías.

—Ese hombre al que disparé... —se apresuró a decir ella—. ¿Sabe Valentina si realmente le di?

—¡Maravilloso! Tu mayor preocupación es si diste en el blanco. ¿Eso sería algo bueno o malo?

—Bueno, obviamente.

—Te quiero, Joan McGraw, pero dudo mucho que lo alcanzaras. El plan era que pareciera que ambos agentes habían muerto por los disparos, de ser posible. ¡Qué orgullosos iban a estar los británicos!

—Entonces no había ningún cuerpo en el canal detrás de la catedral.

—No, ninguno.

Con un escalofrío de humillación, Joan recordó el miedo y el orgullo que había sentido aquella noche. Se imaginó al hombre lanzándose con dramatismo hacia atrás para caer al agua. Cómo debían de haberse reído de ella después, ante un par de copas, cuando la operación llegó a su fin.

—Necesito entrenarme más —murmuró.

Hector soltó un suspiro.

—Tenemos que hablar de eso, pero primero quiero hacerte una pregunta. No es necesario que respondas, es por pura curiosidad.

—A ver, dime.

—¿Quién consiguió que el *Britannia* permaneciera en Cagliari durante veinticuatro horas?

Joan lo miró con aire burlón.

—¿Quién dice que no fue un problema con la hélice?

—Lo digo yo —respondió él con una sonrisa.

—Me temo que no puedo hacer comentarios al respecto.

Hector frunció el ceño y tamborileó con los dedos sobre el volante.

—Según los rumores, los rusos creen que fue Miles Urquhart. Pero todos sabemos que eso es muy poco probable.

—¿En serio? —preguntó ella con cara de inocencia.

—Querida, he visto a ese hombre varias veces. Apenas sería capaz de estampar su propia firma en una petición. Al principio creí que se trataba de sir Hugh Masson, pero ni siquiera el secretario privado podría retener un yate real como el *Britannia*. Eso no nos deja muchas opciones.

La mirada penetrante que le dirigió a Joan era especulativa y divertida.

Ella exhaló un suspiro.

—Creo que te he oído decir que no tenía por qué responder...

Él asintió a regañadientes.

—En ese caso —prosiguió—, tengo otra pregunta que hacerte. He estado dándole vueltas desde aquella noche en Torcello, cuando, como tú dices, te hice correr riesgos sin el suficiente entrenamiento y con un arma prestada.

Joan se mostró cautelosa. La mirada sensiblera había vuelto.

—Sólo hiciste lo que te pedí —señaló ella.

—Bueno, pues ahora tengo que hacerte una última pregunta.

Habían llegado a la cima de una colina, donde había una pequeña área de descanso. Hector se detuvo, como si lo hubiera planeado todo para llegar a ese punto. Las colinas de Sussex se extendían ante ellos como una manta, bajo un cielo de verano azul grisáceo. Joan se puso tensa en su asiento cuando él apagó el motor y le cogió la mano.

—¿Quieres casarte conmigo? —le preguntó.

57

El príncipe Felipe estaba muy contento con sus fotografías del *Britannia*, de Venecia y de Florencia. Pasó una tarde feliz disponiendo las mejores en un álbum en su estudio de Windsor.

—¿Qué te parecen? —le preguntó a la reina—. Estaba pensando en enseñárselas a Tony.

—Seguro que le encantará verlas —respondió ella con tono alegre.

—Pero él es un profesional. Si él pretendiera mostrarme cómo gobierna una fragata, dudo que me impresionara.

—Creo que has hecho un trabajo estupendo. Mira todas esas ventanas venecianas: son muy evocadoras.

—Gracias, tontita. Por supuesto, la cámara ayuda. Ahora tengo la misma que nos enseñó Sandra Pole. La que nos mostró en el tren, ¿te acuerdas?

—Sí, me acuerdo —repuso la reina.

—¿Cómo está la señora Pole? —quiso saber Felipe—. He oído que está tramitando el divorcio. Después de conocerla, entiendo los apuros de Nigel... Y los de ella también: es un hombre horrible. Ha hecho bien en deshacerse de él.

—Sí —coincidió la reina—. Y tengo entendido que últimamente bebe menos. Margarita dice que ahora es mucho más fiable.

—Aun así, no es lo que se dice la dama de compañía ideal. ¡Madre mía!

—No. Por lo visto, va a invertir su dinero en el teatro. Será lo que llaman una «mecenas». Cree que el West End tiene un futuro muy prometedor.

—¿De verdad? Por lo que yo veo, en las obras de teatro que se representan hoy en día sólo salen personajes gritándose unos a otros. Ese proyecto acabará en lágrimas. —Felipe hizo una pausa y reflexionó unos instantes—. Sin embargo, me parece admirable que lo intente. Hace falta tener los huevos bien puestos para llevar la cabeza bien alta.

La reina no estaba segura de que eso fuera biológicamente exacto, pero estaba de acuerdo con el sentimiento que entrañaba.

La vida en palacio seguía tan ajetreada como siempre, con una apretada agenda de actos veraniegos y los preparativos de la próxima visita de los Kennedy. Joan se mostraba tan puntillosa como de costumbre, pero la reina notó que estaba un poco retraída, casi melancólica. A la reina eso le resultaba sorprendente: tal como habían salido las cosas en Italia, había supuesto que su secretaria estaría en plena forma.

—¿Ocurre algo? —le preguntó un día de finales de mayo, cuando Joan acudió a recoger las cajas rojas.

Joan se hizo la remolona unos instantes.

—Sólo un problemilla en Dolphin Square. Nada que no pueda manejar, señora.

—Espero que no se trate del comandante Ross.

Joan se sonrojó.

—Pues sí, señora.

—Imagino que está enfadado con usted por el hecho de que le dispararan.

Joan pareció sorprendida.

—Lo está, en efecto. Pero fue él quien me envió allí.

—Y entonces, después de enviarla, sintió preocupación por usted, sin duda.

Joan hundió los hombros, en un gesto de rendición.

—Sí. —Los hundió un poco más—. Decidió que no podría soportar que me pasara algo y tuviera que fingir que no éramos... no éramos...

—Que usted no le importaba muchísimo —sugirió la reina.

Joan asintió con tristeza.

—La semana pasada me propuso matrimonio.

La reina se recostó en la silla de su estudio y miró a Joan fijamente. No le sorprendía que Hector Ross tuviera esos sentimientos, pero, al igual que Joan, sabía cuáles serían las consecuencias. Las mujeres que se casaban y corrían el riesgo de tener hijos no podían seguir desempeñando empleos exigentes. Bueno, puede que alguna lo hiciera, pero la reina no estaba segura de haber conocido a ninguna. El hecho de que ella misma fuera una de esas mujeres no venía al caso. Tenía una guardería llena de personal para ocuparse de los detalles.

Joan se llevó la mano distraídamente al collar de perlas con una expresión de desdicha en el rostro.

—Estoy segura de que, si aceptara, podríamos encontrar algo para usted... En algún lugar del palacio... —murmuró la reina de forma

vaga. Esbozó una sonrisa esperanzada, consciente de que no estaba siendo de mucha ayuda.

—Sí, señora.

La reina quería decir: «La echaré de menos», pero sonaba demasiado manipulador. O quizá «Podríamos hacer que funcionara de alguna manera», pero eso no era cierto.

—Estos empleos no duran eternamente —fueron las palabras que brotaron de su boca.

El suyo sí, pero los de los demás no; eso era lo que había estado pensando. ¿Podría Joan esperar un par de años? ¿O cinco? ¿Era eso pedir demasiado? La reina se sentía muy cómoda con ella. Sí, era demasiado pedir, de modo que no lo hizo. En su lugar, preguntó:

—Por cierto, ¿cómo le va a la pequeña Maria? ¿Sabe usted algo?

Los hombros de Joan se relajaron un poco.

—Bastante bien, señora. Valentina le prometió que vería el Big Ben, de modo que la llevamos a ver cómo daba las doce desde Parliament Square.

—¿La llevaron? ¿Quiénes?

—La llevé yo junto con Sandra Pole y Henry Coxon, señora. Ellos son pareja ahora, o más bien lo serán cuando se ultime el divorcio. Ambos están encantados de proteger a una desertora auténtica que ha logrado sobrevivir.

—Supongo que no conocen la verdadera historia, ¿no?

—No, señora —reconoció Joan—. Algo saben sobre mi participación, pero no sobre la de usted. Sandra se llevó a *Conchita* a la excursión al Big Ben, y la perrita y Maria han conectado. Sandra conoce al criador, de modo que le va a conseguir a la niña un perro propio.

—¿Otro chihuahua?

—Maria está encantada —contestó Joan conteniendo una sonrisa.

—Me pregunto si...

—¿Señora?

La reina tuvo una visión repentina, situada en algún momento del futuro, de una Sandra Pole un tanto más madura, liberada de su horrible marido y felizmente establecida con Henry Coxon, responsabilizándose de una forma u otra de aquella niña huérfana de madre. Al fin y al cabo, gracias a Sandra se habían conseguido tres cosas: que se conociera toda la historia del padre de Maria, que el plan de fuga saliera más o menos según lo previsto y que Maria no tuviera que mentirle a todo el mundo sobre su verdadera madre durante el resto de su vida; aunque sí debería hacerlo durante un tiempo, hasta que Ross dejara de vender información falsa a los rusos a través de Valentina. Era una visión bonita, quizá demasiado perfecta, pero en cualquier caso una ensoñación agradable.

La apartó de sus pensamientos.

—Entretanto, supongo que Valentina está cooperando.

—Sí, señora. El MI5 la vigila de cerca. No les contará a sus supervisores nada que no queramos que sepan. Y lo mismo ocurre con Josiah Thorburn.

—Dos agentes dobles. El comandante Ross estará muy satisfecho, ¿no?

Joan asintió.

—Y está también el señor Wilson, el sustituto de Sergei Steklyar.

—Ah, sí. Espero que también esté disfrutando con lo de seguirle el rastro. El comandante Ross parece haber salido bastante bien parado de todo esto.

—Así es —admitió Joan—. Y se siente agradecido. Sabe que no fue todo obra suya.

La reina se había estado preguntando justo eso.

—¿De quién cree que fue obra? —quiso saber.

La sonrisa de Joan se ensanchó.

—Me contó su teoría, que yo no confirmé ni desmentí, aunque él está muy convencido de ella. Verá, todo se remonta al *Britannia*. Sabe que sólo tres personas tenían la autoridad necesaria para retener el buque en el puerto durante veinticuatro horas: a saber, usted, el príncipe Felipe y el almirante al mando. Hector conoce al contralmirante Marlow y sabe que estaba en el extranjero en 1957, cuando el palacio y yo contribuimos de forma extraoficial a resolver unos asesinatos.

—Es cierto —reconoció la reina con cautela.

—Está convencido de que mi jefe en ambos asuntos tiene que ser la misma persona. Marlow queda descartado, de modo que sólo quedan Su Majestad y el príncipe Felipe. No puede ser usted, señora. Por lo tanto, tiene que tratarse del duque.

Los labios de la reina se crisparon un poco.

—Qué teoría tan plausible.

—Hector nunca querría implicar al duque en un asunto tan escandaloso, así que no dirá ni una palabra al respecto, ni siquiera a nadie de su oficina.

—Muy discreto por su parte.

—Pero sí me pidió que transmitiera su agradecimiento, si tenía la oportunidad. Según él, gracias a la inteligencia y la agilidad mental del duque, Valentina y sus secuaces no tuvieron la oportunidad de causar ningún daño.

—Qué bonito —repuso la reina.

No sabía muy bien si sentir alivio o una ligera decepción ante el hecho de que el director de la Sección D no fuera un poco más perspicaz. ¿Era lo bastante bueno para Joan?

Quizá. Con el tiempo.

58

La boda en la catedral de York fue una ocasión feliz. Tras haber despachado a los Kennedy, la reina, el príncipe Felipe y el resto de la familia real tomaron el tren para asistir a la ceremonia. La princesa Ana era una de las damas de honor.

Después de todo, quien se casaba era el primo de la reina, el duque de Kent. El suyo era un matrimonio por amor con Catalina Worsley, la segunda plebeya que contraía matrimonio con un príncipe británico desde el reinado de Jorge III.

—Qué moderno todo —comentó la reina madre. Era difícil imaginar que algo así hubiera ocurrido en su época, cuando algunas personas habían considerado que incluso ella, hija de un conde, era demasiado humilde para casarse con un miembro de la familia real.

En cualquier caso, todos lo pasaron de maravilla, y el viaje de vuelta a Londres fue tan bullicioso que una de las invitadas a la fiesta acabó clavándole un tacón en el pie al pobre sir Hugh en el salón semirreal. El tren tuvo que hacer una breve parada en Doncaster para que pudiera ser atendido por un médico.

—Y justo cuando el señor Ward había solucionado lo de su cuello —le comentó Miles Urquhart a Joan con un suspiro piadoso, mientras valoraba cómo reorganizar los objetos del escritorio del secretario privado.

No era la primera vez en ese año que la reina se despertaba por la mañana sintiéndose un tanto amodorrada. Llegó un poco tarde al desayuno con Felipe en el palacio, pero, para su sorpresa, Felipe llegó aún más tarde.

—¿Demasiados martinis con vodka? —le preguntó ella compadeciéndose.

Felipe negó con la cabeza.

—Como sabes, a medianoche ya estaba en la cama. Pero no podía parar de leer. Esa maldita novela me mantuvo despierto hasta las dos y media.

—¿En serio? ¿Cuál era?

—Una que se titula *Llamada para el muerto* —respondió él—. Una especie de novela policíaca. Me la pasó Dominic.

—¿Quién es el autor?

Felipe frunció el ceño y se encogió de hombros.

—Tiene una cubierta amarilla. No recuerdo el nombre del escritor, pero es realmente muy bueno. Estoy convencido de que oiremos hablar de él.

—Qué bien —comentó la reina.

Pero a ella no le interesaban las novelas policíacas, a menos que trataran sobre caballos, así que volvió al apasionante artículo que estaba leyendo en el *Racing Post*.

Nota de la autora

Es posible que, mientras leían este libro, mis lectores se hayan preguntado en algunos momentos: «¿Eso sucedió realmente? ¿O se lo ha inventado?» He descubierto que la investigación histórica constituye uno de los aspectos más gratificantes a la hora de escribir estas novelas. La realidad supera a la ficción.

En esta novela, por ejemplo, el *Britannia* se ve obligado a pasar veinticuatro horas inesperadas en el puerto de Cagliari, mientras la Marina Real desenreda una hélice atrapada en un cable. Parece algo demasiado improbable para tratarse del impecable yate real. Sin duda me inventé ese episodio, ¿no? Pues resulta que, en efecto, ocurrió, según consta en la prensa italiana del momento, aunque es muy posible que no fuera por las razones que doy en el libro, claro.

He aquí algunos apuntes de investigación y otros antecedentes que pueden resultar interesantes, si mis lectores disfrutan con esa clase de cosas. Por lo que sé, nadie ha visto nunca desde el tren real cómo unos hombres se deshacían de un cadáver. Pero si lo hubieran visto, ¿lo sabríamos acaso?

La idea de un asesinato vislumbrado desde un tren en marcha la tomé alegremente de *El tren de las 4:50*, de Agatha Christie,

mientras que *Alarma en el expreso*, de Hitchcock, me aportó a la testigo femenina a la que nadie cree. El trayecto que lleva a cabo el tren real en esta historia es uno de los que hacía habitualmente, y también he intentado que la descripción de los vagones se ajuste al máximo a la época en que transcurre la historia. La reina recibió nuevos vagones como parte de las celebraciones de su Jubileo de Plata en el año 1977, pero antes de eso, se conformaba con el conjunto variopinto que heredó de su padre, su abuelo y su bisabuelo, desde los propios vagones-dormitorio hasta el salón semirreal. (Mi propia abuela escocesa trabajó para una familia en la década de 1930 que tenía varios vagones para viajar a Londres durante la temporada de verano.)

Cerca del lugar donde se ve al «hombre comba» hay una casa solariega auténtica llamada Shugborough Hall, situada en el linde de la hermosa área protegida que se conoce como Cannock Chase. Sólo después de escribir el libro descubrí que la casa en sí fue financiada en parte en el siglo XVIII por George Anson, «el padre de la Armada británica», una coincidencia fortuita para una novela en la que se describe una joya de la corona de la Marina Real: el yate *Britannia*. Más fortuito incluso resulta que en Shugborough viviera uno de los descendientes de la familia, Patrick Lichfield, el quinto conde de Lichfield, que fue un fotógrafo de gran éxito en la década de 1960 y buen amigo de la familia real. Yo no sabía que residía allí hasta que empecé a escribir estas notas, pero si han leído el libro, comprobarán lo bien que encaja.

La angustiosa conversación sobre «los tigres» durante la cena en el tren se basa en los acontecimientos que tuvieron lugar durante la gira real por India y Nepal en 1961. El príncipe Felipe realmente se «lesionó el dedo índice», lo que le impidió disparar al segundo tigre en Nepal. Se vio en una situación muy difícil, obligado a elegir entre la cortesía hacia sus anfitriones y su papel en el Fondo Mundial para la Naturaleza, que le importaba mucho. Creo que hizo lo más diplomático que a él y a su equipo se les ocurrió en aquel momento, lo que demuestra que la pareja real tuvo que caminar por una cuerda floja a lo largo de toda su vida para satisfacer unas expectativas sociales a menudo contrapuestas. No es de extrañar que la reina tomara la decisión de no conceder entrevistas.

La historia completa de la fotógrafa Lee Miller y su episodio con la bañera de Hitler en Múnich me la contó el hijo de Miller, Anthony Penrose, cuando visité su magnífica casa de labranza en Sussex, ahora convertida en museo. La foto la tomó con la cámara de la propia fotógrafa su colega David Scherman, que era judío. Ambos habían sido de los primeros en entrar aquel día en el campo de Dachau, recién liberado. Miller estaba deseando mostrar objetos que revelaran el gusto *kitsch* del Führer en lo relativo al arte. El polvo de los horrores del campo es visible en las botas de la fotógrafa. Sólo más tarde descubrieron la coincidencia de que Hitler se suicidó en su búnker ese mismo día.

Es cierto que los clérigos anglicanos sienten una atracción desmesurada por los trenes en todos los sentidos, desde los horarios hasta las maquetas. Yo me lo inventé para la novela y luego

descubrí, para mi satisfacción, que es mucho más frecuente de lo que yo creía.

Algunos lectores se habrán preguntado quién es «la señora Hughes», la amable vecina que ayuda a Henry Coxon en Chalcot Square. La escena es, por supuesto, inventada, pero Sylvia Plath estaba casada con Ted Hughes y vivía allí en aquella época.

Sergei Steklyar, el director de redes de espionaje, es un personaje ficticio inspirado en un hombre que podría haber salido directamente de las páginas de John Le Carré o Mick Herron. En la década de 1950 se le conocía en Londres como Gordon Lonsdale, un exitoso empresario y playboy que comerciaba con máquinas de discos, tragaperras y chicles, entre otras cosas. En realidad, era un ruso llamado Konon Molody, adiestrado por la inteligencia soviética desde su infancia. El capital inicial para sus negocios procedía del KGB, y afirmaba haberlo utilizado para convertirse en el primer multimillonario «ilegal» o agente durmiente. Dirigió varias operaciones en Inglaterra, entre ellas la infame red de espionaje de Portland, que fue descubierta en 1961. Es una historia clásica de asuntos estratégicos, micropuntos, radios ocultas y buzones secretos. Finalmente, Molody fue devuelto a Rusia en un intercambio de espías y murió en circunstancias sospechosas, posiblemente asesinado por el propio KGB, al que no puedo menos que tildar de desagradecido.

Tanto Isabel como Felipe se sentían atraídos por los logros de Yuri Gagarin como cosmonauta y por su carisma como persona. En el

verano de 1961, Gagarin llevó a cabo una gira mundial, pero, como ciudadano soviético, no gozó de la bienvenida del Gobierno británico. Sin embargo, fue invitado al Reino Unido por el sindicato de trabajadores de la fundición y la pareja real lo recibió con entusiasmo en un almuerzo en el palacio de Buckingham. Según un compañero piloto, «una agradable mujer de mediana edad entró en la sala de estar, vestida con sencillez, sin joyas ni rastro de maquillaje: era la reina de Inglaterra». El almuerzo fue animado, aunque Gagarin no estaba muy seguro de los modales aristocráticos en la mesa; pero la reina, para quien la cortesía lo era todo, alentó alegremente a sus invitados a comer como lo hacía Gagarin, mientras Felipe le hacía preguntas sobre tecnología. Después, como cosa excepcional, fue Isabel quien pidió hacerse una foto con él.

El «ingeniero jefe» y cerebro del programa espacial soviético era Sergei Korolev. Los soviéticos mantuvieron su identidad en secreto hasta después de su muerte (falleció a raíz de una operación quirúrgica en 1966). Nacido y educado en Ucrania, Korolev trabajó en el diseño de cohetes en Leningrado en los años treinta. Durante la Gran Purga de Stalin, fue denunciado en 1938 (con casi total seguridad por el hombre que le arrebató el puesto), torturado en la Lubianka y encarcelado en el gulag en Siberia. A pesar de ese trato y de su rehabilitación a regañadientes después de la guerra, siguió siendo una de las mayores bazas de la Unión Soviética. Descubrí su historia en el Museo de la Ciencia de Londres, y pocas veces he leído algo tan fascinante. Mientras él estuvo al mando, la URSS siguió ganando importantes batallas en la carrera espacial, pese a que sus materiales e inversiones eran muy inferiores. Tras su muerte,

Estados Unidos tomó rápidamente la delantera y nunca miró atrás. Por supuesto, el apoyo del presidente Kennedy al programa lunar supuso una gran diferencia, y también es cierto que los propios planes de Korolev para el lanzamiento a la luna no iban bien en ese momento, pero no puedo evitar preguntarme cómo habría ido la carrera espacial si el ilustre ingeniero hubiera sobrevivido a aquella operación.

Para quienes tienen interés en la familia real en general, el bebé que esperaba Margarita era el vizconde Linley, nacido en noviembre de 1961.

Pobre sir Hugh. El secretario privado es ficticio, pero lo de que le clavaran un tacón de aguja en el pie a alguien durante la fiesta en el tren ocurrió realmente, y el tren tuvo que parar en Doncaster para que la víctima recibiera atención médica. La propia reina le contó esa historia a sir Robert Goodwill, diputado por Scarborough y Whitby, que había hecho cola para verla en York aquel día cuando era niño. ¿Cómo no iba a incluir ese episodio en este libro?

En la escena final, el príncipe Felipe está leyendo una novela. Los lectores más observadores podrán deducir correctamente, por la cubierta y la fecha, que se trata de *Llamada para el muerto*, de un tal John Le Carré. Mi madre me contó la trama cuando yo era adolescente, y a partir de ese libro empecé a interesarme por las novelas de espionaje. Le Carré trabajaba en el MI6 en aquella época, pero el éxito de su tercera novela dos años después le permitió convertirse en escritor a tiempo completo. El libro en cuestión, como muchos lectores sabrán, era *El espía que surgió del frío*.

S. J. Bennett
Mayo de 2025

Agradecimientos

Una vez más, mi agradecimiento a la difunta reina Isabel II por una vida de servicio, por su sentido del humor y por preservar lo suficiente el misterio de la monarquía como para permitirme imaginar esta secreta y ficticia faceta de su personalidad.

El éxito de la serie se lo debo a Charlie Campbell y a Sam Edenborough, de Greyhound Literary. También estoy enormemente agradecida a todos los editores y traductores de todo el mundo que han contribuido a que este ejemplar llegue a las manos de los lectores, así como a los libreros, bibliotecarios, amigos y familiares que quizá se lo hayan recomendado. Todos ellos son maravillosos.

A mi corrector, Ben Willis: aquí tienes la novela de misterio ambientada en un tren que me pediste, aunque, como habrás visto, no está ambientada íntegramente en un tren, sino que hay muchas escenas de yate. Gracias a todo el equipo de Bonnier, incluidos Nick Stearn e Iker Ayesteran, por las maravillosas cubiertas.

La investigación para este libro abarcó desde la vida de los canónigos (los hombres, no la verdura) del castillo de Windsor hasta las páginas de cotilleos de los periódicos italianos de abril de 1961. Son muchas las personas a las que debo dar las gracias, entre ellas Michelle Lovric, Barbara Warburton Giliberti, el personal de la Biblioteca Marciana de la plaza de San Marcos en Venecia (sí,

investigué allí y sí, fue tan especial como pueden imaginar), Sandra Baker, Lisa Cutts, Charles Howeson, Patrick Kingston por su libro sobre los trenes reales, la Biblioteca de Londres, mi amiga, la verdadera Tatiana Sokolova, y los organizadores de la exposición «Cosmonautas: el nacimiento de la era espacial» en el Museo de la Ciencia en 2016, que me introdujo en la vida de Sergei Korolev, el «ingeniero jefe y padre del éxito espacial de la Unión Soviética». La vida y muerte de Korolev, y el secretismo que lo rodeaba, constituyen una historia fascinante en sí misma. Ojalá tuviera más espacio para explorarla.

En 2024, el muy especial personal del Cancer Centre London me salvó la vida. Tuve que parar de escribir mientras ellos hacían su trabajo, y esta novela debe su existencia a su dedicación y sus cuidados.

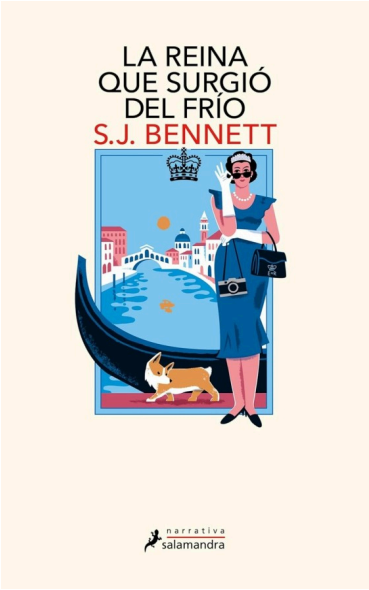
Los integrantes de The Transatlantics me animaron cuando dudaba de mí misma y se rieron de las partes divertidas; me siento afortunada por contar con un grupo de comentaristas y críticos tan generoso. Como siempre, debo dar las gracias a mi familia, que tuvo que soportar en muchas ocasiones que yo me quedara con la mirada perdida mientras escribía, y en particular a mi marido Alex, mi primer lector y, en este caso, mi guía personal sobre barcos y armas. Todos los aciertos al respecto son suyos, y los errores son míos.

Por último, pero no por ello menos importante, quiero darles las gracias a ustedes, los lectores, por haber llegado hasta aquí. Si quieren compartir sus propias historias sobre la reina o saber más sobre mi investigación y otras aventuras literarias, pueden suscribirse a mi boletín literario personal, si aún no lo han hecho. Pueden encontrarlo, o ponerse en contacto conmigo, a través de mi

página web: www.sjbennettbooks.com. Siempre es un placer saber de ustedes.

Con el trasfondo de la Guerra Fría, la reina Isabel II viajará hasta Venecia mientras se enfrenta al caso más peligroso de su reinado.

«James Bond con perlas y chaqueta de punto. He adorado este *thriller* de espías con una rodaja de limón en el *gin-tonic* de Su Majestad. Una historia vibrante, llena de ingenio y de vida.» Angela Clarke



En 1961, la reina viaja en el tren real rumbo a una visita de Estado en Italia. Durante el trayecto, un testigo poco fiable asegura haber visto un asesinato a través de la ventanilla de uno de los vagones.

¿Y si la víctima fuera un viejo amigo del flamante marido de la princesa Margarita? Decidida a descubrir la verdad, Su Majestad contará con la ayuda de su secretaria privada, Joan McGraw, en una investigación que la llevará desde los compartimentos del tren real hasta los canales de Venecia. Allí, entre intrigas diplomáticas, secretos de Estado y las sombras de la Guerra Fría, la reina deberá usar su inteligencia y su inquebrantable discreción para resolver un crimen que amenaza con poner en peligro más de un secreto.

La crítica ha dicho:

«Bennett da en el blanco. Un misterio ágil, brillante y lleno de humor.»
Publishers Weekly

«Aún más verosímil y cautivadora que sus predecesoras… y eso que ya eran magníficas.»
First Clue

«La pareja formada por la reina y Joan es pura magia. […] Los seguidores de la serie lo van a disfrutar enormemente.»
Red Carpet Crash

«James Bond con perlas y chaqueta de punto. He adorado este *thriller* de espías con una rodaja de limón en el *gin-tonic* de Su Majestad. Una historia vibrante y deliciosamente construida, llena de ingenio y de vida.»

Angela Clarke

«La nueva y regia investigación de S.J. Bennett da un brillo renovado a la expresión "Al servicio secreto de Su Majestad".»
Martin Edwards

«Un misterio absorbente, con una protagonista maravillosa, detalles privilegiados y una trama tan elegante como ingeniosa.»
Jane Thynne

S.J. Bennett (Richmond, Yorkshire, 1966) vivió durante su infancia en Hong Kong, Berlín y Noruega. Se doctoró en Literatura Italiana por la Universidad de Cambridge y trabajó como asesora de estrategia antes de dedicarse profesionalmente a escribir. Su aclamada serie sobre «Su Majestad, la reina investigadora», publicada en español por Salamandra, se ha vendido a más de una veintena de idiomas.



Título original: *The Queen Who Came in from the Cold*

Primera edición: julio de 2026

© 2025, S. J. Bennett
© 2026, Penguin Random House Grupo Editorial, S.A.U.
Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona
© 2026, Patricia Antón de Vez, por la traducción

Ilustración de la cubierta: © Iker Ayestaran

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección de la propiedad intelectual. La propiedad intelectual estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes de propiedad intelectual al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Ninguna parte de este libro puede ser utilizada o reproducida con el propósito de entrenar tecnologías o sistemas de inteligencia artificial. PRHGE se reserva expresamente la reproducción, la extracción y el uso de esta obra y de cualquiera de sus elementos para fines de minería de textos y datos y el uso a medios de lectura mecánica u otros medios que resulten adecuados (art. 67.3 del Real Decreto Ley 24/2021). Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, http://www.cedro.org) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.
En caso de necesidad, contacte con: seguridadproductos@penguinrandomhouse.com

ISBN: 978-84-10340-64-0

Compuesto en: Comptex&Ass., S.L.

Facebook: PenguinEbooks
Facebook: Salamandraed
X: @SalamandraEd
Instagram: @SalamandraEd
YouTube: penguinlibros
Spotify: penguinlibros

«Para viajar lejos no hay mejor nave que un libro».

EMILY DICKINSON

Gracias por tu lectura de este libro.

En **penguinlibros.club** encontrarás las mejores recomendaciones de lectura.

Únete a nuestra comunidad y viaja con nosotros.

penguinlibros.club

Penguin Random House Grupo Editorial

penguinlibros

Índice

La reina que surgió del frio
Reparto de personajes
Prólogo
Primera parte. Sangre y natillas
- Capítulo 1
- Capítulo 2
- Capítulo 3
- Capítulo 4
- Capítulo 5
- Capítulo 6
- Capítulo 7
- Capítulo 8
- Capítulo 9
- Capítulo 10
- Capítulo 11
- Capítulo 12
- Capítulo 13
- Capítulo 14
- Capítulo 15

Segunda parte. El hombre comba
- Capítulo 16
- Capítulo 17
- Capítulo 18
- Capítulo 19
- Capítulo 20
- Capítulo 21
- Capítulo 22
- Capítulo 23
- Capítulo 24
- Capítulo 25
- Capítulo 26

Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29
Capítulo 30
Tercera parte. El Britannia domina los mares
Capítulo 31
Capítulo 32
Capítulo 33
Capítulo 34
Capítulo 35
Capítulo 36
Capítulo 37
Capítulo 38
Capítulo 39
Capítulo 40
Capítulo 41
Capítulo 42
Capítulo 43
Capítulo 44
Cuarta parte. Chi osa vince
Capítulo 45
Capítulo 46
Capítulo 47
Capítulo 48
Capítulo 49
Capítulo 50
Capítulo 51
Capítulo 52
Capítulo 53
Capítulo 54
Capítulo 55
Capítulo 56
Capítulo 57
Capítulo 58
Nota de la autora

Agradecimientos
Sobre este libro
Sobre S.J. Bennett
Créditos